MARIANO F. URRESTI

COLÓN y el MAPA TEMPLARIO

Los ÚLTIMOS DESCUBRIMIENTOS *de una* BIOGRAFÍA MALDITA

¿Llegó el Temple a América antes que Colón? ¿Existió un piloto anónimo que le informó de la ruta a seguir? ¿Por qué huyó el almirante de Portugal perseguido por la justicia? ¿Por qué las Capitulaciones de Santa Fe son un documento insólito?

ALMUZARA

La historia del Almirante es un eterno «caso abierto». Casi nada sabemos con certeza sobre él e, incluso, lo que sí es conocido tiene tantas lagunas que resulta difícil realizar afirmaciones sin riesgo. No está claro su origen y tampoco hay consenso sobre el lugar donde reposan sus restos. En este libro, el lector encontrará la sorprendente posibilidad de que el Christóforo Colombo genovés no sea nuestro Cristóbal Colón; tendrá noticias sobre piratas, sobre documentos robados y sobre textos falsificados. Encontrará menciones a mapas misteriosos, a los caballeros templarios y a cartógrafos judíos a sueldo de esos mismos monjes. Descubrirá oscuros amoríos, biografías amañadas y conspiraciones cortesanas. En las noches del 6 y del 9 de Octubre de 1492, los marineros que integraban la primera expedición colombina estuvieron a punto de arrojar por la borda al Almirante porque sus promesas de encontrar tierra a 750 leguas se habían demostrado falsas. ¿Sabía el lector que fueron los hermanos Pinzón quienes evitaron la muerte de Colón? ¿Creyó realmente el Almirante haber llegado a las Indias? ¿Quiénes eran los indios blancos que encontró en América? ¿Y los enigmáticos hombres vestidos con túnicas blancas? ¿Y cómo supo cuál era el mejor itinerario de regreso? ¿Tenía, Colón, una información privilegiada y jugó con cartas marcadas? ¿Y su tumba?, ¿dónde está en realidad? Un libro repleto de interrogantes que describen mejor que las afirmaciones la oscura biografía de uno de los hombres más enigmáticos de todos los tiempos.

Mariano Fernández Urresti

Colón y el mapa templario

Los últimos descubrimientos de una biografía maldita

ePub r1.0
Titivillus 02.12.2024

Mariano Fernández Urresti, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Tengo propósito de hacer carta nueva de navegar (…) y más, componer un libro

(*Diario de a bordo*. Cristóbal Colón)

Un Expediente X histórico

Si te apasionan los enigmas históricos, cuando comiences este libro no podrás detener su lectura hasta que lo concluyas. Y no será mérito mío, sino del protagonista: Cristóbal Colón.

En efecto, la historia del Almirante es un eterno Caso abierto. Casi nada sabemos con certeza sobre él, e incluso lo que sí es conocido tiene tantas lagunas que resulta difícil realizar afirmaciones sin riesgo.

No está claro su origen y tampoco hay consenso sobre el lugar donde reposan sus restos. Pero entre el nacimiento y la muerte está la vida y la de Cristóbal Colón fue apasionante.

En este libro el lector encontrará la sorprendente posibilidad de que el Christóforo Colombo genovés no sea nuestro Cristóbal Colón; tendrá noticias sobre piratas, sobre documentos robados y sobre textos falsificados. Encontrará menciones a mapas misteriosos, a los caballeros templarios y a cartógrafos judíos a sueldo de esos mismos monjes. Descubrirá oscuros amoríos, biografías amañadas y conspiraciones cortesanas.

Si cree que Colón descubrió América por simple casualidad, tal vez tras la lectura de este libro no esté tan convencido.

¿Tiene alguna base la hipótesis de que los templarios hubieran estado allí antes y que cosmógrafos judíos a sueldo de la Orden hubieran puesto a Colón tras la pista de esas tierras? ¿Por qué Cristóbal Colón huyó de Portugal antes de llegar a España? ¿Qué ocultó tras el galimatías de su enigmática firma? ¿Por qué falseó las cuentas de sus viajes? ¿Qué afirmaciones escritas en las Capitulaciones de Santa Fe convierten a ese documento en uno de los más sorprendentes de la historia? ¿Qué papel jugó en realidad Martín Alonso Pinzón en la aventura descubridora?

En las noches del 6 y del 9 de octubre de 1492, los marineros que integraban la primera expedición colombina estuvieron a punto

de arrojar por la borda al Almirante porque sus promesas de encontrar tierra a 750 leguas se habían demostrado falsas. Pero la segunda de esas noches, gracias a la mediación de los hermanos Pinzón, se decidió proseguir la aventura. Y poco después un marinero a quien la tradición ha bautizado como Rodrigo de Triana, pero cuyo nombre real era Juan Rodríguez Bermejo, gritó: «¡Tierra!».

¿Qué ocurrió durante la reunión entre los hermanos Pinzón y Colón celebrada en el camarote del Almirante? ¿Qué papel habían jugado realmente los franciscanos del monasterio de La Rábida, Antonio de Marchena y Juan Pérez? ¿Qué secretos confesó a don Cristóbal antes de expirar en sus brazos un misterioso piloto llamado Alonso Sánchez, que había hecho por casualidad aquel mismo viaje?

¿Realmente creyó Colón estar en las Indias? ¿Quiénes eran los indios blancos que encontró en América? ¿Y los enigmáticos hombres vestidos con túnicas blancas? ¿Y cómo supo cuál era el mejor itinerario de regreso?

¿Y su tumba? ¿Dónde está en realidad? ¿Duerme el Almirante el sueño eterno en Sevilla o en Santo Domingo? ¿Qué sucedería si sus huesos no descansaran allí, sino en un pueblo situado al norte de Guadalajara llamado Cogolludo?

El segundo hijo de Colón, Hernando, escribió en su *Historia del Almirante* la siguiente descripción física de su padre:

> Fue hombre de bien formada y más que mediana estatura, de rostro alargado y pómulos un poco altos, sin declinar a grueso o macilento. Tenía la nariz aguileña, los ojos garzos, la color blanca y de un rojo encendido. En su mocedad tenía el cabello rubio, pero al llegar a los treinta años ya se le había vuelto completamente canoso.

Sin embargo, según la historiadora Consuelo Varela, «no existe ningún retrato de la época que se pueda considerar auténtico». No obstante, cree muy posible que Colón, como acostumbraban los nobles de su época, encargara uno a algún pintor de la Corte. Y es probable que el único auténtico pueda ser el que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid y que forma parte de una colección

de navegantes que realizó Carlos V. Sin embargo, otros investigadores, como Alfonso Philippot, se inclinan por considerar que el verdadero rostro de Colón es el que se puede admirar en el retablo de la Virgen de los Navegantes, que se encuentra en el Alcázar de Sevilla.

Pero también pudiera ser que ninguna de esas hipótesis sea correcta, porque Colón se esforzó en ocultar su verdadera identidad hasta convertir su vida en uno de los enigmas históricos más fascinantes.

Capítulo 1

El Almirante a la luz de la ciencia

In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum

(últimas palabras de Cristóbal Colón antes de morir)

Hace dieciséis años conversé por vez primera con José Antonio Lorente, director del Laboratorio de Identificación Genética de la Facultad de Medicina de la Universidad de Granada. Lorente era responsable entonces, junto con el antropólogo forense Miguel Botella, de un proyecto científico iniciado en 2003 que tenía como objetivo averiguar si Cristóbal Colón está enterrado en el interior de la catedral de Sevilla y descubrir su origen a través de estudios genéticos. Para ello, cotejarían esos restos con los de Diego, el hermano del Almirante, que estuvo enterrado en La Cartuja, y con los de Hernando Colón, uno de los hijos del descubridor, cuyos restos siempre reposaron en la catedral hispalense.

Gracias a la ciencia, se sabe que los varones poseemos un cromosoma denominado Y, que recibimos por vía paterna, y otro al que se designa como X, que llega por vía materna. Por su parte, las mujeres disponen de un cromosoma X de su padre y otro X de su madre. El propósito de los científicos era obtener ADN nuclear para averiguar si dos personas pueden ser hermanos del mismo padre o si entre esas dos personas hay una relación física como padre e hijo. Pero para probar esa ascendencia o descendencia exclusivamente por la vía materna se requiere el análisis de una parte de la célula que la ciencia denomina mitocondria. Dos hermanos nacidos de la misma madre debieran tener el mismo ADN mitocondrial.

La ciencia pretendía resolver con los nuevos medios a su alcance

uno de los muchos enigmas que rodean a la figura de Cristóbal Colón. Al leer el resumen de aquella conversación con José Antonio Lorente, el lector descubrirá que el Almirante también sorprendió a los científicos que pretendían asomarse a su vida:

> Pregunta: Quienes nos hemos acercado un día a la vida de Colón nos sentimos tan fascinados como sorprendidos, ¿les sucede igual a los científicos?
>
> Respuesta: La verdad es que nos sorprende a todos, a mí también. Siempre había estudiado que había nacido en Génova y que su tumba estaba en Sevilla, y cuando, tras tener contacto con historiadores, uno se va dando cuenta de la complejidad de la historia de esta persona tan trascendente para la humanidad, también repara en las muchísimas contradicciones que, por falta de datos objetivos, existen alrededor de su figura.
>
> P: ¿Se puede deducir el origen de Colón a través de los estudios de ADN que están ustedes practicando sobre sus restos?
>
> R: Sí se pueden hacer cosas, pero depende del enfoque que se quiera dar a esas cosas se puede ser más o menos exactos. Por ejemplo, si se plantea la posibilidad de don Carlos, el príncipe de Viana, como padre de Colón, hay que buscar una relación padre-hijo y hay que tener perfectamente identificado al presunto padre y al hijo. Nosotros tuvimos la oportunidad en 1994 de identificar los restos del príncipe de Viana por encargo del Gobierno Foral de Navarra, que tenía interés en identificarlos, y los de su madre, doña Blanca I de Navarra. En este momento, tenemos la seguridad de que el príncipe de Viana está enterrado en el monasterio de Poblet, en la provincia de Tarragona, donde se le dio sepultura cuando falleció, pese a que posteriormente, durante dos ocasiones en el siglo XIX, el monasterio de Poblet fue saqueado y los huesos de los reyes y princesas que había allí enterrados fueron cambiados. Teniendo al príncipe de Viana identificado y teniendo su ADN, lo que ahora queda es la identificación fehaciente de Cristóbal Colón. Y una vez

sepamos si los huesos de Colón son los que hay en Sevilla o los que hay en la República Dominicana o están repartidos en ambos sitios, podríamos pasar a esa fase final de demostrar si son padre e hijo, y eso se puede hacer pese a que es extremadamente difícil. Si no hay una comparación directa, la única alternativa que queda es la de realizar una comparación de las características genéticas de ciertas partes del ADN de las personas que son más frecuentes en algunas zonas geográficas que en otras. Por ejemplo, el cromosoma Y, que es el que marca el sexo masculino, tiene características diferentes según el lugar geográfico de procedencia de las personas, y en ese sentido se podría estudiar el cromosoma Y de Cristóbal Colón para compararlo con de las regiones geográficas que de manera más evidente se apuntan el origen de Colón, que son básicamente Génova, pero también Barcelona, Mallorca o Ibiza. Pero es un proceso largo, lento y complejo.

P: ¿Por ello se procedió a exhumar los restos de Colón supuestamente enterrados en Sevilla?

R: En efecto, en junio de 2003 se exhumaron esos restos y también los de su hijo Hernando Colón y los de Diego, el hermano de Colón, porque así teníamos unas muestras con las que comparar y, a partir de ahí, establecer una identificación adecuada.

P: ¿En qué estado estaban los huesos del Almirante?

R: Al abrir la tumba tuvimos dos sorpresas negativas. La primera fue que encontramos muy poca cantidad de huesos, el equivalente al 20% del esqueleto humano, de modo que hay un 80% de los huesos de Colón que no están ahí. Y la segunda sorpresa fue que los huesos están en fragmentos muy pequeños, como pelotas de golf, y además, analizados técnicamente, están en condiciones bastante malas, porque están muy sucios por fuera y se nota que han estado expuestos a múltiples desplazamientos y viajes, eso hace que la cantidad de ADN que hay en ellos sea bastante mala.

P: ¿Es cierto que se pierde prácticamente la totalidad de los gramos de hueso que se emplean en los estudios de ADN?

R: En el proceso de estudio, cada vez que nosotros analizamos el ADN de un fragmento, éste se destruye totalmente, de modo que si se cogiesen 48 gramos y se analizaran todos, terminarían por destruirse, porque para la extracción del ADN del hueso el primer paso es la pulverización del mismo, para que las células que conformen ese hueso, al hacerse polvo, puedan contactar mejor con los líquidos en los que luego se extrae el ADN. Lógicamente, se utiliza una mínima parte de lo que eran los huesos de Cristóbal Colón, porque no vamos a destruirlos todos para luego concluir que sí, que efectivamente, aquellos eran sus huesos.

P: ¿Estaban en mejor estado los de Diego y los de Hernando Colón?

R: Tenemos los dos extremos. Los de su hermano Diego estaban todavía peor, y eso se debe a que en los últimos años, no sabemos cuántos, pero por lo menos veinte años, estuvieron enterrados muy cerca de la superficie, de tal manera que cuando llovía en Sevilla penetraba el agua en el interior, y el agua es un agente destructor del hueso. En cambio, los de Hernando Colón, que se enterró en la catedral de Sevilla y no se le movió, están en un estado de conservación muy bueno.

P: Al parecer, los estudios realizados han demostrado que el cadáver de Hernando Colón, como el de su tío Diego, mostraban una patología similar: espina bífida. ¿Prueba eso claramente que eran parientes?

R: En efecto, en el año 2003, cuando estuvieron en Granada sus restos, se hizo un estudio completo antropológico por el equipo del profesor Miguel Botella, director del Laboratorio de Antropología de la Universidad de Granada, y se observó claramente que ambos, supuestamente tío y sobrino, compartían restos

en el hueso de lo que sería una espina bífida; en segundo lugar, había lo que se denomina la sacralización de la quinta vértebra lumbar, es decir, que en la columna, a nivel lumbar, se une la quinta vértebra, que normalmente no está unida, sino que hay una articulación con el sacro. Eso hay personas que lo sufren, y aunque no es excepcional, ya que puede haber un porcentaje del 10% de personas que lo tengan, sí que es una curiosidad que en estos dos restos lo haya, y sería muy curioso que eso ocurriera si no fueran familia.

P: Se suele admitir que Cristóbal Colón padeció enfermedades como la artrosis o la gota, ¿se pueden detectar indicios de esas patologías en los escasos restos que hay en Sevilla?

R: Lamentablemente, no. Primero porque hay pocos restos que sean articulares, donde lesiones como la artrosis se detectarían con mayor facilidad; y en segundo lugar, porque en esos cambios que ha sufrido, cuando unos huesos se trasladaron, hacen que la superficie rugosa del hueso se vaya limando y se pierda la posibilidad de identificar ese tipo de patologías. Lo único que sí observó el profesor Botella fue, en un fragmento del maxilar inferior, una serie de lesiones que parecen de corte, lo que es típico de una manipulación del cadáver con posterioridad a la muerte.

P: ¿En qué estado estaría el cadáver del Almirante cuando dicen que fue llevado de Valladolid a Sevilla?

R: A los tres años estaría ya en estado casi óseo, pero quedan pequeños fragmentos del tejido que son los que, para evitar el problema de la descomposición y los olores normalmente se descarnaban, se quitaban esos tejidos y, muy probablemente, esas lesiones en la mandíbula sean de ese primer viaje desde Valladolid a Sevilla.

P: Con los estudios sobre el ADN de Colón, ¿se puede saber no sólo dónde nació, sino cuándo nació?

R: Los estudios en estos restos tan pequeños tienen un margen de error muy grande, de tal manera que cabe la posibilidad de que fuesen de una persona mayor de cincuenta años, aunque tampoco parecen los de alguien muy mayor. El margen actual que maneja el profesor Botella es de cincuenta a setenta años. Esto, con criterios actuales. Si aceptamos la tesis mallorquina, Cristóbal Colón habría fallecido con cuarenta y cinco o cuarenta y seis años. No se podría descartar tampoco, porque antiguamente, y con una vida tan dura en el mar, además de con una alimentación tan limitada y tan escasa en vitaminas, los procesos degenerativos óseos pueden aparecer con mayor rapidez; de hecho, hay textos de la época donde a las personas a partir de cuarenta y cinco años se les calificaba de senectos. Con los huesos que tenemos, que lamentablemente no son los ideales para este estudio, no se puede descartar ninguna de esas teorías por la fecha de nacimiento o por la edad con que murió Cristóbal Colón.

Como el lector habrá comprobado, Colón sigue siendo un enigma después de muerto, e incluso cuando sus restos mortales se exponen a la luz de la ciencia.

Dieciséis años después de aquella entrevista, me puse de nuevo en contacto con el doctor José Antonio Lorente para saber si había habido avances sustanciales en unos estudios que, ya en la primera conversación, señaló que serían lentos y complejos. Contacté con él y le envié una serie de preguntas vía email que él, amablemente, me respondió de este modo:

Pregunta: En 2003, se exhumaron los restos de Colón y también los de sus hijos Diego y Hernando enterrados en Sevilla. ¿Es cierto que en el caso del Almirante apenas se encontró un 20% del esqueleto y se trataba de fragmentos de hueso pequeño?

Respuesta: Correcto, los huesos encontrados correspondían básicamente a fragmentos de huesos de tamaño mayor en vida y la estimación es que

corresponden a un 30% de lo que sería el esqueleto de una persona teniendo en cuenta la data de casi 500 años.

P: ¿Se sabe dónde puede estar el resto de su cuerpo? ¿Tuvo finalmente acceso a los restos que, se supone, están enterrados en la República Dominicana?

R: Del resto de su cuerpo no sabemos nada, puede estar perfectamente en República Dominicana, aunque no hemos tenido acceso.

P: ¿Es posible determinar el lugar geográfico de procedencia de un sujeto a partir de las condiciones específicas de su cromosoma Y? Y, de ser así, ¿cuáles son los elementos que pueden ayudar a la ciencia a determinar el origen del individuo?

R: El cromosoma Y puede ayudar a saber el origen étnico-geográfico de una persona, no exactamente su lugar de nacimiento (una familia que vive en Etiopia puede tener un hijo en Noruega), pero sí datos de sus ancestros familiares. Hay estudios múltiples del cromosoma Y que de acuerdo a los datos de haplotipos clasificados en haplogrupos son capaces de ofrecer esa información, que puede ser más o menos exacta o correcta dependiendo básicamente de qué cantidad de información se puede obtener de la muestra.

P: Según usted me indicó en la entrevista que pude hacerle hace años, Diego Colón, el hermano del Almirante, y Hernando tenían espina bífida y sacralización de la quinta vértebra lumbar, según evidenció el estudio de sus esqueletos. ¿Se trata de una prueba determinante para afirmar su relación familiar? Y, a tenor de lo que hasta ahora saben de Colón, ¿se puede saber si padeció alguna enfermedad concreta?

R: La espina bífida puede tener un componente genético-hereditario y en este sentido es indicativo. Pero no es en absoluto una prueba determinante, en mi opinión, es un dato positivo que apunta en esa relación. Por el estudio de los huesos se pueden deducir datos de enfermedades, aunque en este caso no es posible,

porque los mismos están muy fragmentados y no se observa nada patológico.

P: Recuerdo que en aquella ocasión me aseguró que se habían detectado lesiones en un fragmento del maxilar inferior, tal vez debido a la manipulación del cadáver tras su muerte. ¿Se ha descubierto alguna lesión o detalle relevante en los restos estudiados?

R: No se ha encontrado nada más en los huesos.

P: En este momento, ¿en qué estado se encuentra la cuestión? ¿Qué afirmaciones se puede hacer con seguridad a propósito de los restos del Almirante? Por lo que se ha podido saber, ¿alguna de las hipótesis propuestas sobre su origen podría considerarse más acertada que el resto?

R: Se está trabajando para tratar de tener datos objetivos del origen del Almirante a través del estudio del cromosoma Y, pero todavía no se han efectuado estudios comparativos con muestras de posibles familiares que —según algunas teorías— existen. Esperamos poder hacer estos estudios a lo largo de los próximos meses, ya que hasta ahora no se habían hecho porque la tecnología de extracción y análisis tenía limitaciones.

He querido empezar esta travesía por la oscura biografía de Cristóbal Colón justamente por el final, el misterio de su tumba. Y tomé esa decisión porque me parece significativo que ese final, que pretende alumbrar curiosamente el principio (¿cuál fue la cuna del Almirante?) esté tan embozado por la niebla del misterio como la mayor parte de su vida.

El periódico *El País,* con motivo de una reunión de historiadores y expertos colombinistas en Granada, se hacía eco el 23 de mayo de 2021 del problema que plantea a los historiadores y científicos el análisis de los restos de Colón. El titular de la información señalaba que ese estudio «obliga a exhumar una veintena de cuerpos» y citaba en concreto a miembros de la dinastía española Trastámara, de la casa de Avís en Portugal e, incluso, a un obispo gallego.

En el artículo se ponía de manifiesto la paradoja que supone

que:

> Los ocho historiadores que participan en el proyecto de investigación *Colón ADN. Su verdadera identidad* parten de las mismas pruebas materiales y de los mismos personajes; sin embargo, sus resultados son diametralmente opuestos.

Los personajes históricos cuyos restos serían objeto de investigación por parte del doctor José Antonio Lorente serían, entre otros:

> El infante don Pedro (…) muerto en 1366; la princesa portuguesa Leonor de Avís, miembros de la dinastía Trastámara; Aldonza de Mendoza, duquesa de Arjona; descendientes de la familia portuguesa Atayde; Juan Fernández de Sotomayor, obispo de Tuy, fallecido en 1423; posibles parientes navarros que portarían un antígeno específico… Así hasta sumar más de una veintena de personas que podrían estar relacionadas con el navegante…

La información periodística se hacía eco de los estudios practicados a comienzos del siglo XXI, tal y como se ha resumido en las dos entrevistas que el lector ha leído más arriba. El artículo finalizaba recordando que:

> La tecnología de 2005 permitió, eso sí, concluir que los huesos de la tumba de Colón, los de su hijo Hernando, enterrado también en la catedral, y los de la caja de La Cartuja (…) correspondían a tres personas relacionadas genéticamente: Cristóbal, Diego y Hernando Colón. Pero era imposible ir más allá. Además, cada investigación suponía la destrucción de muchos gramos de hueso, algo que ya no es necesario, puesto que con 0,1 nanogramos se pueden obtener actualmente resultados muy ajustados.

En efecto, en 2021 se retomó ese proyecto creándose dos

equipos, uno científico y otro histórico. Se solicitó la colaboración de ocho historiadores, aunque los italianos no quisieron sumarse porque no tienen la menor duda del origen genovés del Almirante. Hipótesis que, como veremos en las páginas siguientes, presenta grietas notables.

Capítulo 2

¿Christóforo Colombo?

Que me llamen como quieran…

(Cristóbal Colón. Carta al aya del príncipe Juan)

¿Documentos falsos?

Cristóbal Colón nació en Génova en 1451 y falleció en Valladolid en 1506 a la edad de cincuenta y cinco años. Eso afirma la versión oficial sobre su vida.

Los historiadores genovistas (quienes defienden que Cristóbal Colón era de origen ligur) sostienen su teoría sobre los cimientos que les proporcionan una serie de documentos que otros autores no reconocen como concluyentes, incluso afirman que algunas de esas pruebas son falsas.

En 1571, se publicó en Venecia *Historia del Almirante,* obra atribuida a Hernando Colón, el segundo hijo del navegante. Aún no se había cumplido un siglo del Descubrimiento, pero extrañamente la figura de Cristóbal Colón apenas era recordada en aquel momento. Igualmente, resulta llamativo que la obra de Hernando no encontrara editor en España.

Como era de esperar, el segundo hijo del Almirante ensalza en esa obra la figura de su padre, pero ofrece informaciones de interés sobre su figura, dado que, como recuerda la historiadora Consuelo Varela, lo poco que se sabía sobre él se debía a «una biografía y algún que otro soneto u obra de teatro de mediana factura».

En definitiva, durante mucho tiempo se desconoció casi todo de la vida de Colón, pero finalmente se construyó una biografía de

consenso. ¿Cuándo sucedió? Desde luego, no pudo ser en la colección de textos columbinos que recopiló Martín Fernández de Navarrete ni tampoco en la *Historia general de las Indias* de fray Bartolomé de las Casas, dado que se publicó a finales del siglo XIX.

La respuesta se encuentra en la *Raccolta di documenti e etudi pubblicati dalla Reale Comisione Colombiana nel Quarto Centenario dalla Scoperta dell'America*. Popularmente conocida como *Raccolta,* una ingente colección de documentos reunida por una comisión de expertos creada por el Gobierno italiano con motivo del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América, en 1892.

La mencionada Consuelo Varela, especialista en la vida de Colón, asegura que la *Raccolta* ofrece una información de tal calidad que cualquiera de las muchas otras teorías sobre el origen del navegante «no resisten en ningún caso la comparación con las pruebas presentadas por los compatriotas del navegante».

¿Qué dicen esos documentos?

Básicamente, que en la villa de Quinti, cerca de Génova, vivió un tal Iohannes de Colombo. Ese hombre sería padre de Doménico, Antonio y Battista. Todos apellidados Colombo, no Colón. Igualmente, prueban que en 1429, a la edad de once años, Doménico entró como aprendiz en el taller de un maestro tejedor. Diez años más tarde, abrió taller de idéntico oficio por cuenta propia.

En 1450, Doménico contrajo matrimonio con una joven de Benzagno llamada Susana, de la casa de Jacobo Fontanarubea o Fontanarossa. La pareja se trasladó a una casa que les cedió en 1440 la comunidad de benedictinos del monasterio de San Esteban del Arco. Y en ella nació en 1451 un niño al que llamaron Christóforo y cuyo apellido paterno era el mismo que el de su padre y su abuelo: Colombo.

Un acta notarial de 22 de septiembre de 1470 prueba sin el menor género de duda la existencia de Christóforo Colombo. Sin embargo, no hay un acta de bautismo que permita asegurar el lugar de su nacimiento porque, recuerda Consuelo Varela:

> En la Italia de mediados del siglo XV y comienzos del XVI era frecuente que en muchos archivos parroquiales

> se guardara celosamente (…) un libro de registro de muertos, (pero) rara vez aparecen libros de bautismo, debido a que su obligatoriedad no nació jurídicamente hasta el Concilio de Trento.

Ese Concilio, como se recordará, tuvo lugar en 1545.

La *Raccolta* contiene también actas notariales que permiten saber que la esposa del tejedor genovés parió más hijos: Juan Peregrino, Bartolomé, Giacommo (a quien se identifica con Diego, el hermano de Colón, como ya veremos) y Bianchinetta.

Esta teoría oficial parece confirmarse gracias a un documento que, no obstante, resulta controvertido.

El 23 de abril de 1497, los Reyes Católicos concedieron a Cristóbal Colón la facultad de instituir un mayorazgo de sus bienes para que los heredara su primogénito cuando él falleciese. Los historiadores que defienden la teoría genovesa presentan como prueba un documento que Colón firmó el día 22 de febrero de 1498 en el que creaba el mayorazgo concedido por los monarcas. En él se lee una frase de gran trascendencia para confirmar sus orígenes:

> … mando al dicho Diego, o a la persona que heredase el dicho mayorazgo, que tenga o sostenga siempre en la ciudad de Génoba una persona de nuestro linaje (…) pues de aí salí y en ella nazí.

La afirmación es meridianamente clara: Colón era genovés.

Sin embargo, autores como Alfonso Philippot ponen en duda ese documento y recuerdan que «hasta el 1 de abril de 1502 no procedió a instituir el mayorazgo», algo que parece cierto si nos atenemos a lo que se lee en testamento del Almirante, fechado en Valladolid el 19 de mayo de 1506:

> Cuando salí de España el año de quinientos e dos fize una ordenanza e mayorazgo de mis bienes…

De manera que parece haber dos actas de mayorazgo: una de 1498, que probaría que Colón era genovés, y otra de 1502, que el propio navegante menciona en su testamento. ¿Cuál de las dos es auténtica?

Resulta imposible responder a esa cuestión porque la de 1502 desapareció tras la muerte de Colón, según afirma Philippot. Y de este modo comienza el lector a adentrarse en la aventura que le aguarda en las páginas siguientes, una trama repleta de oscuridades, mentiras y medias verdades.

De momento, diremos que gracias a la oportuna desaparición del acta de mayorazgo de 1502 la herencia del Almirante se vio sometida al testamento de 1506, en cuyo texto se excluía a las hembras de la familia como herederas, salvo, como recuerda Philippot, «en el caso de que se extinguiera totalmente la línea masculina». Una circunstancia que se produjo el 28 de enero de 1578, cuando el bisnieto de Cristóbal Colón, Diego Colón y Pravia, falleció sin tener un heredero varón, lo que fue motivo de pleitos familiares.

A juicio de Philippot, precisamente esos conflictos entre herederos fueron los que motivaron que se diera por auténtico el documento de 1498, cuya veracidad pone en duda. Y en eso coincide también Salvador de Madariaga al afirmar que «el acta de mayorazgo de 1497-98 no puede aceptarse como auténtica».

Madariaga, además, se pregunta por qué Colón no menciona a su supuesta familia genovesa y se refiere a los suyos como Colón, no Colombo. Por otra parte, ¿por qué iba a pedir el Almirante a sus descendientes que tuvieran casa en Génova si se supone que su familia era de allí y allí vivía?

Por tanto, los historiadores que defienden la tesis genovesa consideran auténtico el documento de 1498, y otros, en cambio, creen que es falso. Entre estos últimos se encuentra Ricardo Sanz García, que lo califica de «documento amañado», y recuerda que «no existe en los papeles de Colón ni en los de sus hijos referencia alguna a esta acta».

Si eso fue así, ¿quién falsificó ese documento y para qué?

Evidentemente, lo debió falsificar alguien con intereses en la herencia del Almirante. Según Beltrán y Rózpide, el falsificador fue Baldassare Colombo, que pretendía que Colón y Colombo eran la misma persona, algo que no parece estar tan claro.

Pero todo este asunto tuvo un giro inesperado cuando se produjo la Confirmación Real del famoso mayorazgo, el 28 de septiembre de 1501.

Philippot señala que en ese documento se cita al príncipe Juan como si viviese en aquel momento, cuando resulta que había muerto el 4 de octubre de 1497. Y añade que «está firmada por el secretario Fernando Álvarez de Toledo; personaje que había cesado en su cargo en 1497». Además, dice que de esa Confirmación Real tan dudosa «se conservan en Simancas dos copias análogas, que contienen únicamente la primera y la última hoja del documento en cuestión; faltando, en tal caso, lo más importante, como debe serlo el propio original».

En resumen, el documento atribuido a Cristóbal Colón en el que él mismo afirma haber salido de Génova puede ser falso. En cuanto a las demás actas notariales que demuestran la existencia de alguien llamado Christóforo Colombo, Philippot dice que hay que leerlas con cierta prevención:

> … de las catorce actas notariales en las que se habla de Christóforo y sus hermanos, la mitad carecen de originales o copias legalizadas; siendo muy significativo el hecho de que los propios genovistas duden de su autenticidad.

¿Genovés?

Consuelo Varela considera una prueba a favor del origen genovés del Almirante el hecho de que «fue a la banca genovesa de San Jorge —y no a ninguna otra— a quien dejó (Colón) el encargo de velar por los intereses económicos de sus descendientes». Además, recuerda que el marino mantuvo correspondencia frecuente con Nicolò Oderigo, embajador ligur ante los Reyes Católicos. Pero lo que no dice Varela es que Colón escribió todas sus cartas en castellano, nunca en italiano. Es más, el Almirante apenas tenía amigos de esa nacionalidad a pesar de que la colonia italiana era numerosa durante el reinado de los Reyes Católicos, y además muy influyente económicamente dado que, tras la expulsión de los judíos, los monarcas se vieron obligados a acudir a los cambistas italianos en busca de préstamos. Muchos de ellos fueron genoveses afincados en Sevilla, donde acabaron por tener un barrio y un consulado propios.

Pues bien, a pesar de todo ello, no consta que Colón tuviera relación con los que supuestamente eran sus compatriotas, extremo que incluso Consuelo Varela admite:

> … sorprende no ver al futuro Almirante colocado entre las filas de los acaudalados mercaderes genoveses, ni vivir entre sus compatriotas.

Los pocos amigos italianos que tuvo Colón no fueron genoveses, sino de origen florentino, como Juanoto Berardi, o piamontés, como el enigmático fray Gaspar Gorricio, un cartujo del convento de Santa María de las Cuevas de Sevilla que tuvo un destacado papel en la vida del descubridor.

La correspondencia entre Colón y fray Gaspar Gorricio, integrada por doce cartas, es la más abundante de cuantas se conservan. Únicamente se ve superada por la que Cristóbal mantuvo con su hijo Diego (dieciséis cartas). En cambio, no se conservan cartas de los hijos al Almirante, pero sí una del cartujo a Colón fechada el 3 de marzo de 1502.

Gorricio fue un hombre de total confianza para Colón, hasta el punto de ser el guardián de su dinero y de los documentos familiares. Incluso, el Almirante ordenó a sus hijos que únicamente se confiasen a este fraile:

> Todos mis privilegios y escritos quedan a fray don Gaspar y una escritura de ordenación de mis bienes para si menester fuera en algún tiempo.

La familia Colón buscó el consejo y la ayuda de fray Gorricio con frecuencia. Por ejemplo, tras la muerte en 1514 de su tío Bartolomé en Santo Domingo, Diego Colón escribió al fraile en estos términos:

> … y porque en las Cuevas él (Bartolomé) tiene un arca que en el poder del padre don Gaspar está, çierta cantidad de dinero y en un talegón están çiertas barras de oro dentro cual está escripto en ellas la cantidad…

Fray Gorricio falleció en diciembre de 1515, pero aún tuvo tiempo de desempeñar un papel importante cuando el cadáver de

Colón fue trasladado de Valladolid a Sevilla, como más adelante explicaremos.

Pero ya que hemos mencionado a los hermanos del Almirante, conviene recordar que únicamente se conocen las andanzas de Bartolomé y Diego. ¿Qué fue de los otros dos hermanos del genovés Christóforo? ¿Por qué no volvemos a saber nada de Juan y Bianchineta? Incluso cuando años después irrumpen en la escena dos supuestos sobrinos de Colón llamados Juan Antonio y Andrea, el Almirante les trata más como sirvientes que como parientes. Que el tal Juan Antonio fuera nombrado capitán en uno de los barcos de la tercera expedición colombina no varía en nada ese juicio, puesto que hubo otros que fueron nombrados capitanes y no eran parientes de Colón. Mientras tanto, Andrea no alcanzó otra dignidad que la de escudero.

Todo esto invita a pensar que Christóforo Colombo y Cristóbal Colón pudieran no ser la misma persona y eso explicaría que no fuera el propio Almirante quien enviara a Italia noticias de su descubrimiento, sino Aníbal Zennaro, un empleado de la casa Sforza, el 9 de abril de 1493.

El investigador Gabriel Verd sostiene que si Chistóforo y Cristóbal no eran la misma persona se comprendería mejor que el navegante tuviera la osadía de solicitar los privilegios que exigió a los Reyes Católicos en las Capitulaciones de Santa Fe, algo insólito si se hubiera tratado del hijo de un humilde tejedor. A esas razones se puede añadir el hecho de que Colón jamás escribió carta alguna a su supuesto padre, ni siquiera tras el Descubrimiento. Y hay actas notariales que demuestran que Doménico Colombo aún vivía en 1494. Es más, ni siquiera la ciudad de Génova se felicitó por que un hijo suyo hubiera logrado semejante proeza.

Todas esas dudas sobre el origen genovés de Colón aumentan si se tiene en cuenta que la reina Isabel, fallecida el 26 de noviembre de 1504, dejó escrito en su testamento la prohibición de conceder cargo, título ni prebenda alguna a los extranjeros en América:

> E que por las ordenanzas d'estos dichos mis reyes fechas por los reyes mis progenitores está mandado que las alcaydias e tenencias e gobernación de las çibdades e villas e lugares (…) no se den a estrangeros…

A tenor de lo escrito, ni Cristóbal Colón ni sus descendientes podrían haber recibido los títulos que les fueron concedidos en las Capitulaciones de Santa Fe. Y aún hay otro asunto que añadir a estas dudas: la Carta de naturaleza de Diego, el hermano de Colón.

En efecto, en aquel tiempo los extranjeros que deseaban nacionalizarse, solicitaban un documento denominado Carta de naturaleza. Pero Colón jamás lo hizo.

Gabriel Verd recuerda una afirmación del historiador Rumeu de Armas que emborrona aún más todo este asunto: «Era norma establecida en el derecho público castellano que en las cartas de naturaleza se hiciera constar siempre la nacionalidad de origen». ¿Por qué decimos que emborrona más el origen de esta familia? Porque Diego, el hermano de Colón, sí solicitó esa Carta, y le fue concedida en Medina del Campo el 8 de febrero de 1504, pero en ella no se menciona la nacionalidad de origen del solicitante:

> Don Fernando e doña Isabel, por la gracia de Dios (…) Por hacer bien e merced a vos don Diego Colón, hermano del Almirante don Cristóbal Colón, e acatando vuestra fidelidad e leales servicios que nos habéis fecho, e esperamos que nos faréis de aquí adelante, por la presente vos facemos natural destos nuestros reinos de Castilla e de León, para que podáis haber e hayáis cualesquier dignidades e beneficios eclesiásticos que vos fueren dados, e podáis gozar e gocéis de todas las honras e gracias e mercedes e franquezas e libertades, exenciones e perrogativas e inmunidades, e de todas las otras cosas e cada una dellas que podiades e debiades haber e gozar si fuésedes natural de los dichos reinos e señorios (…) Dada en la villa de Medina del Campo a ocho días del mes de febrero, año del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de mi quinientos e cuatro años…

El documento, firmado por la reina y el rey, además del Secretario real, nos obliga a preguntarnos cómo fue posible que se vulnerara la norma del derecho que menciona Rumeu de Armas. Y no es ésta la única situación sorprendente.

En 1511, Diego, el primogénito de don Cristóbal, durante el

pleito con la Corona de Castilla, reclamó para sí los derechos de su padre. Pero el fiscal se negó a ello señalando lo siguiente:

> (eso sólo lo podían disfrutar) los nacionales, vasallos y vecinos del reino, y los extranjeros que llevaban diez años de residencia en el país como domiciliados (…)

Y añadió que ésas eran circunstancias que no concurrían en la persona del Almirante: «Pues el dicho don Cristóbal Colón hera extranjero, no natural, ny vecino del reino, ni morador en él».

Pero, como ya hemos indicado, según el testamento de la reina Isabel, si Colón era extranjero jamás podía haber sido nombrado Almirante de la Mar Océana y Virrey en las Indias.

A todo lo dicho se debe añadir que hay datos que permiten situar a Christóforo Colombo en Italia hasta 1473, y como quiera que la biografía mayoritariamente admitida asegura que el Almirante nació en 1451 resultaría que aún estaba en su patria a la edad de 22 años. Ese dato hace imposible que hubiera realizado los viajes que el propio Colón dijo haber emprendido en su *Libro de las profecías:* «De muy pequeña edad entré en la mar navegando…».

Hernando Colón

Cristóbal Colón tuvo dos hijos, Diego y Hernando, con dos mujeres diferentes, como ya veremos. Hernando, nacido en Córdoba el día 15 de agosto de 1488, escribió una biografía de su padre titulada *Historia del Almirante*.

Como ya se señaló anteriormente, Hernando no encontró editor para su libro en España y tuvo que esperar hasta el año 1571 para que se publicara en Venecia. Hernando había muerto el 12 de julio de 1539, de modo que no pudo ver publicada su obra, y esta vio la luz debido a que Luis Colón, sobrino del autor, estaba tan endeudado que vendió el manuscrito al genovés Baliano de Fornari hacia 1561 para sanear su maltrecha economía.

De manera que la biografía del descubridor no se publicó en nuestro país ni tampoco en castellano. La primera edición en nuestro idioma se hizo esperar hasta 1749.

«Como soy hijo del Almirante don Cristóbal Colón…» escribe

Hernando al comienzo de su obra para revestirse de la autoridad suficiente como para esclarecer toda duda sobre la autenticidad de cuanto va a relatar. Pero de inmediato nos envuelve en una fantástica e increíble historia al remontar los orígenes de su padre a Cornelio Tácito y atribuir a sus antepasados grandes dignidades en la antigua Roma. Además, no duda en perfilar el carácter mesiánico que el propio Colón exhibió en sus escritos («había sido elegido por nuestro Señor para hacer algo tan grande como lo que llevó a cabo», escribe). Y compara a su padre con los profetas bíblicos e, incluso, lo emparenta con la sangre real de Jerusalén. Por último, añade una frase singular sobre el desconocido origen de su progenitor: «Cuanto más capacitado estaba para la gran empresa, tanto menor quiso que patria y origen fuesen conocidos».

Hernando cita algunas de las hipótesis que se habían esgrimido sobre el origen de Colón —todos pueblos próximos a Génova— y asegura que en aquellas tierras hay armas y epitafios de los Colombo y que éste «era el apellido usado por sus mayores». Pero, sorprendentemente, reconoce sobre sus abuelos que «no he podido saber cómo y dónde vivían».

Esquivo sobre la cuna de su padre, Hernando zanja la cuestión de este modo:

> Prefiero que a nosotros toda la gloria nos venga de su persona y no de andar averiguando si su padre fue mercader o si cazaba con halcón.

Pero insiste en que su familia era de alta cuna y menciona una carta que su padre envió a la aya del príncipe Juan en la que se puede leer:

> Yo no soy el primer almirante de mi familia. Que me llamen como quieran…

¿A qué se refería Colón si era hijo de un tejedor genovés?

El historiador Manuel Carrera Díaz trata de responder atribuyendo a Hernando todos los errores:

> Saltan a la vista los numerosos errores, omisiones, reticencias e inoportunidades del texto, sobre todo en la

> primera parte presuntamente biográfica, difícilmente explicables en el hijo que escribe una biografía.

Antonio Rumeu de Armas califica la obra de Hernando como texto «lleno de falsedades, supersticiones e invenciones», mientras que otros autores niegan la autoría de Hernando en la primera parte de su obra (capítulos I al XV) y le atribuyen únicamente la segunda (capítulos XVI-CVIII), donde se relatan los cuatro viajes de Colón a América con el rigor de un notario.

De ser cierta esa hipótesis, ¿quién escribió la primera parte y con qué motivo se esforzó en ocultar el origen del Almirante?

Nombre y apellidos

Hernando Colón afirma que Colombo era «el apellido usado por sus mayores». ¿Por qué se cambió a Colón? Según él:

> Por adaptarse a la patria a la que fue a vivir y comenzar nuevo estado, limó el vocablo para que se conformase con el antiguo diferenciando a los que de él procedían con respecto a todos los demás, que eran colaterales, y tomó el nombre de Colón.

La historiadora Consuelo Varela propone que Colón cambió el apellido por «ser más cómodo de usar en Castilla». Sin embargo, lo cierto es que ya empleaba ese apellido antes de llegar a Castilla, porque el rey de Portugal lo menciona en una carta dirigida al marino cuando vivía en tierras lusas. Alfonso Philippot recuerda igualmente que en los documentos oficiales siempre aparece el apellido Colón y en algunos casos Colom, nunca Colombo. Y que el papa Alejandro IV también utilizó Colón, jamás Colombo.

Varela dice que ese cambio de apellido fue «una asombrosa premonición». ¿Por qué? Tal vez la respuesta la ofrezca fray Bartolomé de las Casas al recordar que Colón significa «poblador de nuevo».

Todo ello invita a pensar que en 1451 nació en Génova un hombre llamado Christóforo Colombo, pero que no era Cristóbal Colón. Y que este último utilizó un apellido falso llevado por su

carácter mesiánico para adaptarlo a una profecía. Una idea que se fortalece al leer que Hernando escribió que los actos de su padre fueron «realizados por algún misterioso designio». Y recuerda que Colombo significa paloma; el animal que la tradición cristiana identifica con el Espíritu Santo. De ese modo, la profecía cobra sentido: Cristóbal Colón sería la paloma que llevó la Gracia del Espíritu Santo al Nuevo Mundo.

En ese sentido, conviene recordar que Christophorus evoca a san Cristóbal, a quien la iconografía representa llevando sobre sus hombros a Jesús a través de las aguas. Lo mismo que, desliza Hernando, hizo su padre al cruzar la Mar Océana.

Es decir, que si no admitimos que Colombo cambió su apellido por el de Colón porque era «más cómodo de usar», pudieron existir dos razones y ambas sorprendentes: modificó su apellido para ajustarlo a una certeza que él tenía y que quiso presentar como una profecía; o creó un nombre *ad hoc* para la profecía. Es decir, un nombre en clave, cifrado. Pero, en este último caso, ¿por qué tanto secretismo?

Tal vez, porque Colón tenía algo que ocultar o porque poseía conocimientos herméticos y empleó juegos de palabras en su nombre debido a influencias místicas.

Colón no hablaba italiano

Los cronistas de los siglos XV y XVI Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo y Andrés Bernáldez (cura de la localidad de Los Palacios), además de Hernando Colón, coinciden en que el Almirante era ligur, pero lo cierto es que no hay pruebas que demuestren que supiera hablar o escribir en italiano. No empleó ese idioma ni siquiera cuando se dirigía a la banca genovesa de San Jorge o al embajador genovés en Castilla, Nicolò Oderigo. A todos ellos les escribió en castellano.

El catedrático de Historia de América Manuel Lucena reconoce ese hecho y añade que «tampoco escribió nada en portugués, que fue su idioma adoptivo mientras vivió en Portugal, desde 1476 hasta 1485». De ser eso cierto, ¿en qué idioma hablaba Colón a su primera esposa, Felipa Moniz, que era portuguesa?

Según el cronista Pedro Mártir de Anglería, Colón vivió en

Génova hasta los 22 o 25 años, por lo que resulta insólito que no supiera escribir en italiano.

El insigne filólogo Ramón Menéndez Pidal estudió el caso y admitió que el primer escrito que tenemos del Almirante se redactó en castellano y data de cuatro años antes de que viniera Colón a Castilla. Por tanto, si aún no había llegado a nuestro país, ¿dónde aprendió castellano el enigmático Colón?

No obstante, Menéndez Pidal, que defendía sin fisuras la hipótesis genovesa para el origen de Colón, escribió: «El interés inquietante de esta primera observación no me llevó ni por un momento a la demasiado vulgarizada hipótesis del Colón español. No perdamos el tiempo en ella». Y explica la evidente contradicción asegurando que «el español no era su lengua materna, sino un idioma aprendido». Pero Pidal no explica dónde aprendió ese idioma el Almirante si ya lo empleaba en cartas antes de llegar a Castilla.

Consuelo Varela ofrece como explicación el argumento de que «el Almirante a lo largo de su vida pasó por varias experiencias lingüísticas diferentes», y añade que los escritos que de él conocemos «son los que redactó cuando había sobrepasado la cuarentena». Pero eso no parece que sea cierto si admitimos lo que dice Pidal a propósito de que Colón ya había escrito en castellano cuatro años antes de venir a España.

Conviene recordar que la tesis oficial sostiene que Colón nació en 1451, y sabemos que vivió en Portugal hasta 1485, de modo que si había escritos suyos de cuatro años antes, entonces hablamos de un Colón que sabía castellano en 1481, aproximadamente. En definitiva, dominaba nuestro idioma no con más de cuarenta años, sino con alrededor de treinta.

Pidal llegó a decir que Colón no escribió en italiano para ocultar su humilde origen, pero eso no explica cómo aprendió castellano ni cuándo. Y otros autores han argumentado que si Colón hubiese escrito en italiano hubiera perdido prestigio en el mundo ibérico; un argumento que tampoco explicaría el motivo por el cual no escribió en italiano ni siquiera a otros italianos.

Lo más parecido al italiano en que escribió alguna vez Colón y que haya llegado a nosotros es un extrañísimo manuscrito de 57 palabras que se incluye en la *Raccolta,* pero que en realidad es una

mezcla de vocablos castellanos, portugueses y algunos semejantes al italiano. Madariaga dijo al respecto de ese texto que es «tan disparatado que sólo puede explicarse por un momento de aberración mental».

También se ha intentado explicar este enigma recordando que los marinos de aquellas épocas aprendían mil lenguas al ir de puerto en puerto. Pero ¿es argumento suficiente para que un hombre de más de veintidós años olvide su lengua materna?

Conviene señalar que incluso en ejemplares escritos en italiano que leía, como por ejemplo una edición de la *Historia* de Plinio, Colón hacía las anotaciones en castellano. Y hay también testimonios sólidos que demuestran que sabía hablar en catalán y en latín. Madariaga, por ejemplo, indica que «cuando su latín era malo, lo era a la manera española».

A tenor de todo lo dicho, ¿debemos concluir que Colón nació en Castilla, puesto que era el castellano el idioma que escribía? Según fray Bartolomé de las Casas, no:

> Todas esas son palabras del Almirante con su humilde y falto de la propiedad de vocablos estilo, como que en Castilla no había nacido.

Y añade que el extraño castellano que usa Colón lleva a pensar que «no fuese lengua materna del Almirante».

¿En qué año nació?

La tesis genovesa sostiene que el Almirante nació en 1451 y murió en 1506 a la edad de cincuenta y cinco años. Afirma que existe un acta notarial dictada en Génova en 1478 en la que Cristóforo Colombo declaraba tener veintisiete años de edad en ese momento, con lo que la cuenta es bien simple: había nacido en 1451.

Sin embargo, Cristóbal Colón escribió a los Reyes Católicos en 1501 lo siguiente:

> Muy altos reyes: de muy pequeña edad entré en la mar navegando y lo he continuado fasta oy. La mesma arte inclina a quien le prosigue a desear de saber los

> secretos d'este mundo. Ya pasan XL años que yo voy en este uso. Todo lo que fasta oy se navega lo he andado.

Si Colón no mintió a los monarcas al asegurar que comenzó a navegar a edad temprana y que pasó en ese oficio más de cuarenta años, debió embarcar como grumete siendo niño, tal vez con diez años de edad. Y, de ser así, no podría estar en Génova aún a los veintidós años, como afirma el acta notarial mencionada. Eso sólo sería posible si Christóforo y Cristóbal fueran dos personas distintas.

A todo lo dicho se puede añadir que el Almirante remitió una carta a los Reyes Católicos el 14 de enero de 1493 en la que asegura: «… después que yo vine a les servir son siete años agora a veinte días de enero este mismo mes». Es decir, que en aquel momento (1493) Colón llevaba siete años en España; de modo que llegó en 1486.

Pero otra misiva dirigida al rey Fernando y fechada en 1505, afirma haber permanecido catorce años en Portugal intentando ganarse el favor del rey luso. Y el 21 de diciembre de 1492, dejó escrito en su diario:

> … he andando 23 años en la mar sin salir de ella tiempo que se haya de contar.

Y en otra carta que dirige a su hijo Diego confiesa haber comenzado a navegar con catorce años y no con diez, como se entendería si creemos la fecha de nacimiento genovesa.

Es más, el cronista Bernáldez asegura que Colón falleció a los setenta años de edad, mientras que Fernández de Oviedo se limita a señalar que murió en «edad avanzada». Y las cuentas cuadrarían, porque si al año de su muerte —1506—, que es el único dato seguro que poseemos, restamos los setenta años de vida que se le suponen, Colón habría nacido en 1436.

Si estos cálculos son correctos, Christóforo Colombo, nacido en 1451, es alguien diferente a Cristóbal Colón, que llegó al mundo en 1436. Pero ¿podemos estar seguros de ello? A la luz de las diferentes teorías que hemos tratado de resumir, parece difícil afirmarlo.

Capítulo 3

¿Quién era Cristóbal Colón?

«Me sentía igual a las dos coronas…»

(Cristóbal Colón)

El ilustrado hijo de un tejedor

Hernando Colón escribió en *Historia del Almirante* que su padre, «en su tierna infancia aprendió letras, y estudió en Pavía». Pero ni siquiera los defensores de la tesis genovesa dan crédito a esa afirmación.

Manuel Carrera, por ejemplo, asegura que «o la frase no es de don Hernando o se trata de una errata de imprenta en la que tal vez se debiera leer, como sugieren algunos estudiosos, "in patria" en vez de "en Pavía"». Sin embargo, no hay ningún dato que permita dar por cierta la hipótesis de Carrera y lo que prevalece es la frase de Hernando, a todas luces una nueva mentira.

Consuelo Varela es tajante al respecto: «Parece poco probable que sus modestos padres se hubieran podido permitir el lujo de costearle estudios literarios ni científicos». Y es lógico, puesto que se presenta a Colón como hijo de un tejedor genovés.

Sin embargo, Colón se vanaglorió de poseer estudios y ciencias que lo alejan de la opinión de Varela, puesto que escribió a los monarcas lo siguiente:

> (Dios) hízome muy experto en náutica, y dióme de astrología lo suficiente, así como de geometría y aritmética (…) y unas manos aptas para dibujar esta

esfera…

Consuelo Varela dice que el navegante pudo aprender esas materias «en cualquiera de las escuelas que exclusivamente para hijos de tejedores existían en la ciudad». Pero entonces, ¿qué hacemos con esta famosa afirmación del Almirante: «De muy pequeña edad entré en la mar navegando y lo he continuado fasta hoy»?

Pero si embarcó como grumete siendo niño, ¿en qué escuela estudió?

¿Náufrago o pirata?

Los historiadores que defienden la tesis genovesa afirman que hacia 1470 Domémico Colombo comenzó a regentar una taberna en Savona que era muy frecuentada por los marinos de la época. Creen que fue allí donde el joven Christóforo escuchó conversaciones de los marineros y quedó fascinado por sus aventuras y, finalmente, se enroló en la tripulación al servicio de los Centurión y los Di Negro, acaudalados mercaderes.

Prosigue esa versión de los hechos asegurando que Colón formó parte de las tripulaciones de barcos en los que ondeaba la bandera de Renato de Anjou y que cuando Colón tenía veinticuatro años de edad se encontraba a bordo de una de las cinco naves que integraban una flota propiedad de Spínola-Di Negro en viaje desde Génova a Inglaterra. Al llegar al cabo de San Vicente, una escuadra francesa les hizo frente y en el combate varias naves se hundieron, entre ellas la de Colón. Pero el futuro Almirante logró llegar a nado a las costas portuguesas, según esa versión de los hechos. Así lo confirma fray Bartolomé de las Casas:

> (él) era muy buen nadador y pudo haber un remo que a ratos le sostenía mientras descansaba, y así anduvo hasta llegar a tierra, que estaría a poco más de dos leguas… Así llegado Cristóbal Colón a tierra, a algún lugar cercano de allí, y cobrando algunas fuerzas del tullimiento de las piernas de la mucha humedad del agua y de los trabajos que había pasado, y curado

> también por ventura de algunas heridas que en la batalla había recibido, fuese a Lisboa, que no estaba lejos.

De manera que si aceptamos la versión más popular de la vida del Almirante, Colón llegó a Portugal a la edad de veinticuatro años y allí permaneció hasta los treinta y tres. Sin embargo, en varias cartas, el navegante dice haber vivido en Portugal durante catorce años a la espera de que el rey luso financiara su proyecto descubridor.

Por otro lado, ¿en qué bando estaba Colón durante aquella refriega naval?

Hernando Colón vincula a su padre con un marino «muy conocido en los mares» llamado Colón el Mozo o el Joven. Pero lo cierto es que el nombre verdadero de ese marino era Jorge Bissipat o Jorge el Griego y no tuvo parentesco alguno con Colón. Además, Hernando añade que su padre navegó bajo las órdenes de ese hombre «durante mucho tiempo». Y en *Historia del Almirante* descubrimos que Colón no lucha en el bando veneciano, sino en el contrario.

La historiadora Consuelo Varela cree que Hernando se equivoca y que el combate entre las naves venecianas y el corsario francés «tuvo lugar en 1485, fecha en la que ya Colón se encontraba en España». Y recuerda que el cronista Pedro Mártir de Anglería escribió que aquel combate tuvo lugar el día 13 de agosto de 1476 y que en él se enfrentaron las naves del corsario francés Guillaume de Casenove y una flotilla veneciana, en la que viajaba Colón.

Esta confusión de fechas lleva a pensar que tal vez hubo dos combates: uno en 1476 y otro en 1485. Y también dos contendientes distintos: en el primero, el corsario francés Guillaume de Casanove o Colombo el Viejo combatió contra cuatro naves genovesas; y en el segundo, el corsario Colombo el Joven hizo frente a cuatro galeazas venecianas.

Pero ¿en cuál de los dos combates participó Colón y en qué bando se encontraba? ¿Era un corsario o un marino mercante?

Manuel Lucena se pregunta: «¿Por qué no forma parte de la lista de los tripulantes genoveses?». Y Gabriel Verd afirma que, tras el combate, «dos naves genovesas que lograron salvarse se refugiaron

en Cádiz, y Colom no se fue con ellas, sino que se quedó en Portugal».

En definitiva, también la llegada de Colón a Portugal está envuelta en la bruma e incluso en la polémica, algo que se repite de forma irritante a lo largo de toda su biografía. Y su hijo Hernando fue uno de los que más contribuyó a esta confusión al decir que su padre aprendió astrología, geometría y dibujo para hacer cartas de marear, y que antes de aquel naufragio el Almirante viajó «a levante y a poniente». Pero no da un solo dato sobre dónde se formó exactamente su padre, limitándose a decir:

> Pocas noticias tengo yo de ellos (se refiere a los viajes citados) y de otras muchas cosas de aquellos primeros tiempos, porque murió en un momento en que yo, por respeto filial, no tenía suficiente osadía o confianza para atreverme a preguntarle sobre ello.

¿Cómo puede ser posible que no supiera nada al respecto si cuando Cristóbal Colón murió Hernando tenía dieciocho años? ¿Cómo creer que nunca le preguntara nada sobre su juventud o que el Almirante no confiara en su hijo detalle alguno de sus primeros años como navegante?

En lo único en lo que Hernando y los demás cronistas coinciden es en la épica que rodeó el hundimiento del barco de Colón y que éste saltó por la borda y nadó hasta la costa «una o dos leguas, o poco más».

¿Qué sucedió en Portugal?

De manera que la versión ortodoxa sitúa a Colón en las costas portuguesas en agosto de 1476 tras el famoso naufragio. Pero ¿qué razones lo llevaron a quedarse en aquel país?

Según Hernando Colón, todo ocurrió por estos motivos:

> Como no estaba muy lejos de Lisboa, donde sabía que moraban muchos genoveses como él, acudió allí tan pronto pudo; ellos, al reconocerlo le dieron tan buen trato y tan excelente acogida, que puso casa en

aquella ciudad y se casó.

¿No parece extraño que Colón jamás regresara a Génova donde se supone que vivía su familia?

Consuelo Varela asegura que Colón fue a Lisboa porque allí tenía sucursal su casa genovesa y que se quedó en la capital lusa debido a que «desde fines del siglo XIV, las rutas oceánicas que avanzaban por las costas africanas estaban dominadas por las escuadras de los reyes de Portugal y sus flotas aliadas».

Eso es cierto y muy importante.

Gracias al empeño del entonces infante Enrique el Navegante, el reino de Portugal acabaría controlando el comercio del oro africano, de las especias y del tráfico de esclavos.

Por tanto, no cabe duda de que Portugal era en aquella época un lugar atractivo para un marino. Allí se habían producido avances extraordinarios en navegación y se había descubierto que la galera, demasiado baja en el agua, no podía enfrentarse al terrible oleaje atlántico; un hándicap que no tenía el navío, pero era demasiado pesado. Por ello, se eligió la carabela —embarcación alargada y de proa afilada para hender las olas— como el barco más adecuado para semejantes empresas, a pesar de sus modestas medidas (alrededor de 150 toneladas).

Además, Portugal había invertido esfuerzos y presupuesto en resolver otros problemas que se advirtieron en la navegación de altura a lo largo de la costa africana. Y sobre todo, Portugal había sido el lugar donde la antigua Orden del Temple gozó de mayores apoyos tras ser disuelta por bula papal. Los freires se camuflaron bajo el hábito de la Orden de Cristo y allí vivían también cosmógrafos que habían trabajado para ellos.

De modo que hay argumentos para que Colón se sintiera atraído por Portugal, pero ¿explican que jamás regresara a Génova? ¿Cómo fue posible que un náufrago de origen humilde contrajese matrimonio con una adinerada mujer de sangre noble llamada Felipa Moniz?

Hernando Colón lo explica de un modo tan poco creíble como de costumbre:

> Como era de comportamiento honrado, de hermosa presencia y no se separaba del buen camino, sucedió

> que una señora llamada doña Felipa Moniz, de sangre noble (…) tomó tanto trato y amistad con él que se convirtió en su mujer.

Hernando relata que el encuentro en su padre y Felipa Moniz tuvo lugar en el monasterio de los Santos, donde ella era comendadora y adonde él solía ir a escuchar misa. Meses más tarde, ya casados, se instalaron en Porto Santo, en Madeira. Fruto de aquella relación nació el primer hijo del Almirante, Diego.

Pero tal vez hubo otras razones que impulsaron a Colón a permanecer en Portugal, más allá de los adelantos en navegación y el oportuno encuentro amoroso con Felipa. Me refiero a la situación que se vivía en Castilla en aquel momento y que tuvo por protagonista a la Beltraneja o las posibles relaciones que el futuro Almirante estableció con geógrafos judíos allí afincados, como Abraham Zacuto. O incluso a secretos de la familia de Felipa Moniz que sedujeron al futuro Almirante, como ya veremos cuando se mencione el papel que tuvo su suegro, Bartolomé Perestrello, en los planes del futuro Descubridor.

El Príncipe de Viana

En líneas anteriores hemos mencionado a la Beltraneja, y seguramente el lector se habrá interrogado sobre qué pudo haber tenido que ver esa figura histórica con la oscura biografía de Cristóbal Colón. La respuesta se encuentra en una de las hipótesis que se han barajado sobre la identidad del navegante y que plantea que pudo haber sido hijo del príncipe de Viana.

A continuación, resumiré los motivos por los cuales se ha llegado a pensar tal cosa.

La reina Isabel de Castilla, hija de Isabel de Portugal y de Juan II, había nacido el 22 de abril de 1451, en Madrigal de las Altas Torres, y tuvo un hermano, Enrique IV, apodado el Impotente debido a que, tras años de matrimonio con Blanca de Navarra, no tuvo un heredero. El monarca culpó a su esposa y contrajo segundas nupcias con Juana de Avís, hija de los reyes portugueses. Sin embargo, el heredero no llegaba.

Fue entonces cuando comenzó a murmurarse que la reina

mantenía una relación con el cortesano Beltrán de la Cuerva. Y lo cierto fue que no tardó en quedar preñada y dio a luz a una niña a la que bautizaron con el nombre de su madre, Juana, pero el pueblo la apodó la Beltraneja, recordando el nombre de quien sospechaban que era el verdadero padre.

El rey, para evitar el escándalo, presentó a la niña como hija suya y fue nombrada princesa de Asturias en 1462 y heredera al trono. Pero una parte de la nobleza liderada por el marqués de Villena no aceptó el nombramiento y propuso como sucesora a la hermana del rey, Isabel.

Se inició entonces un conflicto que concluyó con el Pacto de los Toros de Guisando. Pero cuando en 1474 murió el monarca y se aupó al trono a Isabel, los partidarios de la Beltraneja se alzaron en armas y se inició una guerra que habría de prolongarse hasta 1479, con la firma del Tratado de Alcaçovas-Toledo. Isabel fue reconocida como reina.

La soberana de Castilla había contraído matrimonio diez años antes con Fernando, rey de Aragón, nacido en el pueblo de Sos (el del Rey Católico). En el momento del enlace, ella tenía 18 años; él, 17.

Durante el tiempo en que duró la guerra entre la Beltraneja e Isabel, Colón estaba en Portugal y podría pensarse que las disputas por el trono de Castilla le resultaban ajenas. Sin embargo, hay autores que no lo creen.

La hipótesis que plantean se basa en las supuestas relaciones que la reina Isabel había mantenido en su juventud, a pesar de que no destacó por su belleza por mucho que mienta el cronista Andrés Bernáldez, al afirmar que «fue muger muy fermosa, de gentil cuerpo é gesto y composición».

Uno de aquellos supuestos pretendientes fue el príncipe de Viana y, según Gabriel Verd, él fue el padre de Cristóbal Colón.

El príncipe de Viana, Carlos d'Evreux y Trastámara, había nacido en Peñafiel en 1421. Era hijo de Blanca I de Navarra y de Juan II de Aragón, con quien tuvo siempre fuertes diferencias que hicieron que, tras la muerte de su madre en 1441, se encontrara sin apoyos. Y su situación empeoró cuando su padre contrajo nuevas nupcias con doña Juana Enríquez, pues fruto de aquel matrimonio nació el futuro Fernando el Católico. Es decir, que Fernando y

Carlos, príncipe de Viana, eran hermanastros y ambos se vieron enfrentados cuando el rey Juan II se decantó por Fernando en perjuicio de su primogénito, que se vio obligado a huir a Nápoles y Sicilia.

Finalmente, Carlos murió de forma enigmática en Barcelona el 23 de septiembre de 1461. Algunas teorías afirman que fue envenenado por orden de su madrastra, la madre de Fernando.

El investigador Gabriel Verd recuerda que durante unos meses del año 1459, don Carlos fue confinado en el castillo de Santueri, al sureste de Felanitx, en Mallorca. Y existe una tradición popular según la cual el príncipe mantuvo una relación con una joven llamada Margalida Colom (versión local del castellano Margarita), vecina de Son Ramonet. Se afirma que sus encuentros amorosos pudieron tener por escenario una cueva situada a medio camino entre Palma y el castillo donde el príncipe estaba confinado. En recuerdo de aquellos amores, sostiene Verd, el Almirante bautizó como Margalida —el nombre de su madre, si creemos esta posibilidad— a una isla próxima a Venezuela en el transcurso de su tercer viaje.

Recoge el autor una cita que reproduce Manuel Iribarren en *El príncipe de Viana (un futuro frustrado)* y que, asegura, es parte de una carta que el propio don Carlos remitió al gobernador de Mallorca fechada el 28 de octubre de 1459:

> Agradecemos mucho lo que fecho haveys en recomendación de Margarita, la verdad de la cosa mostrará lo que haveys sentido de ella ser prenyada.

Margalida Colom era de ascendencia judía y, posiblemente, pariente de uno de los cabecillas del movimiento denominado forense, que se había producido en Mallorca años antes y alrededor del cual se teje la segunda hipótesis mallorquina sobre el origen de Colón.

Don Carlos tuvo a lo largo de su vida varias amantes que dieron a luz hijos suyos a los cuales reconoció. Sin embargo, no hizo lo propio con el supuesto retoño nacido de su amor con Margalida Colom. Gabriel Verd ofrece esta explicación:

> … era un hijo no reconocido por su padre, debido a que

> una serie de adversidades no le permitieron legitimarlo, pues desde el momento en que nace Colom, en 1460, hasta el fin de sus días, septiembre de 1461, Don Carlos se vio privado de su libertad por orden del Rey Juan II.

De ser cierta esta hipótesis, Colón tenía razones suficientes como para exigir a los Reyes Católicos los honores y prebendas que se contemplaron en las Capitulaciones de Santa Fe, algo inaudito si hubiera sido el hijo de un tejedor. Y recuerda que Colón escribió:

> Pensando lo que yo era me confundía mi humildad, pero, pensando en lo que llevaba, me sentía igual a las dos coronas.

Según Verd, tras la firma de las Capitulaciones los reyes y Colón alcanzaron un pacto de silencio sobre el origen del marino. Colón podía ser considerado extranjero en Castilla, pues era aragonés. Y como don Carlos había sido uno de los pretendientes que Isabel tuvo en su juventud, la reina le favoreció en mayor medida que Fernando. Por eso fue ella quien le sostuvo económicamente durante los siete años que hubo de esperar hasta que su proyecto descubridor salió adelante. Y por idénticos motivos, según Verd, el rey Fernando siempre se mostró más frío con aquella aventura y, tras morir Colón, los descendientes del Almirante terminaron pleiteando con la Corona por la herencia y por lo que consideraban incumplimientos del monarca.

Verd cree que esta hipótesis explica los motivos por los cuales, tras ser recibido Colón por los reyes en Barcelona al regresar de su primer viaje a América, no se escribió ninguna crónica de aquella audiencia:

> Se sabe que a la sazón el Consejo de Ciento estaba sometido a las órdenes del Rey, lo que explica que dicho silencio se guardó por orden expresa del Monarca…

Lo cierto es que, si hubo alguna crónica, desapareció. Como sucedió con el diario original del Almirante, y del que hoy conocemos fragmentos tal vez escritos por él y el extracto del

mismo de fray Bartolomé de las Casas.

Por último, señala Verd, la alta cuna de la que Colón procedía explica que Felipa Moniz aceptara casarse con él siendo ella misma noble, o que Colón exigiera al rey de Portugal, a cambio de ofrecerle su proyecto, ser nombrado Almirante del Océano, Virrey y gobernador a perpetuidad de las tierras que descubriera. Y además, los cargos debían ser hereditarios.

Esta hipótesis podría explicar el apoyo que encontró Colón en la persona del duque de Medinacelli, don Luis de la Cerda, en cuya residencia del puerto de Santa María se hospedaría el marino durante dos años. La razón es simple: el duque estaba casado con doña Ana de Navarra, hija del príncipe de Viana y doña María de Armendáriz, con lo que Colón y el duque de Medinacelli serían cuñados. De otro modo, afirma Verd, ¿por qué motivo iba a apoyar a un desconocido genovés uno de los hombres más poderosos de la época?

Este posible origen del Almirante explicaría igualmente el apoyo que recibió del escribano de ración de la Corona de Aragón, Luis Santángel, que al cabo sería también el primero —se dice que antes que los reyes— que recibió la noticia del Descubrimiento de América, lo cual no deja de ser otro misterio. Y, además, al parecer le escribió en catalán, aunque esa carta también desapareció.

Sin embargo, Hernando Colón, que era extremadamente cuidadoso al anotar todos los libros que compraba y todos los papeles que guardaba en su archivo, hace una referencia a esa misiva en uno de esos catálogos:

> Cristóforo Colon. Letra enviada al escriva de racio. 1493. En catalán. 4643.

Verd asegura que «todos los ejemplares de esta edición (la catalana) han desaparecido, absolutamente todos, incluido el del propio hijo de Cristóbal Colón». Se diría, por tanto, que parece haber una mano negra que se ha dedicado a eliminar documentos comprometedores o a falsificar otros que tenían que ver con el Almirante.

Por último, el citado autor recuerda dos salvoconductos que extendieron los Reyes Católicos junto a las Capitulaciones de Santa Fe. En uno de ellos se lee:

> Enviamos al *noble* Cristóbal Colón con tres carabelas por el Mar Océano hacia las Indias. Dado en Granada, 16 de abril de 1492. [El subrayado es nuestro].

¿Debemos entender la palabra *noble* como un adjetivo que define el carácter de Colón o como una distinción que le corresponde por estatus social?

Juan Colón

La que acabamos de resumir no es la única teoría que propone que Colón era de origen mallorquín.

La posible catalanidad del Almirante fue planteada por algunos estudiosos ya en el siglo XVIII. Pero fue en 1927 cuando cobró más vigor al publicar Luis Ulloa su obra *Cristóbal Colón catalán. El verdadero origen del descubrimiento de América*.

En aquella época Manuel Rubio y Borrás era el responsable de la Biblioteca Universitaria de Barcelona y un día recibió una carta remitida por un anónimo bibliófilo desde Milán. El autor, que firmaba con un seudónimo la misiva, afirmaba poseer pruebas que demostraban que Colón era de origen catalán.

Rubio y Borrás respondió al remitente solicitando esas pruebas y el desconocido le envió el original de un documento que decía haber encontrado bajo las guardas de un libro en la biblioteca de la noble familia Borromeo. El documento estaba firmado por el conde Juan Borromeo y fechado en Bérgamo en 1494. En él se podía leer:

> Yo, Juan Borromeo, habiéndome quitado manifestar la verdad secretamente conocida por medio del señor Pedro de Angliera, tesorero de los Reyes Católicos de España, como debe asimismo igualmente, quiero tener perpetua memoria confiando a la Historia ser Colonus Cristopherens de Mallorca y no de la Liguria. El dicho Pedro de Angliera estimó que fuese oculta la astucia de Juan Colón, porque con ocasión política y religión lo habían aconsejado fingirse Cristophoreus Colón para pedir la ayuda de las naves del Rey de España. Y diré

> que Colón equivale a Colombo, porque habiendo descubierto que vive en Génova un cierto Cristophore Colombo Conojosa, hijo de Domingo y Susana Fontanarrosa, no se había de confundir con el navegante de las Indias occidentales.

Aquel documento, si era auténtico, probaba que el Almirante y el Colombo italiano eran dos personas diferentes y que su verdadero nombre era Juan Colón, el cual cambió por «ocasión política y religión». Pero entonces, ¿quién era Juan Colón y por qué motivos políticos o religiosos cambió su identidad?

J. Suau Alabern asegura que el misterioso documento —de 23 por 28 centímetros— estaba escrito en una letra cursiva, al parecer muy usada en la Italia del siglo XVI, y la noticia de su existencia provocó una gran polémica después de que Rubio y Borrás publicase un artículo en el diario ABC en su edición del 21 de agosto de 1931. A partir de ese instante, se abrió un apasionado debate.

¿Quién era Juan Colón?

Los defensores de esta hipótesis sostienen que era hijo de uno de los líderes del movimiento campesino denominado forense que se enfrentó al rey de Aragón Juan II (el padre de Fernando el Católico). Juan Colón —Colom en la versión mallorquina— tuvo al menos dos hijos: Juan y Bartolomé. Ambos huyeron de su tierra tras ser sofocada la revuelta campesina. Esta teoría propone que Juan Colom, nacido en Felanitx en 1436, cambió su nombre por el de Cristóbal Colón debido a razones políticas (obviamente, la Corona de Aragón lo consideraba un enemigo, aunque derrotado) y religiosas (era judío).

Esta hipótesis afirma que Colón, desterrado, embarcó en 1454 en la flota del corsario Casanove Colom, y que, tras el naufragio que ya conocemos, ganó a nado las costas portuguesas en 1460. Durante esos años, Colón ejerció como pirata a sueldo de René de Anjou, enemigo de Aragón y del rey francés Luis XI, el cual luchó junto a Portugal defendiendo a Juana la Beltraneja contra la reina Isabel. Por ello, según los defensores de esta teoría, Colón ocultó su verdadera identidad cuando se entrevistó con los Reyes Católicos.

Si damos crédito a esta biografía, Colón murió con setenta años, eso coincidiría con la fecha propuesta por el cronista Bernáldez.

También serviría para explicar los motivos por los cuales Colón encontró apoyos en la Corte aragonesa. Por último, recuerdan quienes abrazan esta teoría, que cuando Juan Colón nació ya existía cerca del pueblo de Felanitx un santuario llamado San Salvador, y ésa sería la razón por la cual bautizó con ese nombre la primera isla que encontró en su aventura americana.

Criptojudío

Autores como Salvador de Madariaga o Nito Verdera están seguros de que Colón era judío. Verdera afirma que fue «un navegante de la Corona de Aragón, que tenía estrecha relación con Ibiza (…) era catalanoparlante y judío converso». Y no duda en asegurar que la verdadera familia del Almirante eran los Colom, una familia de origen judío afincada en Ibiza, donde gozaban de tal prestigio que incluso tenían escudo armas y gozaban de enorme influencia en el *call* o aljama de Barcelona.

Madariaga, por su parte, cree que la familia del Almirante era judía, pero se trasladó a Génova tiempo atrás. Según él, Colón no nació en 1451, como dicen los genovistas, ni tampoco en 1460, como defienden quienes le ven como hijo del príncipe de Viana. En realidad, afirma, el navegante vino al mundo en 1436, puesto que el cronista Andrés Bernáldez aseguró que Colón falleció a los setenta años de edad.

Verdera, sin embargo, reconoce que «no consta de manera documental la fecha de nacimiento de Cristóbal Colón», pero menciona una cédula dictada por el rey Fernando y firmada el 23 de febrero de 1505 por la que se autorizaba al Almirante, ya en su ancianidad, a andar en mula ensillada por cualquier lugar de España, dado que la mala salud del Almirante le impide montar a caballo. Y añade:

> … acatando lo susodicho e vuestra ancianidad, por la presente vos doy licencia…

Considera Verdera que la palabra ancianidad describe mejor a un hombre de setenta años que a uno de cincuenta y cinco.

De acuerdo con esta teoría, Colón sirvió como corsario al

servicio del rey francés y del portugués, razón por la que al llegar a Portugal tuvo las puertas del rey abiertas y pudo contraer matrimonio con la noble Felipa Moniz. Igualmente, Verdera asegura que «Colón utilizó muchos topónimos de las costas de Ibiza y de Formentera para bautizar los accidentes geográficos que encontraba en el Caribe», aunque niega, como decían los mallorquines, que llamara Margalida a una isla en recuerdo de su supuesta madre. Para Verdera, ese topónimo se explica por los islotes ibicencos llamados Ses Margalides, el mayor de los cuales, afirma, guarda un gran parecido con isla Margalida (hoy Margarita) de Venezuela. Asimismo, el nombre de San Salvador no recuerda al citado monasterio de Felanitx, sino al antiguo patrón de la marina ibicenca.

Y lo cierto es que, independientemente de que los topónimos respondan a recuerdos mallorquines o ibicencos, como bien dice Verdera: «No utilizó ningún nombre de las costas del Golfo de Génova ni de la Liguria italiana…, señal de que tales topónimos no le eran gratos ni familiares».

Igualmente, resulta curioso que en sus escritos el Almirante mencione con frecuencia a personajes de la cultura hebrea, caso de Esdras, David, Salomón, Abraham o Moisés. En ocasiones, incluso, afirma haber tenido sueños en los que se compara con alguno de aquellos líderes hebreos:

> Cansado me adormecí gimiendo. Una voz piadosa oí diciendo: las Indias, que son parte del mundo tan ricas, te las dio por tuyas y fuiste obedecido en tantas tierras y de los cristianos cobraste hornada fama. ¿Qué hizo Él más al tu pueblo de Israel, cuando lo sacó de Egipto, ni por David, que de pastor hizo rey en Judea?

¿Es un mero juego literario o hay razones para pensar que Colón era judío? ¿Explicaría eso el motivo por el cual gozó del apoyo de judíos antes del Descubrimiento, como Juan Cabrero, criado mayor del rey Fernando; Alfonso de la Caballería, vicecanciller del mismo rey; Gabriel Sánchez, tesorero de Aragón, o Luis Santángel, escribano de Ración?

Verdera asegura que el Almirante conoció al astrónomo Abraham Zacuto y utilizó sus obras. Y en el primer viaje a América,

se llevó a Luis de Torres, un judío a quien bautizaron apresuradamente antes de partir para que ejerciera de intérprete. Pero ¿para qué iba a necesitar un intérprete hebreo si se suponía que viajaban a Catay y Cipango?

Verdera alerta también sobre el hecho de que Colón ordenó que toda la tripulación embarcara la noche anterior, algo nada frecuente entre los marineros y más aún cuando muchos de ellos eran de Palos y podían haber dormido en sus casas. Verdera cree que el Almirante tomó esa decisión porque «el edicto de expulsión de los judíos (es decir, el plazo que tenían para salir de España), finalizaba el viernes 31 de julio, pero la reina lo prorrogó hasta el jueves 2 de agosto, que coincidió con el 9 Ab del calendario judío, aniversario de la segunda destrucción del templo de Jerusalén».

Y añade el mismo autor que se obligó a todo el mundo a embarcar la noche previa para disimular que «algunos se pusieron a salvo de la Inquisición».

De ser cierta esta hipótesis, los monarcas debían estar al tanto y sabían que en la tripulación había judíos mal conversos o sin conversión, y que el propio Colón era uno de ellos, como probaría el hecho de que, recuerda Verdera, «en once cartas que escribió Colón a su hijo Diego, en el margen superior izquierdo, aparece una rúbrica con los caracteres hebreos Bet-Hai, abreviatura de Baruch Hashem, que significa: ¡Alabado sea el Señor!».

Autores como Maurice David, Simón Wiesenthal, profesores del Instituto de Manuscritos Hebreos de Jerusalén, o el doctor Josef Kaplan, de la Universidad Hebrea de Jerusalén, a quienes Verdera mostró copia de esas cartas, identificaron la rúbrica con las palabras hebreas mencionadas.

Verdera asegura que expuso las once cartas de Colón remitidas a su hijo Diego al peritaje científico de la Policía Nacional y que concluyó que todas fueron escritas por la misma mano y escritas de derecha a izquierda.

Por último, recordemos que en el codicilo de 19 de mayo de 1506, considerado auténtico, Colón escribió que tras su muerte había que tener en cuenta a un judío portugués:

> … a un judío que morava a la puerta de la judería de Lisboa, o a quien mandare un sacerdote, el valor de medio marco de plata.

¿Por qué escribió esas frases?

Según Peter Dickson, a quien cita Verdera, «este legado recuerda la antigua tradición judía de la ofrenda de medio siclo para el mantenimiento del Templo o santuario…».

Lo cierto es que a lo largo de su vida, Colón se muestra en sus escritos obsesionado con la reconstrucción del templo de Jerusalén.

Orígenes gallegos

En el siglo XIX, el investigador Celso García de la Riega descubrió una serie de actas notariales e inscripciones lapidarias de los siglos XV y XVI en las que aparecía el apellido Colón y comenzó a indagar si aquel hombre tenía algo que ver con el Almirante. Tras sus pesquisas, la teoría de que el navegante fuera de origen gallego comenzó a tomar forma, y más recientemente Alfonso Philippot publicó el fruto de una ardua investigación al respecto. En su obra, este investigador asegura que tras el derrumbe del viejo altar de la iglesia de Santa María la Mayor, en Pontevedra, Casto Sampedro, por entonces presidente de la Sociedad Arqueológica provincial, descubrió una sorprendente inscripción:

Os do cerco de Joan Neto e Joan de Collon fiseron esta capilla.

Posteriormente, otros documentos condujeron a García de la Riega y a otros autores a afirmar que el nombre que se le dio a la nao *Santa María* originalmente, La *Gallega*, se debía a que había sido construida en los astilleros pontevedreses de La Moureira; una idea que Philippot cree posible al asegurar que «en un contrato de fletamento suscrito en aquella ciudad (Pontevedra) el 5 de julio de 1489, se cita una nave llamada “Santa María, la gallega”, propiedad de Fernando Cerviño…».

Philipot cree que la nao, que era propiedad del marino y piloto cántabro nacido en Santoña Juan de la Cosa, había sido adquirida por éste en Pontevedra, a pesar de que otros proponen que se fue construida en Santoña o en el País Vasco.

Asimismo, este autor subraya algo que ya hemos visto en páginas anteriores: no hay documentos oficiales donde se hable de

Colombo, sino de Colón, y recuerda que el navegante no bautizó con ningún nombre italiano las tierras que descubrió. En cambio, Ricardo Beltrán y Rózpide en *Cristóbal Colón y Cristóforo Colombo* afirma:

> Toda la nomenclatura geográfica de las tierras descubiertas por Colón en sus cuatro viajes es española, siendo de notar que en ella se reproducen voces propias y aun exclusivas, únicas, del litoral gallego.

El primer ejemplo que proponen es el primer bautismo colombino: San Salvador. Según Philippot, este nombre, que no es el normal del Santoral —sería El Salvador—, es un modismo habitual en Galicia (San Salvador de Lérez, de Meis, de Poio…). Además, añade, la segunda isla a la que el Almirante dio nombre cristiano, tal y como recoge en su diario del lunes 15 de octubre, fue la de Concepción y recuerda que Nuestra Señora de la Concepción se venera en la iglesia pontevedresa de San Salvador.

Pero el mejor ejemplo de toponimia gallega en América sería Porto Santo. Colón nombró de ese modo a un enclave decisivo en su aventura caribeña, y aunque los historiadores ortodoxos piensan que fue un homenaje al Porto Santo de Madeira en el que Colón vivió junto a Felipa Moniz, Philippot les contradice y sostiene que fue «emocionada evocación de la villa marinera ubicada en la desembocadura del Lérez, de donde, precisamente, proceden los Colones pontevedreses».

García de la Riega creía que los Colones habían llegado a Galicia desde Génova y que eran de origen judío y de cuna humilde. Su tesis se apoyaba en unos documentos que, más tarde, serían juzgados como falsos y en los que se leía que ya en el siglo XV había en Pontevedra una familia judía apellidada Fonterosa, y de la Riega concluyó que Susana, la madre de Colón, procedía de esa familia.

Sin embargo, Altolaguirre criticó esa idea al decir que si no se admite que Cristóforo Colombo y Cristóbal Colón eran la misma persona, resultaba difícil creer que ambos hubieran tenido una madre que se llamara igual.

Alfonso Philippot coincide con García de la Riega en que Colón era gallego, pero discrepa en que fuera judío de origen, y aún menos de cuna humilde. En ese caso, opina, no hubiera podido

casarse con una noble como Felipa Moniz ni habría accedido a los estudios y conocimientos que evidenció poseer.

Para Philippot, Colón era en realidad Pedro Álvarez, conde de Camiña, a quien apodaban Pedro Madruga. Y el verdadero padre de Colón sería Fernán Yáñez de Soutomaior y su madre, una mujer llamada Constanza, con quien nunca se casó. Los apellidos de la joven fueron desconocidos hasta que el autor de *La identidad de Cristóbal Colón* los rescató del olvido: Constanza González Colón, nieta del primer Colón genovés que emigró a Galicia tiempo atrás.

Pedro Álvarez, a quien Philippot identifica con Cristóbal Colón, nació en 1432. Su madre se casó más tarde con Juan Gonçalves do Ribeiro, o Moço, y de aquel matrimonio nació Bartolomé Gonçalvez; es decir, el hermano del Almirante que nombran las crónicas: Bartolomé.

Philippot asegura que Cristóbal Colón combatió contra la revuelta irmandiña, y también contra los mismísimos Reyes Católicos, puesto que apoyó a Juana la Beltraneja frente a Isabel. Pero, tras ser derrotado, Pedro (Cristóbal) se vio obligado a huir a Portugal, a cuya Corte no llegaría como náufrago, sino en calidad de refugiado político. Y fue allí donde se familiarizó con el mundo de los descubrimientos marítimos, accedió a documentación trascendente para su futuro, como la Carta de Toscanelli, y fraguó un plan que propuso al rey portugués, pero que éste rechazó. Por ello, se encaminó hacia Castilla y buscó el apoyo del cardenal Mendoza para acceder a los reyes y presentarles su proyecto descubridor.

No obstante, esta teoría no es la única que propone un origen gallego para el Almirante. Eduardo Esteban Meruéndano, presidente de la Asociación Cristóbal Colón Galego, se apoya también en la toponimia, la lengua y en ciertos documentos para asegurar que Colón estaba emparentado con la familia gallega Fernández Sotomayor, a la que perteneció un obispo de Tuy llamado Juan Fernández de Sotomayor.

¿Un Mendoza?

Ricardo Sanz García en *Cristóbal Colón, alcarreño o América la*

bien llamada propuso una hipótesis diferente sobre el origen de Colón y exhumó una historia desconocida repleta de amores prohibidos e intrigas cortesanas. Esta teoría ha tenido continuación en la obra *Cristóbal Colón. Una historia por completar,* escrita por Alfonso Carlos Sanz Núñez, hijo de Sanz García.

Diego Hurtado de Mendoza, cabeza visible de la poderosa familia Mendoza y además almirante de Castilla —si bien el cargo se lo arrebató en su infancia su tío Alfonso Enríquez— casó en primeras nupcias con María Enríquez en el último cuarto del siglo XIV. De aquel matrimonio nacieron dos hijos: un niño, que murió prematuramente, y una niña a la que llamaron Aldonza. A ella le correspondía heredar los títulos y el patrimonio familiar, pero las cosas sucedieron de otro modo.

Su padre tuvo una segunda esposa, Leonor de la Vega, con la que tuvo otros dos hijos: Diego, que murió, e Íñigo López de Mendoza, el futuro marqués de Santillana. Más tarde, este último contrajo matrimonio con Catalina de Figueroa y de ese enlace nacieron varios hijos, entre los que se contaron Diego Hurtado de Mendoza, duque del Infantado, y Pedro González de Mendoza, su quinto vástago, que se convertiría en el todopoderoso cardenal Mendoza.

De manera que Íñigo López de Mendoza, primer marqués de Santillana, y Aldonza Mendoza eran hermanastros. ¿A quién correspondía heredar y qué pudo tener esa familia con Cristóbal Colón?

La historia nos dice que Aldonza se casó en 1405 con Fadrique, conde de Trastámara y duque de Arjona. Ese matrimonio no tuvo descendencia, y se afirma que él la maltrató. Sin embargo, cuando Fadrique murió en 1430, Aldonza pudo haber mantenido relaciones con otro hombre y haber parido hijos. Al menos eso da a entender el padre Hernando Pecha en su *Historia de Gualaxara:* «… no tuvo hijos de este matrimonio…».

¿Quiere eso decir que pudo tenerlos de otra relación?

Eso afirma Sanz García, aunque el padre Pecha parece negar esa posibilidad: «Viuda y sin hijos, retiróse a Guadalaxara con su padre y allí vivió toda su vida sin mudar de estado».

Pero entonces, ¿cómo entender lo que se relata en la *Crónica del Halconero* que reproduce Rogelio Pérez-Bustamante en su obra *El*

marqués de Santillana? En ese texto se asegura que Aldonza llamó a su hermanastro para dictar su testamento haciéndole prometer que le dará sus tierras «con la condición de que Mencía, hija de don Íñigo López de Mendoza, casase con Alfón el Doncel, llamado también Rodrigo de Mendoza, hijo de la duquesa».

¿Quién es el misterioso hijo de la duquesa al que la crónica llama Alfón el Doncel?

Por otra parte, en ese testamento se ordena entregar 13.000 maravedíes a alguien llamado Cristóbal Genovés. ¿Quién era ese hombre?

Ricardo Sanz sostiene que se trataba del marido de la nodriza que la duquesa había contratado para amamantar a los hijos nacidos de su relación con Diego Manrique, conde de Tremiño. El secretismo que rodeó a esos hijos ilegítimos estaba justificado por los intereses que había en juego. Si ella moría sin descendientes, los títulos y posesiones familiares pasaban a su hermanastro, el marqués de Santillana. De modo que temía por la vida de los pequeños.

En sus últimos meses de vida, Aldonza Mendoza tomó decisiones inesperadas. Abandonó Guadalajara y, a pesar de que poseía palacios en Madrid, Toledo o Valladolid, se trasladó a Espinosa de Henares. El motivo, según Ricardo Sanz, fue dar a luz a los hijos nacidos de su relación con el conde de Tremiño. Pero, tras el parto, Aldonza falleció el 18 de junio de 1435. Los recién nacidos eran gemelos y uno de ellos sería Cristóbal Colón.

Sanz García deduce que se trató de gemelos porque, a pesar de que en la *Crónica del Halconero* se menciona a Alfón el Doncel, «llamado también Rodrigo de Mendoza», en realidad serían dos personas diferentes. García presume que Alfón, a quien nunca se vuelve a citar, debió de ser asesinado por orden del marqués de Santillana, mientras que Rodrigo de Mendoza fue puesto a salvo por partidarios de Aldonza. Sus salvadores serían Cristóbal Genovés y su esposa, la nodriza contratada por la duquesa. Ellos criaron al pequeño hasta la edad de siete años y cambiaron su nombre por el de Cristóbal.

Por otra parte, poco después de la muerte de Aldonza, su amante, el conde de Tremiño, se declaró heredero de sus bienes y se hizo fuerte en Cogolludo. El marqués de Santillana reaccionó

poniendo cerco a la plaza, disputándose ambos los bienes de Aldonza; un hecho que no hubiera ocurrido si ella careciera de descendientes directos.

En su testamento, Aldonza dejaba generosas aportaciones a varias iglesias y, especialmente, al monasterio jerónimo de San Bartolomé de Lupiana, donde incluso pidió que se la enterrase. Y tras aquellos muros, según esta tesis, se habría educado el futuro descubridor tras haber sido donado por parte de la familia Genovés. El prior, Esteban de León, era conocedor del secreto de su origen.

Tras estudiar los escritos del Almirante, Ricardo Sanz resuelve el misterio de la lengua del descubridor al afirmar que «tenía un defecto al escribir y posiblemente al hablar». Sanz, que fue médico, diagnosticó que el Almirante padecía barbarolalia o articulación con acento extranjero o cierto provincialismo. Al parecer, quienes padecen esta patología escriben igual que hablan, y además es un mal hereditario, por lo que este autor, tras examinar textos de los hijos del Almirante o donde se les menciona, aseguró que Hernando no lo padeció, pero sobre Diego recuerda una frase de Bartolomé de las Casas: «Diego Colón, hijo del almirante, era medianamente bien hablado…».

¿Qué significa «medianamente bien hablado»?

En opinión de Sanz García, Diego sufría el mismo defecto que padre, algo que, asegura, caracterizó también al marqués de Santillana, cuyo estilo, a su juicio, se asemeja al colombino.

Esta tesis explicaría el apoyo que el cardenal Pedro González de Mendoza, quinto hijo de Íñigo López de Mendoza, prestó a Colón años después, puesto que eran primos. Igualmente, explicaría la razón por la que Cristóbal Colón aseguró que no era el primer almirante de su familia, algo imposible si era descendiente de un lanero genovés. Y ese motivo explicaría su obstinación en recibir el cargo de Almirante, como se lee en las Capitulaciones de Santa Fe, «con todas aquellas preeminencias e prerrogativas pertenecientes al tal officio, e segund que don Alfonso Enríquez…».

¿Por qué menciona Colón a Alfonso Enríquez si en ese momento ese hombre ya estaba muerto y ocupaba el cargo de almirante de Castilla su hijo Fadrique?

Juan Manzano asegura que esa manera de entender el cargo («e segund que don Alfonso Enríquez»), lo convertía en hereditario. Sin

embargo, sin negar esa posibilidad pero complementándola a la luz de la posible cuna alcarreña del Almirante, tal vez lo que quiso fue recuperar un ministerio que había sido usurpado a los Mendoza tiempo atrás.

Alfonso Carlos Sanz Núñez, hijo de Ricardo Sanz, recogió hace años el testigo de los trabajos de su padre y, recientemente, además de participar en la reunión de expertos colombinos celebrada en Granada en la primavera de 2021, ha publicado *Cristóbal Colón. Una historia por completar,* en la que ofrece una serie de conclusiones que tuvo la amabilidad de resumirme tras ponerme en contacto con él. Las más relevantes, en síntesis, serían las siguientes.

En primer lugar, «Cristóbal Colón es castellano y nació en Espinosa de Henares (Guadalajara) el 18 de junio de 1435». Y, como ya se ha dicho más arriba, su madre fue Aldonza Mendoza, duquesa de Arjona y fallecida durante el parto doble en el que parió al futuro Almirante y a su hermano gemelo, Alfón el Doncel, que fue asesinado. El padre de Colón sería Cristóbal Genovés y el niño fue educado:

> Por los monjes jerónimos en los monasterios que la Orden tenía en Lupiana (Guadalajara), Guadalupe (Cáceres), Siena o Génova, permaneciendo oculta su identidad para evitar que tuviese el mismo final que su hermano o para no ser rechazado por una sociedad clasista, a la que no pertenecía antes de ser nombrado Almirante. En estos monasterios adquirió los conocimientos científicos y humanísticos que demostró tener a lo largo de toda su vida y aprendió latín, que lo escribía con soltura.

Sanz Núñez sostiene igualmente que el futuro Almirante se hacía llamar Cristóbal Columbo de Terrea rubea (de tierra espinosa) y añade que Bartolomé de las Casas señala que: «Colón puso a las nuevas tierras descubiertas el nombre de Santas Gracias, topónimo de un poblado romano enclavado en las proximidades del actual núcleo urbano de Espinosa de Henares». Por esa misma razón, prosigue, «a la segunda isla descubierta le puso el nombre de Nuestra Señora de la Concepción, que coincide con el nombre de la

advocación a la virgen de la iglesia de Espinosa de Henares».

En su libro, Sanz Núñez recuerda también que, al regresar del primer viaje, Colón notificó desde Lisboa el Descubrimiento a tres personas: Gabriel Sánchez, Luis de Santángel y a su protector y pariente, el duque de Medinaceli, que en aquel momento se encontraba en Cogolludo (Guadalajara), y éste informó por escrito al cardenal Mendoza, según un documento conservado en el Archivo de Simancas y fechado en Cogolludo el 19 de marzo de 1493.

Asimismo, recuerda este investigador que:

> En la armería de su escudo figuran las armas de su madre y de su abuelo porque le corresponden por linaje. En la punta del escudo, en el lugar de la concesión a «las armas que vos tuviereis» el Almirante coloca la divisa de la Banda Real de Castilla, a la que pertenecían los Mendoza y Medinaceli, y que figura en el escudo de don Diego Hurtado de Mendoza, Almirante de Castilla, su abuelo, y en el sepulcro de su madre, doña Aldonza de Mendoza, duquesa de Arjona, que se encuentra en el Museo de Guadalajara.

En cierta ocasión, visité Cogolludo en compañía de Alfonso Carlos Sanz Núñez y me llevó a visitar el palacio de Medinaceli en esa localidad para mostrarme algo que también recoge en las conclusiones de su libro. Se trata de unas mazorcas de maíz esculpidas en la fachada del palacio, así como dos quetzales en el escudo familiar. Pero en libro Sanz Núñez añade que hay otras pruebas en lugares ligados a la supuesta vida de Colón que refuerzan su teoría:

> En Mondéjar, mazorcas de maíz en el convento de San Antonio, en la escalera de acceso al coro de la iglesia de Santa María Magdalena, y en la fachada norte, una estela con viñetas, por interpretar, con numerosas figuras posiblemente relativas a la historia del Almirante y vinculadas con productos americanos; en la fachada de la iglesia Nueva de Uceda, sobre la puerta, existe un grupo escultórico en el que figura un

personaje de avanzada edad, encadenado, y un personaje de ropaje igual que el de los conquistadores españoles de la época, luchando con un dragón; al igual que hay un retablo de madera en una de las paredes del claustro del monasterio jerónimo de San Bartolomé de Lupiana, con una escena parecida: un encadenado al que le está liberando un ángel de los grilletes y numerosas figuras en los capiteles de la esquina oeste del claustro, alusivas a dos niños y a la muerte.

Capítulo 4

Cartas marcadas

«Terra est rotunda spherica»

(apostilla 480 de Colón al *Imago Mundi*)

Portugal: ¿azar o plan oculto?

¿Y si Colón no llegó a las costas lusas por casualidad como consecuencia de un naufragio? Eso es lo que proponen algunos estudiosos, para quienes la llegada del futuro Almirante a Portugal tuvo otras motivaciones: el poderío naval de aquel reino y su experiencia en las exploraciones marinas.

Como ya se ha apuntado anteriormente, los defensores de esa propuesta recuerdan que Portugal controlaba las rutas de navegación oceánica desde el siglo XIV gracias a la política impulsada por el príncipe Enrique (1394-1460), a quien llamaron el Navegante. En el reino luso se habían realizado enormes avances en las técnicas de navegación y allí habían encontrado asilo cartógrafos y astrónomos de origen judío que, en algunos casos, habían estado al servicio de la Orden del Temple. Además, los astilleros portugueses habían logrado diseños novedosos en los barcos para llegar más lejos en la navegación de lo que hasta entonces se había logrado. Ya dijimos en páginas anteriores que, gracias a su empeño, se fletaron las primeras carabelas —navíos de casco estrecho de dos o tres palos, velas latinas, reducido tonelaje —, que eran mucho más manejables para exploraciones de largo recorrido.

Por otra parte, la situación socioeconómica de Portugal —con

una población excesiva para sus reducidas dimensiones y que padecía escasez de bienes como el trigo, el oro o las especias— y política —los tratados firmados con el Reino de Castilla limitaban su crecimiento— obligó a los monarcas lusos a mirar hacia ultramar para ampliar sus fronteras.

Todo cuanto hemos resumido convertía a Portugal en el destino más apetecible para un hombre como Cristóbal Colón, sostienen quienes no creen que llegara hasta aquellas tierras por pura chiripa. Y lo cierto es que él mismo parece reconocerlo cuando escribió: «Fui a parar a Portugal, a donde el rey de allí entendía en el descubrir más que cualquier otro».

Colón pudo haber llegado a Portugal en busca de alguna información de la que ya había oído hablar; tal vez, la misma que motivó su huida de aquel reino años después.

Porto Santo

Como ya vimos, la versión oficial asegura que Colón llegó a Portugal en 1476. Pero resulta sorprendente que al año siguiente contrajera matrimonio con Felipa Moniz de Perestrello. Parece un tiempo demasiado corto para que un náufrago sin posibles ni otro bagaje que el ser hijo de un lanero conociera, cortejara y convenciera a una mujer de noble cuna para casarse con él.

Felipa era hija de Bartolomé Perestrello e Isabel Moniz. Tras el enlace, la pareja se afincó en Porto Santo debido a que el padre de Felipa había sido capitán al servicio del rey Enrique y, en premio a sus servicios, el monarca le había cedido la capitanía de esa isla. Por tanto, Colón llega a Porto Santo por azar, aunque, curiosamente, al futuro Almirante le sonríe la fortuna de nuevo dado que su suegro, que ya había fallecido, poseía unos mapas que le resultarían de gran utilidad, como reconoce el propio Hernando Colón. Y eso que Hernando parece desconocer incluso el nombre del suegro de su padre, porque le llama Pedro Moniz de Perestrello, en lugar de Bartolomé.

A propósito de aquellos misteriosos mapas, Hernando escribió lo siguiente:

> Como al Almirante le gustaba oír hablar de tales

> navegaciones y sucesos, la suegra le dio los escritos y cartas de marear que le habían quedado de su marido. El Almirante, con ello, se entusiasmó aún más…

El historiador Juan Manzano subraya la importancia de las últimas palabras de esa cita: «Se entusiasmó aún más». ¿Quiere eso decir que Colón ya estaba entusiasmado antes de recibir la misteriosa herencia de manos de su suegra? Es decir, ¿ya sabía algo que aquellos mapas confirmaron?

Juan Manzano se pregunta por qué Hernando no dio a conocer esos mapas, si es que en efecto existieron. Manzano duda de su autenticidad y del propio relato del hijo del Almirante. En su opinión, Hernando se inventó esa fábula para explicar de ese modo los conocimientos que su padre exhibió tiempo después y que no procedían de esos inexistentes mapas, sino de otra fuente diferente.

Por su parte, Consuelo Varela asegura que el Almirante anotaba en un cuaderno toda la información que recopilaba sobre la existencia de tierras al oeste del Atlántico y que tanto Hernando como Bartolomé de las Casas pudieron ver esa libreta, pero asegura que el manuscrito ha desaparecido.

Si Varela está en lo cierto, una vez más alguien hizo desaparecer documentos que podían ayudar a esclarecer la biografía y conocimientos de Cristóbal Colón. Y puesto que ya son varios los casos que hemos mencionado, podemos preguntarnos si todo responde a una casualidad o no.

Fruto de su matrimonio con Felipa Moniz, fue su primer hijo, Diego, nacido en 1478. Pero poco después, Colón enviudó.

En aquellos meses de vida conyugal, el navegante realizó varios viajes. Consuelo Varela advierte de la existencia de una nota marginal realizada por el marino en su ejemplar de la *Historia Rerum* y también recuerda una carta que años después remitió a los Reyes Católicos en la que menciona una travesía hasta Tule (Islandia) con escalas en Bristol y en Galdway (Irlanda). Y precisamente fue en Galdway donde Colón vio a unos hombres que le interesaron especialmente:

> Hombres de Catayo vinieron al oriente. Nosotros hemos visto muchas cosas notables y sobre todo en Galdway, Irlanda, un hombre y una mujer de unos

leños arrastrados por la tempestad de una forma admirable.

Los historiadores aseguran que, al ver a esas personas, Colón comenzó a dar forma a su proyecto, pero ningún monarca lo hubiera financiado sin otras pruebas más sólidas.

Las crónicas de la época revelan que Colón viajó también a Guinea o a la fortaleza de San Jorge de la Mina, bastión portugués en África, pero desconocemos la fecha de esos viajes ni el motivo de los mismos. No obstante, Varela cree que tuvieron fines comerciales y que permitieron a Colón aprender cosas que, años después, le serían de utilidad, como el uso de las baratijas para negociar con nativos. Sin embargo, ¿no se supone que Colón pretendía ir a Catay y Cipango, donde el oro abundaba? ¿Cómo pretendía conseguir el favor de los nativos con baratijas?

En resumen, es posible que Colón llegase a Portugal porque sabía que allí podía encontrar lo que necesitaba para su futuro proyecto y que si en verdad heredó unos mapas que había pertenecido a Perestrello, éstos le convencieron más aún de la certeza de su idea. Sabemos igualmente que «convidó» —expresión que él mismo empleaba— al rey de Portugal a sumarse a su aventura antes que a los de Castilla y Aragón.

Las fuentes de Colón

Los historiadores aseguran que el proyecto de Colón se basaba en la convicción de la esfericidad de la Tierra, lo que posibilitaría echar el ancla en las costas situadas al otro lado del Atlántico. También afirman que tanto Cristóbal como su hermano Bartolomé, que habría llegado a Portugal en algún momento que se desconoce y desde un lugar igualmente ignorado, se ganaron la vida dibujando cartas de marear y mapas, razón por la cual se les supone con conocimientos de navegación. Pero ¿en qué se basan los estudiosos para hacer esas afirmaciones?

Hernando Colón se formula en su *Historia del Almirante* una pregunta retórica al respecto: «¿(Sobre) qué débiles bases construyó o alumbró tan gran máquina?». Y aclara a continuación que su padre basó su proyecto en los «fundamentos naturales», la

«autoridad de los escritores» y «los indicios de los navegantes».

Añade Hernando que su padre «consideró que toda el agua y la tierra del universo constituían y formaban una esfera que podría ser rodeada de oriente a occidente si los hombres avanzaban por ella hasta estar pies contra pies». Y menciona algunos de los libros que el Almirante consultó para documentar su aventura: obras de Aristóteles en las que el filósofo griego supuso que la distancia entre oriente y occidente por mar no debía ser muy grande; de Séneca, de Estrabón (en su *Cosmografía* había imaginado un mar que rodeaba la tierra), de Plinio (en *Historia natural* se muestra de acuerdo con las ideas de Estrabón sobre este asunto), de Marco Polo y, especialmente, el *Imago Mundi* del cardenal Pierre d'Ailly.

Colón estudió detenidamente la obra de d'Ailly e hizo numerosas anotaciones en los márgenes. En ella descubrió la medida del grado terrestre del cosmógrafo árabe Alfagrano, aunque Colón erró en la interpretación que hizo de la misma, porque las millas árabes eran más largas (1.973,50 metros) que las itálicas (1.477,50 metros), y él utilizó estas últimas.

Pero entre todas las fuentes en las que supuestamente bebió Cristóbal Colón hay una realmente sorprendente: el profeta Esdras. Para los defensores del origen judío del navegante, el hecho de que Colón concediera valor a lo que había escrito el profeta hebreo es un argumento más a su favor. Pero lo que ahora nos interesa es que Esdras creía que la tierra ocupaba seis partes del planeta y que al mar le correspondía únicamente la séptima y última. Por ello, en los márgenes del *Imago Mundi* Colón anotó lo siguiente: «Esdre, sex partes terre sunt habitate et 7ª est coperta aquis».

Además de las ya mencionadas, hubo otra fuente a la que Colón concedió gran valor. Se trató de una carta marina obra del físico y astrónomo florentino Paolo del Pozo Toscanelli y que éste había remitido al canónigo lisboeta Fernando Martins en 1474. Colón debió consultarla durante su estancia en Portugal y quedó seducido ante las ideas que en ella planteaba el florentino, como por ejemplo la esfericidad de la tierra. Sin embargo, los historiadores advierten que el Almirante calculó mal la dimensión de la circunferencia ecuatorial, puesto que la fijó en 20.400 millas (30.000 kilómetros); es decir, 10.000 kilómetros menos que en la realidad.

¿A qué pudo deberse semejante error de cálculo? Tal vez fue

debido a que Toscanelli había reducido la masa de agua del planeta a 160º, de los cuales, afirmaba, 20º habían sido ya explorados y 15º eran la distancia entre Cipango (Japón) y Asia. A la luz de esa información, Colón restó a 160º, los 20º ya explorados y los 15º que mediaban entre la isla y el continente asiático, y redujo su objetivo a 125º. Y como sabía que Marino de Tiro había afirmado que la masa del océano rondaba los 120º grados, Colón restó a esos grados la distancia entre Europa y Canarias, algo que sí se sabía con certeza. Y tras todos esos cálculos, todo se redujo a una superficie entre 45 y 50 grados.

Pero como el profeta Esdras aseguraba que el mar no era más que la séptima parte del planeta, el Almirante hizo cuentas: un séptimo de 360º de una circunferencia es poco más de 51º. Y así determinó que ésa era la distancia que separaba las islas Canarias de las Indias.

Con la certeza de saber los grados, se aventuró a convertirlos en millas basándose en los cálculos de Toscanelli y d'Ailly y resolvió que un grado equivale a 56 millas y 2/3. Y al llegar a ese punto de su razonamiento es cuando los historiadores dicen que sucede la catástrofe: basa sus cálculos en la milla latina y no en la árabe. Como consecuencia de ese error, redujo la circunferencia de la Tierra y la distancia hasta las Indias.

Pero ya hemos visto que, además de los «fundamentos naturales» y de la «autoridad de los escritores», Hernando Colón menciona también «los indicios de los navegantes» como uno de los tres pilares sobre los cuales su padre asentó su proyecto.

Entre esos indicios de navegantes hay que referirse en primer lugar a los vikingos, que habían arribado en el siglo X a Groenlandia y, más tarde, a unas tierras situadas más al oeste, que serían las de Norteamérica.

También están documentadas las exploraciones que realizaron los navegantes chinos mucho antes que Colón, e incluso parecen haberse encontrado inscripciones de origen bereber y fenicio en los actuales Estados Unidos y Canadá. Pero Hernando Colón no se refiere a ninguna de esas exploraciones, sino a la que protagonizó un navegante portugués llamado Martín Vicente, que reveló a Colón un suceso que vivió en cierta ocasión a 450 leguas al poniente del Cabo de San Vicente, donde recogió un extraño madero labrado «no

con hierro». Hernando añade que el cuñado de su padre, Pedro Correa, había visto algunos tablones similares en las playas de Porto Santo y «cañas tan gruesas que desde un nudo a otro eran capaces de contener nueve garrafas de vino». Asimismo, menciona a un tal Antonio Leme, vecino de la isla de Madeira, «quien le refirió que en una ocasión en que con una carabela suya avanzara mucho hacia poniente, había visto una isla». No obstante, Hernando resta importancia a esos testimonios para no erosionar la originalidad de la idea de su padre: «A estos (a los testimonios citados) no les daba (Colón) crédito, porque de sus palabras y relatos deducía que ni siquiera habían llegado a navegar cien leguas hacia poniente».

Dice Hernando que aquellos navegantes no habían visto más que las «aguadas» —tierras que flotan sobre el mar, pero que no son siquiera islas—, que menciona Plinio en *Historia natural*. En cambio, asegura, su padre sí tomó en gran consideración cuanto le dijo Toscanelli en una supuesta correspondencia que ambos intercambiaron. Pero detengámonos brevemente en la famosa carta de Toscanelli.

La carta de Toscanelli

Como ya hemos dicho, el astrónomo y físico Paolo dal Pozzo Toscanelli (1397-1482) había remitido al canónico portugués Fernando Martins el día 25 de junio de 1474 un documento al que, al parecer, Colón tuvo acceso durante su estancia en Portugal, aunque se desconoce cómo y dónde pudo leerlo.

La carta de Toscanelli iba acompañada de una esfera en la que se afirmaba que era posible navegar por el Océano Atlántico y alcanzar tierras situadas al otro lado del mismo. Por tanto, Colón no era el primero en imaginar aquel proyecto, pero tampoco Toscanelli, como ya ha quedado claro en líneas anteriores.

Nito Verdera asegura la existencia de mapas de los siglos XIII al XVI en los que aparece cartografiada América, tanto en su fachada atlántica como pacífica, y afirma que la mayoría de esos mapas habían sido dibujados por cartógrafos judíos; tal vez, los mismos que fueron contratados por la Corona portuguesa tras haber trabajado a sueldo del Temple y entre de los cuales destacó la figura de Jehudá Cresques.

Cresques había sido maestro cartógrafo del rey de Aragón, el mismo cargo que había ostentado anteriormente su padre, Abraham Cresques. Pero al verse en la obligación de convertirse al cristianismo cambió su nombre por el de Jaime Ribes y entró al servicio del rey portugués Enrique el Navegante. Gracias a él, la Escuela de Navegación de Sagres se convirtió en un referente de la exploración marina en aquella época.

Abraham y Jehudá Cresques fueron los autores del *Atlas catalán* realizado en 1375 por encargo del infante Juan de Aragón. La obra constaba de seis pergaminos montados sobre tablas y magníficamente coloreados. Fue el primer atlas donde se dibujó la isla de Madeira, pero lo más sorprendente es una palabra que llama la atención del investigador Nito Verdera: Lucayos.

Verdera recuerda que Colón anotó el día 11 de octubre de 1492 en su *Diario* que habían llegado a la isleta de los Lucayos; una palabra que, según el citado autor, no figura en el *Diario de la Real Academia*. ¿Por qué la empleó Colón? Verdera sostiene que se debe a que en el *Atlas catalán* de los Cresques se denomina así a una isla que ellos sitúan en las Azores.

Dado que los cartógrafos judíos mallorquines vivieron junto a la fortaleza templaria y al amparo de los frailes de Montesa, sucesores del Temple tras su disolución, podríamos preguntarnos hasta qué punto Colón es deudor de los conocimientos templarios en ese terreno. O incluso si pudo tener alguna otra relación con esa Orden. Pero dejemos eso para más adelante y regresemos a las pistas que ofrece Hernando Colón sobre lo que su padre sabía en realidad.

A pesar de que fue Toscanelli quien describió las rutas que conducen a las Indias e incluso escribió que el Gran Kan «reside en la mayor parte del tiempo en la provincia de Catay», el segundo hijo del Almirante considera que fue su padre el gran artífice del descubrimiento y se basa en una supuesta correspondencia entre Colón y el cartógrafo florentino. El problema es que la existencia de dicha correspondencia no está probada y la historiadora Consuelo Varela asegura que únicamente se conoce una dudosa copia de dos de las supuestas cartas de Toscanelli a Colón. Por ello, Varela opina que la «la hipótesis más verosímil es que Colón copió en Lisboa la famosa carta a Martins (…) y que años más tarde se inventó él mismo la correspondencia con el sabio (…) o fuera Hernando el

autor de la superchería para aureolar a su padre».

Claro que también es posible que Colón no copiara la carta, sino que la robara, lo mismo que pudo hacer con otros documentos que le permitieron dar forma a su proyecto, eso explicaría las diferencias entre lo que buscó el Almirante y los reinos de Cipango y Catay que describe Toscanelli.

La carta del florentino confirmó algo que Colón ya sabía o descubrió en Portugal, pero no es la base definitiva de su proyecto. Conviene tener presente algo que Verdera subraya:

> Colón conocía la distancia que hay entre Canarias y el Caribe, puesto que antes de iniciar su primer viaje manifestó a las tripulaciones que navegarían 700 leguas; es decir, 2.800 millas náuticas, que es la distancia correcta.

Es decir, que a pesar de los errores de cálculo que tanto se citan, lo cierto es que Colón acertó al elegir el itinerario de ida (todo un misterio, pues se supone que nadie había ido antes allí donde él iba) como de vuelta (aún más sorprendente, puesto que supo que debía dirigirse al norte para encontrar una corriente marina que favoreciera el tornaviaje).

El mapa de Piri Reis

En 1929, se descubrió de forma casual en Estambul el fragmento (90 × 65 cm) de un mapa que se supone dibujado en 1513 (años después del Descubrimiento) por un navegante turco llamado Muhaddin Piri Ibn Aji Mehmet, pero que ha pasado a ser popularmente conocido como Piri Reis.

En ese mapa se representan las costas atlánticas de España y de Portugal, además del extremo sur de África y, lo más sorprendente, gran parte de Centroamérica y Sudamérica. También son reconocibles en él las islas Maldivas, que no se descubrieron de forma oficial hasta 1592. Pero resulta más extraordinario que en él se distingan cordilleras interiores de América todavía por explorar en la época en que fue dibujado. Y aún más desconcertante es que aparezcan partes de la Antártida, que no se conocieron hasta

comienzos del siglo XIX, y regiones como la llamada Reina de Maud sin hielo, lo que ha llevado a Graham Hanckoc a afirmar que eso «sólo es posible que se trazara con anterioridad al 4000 a. C.»

Los defensores de la autenticidad de ese mapa sostienen que hubiera resultado imposible dibujarlo si no se disponía de los actuales conocimientos de fotografía aérea, por lo que el documento plantea interrogantes aparentemente irresolubles.

No obstante, Piri Reis, natural de Gallípoli, parece haber sido diestro en la traza de planos, no en vano se le atribuye la obra *Bahriye,* que contiene 215. Sin embargo, hay que admitir que el mapa del que hablamos no es una obra común. En él se puede leer una anotación que se supone de puño y letra de Reis y que se encuentra cerca de donde está dibujada Sudamérica:

> Estas costas reciben el nombre de playas de las Antillas. Fueron descubiertas en el año 890 del calendario árabe.

En otra parte del mapa se afirma que la fecha es 896 tras la hégira, lo que significaría que esas playas se descubrieron entre 1480 y 1491; es decir, antes de la llegada de Colón a América.

La confusión se incrementa porque el marino turco escribió que durante una travesía a bordo de un barco gobernado por su tío Kemal Reis se enfrentó a una nave cristiana, resultando vencedores. Entre los cristianos supervivientes, que fueron hechos prisioneros, había un hombre que aseguraba haber acompañado a Colón en su primer viaje a América, según relata Reis. Y el prisionero afirmaba que aquella expedición tuvo lugar en 1485: ¡7 años antes del Descubrimiento de América!

Reis escribió al respecto:

> Se sabe que un libro cayó en manos del citado Colón, y que se encontró en él que decía que al final del Mar del Oeste, en su lado occidental, había costas e islas, y toda clase de metales y también piedras preciosas.

¿A qué libro se refiere Piri Reis?

El turco admite haber dado forma a su mapa tras la lectura y

copia de información de «veinte cartas y mapamundi que fueron dibujados en los tiempos de Alejandro». Entre ellos, según algunos investigadores, se encontraba un mapa de Colón.

Suponiendo que todo eso sea cierto, ¿de qué mapa se trataba?

El epitafio de la tumba del papa Inocencio VIII

El investigador italiano Ruggero Marino asegura en su obra *Cristoforo Colombo e il Papa tradito,* que el Almirante fue, en realidad, hijo bastardo del papa Inocencio VIII y que hubo un predescubrimiento financiado por la Iglesia. Si fuera cierta la segunda parte de esa tesis, ese predescubrimiento podría explicar lo que el marinero cristiano apresado refirió a Piri Reis a propósito de un supuesto primer viaje de Colón en 1485.

Aparentemente, es una idea delirante, pero si el lector visita la basílica de San Pedro del Vaticano y se acerca a la tumba de Inocencio VIII, como nosotros hemos hecho, descubrirá en ella una inscripción desconcertante:

> *Novi orbis suo aevo inventi gloria*
>
> Fue insigne por la gloria del Nuevo Mundo descubierto en su época.

¿Cómo iba a ser posible tal cosa si ese papa murió el 25 de julio de 1492?

Lo cierto es que Ruggero Marino no es el único autor que ha especulado con la posibilidad de que Colón hubiera viajado a América antes de 1492. El peruano Luis Ulloa defiende lo mismo en su obra *El pre-descubrimiento hispano-catalán de 1477*. No obstante, de haber tenido lugar ese viaje en 1485, como el anónimo marino cristiano confesó a Piri Reis, debemos preguntarnos dónde estaba Colón en esa época. El problema es que las fuentes históricas no pueden confirmarlo con certeza. Los historiadores no se ponen de acuerdo en la fecha en la que Colón llegó a Palos de la Frontera (Huelva). Las propuestas abarcan desde finales de 1484 hasta la primavera de 1485, lo que abre una ventana a la especulación. Pero la ortodoxia le sitúa a mediados de 1484 en Portugal, algo que él

mismo confirma en el *Diario del primer viaje,* tal y como recoge Las Casas en la anotación del 9 de agosto:

> Estando en Portugal el año 1484, vino uno de la ysla de la Madera al Rey a le pedir una carabela…

Hernando Colón asegura que su padre salió de Portugal a finales de 1484, pero fray Bartolomé de las Casas se muestra más tibio al escribir que el Almirante abandonó el país vecino «por el año 1484 o al principio de 1485». Ballesteros, en cambio, parece más seguro: «Colón salió de Portugal ante de primeros de mayo de 1485».

Por su parte, Colón afirmó varias veces que estuvo siete años en Castilla tratando de conseguir el apoyo de los reyes («siete años se pasaron en la plática», escribió al ama del príncipe don Juan).

Finalmente, los monarcas dieron su respaldo al aventurero con la firma de las Capitulaciones de Santa Fe (17 de abril de 1492), de manera que si contamos siete años hacia atrás desde el instante en que se firma ese documento, encontramos que Colón pudo llegar a España en primavera de 1485, tal y como defienden Juan Manzano y otros investigadores.

Por lo tanto, permanecería en la oscuridad de la ya umbría biografía de Colón el periodo comprendido entre finales de 1484 y la primavera de 1485. ¿Damos crédito al viaje previo a América?

El robo y la huida

El cronista portugués Joao de Barros escribe en su obra *Da Asia* que, tal vez en 1484, Colón obtuvo audiencia con el rey Juan de Portugal y le avanzó su proyecto de navegar hacia Cipango por el «mar Occidental». Se desconocen los detalles de la conversación y del plan colombino, pero Las Casas afirma que pidió al luso lo mismo que después negoció con los Reyes Católicos.

Hernando asegura que el rey de Portugal desestimó el proyecto, a pesar de «las buenas razones con las que éste apoyaba sus argumentos», porque carecía de medios económicos para afrontarlo. Y ello, añade sin rubor, a pesar de que su padre, «hombre de generosos y altos pensamientos, había decidido capitular con gran honor y ventaja para dejar su memoria y la grandeza de su casa a la

altura de la grandeza de sus obras y méritos».

Conociendo la futura posición de Colón al respecto, la versión de Hernando es muy difícil de creer. Resulta imposible imaginar al Almirante cediendo sus derechos de conquista. Pero, en cualquier caso, el rey Juan, previa consulta a cosmógrafos y sabios de su Corte, resolvió no financiar a Colón. Sin embargo, según Las Casas y Hernando, el luso envió en secreto una carabela siguiendo la ruta insinuada por Colón, pero la aventura fracasó porque, según Hernando, «les faltaba el saber, la constancia y la persona del Almirante».

Pero lo verdaderamente insólito es lo que sucede cuando Colón tiene noticia de que el rey Juan ha obrado a sus espaldas de ese modo. En ese momento, envía a su hermano Bartolomé a Inglaterra para tratar de encontrar financiación en aquella Corte, mientras que él «abandonó en secreto Portugal con su hijito Diego por miedo a que el rey se lo impidiera», en palabras de Hernando.

¿Por qué resulta insólita esa reacción?

Porque no se alcanza a entender los motivos por los cuales el monarca portugués pudiera impedir a Colón abandonar su reino después de haber rechazado su proyecto y más cuando, según Hernando, el rey Juan pretendía «volver a granjearse la amistad del Almirante».

Lo que proponemos es que Colón huyó de Portugal perseguido por la Justicia, y una prueba la encontramos en la carta que el rey luso le envió años después (20 de marzo de 1488) a España. Se trata de una misiva que ha generado disparidad de opiniones, porque su lectura invita a pensar que Colón regresó en algún momento a Portugal durante los años que aguardó la respuesta de los monarcas españoles.

La carta comienza de un modo afable por parte del rey («A Xpouam Collon, nosso espicial amigo, en Seuilha»), y unas líneas después le garantiza que podrá ir a Portugal y volver sin ser apresado por supuestos crímenes pendientes:

> … por esta nossa carta vos seguramos polla vynda stada e tornada que nom sejaees preso rreteudo acusado citado nê demandado por nenhuûa cousa ora seja civil ora crime de qualquer qualidade.

¿Qué delito había cometido Colón en Portugal?

La respuesta puede tener que ver con la Orden Temple.

Tras su disolución por bula papal a comienzos del siglo XIV, muchos freires lograron escapar de la persecución posterior e ingresaron en otras órdenes militares. En Castilla, por ejemplo, fueron acogidos en la Orden de Calatrava o en la de Montesa, mientras que en Portugal el rey don Dinis, ferviente valedor del Temple, creó la Orden de Cristo como amparo para los caballeros, además de dar asilo a muchos judíos que trabajaban para ellos. Entre los asilados, como ya se ha dicho, se encontraban cartógrafos de reconocido prestigio. Por lo tanto, en Portugal dormitaba la sabiduría marina templaria, lo cual pudiera explicar la aparición posterior de la Escuela de Sagres de la mano del ya mentado Enrique el Navegante, que ostentó también el cargo de gobernador de la Orden de Cristo. Tal vez allí existía un mapa, una carta de marear o algún documento del que Colón se apropió.

¿Habría que hablar desde ese momento de Colón y el mapa templario?

Capítulo 5

En la Corte

«Siete años estuve yo en su Real Corte, que a cuantos fablé de esta empresa, todos a una dijeron que era burla; agora fasta los sastres suplican por descubrir»

(Cristóbal Colón, en documentos coleccionados por M. Fernández de Navarrete)

Palos de la Frontera

Tras huir secretamente de Portugal, Cristóbal Colón llegó en la primavera de 1485 a Palos de la Frontera. En ese punto, existe bastante consenso por parte de los cronistas y autores que se han ocupado de la biografía del Almirante. No obstante, Gonzalo Fernández de Oviedo disiente y asegura que Colón llegó a Sevilla, y Philippot, que lo identifica como ya vimos con Pedro Madruga, cree que fue a parar a Alba de Tormes. Pero Las Casas es muy claro al respecto: «Tomando a su hijo niño, Diego Colón, dio consigo en la villa de Palos…». Por su parte, Hernando Colón también se muestra de acuerdo al decir que su padre llegó con su hermanastro Diego al monasterio de La Rábida, muy cercano a Palos.

Lo sorprendente es que Colón llegó allí por vía marítima, algo que extraña a historiadores como Manuel Lucena: «Lo natural es que hubiera ido a España vía terrestre». El cronista López de Gómara aseguró que el Almirante «se embarcó en Lisboa i vino a Palos…». Y aún más extraordinario resulta el caso si reparamos en la puntería que pareció tener Colón al llegar al mismo lugar desde el cual partiría años más tarde rumbo a América. ¿Fue mera

casualidad?

Consuelo Varela estima que llegó a Palos porque «en las costas onubenses y gaditanas Colón se encontraba a sus anchas con amigos o por lo menos conocidos». Pero ¿qué amigos o conocidos podía tener Colón allí si se le supone de origen genovés? Por otra parte, cuando relatemos el estrepitoso fracaso del Almirante para conseguir tripulantes antes del primer viaje veremos que no existían tales amigos en aquel lugar.

Varela cree encontrar otro motivo añadido a la llegada de Colón a Palos en el hecho de que en San Juan del Puerto vivía Briolanja Moniz, cuñada del Almirante por ser hermana de su difunta esposa Felipa. Y asegura que Colón eligió el lugar para dejar a su hijo Diego, que tendría entonces alrededor de seis años, al cuidado de la familia mientras él buscaba el favor de los reyes. Salvador de Madariaga también se muestra de acuerdo con esa idea, incluso Juan Manzano lo cree así porque, recuerda, cuando Colón regresó victorioso de América en 1493 solicitó a los reyes que dieran a esos familiares, que vivían entonces en Sevilla, los bienes de un tal Bartolomé de Sevilla, que había sido condenado por la Inquisición. Pero si se trató de un pago por haber cuidado a su hijo, como propone Manzano, parece exiguo pago, porque no se vuelve a citar a esos familiares hasta que en marzo de 1502 asigna a su cuñada una pensión de 10.000 maravedíes al año.

Sin embargo, Hernando Colón no dice que su padre dejara a Diego al cuidado de los parientes, sino del de los franciscanos:

> Dejando al niño en un monasterio de Palos llamado La Rábida, se dirigió inmediatamente a la Corte…

A nuestro juicio, Colón no fue a La Rábida por casualidad ni tampoco porque cerca de allí viviera su cuñada. Creemos más acertada la idea de Juan Manzano, que se pregunta si Colón «vendría recomendado esta primera vez a algún fraile del monasterio paleño, como insinúa Las Casas».

Se da la circunstancia de que Colón y el poderoso cardenal Cisneros, el franciscano con más poder en aquella época, nunca tuvieron una buena relación. De hecho, el Almirante no lo menciona en sus cartas y Cisneros no envió a las Indias años después a ningún fraile de La Rábida o de esa provincia franciscana.

Todo ello envuelve en una niebla aún más densa la relación de Cristóbal Colón con los frailes de La Rábida; los únicos que, dentro de la orden franciscana, le ayudaron.

Consuelo Varela, que reconoce las malas relaciones del navegante con el cardenal Cisneros, afirma que el primero llegó al monasterio con «poco equipaje, pero con varios papeles (…) cartas de marear, algún que otro libro y un cuadernillo de notas». ¿De qué papeles se trata? ¿Qué cuadernillo es el que menciona?

He visitado en más de una ocasión el monasterio de La Rábida en busca de respuesta a esos interrogantes, pero no los encontré. Mientras recorría las diferentes salas del monasterio, intenté escuchar el eco de las palabras y confidencias que Colón intercambió con los frailes Pérez y Marchena en la celda conocida como Sala de Conferencias y a la que se ha llamado también Portal de Belén de América, pero todo fue en balde.

En aquella modesta habitación tuvieron lugar las enigmáticas conversaciones de Cristóbal Colón con Antonio de Marchena y en ella fue donde el padre Juan Pérez redactó las Capitulaciones que Colón presentó como oferta a los Reyes Católicos.

De modo que Colón llegó a La Rábida por alguna razón especial y hay autores que creen que se debió a la presencia del Temple en la zona en otros tiempos. Se trata de un lugar marcado por el sueño atlántico desde la antigüedad. Autores clásicos como Rufo Festo Avieno ya mencionan la existencia de un altar dedicado al dios fenicio Baal en el mismo emplazamiento del monasterio, y es que los fenicios también estuvieron asentados allí. Por cierto, algunos ven a ese pueblo mediterráneo y famoso por su capacidad como comerciante pionero en la aventura de llegar a América atravesando el Atlántico. Juan García Atienza añade que el promontorio de La Rábida fue consagrado posteriormente «a una desconocida devoción cristiana primitiva que, con el tiempo, se convirtió en culto a Nuestra Señora de la Candelaria». La misma a quien se rinde culto en las islas Canarias, desde donde Colón emprendería casualmente su aventura descubridora.

Antonio Marchena

Hernando Colón apenas hace referencia a la llegada de su padre a

La Rábida, mientras que el cronista López de Gómara confunde los nombres de Juan Pérez y Antonio Marchena y los mezcla creando un personaje de ficción: Juan Pérez de Marchena.

Colón entabló pronto una sólida amistad con el fraile Antonio de Marchena. En una carta remitida a Colón el 5 de septiembre de 1493, los reyes describen a ese franciscano como «buen astrólogo». En otros documentos de la época se le califica de «estrellero». Sin embargo, algunas fuentes afirman que Marchena no se encontraba en La Rábida cuando Colón llegó al monetario y que quien lo recibió fue fray Juan Pérez. Marchena, dicen, conoció al navegante años después. Pero el historiador Juan Manzano desmonta esa propuesta al asegurar que Marchena era el guardián del monasterio en 1485, porque existen pruebas documentales de que el 8 de agosto de 1487 Marchena era custodio del Observatorio de Sevilla, un cargo superior al de guardián dentro de la orden franciscana. Y dado que esos cargos eran trienales y se sabe que fue nombrado custodio en junio de 1485, con toda probabilidad en marzo de ese año, cuando llega Colón al monasterio, Marchena ostentaba el cargo inferior dentro del escalafón: guardián de la orden.

Una vez aceptado el hecho de que es Antonio de Marchena quien recibe a Colón, debemos preguntarnos por qué el franciscano se mostró tan amable con el recién llegado. ¿Acaso lo enviaba alguien a quien conocía el fraile? López de Gómara escribió que fue a Antonio Marchena a quien Colón «en poridad descubrió su corazón». ¿Acaso el navegante mostró al fraile el misterioso cuadernillo que menciona Consuelo Varela? ¿Le habló sin tapujos del mapa templario hurtado en Portugal? O tal vez, como propone Ricardo Sanz, ¿Colón reveló al fraile que era pariente de la poderosa familia Mendoza?

Nadie sabe con certeza de qué hablaron Colón y Marchena, pero lo cierto es que después sucedió algo sorprendente: ambos sostuvieron una entrevista en el monasterio con un piloto llamado Pedro Velasco, «natural de Palos de Moguer», según apunta Hernando Colón. Al parecer, Velasco dio cuenta de un viaje que había realizado bajo el mando de un tal Diego de Tiene, en el curso del cual se vieron lejos de tierra, muy al oeste. Para su sorpresa, añadió el marino, avistaron aves terrestres, no marinas, «de donde se juzgó que no podían ir a descansar más que a alguna tierra»,

añade Hernando.

¿Es una nueva casualidad que Colón acierte a ir a un monasterio donde hay un misterioso fraile «estrellero» que conoce secretos de navegación? ¿Fue Marchena quien convocó a Pedro Velasco?

«Estos todos o algunos dellos…»

Bartolomé de las Casas asegura que Colón contó con la ayuda de algunas personas para poder entrevistarse con los Reyes Católicos. «Estos todos o algunos dellos negociaron que Colón fuese oído de los Reyes», escribió. Pero el cronista silencia esos nombres.

A pesar de lo ya dicho sobre los parientes de Colón, Las Casas expresa con claridad que el navegante dejó a su hijo Diego al cuidado de los franciscanos de La Rábida («… dejó encomendado —a los frailes de La Rábida— a su hijo chequito, Diego Colón»). Y a continuación, Cristóbal comenzó a recabar apoyos para su proyecto. Algunos autores sostienen que se dirigió a Córdoba, donde se encontraban los monarcas en aquel momento a la espera de tomar Granada, mientras que Madariaga afirma que se entrevistó en primer lugar con el duque de Medina Sidonia y, a continuación, con el de Medinaceli. Consuelo Varela y Juan Manzano, por el contrario, creen que se encaminó a la Corte.

Pero, si Consuelo Varela acierta al describir a Colón («hombre solitario y de pocos amigos (…) Tuvo la rara habilidad de enemistarse con casi todos lo que le rodean»), ¿con qué apoyos creía poder contar para ganarse el favor de los monarcas el desconocido hijo de un tejedor genovés? ¿Llevó consigo una carta de los frailes de La Rábida? ¿Por qué decía sentirse «igual a las dos coronas»? ¿Será cierta la tesis alcarreña que lo presenta como hijo de Aldonza Mendoza y, por tanto, descendiente de Enrique II de Trastámara?

El dominico Bartolomé de las Casas asegura que nada más llegar a Córdoba, Colón se entrevistó con el cardenal Pedro González de Mendoza, el maestro del príncipe don Juan. Además, logró ser recibido por el dominico fray Diego de Deza y por otros muy ilustres personajes de la Corte. ¿Cómo tuvo acceso a ellos?

El lector debe tener en cuenta que el cardenal Mendoza era el hombre más poderoso del reino tras los dos monarcas, por lo que se

le conocía como el tercer rey de España. ¿Por qué iba a recibir a un desconocido como Colón? ¿Acaso eran primos, como defiende la tesis alcarreña?

El cronista Oviedo explica el caso asegurando que Colón logra la entrevista con el cardenal por mediación de otro cortesano, Alonso de Quintanilla:

> … e por su respeto e intercesión (de Quintanilla) fue conocido del reverendísimo e ilustre cardenal de España, arzobispo de Toledo don Pedro González de Mendoza.

No sabemos si Quintanilla tenía tanta influencia, pero lo que sí parece cierto es que durante los siete años en los que Colón aguardó respuesta de los monarcas a su proyecto, alguien pareció velar por sus intereses. Tal vez por ello Las Casas escribió:

> Con el favor deste señor, dice la historia (…), que aceptaron los reyes la empresa de Colón.

¿Fue el cardenal Mendoza su protector?

Ricardo Sanz sospecha que sí. Incluso cree que el físico de Colón (rubio y pecoso) lo emparentaba con la familia real. Mendoza, añade, habría observado que Colón padecía barbarolalia, lo mismo que su padre, el marqués de Santillana.

Pero además de Mendoza, Colón encontró otras sorprendentes ayudas.

Según el cronista Gómara, el confesor de la reina, Hernando de Talavera, lo recibió con afecto tras hacerle llegar una carta de fray Marchena.

Según Madariaga, Hernando de Talavera era judío converso y por ello se prestó a ayudar a Colón, a quien Madariaga atribuye un origen hebreo, como ya vimos.

Pero el apoyo de Talavera también podría favorecer los intereses de los defensores de la tesis alcarreña sobre la cuna de Colón, puesto que el confesor de la reina era prior de Nuestra Señora del Prado en Valladolid, templo que estaba bajo la custodia de la Orden de los Jerónimos, los mismos que regentaban el monasterio de san Bartolomé de Lupiana, donde la hipótesis alcarreña asegura que se

educó Colón.

Sin embargo, Las Casas escribió que Hernando de Talavera fue un enemigo de Colón, aunque el cronista Anglería afirma lo contrario. Consuelo Varela parece coincidir con este último, porque recuerda que «el genovés, al menos en una ocasión, propuso al rey Católico que frailes jerónimos fueran a evangelizar el Nuevo Mundo». Y eso es algo curioso, porque Colón nunca propuso que franciscanos o dominicos lo acompañaran, a pesar de cuánto debía a los frailes de La Rábida o a fray Diego de Deza, que era dominico.

Y ya que citamos a fray Diego de Deza, digamos que era el preceptor del príncipe Juan, y el propio Colón escribió en varias ocasiones a propósito del apoyo que le dispensó. Un ejemplo lo encontramos en la carta que escribió a su hijo Diego el 21 de noviembre de 1504:

> El señor obispo de Palencia (Diego de Deza) siempre, desque yo viene a Castilla, me ha favorecido y deseado honra.

Además de estas personalidades, las crónicas mencionan el apoyo que Colón encontró en dos frailes durante aquellos años. Para muchos autores, se trata de Antonio de Marchena y de Juan Pérez; pero Juan Manzano los identifica como Marchena y Deza, porque cree que Colón conoció a Juan Pérez más tarde.

Igualmente, mencionamos más arriba la mediación de Alonso de Quintanilla, contador mayor de Castilla. Oviedo escribió lo siguiente sobre su relación de amistad con Colón:

> (Colón) llegábase a casa de Alonso de Quintanilla (…) que (…) mandábale dar de comer y lo necesario por pura compassibilidad de su pobreça.

Por último, se deben mencionar ciertas amistades femeninas que Colón supo ganarse en la Corte. Consuelo Varela cita entre ellas a Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya, que era una de las personas con mayor influencia ante la reina. Algunos atribuyen a esta dama el hecho de que la reina Isabel decidiera apoyar finalmente el proyecto de Colón.

También jugó un papel importante en aquellos años Juana de la

Torre, ama del príncipe don Juan, a quien Colón escribirá años después la misteriosa carta en la que confesaba que él no era «el primer almirante de mi familia».

Varela asegura que esta dama «se encargó de preparar, al menos en tres ocasiones, miel rosada para endulzar las largas travesías del descubridor».

Por último, se debe mencionar la importancia de tres personajes de la Corona de Aragón. El primero de ellos fue el camarero del rey, Juan Cabrero, cuya esposa, María Cortés, era la camarera de la reina. Se trataba de una de las parejas más influyentes del reino, pero se desconoce cómo logró Colón su amistad.

El segundo valedor de Colón en ese reino fue Gabriel Sánchez, un judío converso que ostentaba el cargo de tesorero general de Aragón.

Y, por último, se ha de citar a otro judío converso que fue clave para que Colón lograra su objetivo: Luis Santángel, escribano de ración del rey Fernando.

¿Prueban estos apoyos aragoneses que Colón era, como mallorquín, catalanoparlante o incluso judío?

Alcalá de Henares

La Corte itinerante de los Reyes Católicos permaneció en Córdoba hasta septiembre de 1485, pero después se trasladó a Alcalá de Henares, y allá fue Colón en busca de audiencia. Desconocemos quién le abrió las puertas de los monarcas, pero lo cierto es que pudo llegar hasta ellos y hablarles de su proyecto. Los reyes, no obstante, no le prestaron demasiado interés, como relata el cronista Gómara:

> (Colón) dio petición de su deseo i negocio a los Reies Católicos Don Fernando i Doña Isabel, los quales curaron poco de ella, como tenían los pensamientos en echar a los moros del Reino de Granada.

El Consejo Real rechaza el proyecto, pero Colón se muestra conocedor de la legislación vigente, algo extraño si se trataba de un extranjero, y solicita que los monarcas revisen el caso apelando a la

Ley 26 del cuaderno de las Cortes de Toledo:

> … e que de cualesquier… determinaciones que ellos (el Consejo Real) diesen e fiziesen no haya logar a apelación ni agravio, ni nulidad (…) salvo suplicación ante Nos, para que se revea en el dicho nuestro Consejo…

¿Alguien asesoró legalmente al navegante? Si fue así, ¿quién lo hizo? ¿O es que Colón no era extranjero y por ello conocía la legislación de Castilla y Aragón?

Sea como fuere, a comienzos del verano de 1485 el Consejo de Estado hubo de revisar la solicitud de Colón, quien aguardó la respuesta a las puertas del alcázar de los Reyes Católicos en Córdoba.

Los miembros del Consejo se reunían desde las siete hasta las diez de la mañana, según estipulaba la ordenanza tercera de 1480, y resolvieron por unanimidad desestimar la propuesta colombina. Pero, sorprendentemente, Colón no se desmoralizó y persistió en su empeño de lograr el favor de los monarcas, tal vez apoyado por alguien poderoso en la Corte.

La reina Isabel estaba embarazada por quinta vez (el día 15 de diciembre dio a luz a la princesa Catalina), por lo que no era el mejor momento para abordarla. Por su parte, el rey Fernando estaba centrado en la toma de Granada. Todo ello motivó que la entrevista se demorara hasta el día 20 de enero de 1486. El escenario pudo ser el salón de concilios del palacio arzobispal de Alcalá de Henares.

El cronista Andrés Bernáldez, cura de Los Palacios, escribió en sus *Memorias* que Colón «les fizo relación de su imaginación…».

Gabriel Verd, que ya vimos que defiende que Colón era hijo del príncipe de Viana, antiguo pretendiente de la reina, no duda de que Isabel conocía a aquel aventurero rubio. Verd incluso cree que había recibido ayuda de la reina durante los años que duró la espera hasta conseguir el apoyo real: «Colom pudo subsistir gracias a los estipendios librados por la contaduría y pagados por la tesorería de los Reyes», escribe.

Lo cierto es que se conservan documentos que prueban que la Corona le concedió 3.000 maravedíes el día 5 de mayo de 1487;

idéntica cantidad el día 3 de julio, y 4.000 maravedíes el 27 de agosto. Así reza en los asientos del tesorero real Francisco González de Sevilla. Pero, como ya dijimos, Colón tuvo otros apoyos importantes dentro de la Corona de Aragón.

El historiador Rumeu de Armas plantea un nuevo enigma a propósito de lo asentado por el limosnero Pedro de Toledo en su cuaderno oficial:

> Di mas a (en blanco) portugués, este dia treynta doblas castellanas, que Su Alteza le mandó dar presente el dotor de Talavera: dioselas por mi Alonso de Quintanilla; este es el portogués que estaba en el real…

¿Quién era ese «portugués» del que habla el texto? ¿Se trata de Colón? ¿Por qué el nombre del beneficiario aparece en blanco?

Verd no duda de que se trata de Colón y que el tesorero, como no sabía el nombre ni la procedencia del beneficiario de la subvención, escribió que era portugués. Pero ¿por qué iba a pensar eso el tesorero?

Verd insiste que hay otras pruebas que demuestran el favor de la reina hacia Colón, como el hecho de que el Almirante bautizó como La Isabela a una isla el día 19 de octubre de 1492, pero no sabemos si ese gesto nace de la amistad o de la lógica servidumbre. En cambio, parece de interés una cita de Las Casas:

> Intituló La Isabela por la serenísima reina Doña Isabel, a quien potisimamente más que al rey y a todos debía, porque ella fue la que, contra la opinión de toda la Corte, lo quiso admitir y favorecer.

El mismo autor asegura la existencia de un documento aparecido en el Archivo de Simancas poco antes de la Guerra Civil y exhumado por el archivero Andrés María Mateo. Verd afirma que el texto estaba mutilado a propósito y que se trataba de una carta de Colón a la reina escrita, tal vez, en septiembre de 1501. En ella aparecen expresiones que permiten deducir una relación casi de intimidad entre ambos.

Es difícil afirmar que, en efecto, fuera escrita por Colón. Pero, de ser así, explicaría el motivo por el cual no fue expulsado de la Corte

a pesar de que la respuesta de los monarcas se demoró siete años. Igualmente, tendrían sentido las donaciones de dinero antes señaladas. Además, se entenderían mejor las malas relaciones de Colón con el rey Fernando tras la muerte de Isabel.

Pero regresemos al momento en que el navegante se presentó ante los Reyes Católicos y les hizo «relación de su imaginación», porque aquí nos encontramos con un nuevo enigma.

El cronista Andrés Bernáldez, que conoció personalmente a Colón, escribe que «él les platicó muy de cierto lo que les dezía e les mostró el mapamundi, de manera que les puso en el deseo de saber de aquellas tierras».

¿Qué mapamundi?

Manzano cree que Colón lo había dibujado a partir de la carta de Toscanelli, a la que Colón pudo tener acceso en Portugal. Pero ¿y si no fuera esa carta, sino otro documento?

Los reyes, tras su escuchar al marino, «llamaron onbres sabios, astrólogos e astrónomos e onbres de la arte de la Cosmografía de quien se informaron», escribe Bernáldez.

Los expertos rechazaron las ideas de Colón y los reyes aceptaron su veredicto, pero Colón no desfalleció ante aquel nuevo revés.

Probablemente fue fray Antonio de Marchena quien escribió a la reina en ese momento mediando a favor de Colón y treinta y cinco días más tarde Isabel respondió a Marchena solicitando su presencia en Madrid, donde estaba la Corte en ese momento.

No se sabe de qué hablaron ambos, pero lo cierto es que Marchena logró que el proyecto de Colón fuera estudiado por sabios y no por juristas. Fue así como se convocó a la Junta Examinadora.

«Ni el Almirante quiso aclarar tanto»

Salvador de Madariaga, al contrario que otros historiadores, considera que la convocatoria de esta reunión de sabios no fue una medida dilatoria de los Reyes Católicos o una excusa para negar su apoyo a Colón. En realidad, según él, fue un éxito del navegante. Y es posible que esté en lo cierto. Después de todo, se supone que Colón era un desconocido, prófugo de la justicia portuguesa y sin ningún aval. Y aun así, consigue exponer su iniciativa a los monarcas y que convoquen a un grupo de sabios para estudiarla. Y

si bien es cierto que tuvo que esperar siete años hasta lograr el apoyo de los monarcas, «lo extraño no es (…) que Colón tuviese que esperar años enteros (…), sino que hubiese esperado tantos años en vez de verse despedido inmediatamente», añade Madariaga.

Desconocemos la nómina completa de los sabios que integraron la Junta de expertos, pero la reina envió a su confesor y hombre de confianza, Hernando de Talavera. Y también se tiene constancia de la presencia en la Junta de Rodrigo Maldonado, que pertenecía al Consejo Real. Este hombre, años más tarde, en 1515, declaró a petición de Diego Colón en juicio que él «con otros sabios e letrados e marineros platycaron con el dicho Almirante sobre su hida a las dichas yslas».

De esa frase se deduce que la Junta solicitó informes a marineros, sabios y letrados, aunque tanto Las Casas como Hernando se burlan de ellos. Bartolomé de las Casas escribió:

> Es cosa de maravillar cuánta era la penuria e ignorancia que cerca desto había entonces por toda Castilla.

Por su parte, Hernando afirma que «los que se juntaron no entendían lo que debían». Y a continuación enumera las razones por las que fue rechazado el proyecto de su padre. La primera de ellas, afirma, fue que:

> Si tras tantos miles de años después de que Dios glorioso hubiera creado el mundo, jamás tantos sabios y expertos en las cosas de la mar habían tenido noticias de tales tierras, no era verosímil que ahora el Almirante supiese más que todos los pasados y presentes.

Pero, por más que a Hernando le parezca absurda esa idea, parece la más lógica. Nadie sabía quién era Cristóbal Colón, al menos teóricamente, y mucho menos podían suponer que tuviera conocimientos de los que nadie había oído hablar. Es más, hay cronistas de la época que lo retratan como un iletrado. Gómara, en su *Historia de las Indias,* dice que: «No era docto Cristóbal Colón». Y el cura de Los Palacios en sus *Memorias* dejó escrito: «Era ombre de muy alto ingenio sin saber muchas letras». E incluso el propio

Colón permite pensar tal cosa al escribir en 1501 a los reyes una carta en la que se lee: «Non doto en letras, lego marinero, hombre mundanal». Una afirmación que desdibuja el autorretrato que Colón hace de sí mismo en otros momentos presentándose como ávido lector y asiduo escritor.

La segunda razón de los sabios, dice Hernando, se basó en que:

> Si uno avanzase en línea recta hacia occidente (…) luego no podría volver a España por la redondez de la esfera, dando por seguro que quien saliese del hemisferio conocido por Ptolomeo iría hacia abajo y luego le sería imposible regresar, afirmando que ello sería casi como subir a un monte, cosa que no les resultaría posible a los barcos ni con vientos fuertes.

La última de las razones nació de la lectura del capítulo XXI de la obra de san Agustín *De civitate Dei reproba,* donde el santo sostiene que «es imposible que existieran antípodas y se pudiera pasar de un hemisferio a otro».

¿Dónde tuvo lugar ese debate entre Colón y los sabios?

La hipótesis más aceptada asegura que fue en Salamanca, donde los monarcas permanecieron durante los meses de noviembre y diciembre de 1486 hasta el 20 de enero de 1487. Y se cree que el escenario fue el monasterio salmantino de San Esteban, en el que uno de los claustros es presentado al visitante como el de Colón.

Manzano rescata de la memoria una cita de fray Antonio de Remesal en la que se lee:

> Vino (Colón) a Salamanca a comunicar sus razones con los maestros de Astrología y Cosmografía, que leían estas facultades en la Universidad. Comenzó a proponer sus discursos y fundamentos, y en solo los frailes de San Esteban halló atención y acogida.

Entre los astrólogos, matemáticos y sabios, se encontraba también el arzobispo de Sevilla, fray Diego de Deza, a quien ya hemos citado en páginas anteriores.

¿Cuál fue el comportamiento de Colón ante la Junta de expertos? ¿Defendió con ardor su propuesta ante los sabios como se

refleja en algunos cuadros? Madariaga cree que eso no es propio de Colón: «Nada más contrario al carácter reservado y misterioso (…) de Colón que semejante ostentosa publicidad».

Parece que Colón no mostró todas sus cartas en aquel momento, como confirman tanto Las Casas como Hernando. El clérigo escribió al respecto:

> Ellos juntos muchas veces, propuesto Cristóbal Colón su empresa, dando razones y autoridades para que lo tuvieran por posible, *aunque callando las más urgentes, porque no le acaeciese lo que con el rey de Portugal*. [El subrayado es nuestro].

¿Qué ocultó Colón a los sabios? ¿Qué era tan valioso como para callarlo incluso si le rechazaban el proyecto? ¿Fue lo mismo que confesó a Marchena y tal vez a Deza? Y de ser así, ¿por qué se lo dijo a ellos y no a otros?

Hernando escribe algo parecido:

> … los que se juntaron no entendían lo que debían, *ni el Almirante quiso aclarar tanto que le sucediera lo mismo que en Portugal y le quitaren la bienandanza*. [El subrayado es nuestro].

La leyenda asegura que el Almirante se equivocó al creer que llegaría a las Indias navegando hacia occidente y él parece insistir en esa idea en su *Diario*. Sin embargo, ¿era eso lo que realmente creía?

Más allá de la audacia, o chulería, que suponía tomar aquellas tierras que pertenecían a un imperio poderoso, el propio Hernando asegura que su padre tenía el propósito de conquistar tierras nuevas y desconocidas. Pero lo cierto es que no sabemos qué dijo exactamente Colón ante la Junta de expertos.

En cualquier caso, en la primavera de 1487 los sabios resolvieron, según dejó escrito Las Casas:

> Así fueron dellos juzgadas sus promesas y ofertas por imposibles y vanas y de toda repulsa dignas.

El veredicto era demoledor, pero, sorprendentemente, los reyes citan a Colón en Málaga en agosto de 1487 y, escribe Hernando, sus altezas explicaron al Almirante que estaban ahora muy ocupados con proyectos pero que «con el tiempo se encontraría mejor oportunidad para examinar y entender lo que el Almirante ofrecía». Y no sólo eso, sino que, a pesar de la opinión de la Junta de sabios, entregaron a Colón el 15 de octubre 4.000 maravedíes «para ayuda a su costa».

¿Por qué obraron así los monarcas si los expertos habían dicho que las ideas de aquel hombre eran «imposibles y vanas y de toda repulsa dignas»?

Capítulo 6

Colón y Beatriz

«La razón dello no es liçito de la escribir aquí»

(Cristóbal Colón)

El misterio de Beatriz

Beatriz Enríquez de Arana fue amante de Colón y madre del segundo hijo del Almirante, Hernando. José de la Torre y del Cerro, en *Beatriz Enríquez de Arana y Cristóbal Colón* (Madrid, 1933) asegura que era hija de Pedro de Torquemada y Ana Núñez de Arana, vecinos de Santa María de Trassierra, un pueblo situado a unos quince kilómetros de Córdoba y aupado sobre una cima desde la que se divisan las ruinas de Medina Azahara. Pero poco más se sabe de ella.

Colón y Beatriz nunca contrajeron matrimonio y sorprende que Hernando, nacido el día 15 de agosto de 1488, no mencione jamás a su madre en sus escritos. Sin embargo, escribió estos versos terribles sin citar a esta enigmática mujer:

> Maldigo quien m'engendró
> pues fue causa que padezca;
> quien de su leche me dio
> cruel tormento merezca.

Se sabe que Beatriz tuvo un hermano llamado Pedro y que sus padres murieron prematuramente. La modesta herencia que recibieron ambos hermanos quedó en custodia de su tía, Mayor, y

su abuela, Leonor Núñez. Por entonces, la familia vivía en la población de Santiago, en Córdoba. Pero tanto la tía como la abuela fallecieron poco después y los huérfanos fueron acogidos por otros parientes.

Sobre las circunstancias que rodearon el primer encuentro de Colón con Beatriz existen algunas leyendas. Una de ellas asegura que Colón medió en un duelo en el que dos espadachines atacaban a un caballero, al que el Almirante socorrió. Gracias a su ayuda, los dos atacantes huyeron. El hombre a quien Colón acababa de salvar se presentó como Pedro Enríquez de Arana, hermano de Beatriz. De ese modo, según esa versión, el navegante conoció a su futura amante.

Más allá de esas leyendas, lo cierto es que Colón estuvo afincado en Córdoba entre 1485 y 1487, mientras aguardaba el veredicto de los reyes a su propuesta. En aquel tiempo vivían en la ciudad los hermanos Lucián y Leonardo Esbarroya. Se trataba de dos genoveses que ejercían como boticarios y por cuya mediación, según propone Juan Manzano, Colón conoció a Pedro Enríquez. Manzano, citando a De la Torre, recuerda que la botica de micer Leonardo fue «el punto de cita, de reunión y de tertulia de físicos y cirujanos, de amigos y conocidos…». Dicha botica se encontraba en las proximidades del monasterio de los dominicos de San Pablo y en él conoció Colón al bachiller en Medicina Juan Díaz de Torreblanca, pariente del dueño del local e hijastro del también cirujano y físico Juan. Todos ellos gozaban de la amistad de la familia de Beatriz, por lo que Manzano cree incluso que el citado Juan acompañó años después a Colón en el primer viaje.

Lo que sí es cierto es que a finales de 1487 Colón mantenía una relación amorosa con Beatriz y en el mes de agosto del año siguiente ella trajo al mundo a Hernando.

Bartolomé de las Casas califica a Diego, el primogénito de Colón, como «hijo legítimo», pero cuando se refiere a Hernando prefiere denominarlo «hijo natural». Seguramente, por el hecho de que Colón jamás contrajo matrimonio con Beatriz, circunstancia que ha provocado todo tipo de especulaciones y polémicas.

Juan Manzano recuerda que en aquella época se diferenciaba entre los hijos ilegítimos y los naturales (de padres aptos para contraer matrimonio) de los ilegítimos (los padres no podían

casarse porque algún impedimento lo prohibía, como por ejemplo el caso de que uno de ellos estuviera ya casado). Pero ni Colón ni Beatriz tenían impedimento que hiciera imposible un matrimonio.

Se han barajado diferentes teorías, pero antes de mencionarlas creo oportuno recordar que Colón demostró siempre un enorme cariño por sus dos hijos y legitimó a Hernando a pesar de no casarse con Beatriz. Para ello, no recurrió a un método convencional, como por ejemplo una carta personal en escritura pública o por concesión real, sino apelando a una norma contemplada en *Las Partidas,* que establecía que si se presentaba al hijo natural a los reyes y se entregaba a su servicio, ese niño pasaba a ser legítimo. Por ello, durante su segundo viaje a América, Cristóbal encargó a su hermano Bartolomé que llevara a sus dos hijos a la Corte y los hiciera entrar al servicio del príncipe Juan en calidad de pajes. El propio Hernando lo cuenta con estas palabras:

> … a principios del año 1494 fue (Bartolomé Colón) a los Reyes Católicos llevando consigo a Diego Colón, hermano mío, y a mí para que sirviéramos de pajes al serenísimo Príncipe don Juan (…) que a la sazón estaba en Valladolid.

La argucia legal a la que Cristóbal se acoge para legitimar a su segundo hijo parece demostrar un gran conocimiento de la legislación vigente, algo poco común en un extranjero.

A pesar de no contraer matrimonio con ella, Colón confía a sus hijos a Beatriz durante su primer viaje. De hecho, Bartolomé los recoge en casa de Beatriz para llevarlos a la Corte durante el segundo viaje descubridor. Incluso, el propio Colón en su *Diario* anotó algo ciertamente curioso cuando regresaba del primer viaje y una tormenta estuvo a punto hacer naufragar a la *Niña*. Las Casas lo relata de este modo:

> Que también le daba gran pena dos hijos que tenía en Córdoba al estudio, que los dejaba huérfanos de padre y madre en tierra extraña…

Esas líneas contienen un nuevo enigma, porque Diego era ya huérfano de madre, mientras que la madre de Hernando estaba

viva, dado que era Beatriz. ¿Acaso el Almirante tenía más hijos?

El comportamiento de Colón con Beatriz fue poco edificante, puesto que no sólo no se casó con ella, sino que le arrebató a los niños y después pareció olvidarla, hasta que se encontró a las puertas de la muerte. Fue entonces cuando Colón encargó a su hijo mayor que cuidase de Beatriz y le ordenó entregarle una pensión de diez mil maravedíes anuales, además de darle en otra ocasión el premio que, como ya veremos, Colón arrebató al marinero que avistó tierra en la primera expedición y cuyo nombre, como más adelante se explicará, no era Rodrigo de Triana.

Estas decisiones, según él mismo dejó escrito, las adoptó «por mi descargo de la conciencia, porque esto pesa mucho para mi ánima». Sin embargo, no aclara el motivo por el que «la razón dello no es liçito de la escribir aquí».

¿Por qué Colón no contrajo matrimonio con Beatriz Enríquez de Arana?

Algunas fuentes prefirieren culpar a ella, asegurando que se trató de una mujer licenciosa; otros aluden a la ambición de Colón, que no podía permitirse una boda con una mujer de baja cuna para no perjudicar sus sueños de grandeza. O quizá porque él ya era noble de nacimiento, como hemos visto que sostienen algunos colombinistas. En ese caso, tendría sentido algo que recuerda Juan Manzano: la ley tercera del título XIV de la Partida IV indica que «las mugeres que non deben recibir por barraganas los omes nobles e de gran linaje».

Salvador de Madariaga propone en cambio otras razones: Beatriz era hija de Pedro de Torquemada, una familia de conversos a la que perteneció el inquisidor Tomás de Torquemada. Madariaga asegura que Beatriz adoptó el apellido de la madre y no el del padre para ocultar ese origen converso. Además, añade, «la moral sexual de los judíos era diferente de la de los cristianos», lo que, según él, explicaría el motivo por el que Beatriz se entregó a Colón sin matrimonio previo ni a la vista.

Sin embargo, ¿qué sucedería si el propio Colón fuera de origen judío como proponen otros autores? Tal vez sí hubo un matrimonio entre ambos, pero un matrimonio bajo el rito judío y no cristiano.

¿Tiene algún fundamento esa posibilidad?

Almirante y profeta

A juzgar por las palabras que dejó escritas Bartolomé de las Casas, nadie dudaría de la devoción cristiana de Cristóbal Colón:

> … ayunaba los ayunos de la Iglesia, que confesaba muchas veces y comulgaba, que rezaba tanto las horas canónicas como las eclesiásticas o las religiosas y que era devotísimo de Nuestra Señora y del Seráfico padre San Francisco.

Y el hecho de que en muchas ocasiones encabezara su correspondencia de este modo, parece confirmar ese fervor: «In nomine Domini Nostri Ihesu Christi».

Además, sabemos que el Almirante se carteó con los pontífices Inocencio VIII, Alejandro VI y Julio II, aunque únicamente se conserva una carta que remitió a Alejandro VI y reprodujo Hernando Colón.

Una vez más, hay documentos colombinos desaparecidos o convenientemente eliminados. Pero más allá de la sospechosa desaparición de esa correspondencia con los pontífices citados, en principio nada hace pensar que el Almirante no fuera un cristiano ejemplar. Incluso podemos recordar las amistades que mantenía con frailes y monjes.

Sin embargo, fray Diego de Deza era judío converso y Antonio Marchena, estrellero y cosmógrafo. Se diría que Colón se acercó al segundo precisamente por esos conocimientos, no porque fuera franciscano, puesto que jamás le llevó con él en ninguno de sus viajes, a pesar de las instrucciones de los monarcas al respecto el día 5 de septiembre de 1493:

> E platicando acá estas cosas, nos parece que sería bien que llevásedes un buen astrólogo; y nos paresció que sería bueno para esto fray Antonio de Marchena, porque es buen astrólogo, y siempre nos paresció que se conformaba con vuestro parecer.

De hecho, en la tripulación del primer viaje no figuró ningún religioso, a pesar de que, se suponía, la expedición tenía también

una misión evangelizadora. En cambio, Colón llevó consigo a un intérprete judío que, como era previsible, no debutó en el oficio (las crónicas dicen de él que sabía hebreo, caldeo y «aún diz que arábigo»). ¿Qué necesidad tenía Colón de un intérprete que hablaba esos idiomas para parlamentar con el Gran Kan?

Colón gozó también de la amistad del cartujo llamado fray Gorricio, del que ya dijimos que parecía conocer mejor que nadie los secretos de la familia. Sin embargo, el Almirante no solicita de él ayuda espiritual, sino que ambos se asocian para escribir el estrambótico *Libro de las profecías*.

Por otra parte, ¿se puede considerar de buen cristiano dejar preñada a Beatriz Enríquez de Arana y no contraer matrimonio con ella? ¿Es de buen cristiano mentir y ser avaricioso en extremo como lo fue el Almirante, según veremos más adelante?

Tal vez Colón no pretendió jamás evangelizar aquellas tierras por medio de ningún religioso porque él mismo se creía un Mesías. Su propio nombre habla de un santo que lleva en brazos a Jesús mientras atraviesa las aguas. Pero ese mesianismo suyo no parece cristiano, sino judío, puesto que cita con sospechosa frecuencia a Isaías, Esdras, Moisés y Abraham.

En su *Diario* hay una entrada fechada el día 6 de enero de 1493, que contiene algunas líneas en las que se advierte ese convencimiento mesiánico del que hablamos:

> Así que, Señores Príncipes, que yo conozco que milagrosamente mandó quedar allí aquella nao Nuestro Señor, porque es el mejor lugar de toda la isla para hacer el asiento y más cerca de las minas de oro…

Y tan seguro estaba don Cristóbal de gozar de la ayuda de Dios, que en 1501 escribió a los monarcas:

> Dios Nuestro Señor me abrió el intelecto con mano palpable, para que navegue hasta las Indias.

Bartolomé de las Casas parece dar crédito a semejante desatino:

> (a propósito de la primera entrevista de Colón con los reyes) la gracia singular que Dios le concedió para el

misterio que le confió.

Pero ¿a qué Dios apelaba Colón?
A tenor de lo que él mismo escribió, parece referirse a Yavé:

> … que al fin David, Rey muy sabio, guardó ovejas y después fue hecho Rey de Jerusalén; yo soy siervo de aquel mismo Señor que puso a David en este estado.

Ya se advierte la modestia de Colón al equipararse con el rey David. Pero tal vez no se debe tanto a la inmodestia como a la curiosa interpretación que realizó de algunas profecías bíblicas. Recordemos, por mencionar alguna, lo que escribió a propósito del vaticinio del profeta Isaías (66,22):

> … lo mismo que *el cielo nuevo y la nueva tierra* que yo creo subsisten ante mí… [El subrayado es nuestro].

Pero ¿Colón deseaba ese cielo nuevo y esa tierra nueva para los cristianos o para los judíos?

Madariaga, que ve en el Almirante a un judío converso, se inclina por lo segundo. Y es que se da la extraordinaria casualidad de que la mencionada cita de Isaías encabeza el epígrafe siguiente de sus profecías: Nace la nueva Jerusalén.

Además, eso podría explicar que Colón escribiera en 1501 a los Reyes Católicos en estos términos:

> Par la hesecución de impresa de las Indias no me aprovechó razón ni matemática ni mapamundis: llenamente se cumplió lo que decía Isaías.

Tal vez de ese modo resulte comprensible su obsesión de reconstruir el templo de Jerusalén, ocurrencia que provocaba la risa de los propios monarcas: «Protesté a Vuestras Altezas que toda la ganancia de esta mi empresa se gastase en la conquista de Jerusalén, y Vuestras Altezas se rieron…».

El historiador Juan Gil afirma que:

> En los momentos de congoja o peligro, cuando el alma humana se presenta más al desnudo, no acuden a la

> boca de Colón invocaciones a Jesucristo o a la Virgen;
> el dios a quien ora es el Yavé del Antiguo Testamento.

Si Colón escribía en hebreo en algunas ocasiones, podría explicar la extrañeza del cronista Pedro Mártir de Anglería a propósito de algunos mensajes que Cristóbal escribió a su hermano Bartolomé y en los que, a decir de Anglería, empleó una «escritura en caracteres desconocidos». Madariaga opina que debió tratarse de «alguna forma cursiva del alfabeto hebreo», si bien resulta extraño que Anglería no reconociera esos caracteres.

Ricardo Sanz, defensor de la tesis alcarreña a propósito del origen de Colón, cree que el Almirante no era judío converso, sino cristiano sin tacha. En lo que sí coincide es en que Colón «se consideró en todo momento como un elegido por Dios». E incluso subraya algunas curiosas coincidencias entre la vida de Colón y la de Moisés para tratar de afirmar esa idea de un líder mesiánico.

En efecto, si Colón era hijo de Aldonza Mendoza, a quien el marqués de Santillana quería eliminar para heredar las tierras de su hermanastra, el Almirante nació bajo la amenaza de muerte, igual que Moisés. Como se recordará, la Biblia asegura que el faraón había ordenado la muerte de los niños judíos, por lo que Moisés fue puesto en una cesta de mimbre y entregado a su suerte en el Nilo. Tras ser recogido del río por una princesa, Colón creció sin que nadie conociera su verdadera identidad.

En segundo lugar, Ricardo Sanz sostiene que Colón fue enviado a estudiar a Italia después de que alguien hubiera descubierto que se había criado en el monasterio de Lupiana, lo mismo que le sucedió a Moisés, cuya identidad fue finalmente desvelada. Y Colón tuvo que vencer también la resistencia de unos reyes para conducir a su pueblo a una tierra de promisión, donde, posteriormente, debería soportar las quejas de aquellos a quienes había guiado en tan singular travesía.

Las similitudes entre Moisés y Colón se acentúan si pensamos que Yavé no permitió al primero entrar en la tierra prometida, mientras que el segundo murió sin que el continente al que había arribado llevara su nombre. Además, se desconoce con certeza el lugar donde ambos fueron enterrados, por más que se hayan encontrado un puñado de huesos de Colón en Sevilla.

No obstante, Ricardo Sanz advierte una diferencia entre ambos

personajes: Colón descubrió un nuevo mundo para el cristianismo, mientras que Moisés condujo al pueblo judío hacia la libertad.

La firma del Almirante

La firma de Cristóbal es un reflejo de su personalidad: esquiva, artera, siempre embozada tras un enigma.

Alfonso Philippot señala que:

> No se conoce ningún tipo de correspondencia privada ni oficial de Cristóbal Colón anterior (al Descubrimiento) (…) La carta más antigua corresponde al año 1493 y va dirigida al tesorero Rafael Sánchez, pero es una copia del original que se ha perdido.

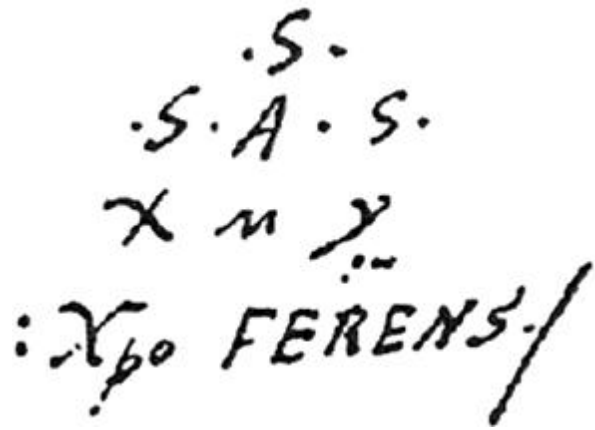
En definitiva, otro valioso documento colombino casualmente perdido. Pero aún más sorprendente es el hecho de que, tras el Descubrimiento, Colón decidiera firmar las cartas que escribía como El Almirante o El Virrey, pero colocando antes un enigmático anagrama triangular formado por 7 letras. Consuelo Varela recuerda que Colón empleó la fórmula El Almirante (salvo en dos cartas en las que se concedían monopolios en las Indias en que usó El Virrey) hasta 1502, cuando de forma inesperada añade en su firma un anagrama: Xpo FERENS.

Como recordará el lector, existen dudas sobre la autenticidad del documento en el que Colón instaura el mayorazgo en 1498, pero en él se incluyen cláusulas que tal vez no fueron modificadas porque no representaban peligro alguno para los intereses en juego. En una de esas cláusulas Colón explica cómo es su firma y cómo debían firmar sus sucesores:

> … Primeramente tratará don Diego, mi hijo, y todos los que de mí subcedieren e descendieren, y ansí mis hermanos don Bartolomé e don Diego mis armas que yo dexaré después de mis días, sin reserbar más ninguna cosa d'ellas, y sellará con el sello d'ellas don Diego, mi hijo, o cualquier otro que heredare este Mayorazgo. Y después de aver heredado y estado en posesión d'ello,

> firme de mi firma la cual agora acostumbro, que es una .X. con una .S. ençima y una .M. con una .A. romana encima, y encima d'ella una .S. y después una .Y. greca con una .S. encima con sus rayas y bírgulas como agora hago y se parecerá por mis firmas, de las cuales se hallarán y por esta parecerá…

En resumen, la firma del Almirante era así:



Wasserman considera que esa firma es, simplemente, una «niñería mística», pero creo que esa explicación sí que es pueril. Como ya hemos visto, Colón era un hombre muy opaco en lo que a su intimidad e identidad se refiere, de modo que no creemos que las instrucciones sobre cómo debían firmar sus herederos, siguiendo su propio ejemplo, fuera algo baladí. Antes al contrario, debía responder a alguna razón muy concreta que él consideraba importante.

Luis Ulloa defendió que el verdadero nombre del Almirante no era Cristóbal, sino Juan Bautista, y creía advertir la devoción del marino por el Bautista en el hecho de que bautizase la isla de Boriquen, Puerto Rico, como Juan Bautista. En su opinión, la letra Y de la firma del Almirante es una alusión a Isabel, la madre del Bautista.

Por su parte, Nito Verdera, que cree que Colón era un judío ibicenco, propone leer las letras X M Y como: «Xristofor Mariner Yviça»; es decir, «Cristóbal Marinero de Ibiza».

En cambio, para Giambattista Spotorno, el enigma de la firma del Almirante se resuelve de este modo:

S		S
U		U
T	A	F
S	I	E
I	R	S
I	R	S
X	M	Y

Betcher y Cronau discrepan y ofrecen otra solución:

Servidor
Sus Altezas Sacras
Xesus María Isabel

Philippot, que considera que Colón era en realidad el gallego Pedro Madruga, sostiene que el anagrama triangular representa el perfil de una casa, la Casa Soutomaior. Y estaría compuesto por las «iniciales del árbol familiar de Pedro Madruga», porque, añade, parece absurdo que alguien que supuestamente quiere escribir Cristóbal, que es como tradicionalmente se ha traducido la firma Xpo FERENS, decida dividir las sílabas de ese nombre y escribir una parte en griego (Xpo = Cristo) y el resto en mayúsculas y en latín (FERENS = el que lleva). Para él, Xpo FERENS es «la abreviatura Xpobo y el patronímico Fernandeanes»; es decir: «Cristóbal, hijo de Fernando Yáñez».

Ricardo Sanz enfoca el problema de la firma de Colón de un modo diferente. A su juicio, se trata de «un mini documento de identidad». Y concede gran importancia a los puntos entre las letras. Considera que esos puntos obligan a leer las letras de la firma de arriba abajo, salvo en el último renglón, en el que no hay puntos. Esa lectura arrojaría este resultado:

Sum Xristobal. Sabole Aldance Mendoza. Scrutator Indiarum

Las horizontales se leerían así:

No sé si Ricardo Sanz acierta con su interpretación, pero sí me parece que los puntos junto a las letras S, los dos puntos que preceden a Xpo y el resto de los símbolos han de ser tenidos en cuenta para resolver el enigma. Son las «rayas» y «vírgulas» que menciona el Almirante y sobre las que exige una disposición concreta junto a las letras, unas encima de otras hasta dibujar el triángulo de marras.

Sua Alabern recoge las opiniones que se han vertido sobre la similitud entre el espíritu inaprensible del Descubridor y de Raimundo Lulio, místico cristiano pero gran conocedor de los secretos de cábala y la alquimia. Ambos fueron apasionados del simbolismo. Sobre Lulio, Sua escribe que «ama la expresión casi cabalística de figuras representativas, de círculos y triángulos y combinaciones de letras». Maurice David en su obra *Who was Columbus* opina que la firma es la expresión de un Kaddish para apaciguar su conciencia judía. Madariaga insiste en que la letra S con los puntos es frecuente en los escritos de Colón, no sólo en su firma, y subraya que el carácter innegablemente geométrico de este anagrama no puede ser casual. A su juicio, «la interpretación cabalística de este triángulo de letras, y en particular las eses punteadas, transfigura esta firma en el escudo de David, doble triángulo o hexagrama».

Es posible que, en efecto, la firma de Cristóbal Colón fuera una fórmula cabalística, y que tal vez sirva a quien sepa descifrarla para aclarar muchas de las dudas que ensombrecen su biografía. Es posible incluso que transmitiera de ese modo a su hijo algún secreto que le pudiera ser útil en el futuro, de ahí esa obstinada orden de que empleara el anagrama. No obstante, el hecho de que Colón fuera diestro en los secretos de la cábala no lo convierte necesariamente en judío.

La familia

Al llegar el momento de cerrar este capítulo, nos parece oportuno hacer un repaso de los integrantes de la familia del Almirante. Sabemos que tuvo dos hijos y que el mayor de ellos fue Diego, fruto

del matrimonio de Cristóbal y Felipa Moniz. Como ya se ha dicho, el navegante huyó de Portugal con el pequeño y lo dejó al cuidado de los frailes de La Rábida mientras buscaba el apoyo de los Reyes Católicos.

Al ser Diego el primogénito, a él correspondió heredar los títulos y privilegios que le fueron concedidos a su padre en las Capitulaciones de Santa Fe.

También hemos mencionado a Hernando, el segundo hijo del Almirante. Su madre fue Beatriz Enríquez de Arana. Hernando ha pasado a la historia colombina por ser el autor de la *Historia del Almirante*, una biografía de su padre plagada de mentiras y medias verdades que hemos citado en varias ocasiones. Se cree que acompañó a su padre en 1502 en el cuarto y último viaje del Almirante, y es conocido que regresó a América en 1509 en compañía de su hermanastro Diego cuando éste llegó a La Española en calidad de gobernador.

Algunos autores aseguran que Hernando murió célibe y que entregó su vida al estudio. Al parecer, fue requerida su opinión tanto por el rey Fernando como por Carlos V en temas jurídicos y cosmográficos, si bien siempre estuvo del lado de su hermano en el litigio que Diego sostuvo con el rey aragonés en la defensa de los privilegios familiares.

Hernando disfrutó de una magnífica casa en la Huerta de Goles, Sevilla. La hacienda contaba con un jardín con más de cinco mil especies vegetales y una biblioteca, conocida como Colombina, con más de quince mil libros. Lamentablemente, los responsables de su mantenimiento no cumplieron lo que Hernando estipuló meticulosamente en su testamento —dedicó a esa cuestión la mitad de las páginas del mismo— para que se conservara. Tras su muerte, el 12 de julio de 1539, fue enterrado en la catedral de Sevilla y allí fueron a parar también los libros de su propiedad, pero su número había descendido drásticamente hasta los seis mil.

Sobre la tumba de Hernando, situada en el trascoro de la catedral, se dispuso el siguiente epitafio:

> Aquí yaze don Hernando Colón, hijo de don Cristóbal Colón, primero Almirante que descubrió las Indias, que siendo de edad de L años y IX meses y XIV

> días e aviendo trabajado lo que pudo por el aumento de las letras falleció en XXII días del mes de julio de MDXXXIX años y XXXIII años después del fallecimiento de su padre. Rogad a Dios por ellos.

El epitafio se adorna con el escudo de Colón y con la popular leyenda «A Castilla y a León un nuevo mundo dio Colón».

Los historiadores que han estudiado la figura del Almirante coinciden en la pasión con la que Cristóbal Colón amó a sus hijos y al resto de su familia, lo cual convierte en un misterio el hecho de que en toda la epopeya colombina sus supuestos cuatro hermanos genoveses no jueguen ningún papel. Juan Peregrino y Bianchineta jamás son citados en esa aventura, mientras que los otros dos, Bartolomé y Diego, apenas aparecen en ella.

La única explicación para esa contradicción es que el genovés Cristóforo Colombo no fuera Cristóbal Colón.

Bartolomé irrumpe de pronto en la historia cuando Cristóbal está en Portugal, pero no se sabe con certeza cuándo y cómo llegó a aquel país. Consuelo Varela afirma que fue Cristóbal quien lo llevó tras realizar un breve viaje a Génova en 1479, pero no es seguro.

Las Casas escribe que el mayor de los Colón era diestro en «hacer cartas de navegación, esferas y otros instrumentos de aquella profesión». El dominico asegura que «en algunas cosas d'estas le excedía (a Colón)». Es decir, que era más erudito que Colón. De ser cierto, resulta sorprendente que hubiera dos hermanos ilustrados en una familia de humildes tejedores genoveses.

La misma fuente describe a Bartolomé como un hombre «más alto que mediano» y parece haber sido buen orador, razón por la cual Cristóbal lo envía a Inglaterra para tratar de lograr el apoyo de aquel reino para su proyecto descubridor.

Durante el viaje a Inglaterra, Bartolomé es apresado por unos piratas (Las Casas escribe: «Ladrones corsarios de la mar de la nación esterlina»), pero finalmente logra escapar y llegar hasta el trono británico y exponer los planes de su hermano. Al parecer, tan convincente fue en su exposición que estuvo a punto de lograr sus propósitos, pero finalmente hubo de marchar a Francia sin haberlo conseguido.

En Francia, con esa pasmosa facilidad que tenían los hermanos Colón para acceder a los monarcas, pudo exponer también sus

propósitos. Y estando en aquel país recibió una carta de Cristóbal para que regresase y «viniese a servir a Vuestras Altezas, que sería honrado y acrecentado».

Cuando Bartolomé llegó a Castilla, su hermano ya había partido a América por segunda vez. En cambio, descubrimos que quien sí ha embarcado es el tercer hermano, Diego, de quien apenas hay información.

Las Casas dice de él que era «persona virtuosa, muy cuerda, pacífica…», y parece ser que tuvo vocación religiosa. Sin embargo, no está claro de dónde vino ni cuándo llegó a Castilla. Sabemos, en cambio, que fue enterrado en el monasterio de La Cartuja, el mismo en el que profesaba el misterioso fray Gorricio.

En páginas anteriores dijimos que fue Bartolomé el encargado de llevar a sus dos sobrinos, Diego y Hernando, de casa de Beatriz Enríquez a la Corte para que ejercieran como pajes. Posteriormente, embarcó rumbo a América y, tiempo después, ejerció allí como pésimo gobernador.

En aquellas tierras mantuvo una relación con una princesa local llamada Anacaona, de la que los cronistas dijeron que era «muy graciosa y palanciana en sus hablas y artes y meneos».

Esta peculiar y misteriosa familia se mostró siempre unida y, tras la muerte del Almirante, lucharon sin fisuras por la defensa de los privilegios que creían hereditarios.

El doctor Ricardo Sanz afirma que Bartolomé y Diego no eran hermanos de sangre de Cristóbal, sino de leche. Ambos eran los hijos naturales de la nodriza y de Cristóbal Genovés, el matrimonio que crio a Cristóbal, según la tesis alcarreña que defiende. Eso explicaría que se bautizara al mayor de los dos hermanos como el santo que daba nombre al monasterio de Lupiana: Bartolomé.

Capítulo 7

Las Capitulaciones de Santa Fe

> *«En alguna satisfacción de lo que ha descubierto en las mares oçéanas»*
>
> (Capitulaciones de Santa Fe)

El vendedor de libros

La Junta de sabios desestimó el proyecto colombino tras juzgar sus ideas «imposibles y vanas y de toda repulsa dignas». Sin embargo, ya señalamos que los monarcas no lo despidieron para siempre, algo ciertamente curioso. De hecho, según leemos a Hernando Colón, los reyes dijeron a Cristóbal que «con el tiempo se encontraría mejor oportunidad para examinar y entender lo que el Almirante ofrecía». Pero entonces, ¿para qué se convocó a la Junta de expertos?

A partir de ese momento, Colón no pudo hacer otra cosa que esperar, pero su situación económica comenzó a ser desesperada. Juan Manzano señala que la última subvención real que recibió el marino le fue entregada el 15 de octubre de 1487. ¿Cómo logró sobrevivir? Los cronistas ofrecen alguna respuesta.

Bernáldez, el cura de Los Palacios, escribió:

> Ovo un hombre de tierra de Milán, mercader de libros de estampa, que trataba en esta tierra de Andaluzía, y principalmente en Sevilla, que llamaban Cristóval Colón.

Y Bartolomé de las Casas dice:

> Algunos días se sustentó con la industria de su buen ingenio y trabajó de sus manos, haciendo o pintando cartas de marear, las cuales sabía muy bien hacer (…) vendiéndolas a navegantes.

Si damos crédito a esos cronistas, Cristóbal Colón se ganó la vida durante aquellos meses dibujando cartas de marear y vendiendo libros de estampa (libros impresos), una industria que comenzaba a florecer en aquella época. Manzano cree que la venta de libros permitió a Colón enriquecer sus conocimientos y consolidar su proyecto. Pero en mi opinión, el esquivo Colón disponía de los datos necesarios para su aventura desde que salió de Portugal con algún documento, carta de marear o mapa que había robado.

Y precisamente de Portugal llegó entonces una carta tan inesperada como sorprendente remitida por el rey luso. Una misiva que consideramos insólita habida cuenta de que Colón había huido del país vecino perseguido por la justicia.

En efecto, estando Colón en Sevilla recibió una misiva del rey de Portugal fechada el 20 de marzo de 1488 a la que ya hicimos referencia en páginas anteriores y cuyo encabezamiento era inesperadamente afectuoso, dado que se dirigía a un prófugo de la justicia lusa:

> A Xpouam Collon nosso espicial amigo, en Seuilha.

Damião Peres reprodujo esa carta en su *Historia dos descubrimentos portugueses* y da cuenta de la existencia de un mensaje previo de Colón al rey Juan II («Vymos a carta que Nos screpuestes», escribe el luso). Al parecer, el navegante se había ofrecido a regresar a Portugal, por lo que algunos autores han considerado que Cristóbal llegó a Castilla como espía («e quanto a vossa vynda aca…», escribe el monarca).

Lo cierto es que Juan II parece entusiasmado con la idea del retorno de Colón e incluso le invita a volver de inmediato («vos rogamos e encomendamos que vossa vynda seja loguo»). Incluso le ofrece inmunidad («E porque por ventura teerees alguû rreçeo de nossas justiças *por razom dalguûas cousas a que sejaees obligado,* Nos por esta nossa carta vos seguramos polla vynda stada e tornada») [El subrayado es nuestro].

En definitiva, existe una causa abierta contra Colón en Portugal, lo que desmentiría su supuesto oficio como espía, pero Juan II está dispuesto a perdonar al marino. ¿Por qué?

Unos meses antes, a finales de 1487, había regresado a Portugal el descubridor luso Bartolomé Díaz tras superar con éxito la prueba de navegar por el extremo sur del continente africano. Algunos autores aseguran que Bartolomé Colón estaba entonces en Portugal y tuvo ocasión de asistir a la recepción que el rey dispensó a Díaz. ¿Influyó aquella aventura náutica en la decisión del monarca de perdonar a Colón? De ser así, ¿por qué?

Pero ¿viajó Colón a Portugal aceptando la oferta de Juan II?

Hernando Colón no escribió una sola línea sobre ese asunto, mientras que el historiador Manuel Lucena asegura que «Colón abandonó España en 1488 y pasó a Portugal». Juan Manzano se muestra de acuerdo y ambos historiadores se basan en algunas fuentes documentales.

En el Archivo de Indias de Sevilla se conserva un documento esclarecedor (Patronato 12, pieza 3ª, fol. 72) dentro del paquete de legajos sobre los pleitos colombinos. Se trata de la declaración de un tal Juan Moreno, quien afirmó:

> E asy mismo oyó dezir cómo dicho Almirante pasó a Portugal para armar, e no pudo; y tornó a Castilla.

Pero si Colón ya había ofrecido su proyecto con anterioridad a Juan II, ¿por qué se escribe que «pasó a Portugal para armar, e no pudo»?

¿Acaso fue Colón a la Corte de Juan II para motivar los celos de los Reyes Católicos? De ser cierto, ¿cuándo tuvo lugar ese dudoso viaje?

Juan Manzano cree se trató de un viaje breve, puesto que se tiene noticia de la presencia de Colón en Sevilla en octubre de aquel año de 1488.

Los nobles aliados

En el momento más crítico, cuando los expertos habían rechazado su idea y Colón no encontraba apoyos económicos para ponerla en

marcha, se produjo la intervención de dos de los hombres más poderosos de España para desbrozar el camino a Cristóbal Colón. Me refiero a los duques de Medina-Sidonia y de Medinaceli.

Los especialistas coinciden en la mediación de los nobles, aunque discrepan a la hora de fijar el momento en el que Colón se entrevistó con ellos. Los cronistas Oviedo y Gómara afirman que Colón se vio con el duque de Medina-Sidonia en 1485, nada más llegar a Castilla, mientras que los historiadores Varela y Manzano consideran imposible esa fecha y fijan el encuentro en 1488. Por su parte, Hernando Colón, como es su costumbre a la hora de hablar de la vida de su padre previa al primer viaje a América, se muestra esquivo, limitándose a mencionar la visita de su progenitor al duque de Medina-Sidonia, pero sin ofrecer más detalles.

Ahora bien, ¿por qué uno de los hombres más influyentes del momento accedió a entrevistarse con un desconocido genovés hijo de laneros? El cronista Gómara lo explica gracias a la mediación del franciscano Antonio de Marchena:

> El qual fraile le esforzó mucho en su demanda i empresa, i le aconsejó que tratase su negocio con el Duque de Medina Sidonia, Don Enrique de Guzmán, gran señor i rico…

En aquel momento, Enrique de Guzmán, duque de Medina-Sidonia, era tan poderoso que las Casas dice de él: «No había en aquellos tiempos en toda España otro señor que más rico fuese». Por tanto, ¿debemos creer que un fraile de La Rábida tenía acceso a su presencia?

En cambio, la explicación es sencilla si se admite que Colón era hijo de Aldonza Mendoza, porque el duque de Medina-Sidonia estaba casado con Leonor de Mendoza, de modo que Colón sería familia política del duque. Sin embargo, aunque el noble recibió al aventurero, no parece que le hiciera caso, porque le despidió sin concederle favor alguno conocido. Las Casas explica lo sucedido diciendo que eso ocurrió «o porque no le creyó o porque no entendió la grandeza de la demanda».

Pero una vez más la biografía de Colón nos sorprende, puesto que a continuación es recibido por el duque de Medinaceli. ¿Tal vez porque están en lo cierto quienes defienden que Colón era hijo del

príncipe de Viana? Hay que recordar que don Luis de la Cerda, que vivía en el Puerto de Santa María y cuyas rentas se cifran en 30.000 ducados, estaba casado con doña Ana de Navarra y Aragón, hija del príncipe de Viana y de María de Armendáriz. Es decir, que si autores como Gabriel Verd están en lo cierto, Colón y el duque serían cuñados.

No obstante, hay otra explicación posible para la cordialidad que el duque mostró hacia Colón: Luis de la Cerda era nieto del marqués de Santillana; es decir, formaba parte de la familia Mendoza, la misma de Colón, si damos crédito a la tesis alcarreña sobre su origen.

Fueran cuales fueran los motivos que llevaron al duque a recibir al marino, debemos preguntarnos si Colón le reveló su identidad o si Luis de la Cerda ya la conocía. Y, de ser así, ¿por qué Cristóbal no buscó antes el apoyo de su supuesto pariente?

Lo cierto es que el duque abrió sus puertas al marino. Las Casas escribió al respecto:

> Sabiendo que no tenía el Cristóbal Colón para gasto ordinario abundancia, mandóle proveer en su casa todo lo que fuese necesario.

Y así fue como Colón se instaló en la hacienda del de Medinaceli.

El noble escuchó el proyecto colombino y, al parecer, lo creyó posible, hasta el extremo de tomar la decisión de financiarlo. ¿Acaso reveló Colón al duque algo que había silenciado a los Reyes Católicos? El caso es que, según relata Las Casas, Luis de la Cerda:

> Manda todo lo que Cristóbal Colón decía que era menester, hasta tres o cuatro mil ducados, con que hiciere tres navíos o carabelas, proveídas de comida para un año y para más, y de resgates y gente marinera…

No obstante, el duque demuestra su fidelidad y escribe a la reina, no al rey, y le explica su decisión tras escuchar a Colón. En la misiva aclara que únicamente sufragará la expedición si los monarcas no lo hacen, y esa advertencia parece activar los resortes

necesarios para que se produzca un giro inesperado en esta historia.

Los hechos debieron tener lugar, según Juan Manzano, entre junio de 1488 y mayo de 1489. En ese periodo es cuando Colón viajó —si es que lo hizo— a Portugal atendiendo la invitación de Juan II. Pero también en esos meses sucedió algo notable.

Hernando Colón escribe que su padre conoció en el Puerto de Santa María a un «marinero tuerto» que le habló de lo que le había sucedido años atrás durante una travesía a Irlanda. Al parecer, una tormenta arrastró su barco a una tierra desconocida, que algunos identifican como Terranova. Las Casas también menciona ese encuentro:

> Concuerda esto con lo que un marinero tuerto dijo al dicho Cristóbal Colón estando en el Puerto de Santa María.

Como algunas crónicas aseguran que Colón se entrevistó antes con los nobles andaluces que con los reyes, en 1485, confunden a ese «marinero tuerto» con aquel otro llamado Pedro Velasco, vecino de Palos, a quien Colón conoció en La Rábida. Pero como parece que Colón no estuvo en el Puerto de Santa María hasta años más tarde, debemos entender que se trata de dos marineros diferentes.

¿Fue el testimonio de ese hombre, más que los argumentos de Colón, lo que convenció al duque de Medinaceli?

Lo cierto es que el duque escribió a la reina tras escuchar las razones de Colón, e Isabel respondió con insólita rapidez habida cuenta de que se trataba de un asunto ya zanjado por la comisión de expertos. Manzano reproduce algunas líneas de aquella misiva real:

> Le rogaba él se holgase que ella misma fuese la que guiase aquella demanda, porque su voluntad era mandar con eficacia entender en ella…

Tras leer la carta, el duque de Medinaceli instó a Cristóbal Colón a regresar a la Corte en aquella primavera de 1489. A partir de ese instante, se inició el decisivo periodo de negociaciones que habría de culminar con la firma de las Capitulaciones de Santa Fe el 17 de abril de 1492. No obstante, fue un paréntesis trufado de misterios y

sorpresas.

En primer lugar, debemos interrogarnos por el hecho mismo de que la reina diera ahora credibilidad a una propuesta que había sido juzgada de forma severa por los más sesudos expertos convocados por los monarcas. ¿Quizás alguien susurró al oído de Isabel palabras que hicieron que cambiara de opinión? Bartolomé de las Casas, en su *Historia de las Indias,* menciona el nombre de dos personalidades que bien pudieron haber contribuido al cambio de parecer de la reina:

> Por persuasión, según se dijo, del generoso cardenal don Pedro González de Mendoza, y también diz que ayudó mucho el susodicho doctísimo maestro fray Diego de Deza.

Es decir, que reaparecen los miembros de esa suerte de trama cortesana que se esforzó en ayudar a Cristóbal Colón. En este caso, el llamado tercer rey de España y presunto pariente del navegante, si nos atenemos a la tesis alcarreña sobre su origen, y el fraile converso Deza, lo que reforzaría la opinión de quienes consideran que Colón era judío. Pero junto a ellos, el navegante encontró apoyo también en la persona de Alonso de Quintanilla, contador mayor de Castilla, y hombre que, como ya dijimos, había ayudado a Colón tiempo atrás. No obstante, a juzgar por lo que escribió Alonso de Santa Cruz en su *Crónica de los Reyes Católicos,* parece que fue el cardenal quien jugó un papel más decisivo ante la reina:

> También habló a su Alteça el cardenal Pero Gonçález de Mendoá, porque ya estaba informado de la persona de Cristóval Colón, y la havía hablado y les suplicó lo diesen a entender y le diesen audiencia, diciéndoles a los Reyes como hera hombre cuerdo y de buen ingenio y avilidad, y para lo que se prefería a descubrir parecía tener buenas razones, y bien fundadas en Cosmografía.

¿Por qué el cardenal Mendoza defendía que las opiniones de Colón estaban «bien fundadas en Cosmografía» si los expertos de la Junta las habían tildado como «imposibles y vanas y de toda

repulsa dignas»? ¿Acaso sabía el cardenal algo que los demás desconocían? Y, por otra parte, ¿están en lo cierto autores como Manzano y otros que defienden que fue la reina quien realmente impulsó el proyecto colombino sin que la Corona de Aragón tuviera arte ni parte en el mismo?

Es cierto que es Isabel quien recibe a Colón cuando el navegante llega a la Corte, pero se debe recordar que el rey Fernando se encontraba en plena campaña contra el reino de Granada. Por lo demás, el cronista Oviedo señala la presencia de otras personas en aquella audiencia real: «Por medio del Cardenal y de Alonso de Quintanilla fue oydo del Rey y de la Reyna, e lugo se precipitó a dar algún crédito a sus memoriales y peticiones». Es decir, las personalidades que ya hemos mencionado con anterioridad.

Sin embargo, se desconoce qué ocurrió y qué palabras se mencionaron durante aquel encuentro que hicieron que la reina Isabel, que ya había dejado entreabierta una puerta a Colón a pesar de la decisión de la Junta de expertos, abriera de par en par la misma a las ideas del esquivo marino. El cronista Gómara escribió al respecto:

> Con buenas palabras se le dieron (a Colón) esperanças ciertas de que acabando lo de Granada se resolverían.

Pero, para desgracia de Cristóbal Colón, lo de Granada parecía eternizarse y es entonces cuando el supuesto genovés toma una decisión insólita que, según algunos investigadores, guardaría relación con los antiguos conocimientos de la Orden del Temple.

Escribe Hernando Colón que, cansado de esperar al fin de la guerra de Granada, su padre se «decidió ir a visitar al rey de Francia, al que había escrito sobre este asunto». Pero ¿realmente tuvo lugar aquel viaje para entrevistarse con el rey Carlos VIII o marchó a Francia con otro propósito?

Colón escribió tiempo después a los Reyes Católicos una carta en la que se leía lo siguiente:

> Por servir a Vuestras Altezas yo no quise entender con Francia, ni Inglaterra, ni Portugal, de los cuales Príncipes vieron Vuestras Altezas las cartas…

Según se desprende de ese texto, parece que no llegó a viajar a Francia, y eso es lo que opinan muchos historiadores. En su opinión, lo que hizo Colón en ese momento fue regresar a La Rábida, tal vez para recoger a su hijo Diego. Pero, al llegar al monasterio, el fraile Juan Pérez lo retuvo.

En cambio, Juan García Atienza sostenía que Colón sí viajó a Francia, pero no para entrevistarse con el rey Carlos VIII, sino para visitar el puerto de La Rochelle, el más importante de cuantos había tenido la Orden del Temple en aquel país. No obstante, Atienza sitúa ese viaje no en este periodo comprendido entre 1489 y 1492, sino en 1486. A su juicio, Colón fue a La Rochelle para confirmar datos que ya poseía tras hacerse con algún documento o carta de navegación de origen templario en Portugal. Pero lo cierto es que no hay ninguna prueba documental de ese viaje.

Juan Pérez

En 1491, cuando todo parecía perdido para Cristóbal Colón, sucedió algo inesperado. El futuro Almirante regresó al monasterio de La Rábida para recoger a su hijo Diego —eso es lo que sostienen Hernando Colón y Salvador de Madariaga— o para despedirse de Antonio Marchena —es lo que propone Juan Manzano, pues cree que el pequeño Diego se encontraba al cuidado de los parientes de Colón en Huelva—. Pero quien cobró protagonismo en aquella visita no fue Marchena, sino fray Juan Pérez.

Hernando Colón dice que este franciscano había sido confesor de la reina, mientras que Consuelo Varela añade que en aquel momento ostentaba el cargo de guardián del monasterio y se trataba de un «hábil estrellero», al igual que Marchena. Manzano discrepa y cree que era Marchena y no Pérez el guardián de La Rábida. Según él, Pérez sale al encuentro de Cristóbal porque era «el fraile encargado de la recepción de los huéspedes y peregrinos».

A pesar de que algunos cronistas aseguraron que Colón y Pérez se conocieron en 1485, cuando el navegante llegó al monasterio por primera vez, parece que eso no fue así. En cualquier caso, sí resulta llamativo el hecho de que las dos personas con las que el futuro descubridor mantuvo una estrecha relación en aquel monasterio fueran consideradas «estrelleros»; es decir, conocedores de saberes

herméticos.

Hernando Colón adorna una vez más el retrato de su padre argumentando que fue el carácter mesiánico de su progenitor el que hizo posible la amistad y complicidad que tejió con Juan Pérez:

> Pero Dios, para que no quedase sin efecto lo que había dispuesto, hizo que el guardián de aquella casas, fray Juan Pérez, le tomase amistad al Almirante y cobrase atención tanto interés por su empresa que se dolió de su resolución (marchar a Francia) y de lo que España perdería con su marcha.

Resulta difícil imaginar a Dios ocupado en que Colón encontrarse entre aquellos franciscanos a dos «estrelleros» —uno en cada visita que realizó a La Rábida— y que ambos se convirtiesen en decididos cómplices de su proyecto descubridor. E incluso, como ya se dijo en páginas anteriores, en aquel monasterio se gestó una interesante entrevista entre Colón y el piloto Pedro Vázquez a propósito de la existencia de tierras desconocidas situadas al otro lado del Atlántico.

Si aquel encuentro entre Colón y Vázquez lo auspició Marchena, en la segunda visita Juan Pérez le puso en contacto con alguien que iba a resultar decisivo para la aventura descubridora: Marín Alonso Pinzón, un reputado marino y armador palermo.

Tras conversar con el supuesto genovés, fray Juan Pérez escribió de inmediato una carta a la reina Isabel y se la hizo llegar por mano de un piloto de Lepe llamado Sebastián Rodríguez. Nada se sabe del contenido de aquella carta ni qué fue lo que impulsó al fraile a escribirla, pero parece evidente que tuvo que ser algo que Colón le confesó.

La respuesta de la reina llegó dos semanas después. El físico García Hernández declaró años después lo siguiente a propósito de la carta real:

> E dende a catorze días la Reyna, nuestra señora, escrybió al dicho frey Juan Pérez (…) e que dexase al dicho Christóval Colón en seguridad de esperanza fasta que su Alteza le escribiese.

Pero Juan Pérez no se conformó con aquella respuesta y decidió alquilar una mula a un vecino de Moguer, llamado Juan Rodríguez Cabezudo, y emprendió viaje a Granada en mitad de la noche.

Desconocemos qué pudo decir el franciscano a la reina, pero sí se sabe que Isabel ordenó a Colón que fuese a Santa Fe, donde ella se encontraba, y le envió 20.000 maravedíes con los que poder costearse el viaje y vestirse adecuadamente para presentarse ante ella.

Creo que acierta Madariaga cuando asegura que Juan Pérez debió ofrecer a la reina un argumento del tal peso que Isabel no dudó en dejar atrás las dudas que habían tenido sobre aquel proyecto. Presumo que Colón jugó la última baza que guardaba durante su estancia en La Rábida, cuando las crónicas aseguran que, durante una conversación con Pérez, el marino «le abrió en poridad su corazón».

¿Qué dijo Colón a Juan Pérez que motivó, primero, la carta del fraile a la reina y, luego, su viaje en mula a Granada?

Algunos autores sostienen que durante una confesión, Colón reveló a Pérez lo que le había confiado un piloto anónimo a propósito de la existencia de otras tierras a las que se podía llegar navegando hacia Occidente. Ricardo Sanz, por su parte, cree que Colón reveló al fraile su verdadero origen. Otros historiadores se decantan por la posibilidad de que Cristóbal mencionara algo relacionado con el mapa que Toscanelli envió a Portugal tiempo atrás. Pero ¿y si el secreto guardaba relación con lo que Colón robó en el país vecino y le obligó a huir perseguido por la justicia; algo relacionado con la sabiduría templaria?

En cualquier caso, ¿por qué decidió jugar su última carta en aquel momento?

Madariaga considera que, tras hablar con Pinzón, Cristóbal supo que el armador andaluz era poseedor de un misterioso documento del que hablaremos más adelante y temió que le robara la gloria del futuro descubrimiento. Sea como fuere, todo cambió a partir de ese momento y los hechos se precipitaron.

A finales de 1491, Colón accedió a la Corte de nuevo. Allí fue recibido por algunos de los personajes que ya hemos mencionado y que siempre le favorecieron: el cardenal Mendoza, fray Diego de Deza y el duque de Medinacelli. Pero también se encontró a los

mismos detractores que desestimaron su iniciativa tiempo atrás. Sin embargo, algo había hecho cambiar la voluntad de la reina, porque se reunió en Santa Fe una nueva Junta de expertos pero, como apunta Madariaga, en esta ocasión «no fue de técnicos, sino de grandes».

Probablemente, Madariaga está en lo cierto. Los expertos técnicos habrían rechazado de nuevo el proyecto porque ninguno de ellos conocía el secreto que Colón había revelado a Juan Pérez y éste, a su vez, a la reina. De manera que se convocó un cónclave en el que los partidarios de Colón tenían más peso. Pero, a pesar de ello y de la decidida defensa que realizó el cardenal Mendoza, la iniciativa fue desestimada de nuevo, aunque con menos severidad que en el primer examen. Sin embargo, sucedió lo más sorprendente.

Un giro inesperado

Tras el nuevo veredicto, Colón pareció haber perdido toda esperanza, según relata Las Casas:

> … despidióse él de los que allí le favorecían; tomó el camino para Córdoba con determinada voluntad de pasarse a Francia…

Fue en ese momento cuando intervino el rey Fernando, según prueba Juan Manzano. Este historiador sostiene que Juan Pérez no habló únicamente con la reina, sino también con el rey, y refiere la existencia de documentos en los que se puede leer la orden del monarca a Hernando de Talavera y a Diego de Deza para que Colón se presente ante él y «ver si traía camino lo que decía». Y parece ser cierto, puesto que en 1508, ante el Capítulo General de la Orden de San Francisco en Barcelona, confesó, según reproduce Navarrete, «haber sido (…) la principal causa que aquellas islas se hayan descubierto».

El propio Bartolomé de las Casas afirma que se movieron más peones de los que se ha querido admitir en aquellos días decisivos para el proyecto colombino, y fueron hombres de la Corona de Aragón. En primer lugar, Juan Cabrero, camarero del rey y persona

de su total confianza: «En carta escripta de su mano, de Cristóbal Colón, vide que decía al rey que el susodicho maestro del príncipe, arzobispo de Sevilla, Don Fray Diego de Deza y el dicho camarero, Juan Cabrero, habían sido causa que los reyes tuvieran las Indias». Y en segundo lugar, Luis de Santángel, escribano de ración de Aragón, tal y como escribe Hernando Colón:

> Entrando ya el mes de enero de 1492, y el mismo día que el Almirante partió de Santa Fe, el mencionado Luis de Santángel, que, como otros, sentía su marcha, queriéndole poner remedio fue a visitar a la reina…

Por lo que se ve, Santángel osó personarse ante la reina Isabel para hacerla entrar en razón, e incluso puso en tela de juicio la opinión de los miembros de la segunda Junta de expertos al considerar que la idea que Colón pretendía vender «parecía tener buen fundamento». A continuación, argumentó que las pretensiones de Colón eran modestas, pues no pedía más que dos mil quinientos escudos, de modo que la inversión era pequeña y los posibles beneficios, enormes.

La historia asegura que la reina cambió de idea y, según Hernando, de pronto «estaba dispuesta a empeñar sus joyas en la cantidad de dinero necesaria para montar la armada». Sin embargo, parece un cambio demasiado brusco en su parecer y permite sospechar que hay algún dato que desconocemos.

Creo que los hechos se precipitaron después de que Colón se confió a Juan Pérez en La Rábida, cuando abrió su corazón. Posiblemente, fue entonces cuando Colón o el propio fraile confiaron a los partidarios que el marino tenía en la Corte lo que realmente sabía el aventurero. Por ello, Santángel no tuvo la menor duda en considerar que el proyecto, hasta ese momento considerado un disparate por los eruditos, «parecía tener buen fundamento».

De manera que antes de que Cristóbal se alejara de Granada, la reina ordenó que lo mandaran llamar. Las Casas, relata de este modo lo sucedido:

> Luego la Reina mandó que fuese un alguacil de corte, por la posta, tras Cristóbal Colón, y de parte de su Alteza le dijese como lo mandaba tornar y lo trajese;

> al cual halló dos leguas de Granada, a la Puente que se dice de Pinos.

Parece difícil creer que las palabras de Santángel, que además era funcionario de la Corona de Aragón y no de Castilla y judío converso, hubieran hecho cambiar de parecer a la reina de un modo tan radical. Y aún más difícil resulta admitir que el argumento hubieran sido las modestas pretensiones de Colón que, según Santángel, «no pedía más premio que lo que encontrara». Porque, de ser eso cierto, ¿cómo explicar el contenido de las Capitulaciones de Santa Fe? Sin duda, uno de los documentos históricos más sorprendentes que se recuerdan.

Un documento insólito

El día 17 de abril de 1492, los Reyes Católicos y Cristóbal Colón firmaron las llamadas Capitulaciones de Santa Fe, en las que establecieron las condiciones de la empresa descubridora. Consuelo Varela considera que se trata de un «documento controvertido jurídicamente»; otros autores van más lejos y lo califican de inaudito.

En primer lugar, se plantea una polémica a propósito de su naturaleza. ¿Se trató de una concesión real o de un contrato? Altolaguirre cree que fue lo segundo, lo que significaría que era posible romperlo unilateralmente por cualquiera de las dos partes. En cambio, García Bello lo interpreta como una merced real, algo que permitiría a los monarcas denunciarlo cuando quisieran, tal y como sucedió. De manera que su naturaleza puede dar o quitar razones a Colón y a los monarcas en los pleitos que años después se plantearon. Pero hay más cosas insólitas en ese documento.

Una vez más, alguien parece haberse esforzado por emborronar la historia, puesto que el texto original de las Capitulaciones desapareció. Es cierto que hay copia en el Archivo General de la Corona de Aragón, y a él acudimos en su momento para tener la posibilidad de leer directamente el contenido del texto, en cuyo encabezamiento se encuentra una de las frases más sorprendentes del mismo.

1. «Lo que ha descubierto»

> Las cosas suplicadas e que a Vuestras Altezas dan e otorgan a don Christóval de Colón en alguna satisfacción de *lo que ha descubierto* en las mares océanas… [El subrayado es nuestro].

Recuerde el lector que las Capitulaciones de Santa Fe se firmaron el 17 de abril de 1492; es decir, antes de que Colón emprendiera el primer viaje y, por tanto, en un momento en el que aún no se había descubierto nada. Por ello, algunos autores han llegado incluso a fantasear con la idea de que Cristóbal ya hubiera estado en América con anterioridad y hubiera revelado la existencia de aquellas tierras a Juan Pérez y a los propios monarcas antes de partir. Otros lo explican mencionando el predescubrimiento del cual el navegante tuvo noticia de forma casual o, como ya hemos señalado, por la certeza que tenía de que era posible llegar a aquellas tierras porque a ellas había arribado tiempo atrás el Temple, cuyos cartógrafos habrían dejado dibujados mapas y cartas de navegar en Portugal.

2. «Como señores que son…»

> Primeramente, que Vuestras Altezas, *como señores que son de las dichas Mares oçéanas*… [El subrayado es nuestro].

Puesto que aún no se ha emprendido viaje alguno ni se ha arribado a ninguna tierra, parece lógico preguntarse de qué mares oceánas eran señores los Reyes Católicos en el momento en que se firman las Capitulaciones. Juan Manzano recuerda que en el Tratado de Tordesillas, firmado por Castilla y Portugal en abril de 1479, se había establecido que Castilla era soberana de las islas Canarias y del mar Atlántico situado entre ese archipiélago y África, quedando el resto del océano Atlántico bajo la jurisdicción de Portugal. Esa delimitación no se modificó hasta la firma de la bula Inter Caetera por parte del papa Alejandro VI, el 4 de mayo de 1493. En ella, se trazó una frontera imaginaria situada a 100 leguas al oeste de las Azores y Cabo Verde y se determinó que España tenía

derecho a cuanta mar y tierra hubiera al oeste de la misma («la cual línea diste de cualquiera de las islas que se llaman vulgarmente de los Azores y Cabo Verde cien leguas hacia occidente y el mediodía…», se lee en esa bula). En consecuencia, regresamos al interrogante anterior: ¿de qué mares océanos eran señores los Reyes Católicos en abril de 1492?

3. «Almirante»

> (Vuestras Altezas) fazen desde agora al dicho Xpoval Colón su almirante…

En las Capitulaciones se concede a Cristóbal Colón el título de Almirante, pero el marino exige que su nombramiento como tal se realice «con todas aquellas preeminencias e prerrogativas pertenecientes al tal officio, e segund que don Alfonso Enríquez…».

¿Por qué quiere ser Colón Almirante como Alfonso Enríquez?

Juan Manzano recuerda que en aquel tiempo Alfonso Enríquez había muerto y el cargo de Almirante de Castilla lo ostentaba su hijo Fadrique. La exigencia de Colón, añade Manzano, se debía al hecho de que el cargo de almirante de Castilla era hereditario en esa familia, y Cristóbal pretendía que, tras su muerte, el título recayera en sus hijos. Pero hay otra posible explicación que guardaría relación con la hipótesis de Colón como miembro de la familia Mendoza.

Si Cristóbal hubiera sido hijo secreto de Aldonza Mendoza, como defiende Ricardo Sanz, sería nieto de Diego Hurtado de Mendoza, marqués de Santillana, que fue Almirante de Castilla hasta que usurpó ese cargo su tío Alfonso Enríquez. De ser cierta esa hipótesis, explicaría por qué Colón escribió: «No soy el primer almirante de mi familia». Igualmente, se entendería su altivez al considerarse «igual a las dos coronas», como él mismo escribió.

4. «Plaze a sus altezas. Johan de Coloma»

Colón exige y obtiene concesiones extraordinarias por parte de los Reyes Católicos (virrey de las futuras tierras, tratamiento de don y escudo de armas). Teniendo en cuenta que la historia asegura que se trataba del hijo de un lanero genovés cuyo proyecto había sido rechazado por los mayores expertos de la época, las cesiones reales

parecen fabulosas. Pero, además, extraña el hecho de que quien redacta y da fe del documento sea un funcionario de la Corona de Aragón: «Plaze a sus altezas. Johan de Coloma».

Siempre se había dicho que fue la reina Isabel la gran valedora en última instancia de la propuesta colombina, pero resulta que fue un escribano al servicio de Aragón quien da fe del contenido de las Capitulaciones, lo cual ha generado otra polémica.

En opinión de Gabriel Verd, se trata de una anomalía jurídica que un funcionario de Aragón redacte un texto de esa índole en territorio castellano y, luego, lleve copia a su archivo. Esto probaría que el rey Fernando tuvo mucho que ver con la decisión final de la iniciativa colombina, algo que parece aún más claro cuando se habla de la financiación de la aventura.

Tras estas negociaciones, dice Bartolomé de las Casas que Colón abandonó la Corte el día 12 de mayo con un ánimo bien diferente al que exhibió tras el segundo rechazo de la Junta de expertos:

> (salió) muy a su contento (…) besadas las manos a los Católicos Reyes, y Sus Altezas despidiéndolo con muy alegre rostro y graciosas y favorables palabras.

Capítulo 8

Alonso Sánchez, el protonauta

> *«… ya él tenía certidumbre que había de descubrir tierras y ge como si en ellas personalmente hubiera estado (de lo cual cierto yo no dudo)»*
>
> (Bartolomé de las Casas)

Dos tierras firmes

Las Capitulaciones de Santa Fe parecen evidenciar que Colón estaba en posesión de alguna prueba concluyente de la existencia de tierras situadas al otro lado del Atlántico, razón por la cual los Reyes Católicos cedieron a las insólitas pretensiones del marino. Igualmente, hemos mencionado la posibilidad de un predescubrimiento del cual Colón hubiera tenido noticia de forma casual. Esa hipótesis la desarrolló de forma detallada el historiador Juan Manzano:

> Nos atrevemos a sugerir que el ligur conocía, con seguridad absoluta, no solamente la existencia de tierras oceánicas al Oeste (…), sino la distancia exacta a la que éstas se encontraban del Viejo Mundo, y lo que es más extraño: su perfecta ubicación en el mar Tenebroso.

La distancia a la que se refiere Manzano sería 750 leguas al poniente de Canarias y Colón tuvo conocimiento de la misma gracias a un piloto desconocido. Ésa sería la información que el

supuesto genovés reveló al fraile Antonio Marchena y que hizo que el franciscano le concediera su apoyo.

Creo que Manzano puede estar en lo cierto, pero su teoría no excluye la posibilidad de que Colón hubiera accedido en Portugal a algún documento de origen templario o vinculado con los cosmógrafos judíos que trabajaron para la Orden del Temple. El relato del piloto pudo confirmar lo que Colón había descubierto o bien el hurto se produjo después de haber escuchado al marino.

Como ya hemos visto, Colón guardó un as en su manga y no lo mostró hasta que todo pareció definitivamente perdido. Las crónicas de la época confirman esa idea.

Cuando Las Casas habla de las negociaciones entre el marino y los reyes, dice que él daba «razones y autoridades para que la tuviesen posible (su empresa), aunque callaba las más urgentes». ¿Cuáles eran esas «urgentes» razones que Colón no revelaba?

Por su parte, Hernando Colón es aún más explícito:

> … ni el Almirante se quería dejar entender del todo.

El profesor Manzano cree que hay dos documentos que prueban de una manera clara que Colón jugó finalmente la carta que guardaba con tanto celo. El primero son las ya citadas Capitulaciones de Santa Fe, firmadas en 17 de abril de 1492.

Como ya vimos, ese documento afirma que se conceden una serie de privilegios a Colón «en alguna satisfacción de lo que ha descubierto en las Mares oçéanas». Pero, además, en el párrafo tercero de ese documento, en el que Colón expresa sus exigencias económicas, no pide oro, a pesar de que se suponía que en el reino del Gran Kan abundaba, sino perlas: «Ítem que de todas e cualesquiere las mercaderías, siquiera sean perlas, piedras preciosas, oro, plata…». Y se pregunta Juan Manzano qué razones podía tener Colón para saber que en aquellas tierras iba a encontrar perlas.

Una posible respuesta a esa cuestión podría encontrarse en la carta que Toscanelli remitió al rey de Portugal y que, según algunos investigadores, fue el documento que Colón robó. En ella se lee que Cipango era una tierra «fertilísima de oro y de perlas y piedras preciosas».

Pero también existe la posibilidad de que el informador anónimo

que reveló a Colón la existencia de tierras desconocidas más allá del océano mencionara la abundancia de perlas en las mismas, aunque a Manzano le parece más importante para probar que Colón sabía adónde iba y la curiosa distinción que hacía el Almirante en sus cartas sobre la existencia de una tierra «de acá» y una tierra «de allá».

¿A qué tierras se refería?

Por otra parte, conviene recordar que, si bien en las Capitulaciones de Santa Fe los reyes conceden a Colón el título de almirante y virrey, además del tratamiento de don, cuando el día 30 de abril se redactó el Real Privilegio de Concesión de los Oficios Colombinos, se añadieron matices notables en esos privilegios.

El marino recibió entonces el título de virrey «por juro de heredad por siempre jamás», pero se puntualiza que únicamente ostentará esas dignidades «después que ayades descubierto e ganado las dichas yslas». Además, Colón había exigido ejercer esa autoridad tanto en las tierras «de acá» como en las «de allá», pero los monarcas rebajan sus pretensiones concediéndole esos privilegios, aunque «no a todas las islas y las dos tierras firmes».

Como se ve, al redactar el texto parecía conocerse perfectamente el lugar al que se iba a viajar y se diferencian islas y dos tierras firmes.

Juan Manzano asegura que los reyes enviaron una Real Provisión a capitanes, maestres y patrones en la que se referían a Colón como capitán (no almirante todavía) de una expedición que iba a espumar el Atlántico; es decir, que los honores los recibiría de facto únicamente cuando hubiera tomado las tierras hacia las que ponía proa.

Cuando Colón regresó de su primer viaje y marchó a Barcelona para reunirse con los Reyes Católicos, los monarcas ratificaron en documento legal (Real Provisión de 28 de mayo de 1493) los títulos y, de nuevo, se hizo referencia a las dos tierras:

> Almirante (…) e de Visorrey e Gobernador de las dichas islas e de tierra firme que habéis fallado e descubierto e de las otras tierras e tierra firme que por vos o por vuestra industria se hallaren e descubrieren de aquí en adelante en la dicha parte de las Indias.

Juan Manzano cree que la tierra firme «de acá» sería la situada al sur de Cipango; es decir, la costa septentrional de América del Sur. La tierra firme «de allá» sería Catay, a la que Toscanelli había situado a 375 leguas al oeste de Cipango (o sea, a 1.500 millas). Por tanto, Colón sabía que había islas y dos tierras firmes, aunque tal vez desconocía que se tratase de un continente.

Pero en las cartas que escribió tras su primer viaje, Colón afirmó haber descubierto únicamente islas, en cambio, los reyes le felicitaron por «las dichas islas e de tierra firme que habéis fallado». Tal vez, el interrogante que plantea esa frase se pueda responder en breve, cuando relatemos el comportamiento de Martín Alonso Pinzón durante aquella primera expedición.

Juan Manzano cree que el Cipango que buscaba Colón no era el mismo que Toscanelli había descrito. El Almirante no buscaba una isla, sino una región llamada Cibao, de cuya existencia había tenido noticia gracias al referido piloto anónimo. Además, el Cipango de Toscanelli estaba dibujado en el mapa a unas 1.000 leguas al Occidente, mientras que el de Colón se situaba a 750 leguas al oeste de Canarias. Del mismo modo que la latitud del que dibujó el florentino estaba entre los 8º y los 32º de latitud Norte, en tanto que el de Colón aparecía entre los 24-26º Norte.

Por todo ello, Manzano cree que la información que Colón poseía no procedía de la carta de Toscanelli, sino de otra fuente.

Una leyenda muy real

En páginas anteriores mencioné los encuentros de Cristóbal Colón con dos marineros en el monasterio de La Rábida. El primero de ellos tuvo lugar en 1485, poco después de que el navegante llegara a Palos, y su interlocutor fue Pedro Vázquez; el segundo se celebró años después y las crónicas describen al marinero como un hombre tuerto, pero no proporcionan su nombre. Sin embargo, Juan Manzano cree que Colón tuvo un encuentro anterior con otro marino al que llama protonauta.

Recuerda Manzano los escritos de Baltasar Porreño en el siglo XVI y de Gonzalo de Illescas en el siglo siguiente en los que se menciona a «un cierto marino, cuyo nombre hasta ahora no se sabe ni de dónde partió ni qué viaje llebava, más que andava por el Mar

Océano de Poniente…».

El barco en el que viajaba el marino se vio arrastrado por la fuerza de una tormenta y fue a parar a una tierrra «fuera de toda conversación y noticia de lo que los marineros savian (…), adonde vio por los ojos tierras extrañas nunca vistas ni oídas».

Esas fuentes no ofrecen más información al respecto, pero podemos suponer que fueron los tripulantes de aquel barco quienes reconocieron el terreno que, años después, recorrería la expedición colombina. Tal vez advirtieron entonces la existencia de las perlas que Colón anhelaba. Pero lo cierto es que, según Juan Manzano, aquella nave acertó con la ruta correcta para emprender el regreso, si bien no contaba su tripulación con que otra tormenta saldría a su encuentro y les zarandearía hasta hacerles naufragar en Madeira, donde Colón se encontraba en aquella época.

La tradición o leyenda asegura que el piloto de aquel barco expiró en los brazos de Cristóbal Colón, no sin antes revelarle la odisea que había vivido.

Los cronistas arriba mencionados debieron inspirarse en relatos anteriores. Es posible que hubieran leído a Gonzalo Fernández de Oviedo (*Historia general y natural de las Indias,* Sevilla, 1535) que escribió lo siguiente:

> Quieren decir algunos que una carabela que desde España pasaba para Inglaterra (…) le sobrevinieron tales e tan forzosos tiempos, e tan contrarios, que hobo necesidad de correr al Poniente tantos días, que reconosció una o más de las islas destas partes e Indias (…) e que después le hizo tiempo a su propósito y tornó a dar la vuelta…

La misma fuente afirma que la tripulación del barco murió, con la excepción del piloto, y añade:

> Dícese que, junto con esto, que este piloto era tan íntimo amigo de Cristóbal Colón (…) y en mucho secreto dio parte dello a Colom, e le rogó que hiciese una carta y asentase en aquella tierra que había visto.

Si esta historia es cierta, habría que preguntarse quién era aquel

piloto y cuál fue la travesía que emprendió. Algunos autores creen que Colón lo encontró en Madeira, otros dicen que fue en Cabo Verde o en Porto Santo.

Hernando Colón se muestra precavido a la hora de hablar de este asunto, posiblemente por temor a que se pudiera restar méritos a su padre, pero en el capítulo IX de su *Historia del Almirante* menciona las hazañas de navegantes como Pedro Correa, Martín Vicente, Pedro Velasco o el portugués Vicente Díaz, todos los cuales habían escuchado hablar de islas y tierras situadas al otro lado del Atlántico.

El cronista Francisco López de Gómara es mucho más explícito cuando escribe: «He aquí cómo se descubrieron las Indias por desdicha de quien primero las vio, pues acabó la vida sin gozar dellas». Y seguidamente da cuenta del encuentro del protonauta con Colón.

Tan extendida estaba esa historia, que Bartolomé de las Casas menciona al piloto desconocido y afirma que:

> El cual, en recognoscimiento de la amistad vieja o de aquellas buenas y caritativas obras, viendo que se quería morir, descubrió a Cristóbal Colón todo lo que les había acontecido y dióle los rumbos y caminos que había llevado y traído.

En definitiva, todas esas crónicas abundan en la misma idea: Colón había encontrado a un inesperado informador que le había desvelado la existencia de islas y tierras remotas a las que se podía llegar navegando hacia occidente. Pero ¿esa información llegó a sus oídos antes o después de hurtar los documentos que, presuponemos, encontró en Portugal?

Bartolomé de las Casas se muestra convencido de que el encuentro con el protonauta fue decisivo para los planes colombinos:

> Cuando el Almirante determinó buscar un príncipe cristiano que le ayudase e hiciese espaldas, ya él tenía certidumbre que había de descubrir tierras y gentes en ellas, como si en ellas personalmente hubiera estado (de lo cual cierto yo no dudo).

«Se entusiasmó más»

Las crónicas parecen ponerse de acuerdo en que hubo al menos una tripulación que llegó al continente americano antes que Colón y que uno de sus integrantes le relató su aventura antes de morir. Esa hipótesis fue defendida con energía y de forma impecable por Juan Manzano, ya que parece verse refrendada por afirmaciones como la que realiza Segundo Ispizúa *(Historia de la Geografía y de la Cosmografía):*

> Si hay una tradición en la historia que merezca crédito, es la del Piloto Desconocido.

Creo que Manzano puede estar en lo cierto, aunque eso no excluye la posibilidad de que otros navegantes hubieran llegado a aquellas tierras en tiempos anteriores. Hay teorías que apuntan a que el Temple, cuyo puerto más importante se encontraba en La Rochele, en la costa atlántica francesa, pudiera haber llegado a América. Esa aventura habría sido posible gracias a los conocimientos de cosmógrafos judíos a su servicio y que luego, como ya dijimos, se incorporaron a la corona portuguesa.

Según Juan Manzano, la información que Colón recibe del protonauta es la primera que llega a oídos del supuesto genovés y gracias a ella construye su proyecto. Hernando Colón asegura que «estando (Colón) en Portugal comenzó a conjeturar que (…) se podría navegar la vuelta a Occidente…». Pero ¿cómo pudo ocurrírsele algo así al hijo de un lanero genovés sin erudición ninguna por más que Hernando asegure que su padre estudió en Pavía, algo que niegan todos los investigadores? El cronista Gómara, por ejemplo, escribió que Colón «no era docto (aunque sí) bien entendido y (…) informóse de hombres leídos sobre lo que decían los antiguos acerca de otras tierras y mundos».

Manzano responde a ese interrogante asegurando que, tras escuchar el relato del protonauta moribundo, Colón leyó con otros ojos las fuentes que ya hemos citado: el *Imago Mundi* del cardenal Pierre d'Ailly (donde se afirmaba la navegabilidad de los océanos, que en cualquier clima se podía vivir, que existían unas antípodas a las que arribar y que se podía llegar desde Europa a Asia cruzando el Atlántico. Colón realizó 898 anotaciones en los márgenes de esa

obra), la *Historia rerum ubique gestarum locurumque descriptio* de Eneas Silvio Piccolomini, quien sería más tarde Pío II (en ese texto se menciona la llegada de indios a Alemania en el siglo XII, se citan rutas marítimas a través del Atlántico e incluso se afirma la existencia de amazonas. Colón hizo 861 anotaciones en los márgenes de ese libro) y la carta que el florentino Paolo dal Pozzo Toscanelli remitió al portugués Fernão Martins el 25 de junio de 1474, y a la que Colón accedió de alguna manera que desconocemos. Algunas versiones aseguran que Martins era pariente de la suegra portuguesa de Colón y que le entregó la carta, pero otros creen que Colón la robó.

Madariaga opina que todas esas fuentes fueron secundarias; que Colón únicamente buscó en ellas «confirmación y seguridad para sus opiniones ya formadas». Y creo estar de acuerdo con él. Pero lo interesante es saber si esas opiniones ya formadas se debían al relato del protonauta o a algo que Colón sabía con anterioridad. Hay una frase escrita por su hijo Hernando que resulta clave para responder a esa cuestión, pero antes merece la pena recordar algunos datos de la familia portuguesa del Almirante.

Como ya dijimos, el suegro de Colón, padre de Felipa Moniz, se llamaba Bartolomé Perestrello. Hernando afirma que fue un «gran hombre de mar» que, al parecer, había descubierto las islas de Madeira y Porto Santo junto a otros dos capitanes. El rey luso determinó que Madeira, al ser más extensa, sería gobernada por dos de los tres descubridores, mientras que Porto Santo, más pequeña, tendría un único gobernador. Por sorteo, Perestrello fue responsabilizado del gobierno de Porto Santo, por ello Colón fue a vivir a esa isla junto con su esposa.

Pero Hernando añade:

> Viendo la suegra que el saber de tales navegaciones e historias agradaba mucho al Almirante, le dio los escritos y cartas de marear que le había dejado su marido. Con esto el Almirante *se entusiasmó más* y se informó de los otros viajes y navegaciones que por entonces hacían los portugueses a la Mina y por la costa de Guinea… [El subrayado es nuestro].

«¿… Se entusiasmó más…?».

Manzano recuerda que Colón llegó a Portugal en 1476. Al año siguiente debió contraer matrimonio con Felipa Moniz y se estableció con su suegra en Porto Santo, donde un año después nació su hijo Diego.

¿En qué momento conoce Cristóbal al protonauta? Según Manzano, seguramente en 1478. Pero para entonces ya había recibido las cartas de marear propiedad de Bartolomé de Perestrello y que le entregó su suegra, a tenor de lo que escribió Hernando. Y fue al leer esas cartas cuando «… se entusiasmó más…»; es decir, que ya estaba «entusiasmado». Y si Colón conoció más tarde al protonauta, evidentemente no pudieron ser ni el relato del piloto moribundo ni tampoco las cartas de su suegro las que prendieron la idea de su aventura marina.

No obstante, Manzano niega la existencia de las cartas de Perestrello, consciente de que la frase de Hernando lesiona su teoría de que fue el encuentro con el protonauta el germen de la hazaña colombina posterior. A su juicio, la frase del segundo hijo del Almirante es falsa y lo correcto hubiera sido escribir: «Se entusiasmó y se informó de los otros viajes…».

Manzano trata igualmente de minimizar la importancia de la supuesta herencia de Perestrello al asegurar que «si tan importantes eran esos documentos, ¿por qué Hernando no nos reveló su contenido, como hizo con la famosa carta de Toscanelli?». Y responde que se debió a que «esos escritos no existieron nunca», opinión en la que coinciden investigadores como Madariaga o Jos.

Tal vez sea cierto que esas cartas no existieron, pero puede ser verdad lo que dice Hernando y, antes de la herencia de su suegro y de su encuentro con el protonauta, Cristóbal Colón ya había ido dando forma a su futuro proyecto porque poseía otras informaciones. El hecho de que no se haya encontrado ninguna de esas supuestas cartas de Perestrello no excluye la posibilidad de que hubieran existido, porque ya hemos visto que han sido muchos los documentos colombinos que, por misteriosas razones, han desaparecido.

El encuentro

En definitiva, creo que Juan Manzano está en lo cierto y Colón

conoció a un marino que, accidentalmente, había ido a tierras extrañas durante una travesía, pero hubo otras fuentes de información anteriores. ¿Dónde y cuándo tuvo lugar ese encuentro? ¿Fue en Porto Santo, en Azores o en Madeira?

Oviedo escribió que unos «dicen que Colón estaba entonces en la isla de la Madera e otros quieren decir que en la de Cabo Verde, y que allí aportó la carabela que he dicho». Gómara, en cambio, se inclina por Cabo Verde como lugar del encuentro, mientras que Bartolomé de las Casas asegura que ocurrió en Madeira. Manzano es de la misma opinión que Las Casas.

En cuanto al año en que sucedió el suceso, Juan Manzano cree que tuvo lugar en 1478.

Esta teoría, como ya hemos visto, cuenta con el respaldo de varios cronistas de la época, aunque discrepan en los detalles sobre la ruta que seguía la nave del protonauta. Oviedo afirma que viajaba desde un puerto español hasta Inglaterra, pero autores como Taber apuntaron que eso resulta imposible, puesto que en ese itinerario no habría encontrado ni vientos ni corrientes marinas capaces de arrastrar a la nave hasta América.

López de Gómara escribió que el barco del protonauta se dirigía desde las islas Canarias a Madeira y en esas latitudes sí es posible que hubiera sido sorprendido por vientos y corrientes que lo hubieran arrojado a tierras fuera de toda conversación. Pero ¿a qué tierras llegó exactamente?

Manzano cita a Oviedo, pero sus palabras no aclaran gran cosa: «Recosció (el piloto perdido) una o más de las islas destas partes e Indias» —escribe «destas» porque redactó esa crónica en América—.

Menos claro aún es López de Gómara: «Fue a parar en tierra no sabida ni puesta en el mapa».

Sin embargo, Bartolomé de las Casas se muestra mucho más preciso al escribir lo siguiente sobre el primer viaje del Almirante:

> (los indios) tenían reciente memoria de haber llegado a esta isla Española otros hombres blancos y barbados como nosotros, antes que nosotros no muchos años.

Manzano cree encontrar en esas palabras la prueba evidente de que otros «hombres blancos» —es decir, la tripulación del barco en el que viajaba el protonauta— habían llegado antes que Colón a

aquellas tierras. Pero ¿está en lo cierto? ¿A qué tiempo exactamente equivalía para la mente de los indígenas la expresión «no muchos años»? ¿Su cómputo del tiempo equivalía al de Las Casas? ¿En verdad ese recuerdo tenía que ver la tripulación de la que formaba parte el protonauta o podían referirse a otros hombres blancos llegados tiempo atrás? ¿Guardaban relación aquellos enigmáticos visitantes de raza blanca con los indios de idéntico color de piel que, como veremos en breve, encontró Colón en aquellas tierras?

La aventura de Alonso Sánchez

Juan Manzano propone que el barco en el que viajaba el protonauta por el capricho de una tormenta fue a parar a Cibao, lugar que Colón bautizará posteriormente como La Española. La misma fuente prosigue reconstruyendo los hechos de este modo: los navegantes «se detuvieron en algún otro punto de esta isla, en la de Guadalupe y en la tierra firme del Sur (la costa de Paria)». La tripulación, cree Manzano, permaneció un tiempo en aquella región y entró en contacto con la población indígena, lo que terminaría por resultar mortal para ellos, pues enfermaron de sífilis.

Las crónicas de Oviedo, Gómara y Las Casas señalan que la muerte salió al encuentro de los anónimos marinos durante el viaje de regreso y cuando Colón se encontró con los supervivientes estaban moribundos. Sin embargo, el piloto aún tuvo fuerzas para relatar su odisea al futuro Almirante de la Mar Océana.

Juan Manzano propone que los misteriosos indios de raza blanca que la expedición colombina encontró durante el primero de los viajes eran descendientes de la desgraciada tripulación y de mujeres indígenas con las que mantuvieron relaciones sexuales. Sin embargo, parece difícil asegurarlo, puesto que desconocemos el número de hijos que pudieron parir las lugareñas y dieciséis años parecen pocos para que los supuestos bastardos se hubieran convertido en los hombres blancos que Colón encontró en aquellas tierras.

La *Spirochaeta pallida* o sífilis era una enfermedad desconocida en Europa en aquella época. Manzano cree que es de origen americano, pero reconoce que ésa es «una cuestión no resuelta todavía definitivamente por los especialistas».

Las Casas, en su *Apologetica Historia,* se muestra de acuerdo con ese diagnóstico:

> Es cosa muy averiguada que todos los españoles incontinentes, que en esta isla no tuvieron la virtud de la castidad, fueron contaminados dellas (se refiere a las bubas de la sífilis), de ciento no se escapaba uno si no era cuanto la otra parte nunca las había tenido; los indios, hombres y mujeres, que las tenían, eran muy poco afligidos dellas, y cuasi no más que si tuvieran viruelas, pero a los españoles les eran los dolores dellas muy grande y continuo tormento, mayormente todo el tiempo que las bubas no salían.

La explicación de Juan Manzano deja en el aire un aspecto importante: ¿fue casualidad que el barco del protonauta acertase con la ruta de regreso aprovechando la corriente del Golfo, tal y como Colón haría años después?

En cuanto al origen del misterioso protonauta, López de Gómara asegura en su crónica que se trató de un «piloto español», aunque Manzano aclara que el calificativo de «español» en aquella época se empleaba para definir a cualquier peninsular, incluido un portugués. Las Casas, por su parte, dice haber escuchado que la nave en la que viajaban los desventurados marinos había partido de Portugal, pero eso tampoco garantiza que la tripulación fuera lusa.

Hubo que esperar a 1609 para que el inca Garcilaso exhumase una leyenda que asegura que aquel piloto era de Huelva y se llamó Alonso Sánchez. Edward Rosset, en su novela *Cristóbal Colón. Rumbo a Cipango,* da por cierta esa teoría, aunque no existen pruebas concluyentes a favor o en contra de la misma.

Por su parte, Manzano recuerda que si el accidente que llevó a América a aquellos hombres tuvo lugar entre 1476-77, cuando Colón vivía en Madeira, aún no se había firmado el Tratado de Alcaçovas entre Portugal y Castilla, que fue suscrito en 1479. Y ya dijimos que fue tras la firma de ese tratado cuando se permitió a Portugal explorar en solitario la ruta de Guinea hacia las Indias por el sur, de modo que hasta entonces era perfectamente posible que un buque español anduviera por aquellas latitudes y se viera

empujado al continente americano por la acción de una tormenta.

Sin embargo, si el gran secreto de Colón fue la información que le confió antes de expirar el piloto desconocido, ¿por qué se ha especulado tanto a propósito de lo que Colón sabía antes de partir a América? El profesor Juan Manzano explica el caso diciendo que seguramente se comenzó a divulgar después de una de las noches más extraordinarias de la historia de la humanidad, la del 9 al 10 de octubre de 1492, cuando Colón, como ya veremos, se vio obligado a revelar su secreto mejor guardado a Martín Alonso Pinzón ante el motín de la tripulación.

Añade Manzano que fueron los descendientes de Pinzón quienes se encargaron de que no apareciera aquella confesión en los pleitos colombinos, que tuvieron lugar años después, para poder presentar a su antepasado como el hombre que entregó a Colón el plano decisivo del descubrimiento. De ese modo, añade el profesor Manzano, pretendían que toda la gloria del Descubrimiento recayera en su familiar y no en el protonauta.

Pero si la familia Pinzón quería ocultar esa información, ¿cómo se pudo divulgar tanto el supuesto secreto de Colón?

Manzano cree que se debió al relato de Las Casas dando cuenta de la llegada de hombres blancos a aquellas tierras antes que arribase Colón a ellas. Y añade que cuando los españoles supieron la lengua de los nativos y escucharon esa historia, comprendieron que el Almirante sabía algo de todo aquello.

En efecto, el Almirante sabía más de lo que confesó. Juan Manzano cree que todo su conocimiento procedía del relato del protonauta, pero yo no estoy tan seguro. Lo que sí parece indudable es que esa conversación existió y el propio Colón —notas del día 30 de octubre de su *Diario,* según la posterior versión de Bartolomé de las Casas—, lo confirma:

> … y dice que había de trabajar de ir al Gran Can, que es muy grande, según le fue dicho antes de que partiese de España.

Según le fue dicho antes de que partiese de España.

¿Quién dijo tal cosa a Cristóbal Colón? ¿Fue el protonauta?

Emiliano Jos *(La génesis colombina del descubrimiento)* responde de un modo diferente: fue el resultado de la lectura de la

obra de Marco Polo. Y añade que no pudo tratarse de la carta de Toscanelli, porque la había leído en Portugal y no en España.

Sin embargo, Jos parece no reparar en que en el *Diario* se dice que esa información le fue dicha; no que la hubiera leído.

Juan Manzano, en *Colón y su secreto,* cree que el protonauta informó a Colón de la existencia de numerosas islas situadas entre 700 y 750 leguas al oeste de las Canarias, donde vivían gentes que, como Colón escribió en su *Diario,* no eran ni negras ni blancas, sino «de la color de los canarios». Le explicó que algunos de aquellos pobladores iban desnudos y que viajaban en canoa de una isla a otra.

Una de aquellas islas, precisó, era más grande que el resto. Será la que Colón bautice tiempo después como La Española. En ella, añadió el marinero moribundo, había dos ricas minas de oro. Una de esas minas se situaba en una región montañosa que los lugareños llamaban Cibao y que estaba gobernada por un jefecillo local llamado Caonaboa.

Suponemos que Colón debió entusiasmarse cuando supo que el nombre del jefe significaba Señor de la Casa de Oro (Caona quería decir oro y boa podía traducirse como casa)

El piloto explicó a Cristóbal que la otra mina se encontraba más al sur y también mencionó la existencia de unos extraños pozos o agujeros abiertos por manos desconocidas, no por los lugareños, que carecían de medios técnicos para realizarlos.

Igualmente, Colón supo por boca de aquel hombre que en una de aquellas islas vivían únicamente mujeres y que los indígenas la conocían como Matininó. En otra, llamada Carib, habitaban feroces caníbales.

Esas dos islas se encontraban en la puerta de entrada a aquellas tierras y entre ellas había un grupo de arrecifes e islotes que dificultaban la navegación. Se encontraban, le explicó, a 50 leguas al este. Colón las bautizaría posteriormente con el nombre de Once Mil Vírgenes.

El piloto afirmó que 70 leguas al sur de la isla que tenía minas de oro había tierra firme. Se supone que se trataría de la costa de la actual Venezuela. Y describió también la existencia de un inmenso golfo en aquella zona (el actual golfo de Paria).

Manzano cree que Colón no interpretó correctamente aquellas

informaciones y confundió la isla de las minas de oro con el Cipango del que hablaba Toscanelli (es decir, Japón) y que la tierra situada al oeste (Cuba) era Catay (es decir, China).

Añade la misma fuente que el Almirante cotejó aquella información con los relatos bíblicos y concluyó que las islas ricas en oro eran las mismas que frecuentó el rey Salomón. La región aurífera del sur, la de los misteriosos pozos, debía ser, según sus cálculos, la mítica Ofir bíblica. Asimismo, identificó la actual isla de Jamaica con la isla de Saba y se mostró convencido de que de allí había partido uno de los reyes magos para adorar al Niño Jesús. Por último, creyó que la tierra firme de Venezuela era el Paraíso Terrenal.

¿Realmente fue así?

Antes de embarcarnos en la primera expedición colombina me gustaría reflexionar de nuevo sobre lo insólito que me parece que aquel hombre, acompañado de un puñado de marinos y desarrapados, osara tomar posesión de aquellas tierras si, al parecer, creía estar a las puertas del reino del Gran Kan:

> … y dijo que le diesen por fe y testimonio como él por ante todos tomaba, como de hecho tomó, posesión de la dicha Isla por el Rey y por la Reyna sus señores. (*Diario,* el día 11 de octubre de 1492).

Capítulo 9

Martín Alonso Pinzón

«… que fue el dicho su padre a Roma aquel dicho año (1492) antes que fuese a descobryr»

(Arias Pérez Pinzón, hijo de Martín Alonso Pinzón)

«Y vine a la villa de Palos, que es puerto de mar»

¿Por qué Colón eligió Palos, un pueblo situado entre los ríos Tinto y Odiel, como base de operaciones de su aventura?

«Y partí yo de la ciudad de Granada a 12 días del mes de mayo del mismo año de 1492, y vine a la villa de Palos, que es puerto de mar…», escribe el Almirante en su *Diario,* pero no aclara los motivos de su preferencia por aquel pueblo modesto. La Ordenanza de la Villa de Palos de 1594 señala que «los términos de esta villa son muy cortos» y su población no era numerosa: «Seyscientos vesinos e moradores».

Es evidente que había en Andalucía otros puertos mucho más importantes, como Cádiz, Sanlúcar o El Puerto de Santa María en los que podría haberse armado la flota y reclutado a la marinería necesaria. Sin embargo, Colón eligió justamente el pueblo en el que vivía Martín Alonso Pinzón y cabe preguntarse si fue por pura casualidad.

Bartolomé de las Casas explica la extraña elección argumentando que en Palos había buenos marinos, pero también los había en cualquiera de los otros puertos que he mencionado. El cronista suma el dato de que Colón tenía allí amigos y menciona a los frailes estrelleros Antonio Marchena y Juan Pérez, y ése sí

parece un motivo de más peso, puesto que ya hemos visto el importante papel que jugaron ambos franciscanos para que el proyecto colombino saliera adelante.

El día 24 de junio de 1492, los Reyes Católicos compraron la mitad del puerto de Palos a los hermanos Silva, que eran sus propietarios, por el precio de 16.400.000 maravedíes. De ese modo, la aventura descubridora partiría de un puerto real.

En el Archivo de Simancas se conserva el documento que acredita dicha compra. Por parte de la propiedad, lo firmó Pedro de Silva en representación de sus hermanos, Juan y Lope Silva.

Desconocemos si la compra del puerto es anterior o posterior a la decisión de Colón de partir desde Palos, pero lo cierto es que la fecha en la que se firmó el contrato, 24 de junio, fue la víspera del día en que el Almirante «puso tabla», expresión que los cronistas emplean para decir que Colón comenzó a alistar a la tripulación. Por ello, es posible que los reyes compraran el puerto después de que Colón hubiera expresado su deseo de partir desde allí, muy cerca del monasterio de La Rábida, al que el Almirante no había llegado tampoco por casualidad años antes.

La historiadora Alicia B. Gould recuerda que los Reyes Católicos habían puesto en marcha una política de adquisiciones de puertos, pero parece demasiada casualidad que fueran a reparar en Palos precisamente en ese momento, y además en un momento en el que la Hacienda Real estaba exhausta por el empeño de la toma de Granada.

Una razón más lógica es la que argumenta Manuel Lucena: Palos era «puerto condenado a pagar dos carabelas a la Corona por haberla deservido anteriormente». Manzano recuerda que ese delito del puerto de Palos había tenido lugar años antes, cuando se negó a participar en una armada fletada por los monarcas para ayudar al rey de Nápoles. No obstante, el propio Lucena reconoce que «esto no explica que los Reyes tuvieran que elegir necesariamente Palos como puerto de organización y partida de la armada descubridora». Y aún más extraño resulta si tenemos en cuenta que sólo una carabela se aprestó allí, la *Pinta*, mientras que la *Niña* procedía de Moguer y la nao *Santa María* llegó del Puerto de Santa María.

Por todo esto, creo que la elección de Colón se debió a la proximidad del monasterio de La Rábida, donde contaba con los

apoyos de Marchena y Pérez, depositarios de conocimientos que desconocemos y que juzgaron posible el proyecto colombino. Los franciscanos podían haber leído a su hermano Raimundo Lulio (1235-1315), místico, alquimista y erudito, posiblemente relacionado con los cosmógrafos judíos mallorquines. Lulio era aficionado a los criptogramas cabalísticos a los que tanto asemeja la firma del Almirante.

Nito Verdera recuerda que el propio Lulio había escrito sobre la existencia de un nuevo continente en su *Quaestiones per artem demostrativam solubiles:*

> Toda la principal causa del flujo y reflujo del Mar Grande, o de Inglaterra, es el arco de agua del mar, que en poniente estriba en una tierra opuesta a las costas de Inglaterra, Francia, España y toda la confinante de África (…) así como en nuestra parte estriba en nuestro continente que vemos y conocemos, *en la parte opuesta del poniente estriba en otro continente que no vemos ni conocemos desde acá*… [El subrayado es nuestro].

Maravedíes

La versión ortodoxa de la biografía de Cristóbal Colón lo presenta como un marino de origen genovés llegado a España desde Portugal, sin fortuna y con un hijo nacido de su matrimonio con Felipa Moniz. Asimismo, se reconoce que durante el tiempo en que permaneció a la espera de que su proyecto descubridor fuera aceptado por los Reyes Católicos pasó momentos de graves penurias económicas. Ya dijimos que se ganó la vida como vendedor de libros de estampa y dibujando cartas de marear, también ocasionalmente recibió ciertas cantidades económicas por parte de la Corona. Y precisamente esas dificultades económicas hacen aún más inverosímil lo sucedido en el momento en el que se presupuestó el viaje colombino. Lucena escribe que es «cosa poco frecuente en la época, ya que la contabilidad de los Reyes era un prodigio de minuciosidad».

El erario público estaba famélico debido a la guerra de Granada,

de modo que no había presupuesto para fletar las naves que Colón necesitaba para su expedición. Y a pesar de la leyenda que asegura que la reina Isabel empeñó parte de sus joyas para financiar el proyecto, historiadoras como Consuelo Varela dudan de que tal cosa hubiera ocurrido porque «ya tenía empeñadas gran parte de sus joyas en las ciudades de Valencia y Barcelona para pagar los gastos de la conquista de Baza».

De manera que si Colón no tenía posibles y la Corona estaba hipotecada por la guerra de Granada, debemos preguntarnos quién financió aquella aventura.

Los historiadores creen que el principal patrocinador de aquel proyecto fue Luis de Santángel, escribano de ración del rey. Pero, de ser cierto, extraña que fuera un funcionario de la Corona de Aragón quien pusiera los maravedíes necesarios. Por cierto, Santángel era judío converso, algo que los defensores de un origen judío para Colón siempre subrayan.

Bartolomé de las Casas asegura que Colón solicitaba «un cuento de maravedíes»; es decir, un millón de maravedíes. Por su parte, Consuelo Varela afirma que Luis de Santángel aportó esa cantidad y añadió a la misma otros 140.000 maravedíes como anticipo de los sueldos que, como capitán, le correspondían a Colón. Pero los cronistas de la época aseguran que el viaje exigía un desembolso de dos cuentos, de modo que aún se necesitaba un millón de maravedíes.

Como ya hemos señalado, los vecinos de Palos estaban condenados por el Consejo Real a servir a los soberanos durante dos meses con dos carabelas armadas a su costa, por lo que los Reyes ordenaron:

> E agora, por cuanto nos avemos mandado a Christóval Colón que vaya con tres carabelas de armada (…) e nos queremos que lleve consigo las dichas dos carabelas con que asy nos aveys de servir…

Según los cálculos realizados por Jesús Manzano, cada carabela aportaba aproximadamente 60 toneladas y el flete significaba 3.000 maravedíes por tonelada. Por tanto, equivalía a 360.000 maravedíes (180.000 maravedíes por carabela), que se sumaban a la cantidad ya citada aportada por Santángel (1.140.000 maravedíes); es decir,

que en total se contaba con 1.500.000 de maravedíes. Por lo que faltaba aún medio cuento o 500.000 maravedíes. ¿Quién los aportó?

En su testamento de 1506, Colón escribió: «Sus Altezas no gastaron, ni quisieron gastar para ello, salvo un cuento de maravedís, e a mí me fue necesario gastar el resto». Pero, de ser cierta esa afirmación, ¿de dónde sacó Colón ese dinero?

Bartolomé de las Casas confirma que el Almirante aportó ese medio cuento que faltaba y desliza un posible préstamo de los hermanos Pinzón, aunque esa suposición carece de pruebas:

> … que el dicho Martín Alonso, cosa verosimile y cercana de la verdad según lo que yo tengo entendido, prestó solo a Colón el medio cuento, o él y sus hermanos.

Consuelo Varela no cree posible tal préstamo y afirma que fue Juanoto Berardi quien aportó esa suma, convirtiéndose de ese modo en socio de aquella empresa. Otras fuentes hablan de otros supuestos prestamistas, como los genoveses Jacobo de Negrón o Luis Doria. Pero ¿qué garantías podía aportar Cristóbal Colón para hacer frente a semejante préstamo cuando los sabios que habían juzgado su proyecto lo habían rechazado? Y si no fueron los prestamistas quienes pusieron en manos de Colón ese dinero, ¿quién pudo hacerlo?

Por otra parte, la cantidad de 500.000 maravedíes duplicaba lo establecido en las Capitulaciones de Santa Fe como aportación de Colón. En ese documento se le exigía el ochavo del total.

El apresto de la armada

Hernando Colón apenas ofrece información en su *Historia del Almirante* sobre el apresto de la flota que capitaneó su padre y obvia por completo las burlas de las que fue objeto el Almirante por parte de los veteranos marineros palermos cuando pretendió reclutar tripulantes para su aventura. Y, por supuesto, no dedica ni una sola línea al papel decisivo que jugó Martín Alonso Pinzón para que finalmente la nao y las dos carabelas contaran con tripulantes.

Juan Manzano asegura que el miércoles 23 de mayo de 1492

Cristóbal Colón salió del monasterio de La Rábida acompañado de Juan Pérez y ambos se dirigieron a Palos con el propósito de enrolar marineros para la inminente odisea.

El escribano Francisco Fernández dio lectura en la iglesia de San Jorge del contenido de la Real Provisión de 30 de abril dictada por los Reyes Católicos en la que se daba cuenta del nombramiento de Colón como capitán mayor de una armada a la que Palos debía contribuir con dos carabelas («aderezadas e puestas a punto»). Los marineros palermos, añadía el documento, debían servir en esas carabelas durante dos meses, pero no se precisaba el destino de las mismas; simplemente, se decía que viajarían «a ciertas partes de la mar Océana».

La lectura de la Real Provisión se repitió en Moguer y tanto allí como en Palos se resolvió cumplir el mandato real de poner a disposición de Colón dos carabelas, pero ningún marinero. Nadie confiaba en Colón ni en la misión que pretendía encabezar, cuyo destino no aclaraba.

«Yban a descubrir tierra, pero no dezían qué tierra era la que iban a descubrir», declaró Juan Domínguez, un anciano de ochenta y cinco años cuyo testimonio recoge Juan Manzano y que aparece en la Probanza del fiscal Villalobos del año 1535, que se conservan en el Archivo de Indias. Esos documentos serán de interés en las siguientes páginas. Y es que, a pesar de que la versión oficial del llamado Descubrimiento atribuye el mérito en exclusiva a Cristóbal Colón, tras el primer viaje la familia Pinzón entabló pleitos en los que intentó demostrar que la aventura descubridora había sido posible gracias a Martín Alonso y no a Colón. En el trascurso de aquellos pleitos se recogieron las declaraciones de varios testigos de la época y las mismas forman parte de la llamada Probanza del fiscal Villalobos.

La historiadora Alicia Bache Gould, de la que hablaremos en breve con el detenimiento que merece, asegura que Colón únicamente fue capaz de enrolar a un puñado de delincuentes a los que se les eximió del cumplimiento de su pena. En concreto, según Gould y a la luz de un documento exhumado en el Archivo de Simancas, se trató de Bartolomé Torres y Juan de Moguer, vecinos de Palos, Pedro Izquierdo, avecindado en Lepe, y Alfonso Clavijo. Todos ellos estaban condenados a muerte y se les propuso redimir

su pena enrolándose como marinos bajo las órdenes de Colón.

Muchos investigadores aseguran que Colón no llegó a hacer uso de lo dictado en una de las cuatro cédulas reales de 20 de abril de 1492 redactadas para ayudarle a reclutar tripulación, pero Alicia Bache Gould demostró lo contrario. En ese documento se le permitía perdonar la pena de muerte a reos que se sumaran a la aventura y Gould encontró en el Archivo de Simancas la prueba documental donde aparece el nombre de los cuatro criminales ya mencionados.

Por tanto, Colón fracasó en su intento de encontrar tripulantes. Y si finalmente contó con marinería fue gracias a Martín Alonso Pinzón y a Antonio de Marchena, que fue quien le presentó al armador palermo.

En los llamados Pleitos colombinos se afirma que Pinzón y Cristóbal Colón se conocieron en la segunda visita de este último a La Rábida, en 1491, antes de la firma de las Capitulaciones de Santa Fe. Pero Juan Manzano cree que los hechos no sucedieron de ese modo, y recuerda que dichos *Pleitos* se puede leer lo declarado por Juan Quexo, vecino de Palos:

> … que después vino el dicho don Christóval Colón de la Vega de Granada de fazer la dicha Capitulación con el Rey e llegó a esta villa de Palos, el dicho Martín Alonso Pinçón se determinó de yr con él al dicho viaje.

Y lo mismo declaró el físico García Hernández:

> Desta fecha (tras las Capitulaciones) fue el concierto e compañía que tomó con Martín Alonso Pinçón.

No deja de ser curioso que las visitas de Colón a La Rábida se salden siempre, gracias a la mediación de Marchena, con el encuentro con un piloto que posee conocimientos de interés para el Almirante. No obstante, para conocer a Martín Alonso, el futuro virrey debió esperar a que el armador y marino palermo regresara de viaje. Su hijo, Arias Pérez, declaró años después en los pleitos: «Que fue el dicho su padre a Roma aquel dicho año (1492) antes que fuese a descobryr».

Ese viaje de Martín Alonso a Roma es de gran importancia para

los sucesos posteriores, pero centrémonos ahora en el momento en el que Marchena presenta a ambos hombres, tal y como declaró años después en los Pleitos un vecino de Huelva llamado Fernando Pérez Camacho:

> … que oyó dezir al dicho Martín Alonso Pinçón que un fraile de San Francisco, que hera guardián del monasterio de La Rábida (…) le avía ynformado he dicho que fuese a descubrir las Yndias, e que plazería a Dios que avían de fallar tierra, e queste fraile era muy grande astrólogo.

Sin embargo, resulta extraño que Martín Alonso apueste de un modo tan decidido por ayudar a Colón si apenas se conocían. ¿Cómo es posible que Pinzón comprometiera a amigos y a familiares en una aventura semejante sin una base sólida a la que aferrarse? ¿Bastó simplemente con que Colón le nombrara capitán de una carabela para empeñar su vida y su palabra?

Lucena recoge una frase de Las Casas con la que se pretende explicar la actitud que toma de inmediato Pinzón apoyando el proyecto colombino: «Algo debió prometer Colón a Martín Alonso Pinzón, porque nadie se mueve si no es por su interés y utilidad». Pero ¿fue la avaricia lo que motivó que Pinzón embarcarse a amigos y familiares en una expedición aparentemente suicida?

Esta frase atribuida a Fernando Pérez Camacho en los Pleitos ofrece una perspectiva adecuada para valorar hasta qué punto Martín Alonso arriesgó su prestigio —y quizá parte de su dinero si damos crédito al préstamo del que habla Las Casas—:

> … si el dicho Martín Alonso Pinçón no se determina de yr, el dicho Biçeynte Yañez no fuera.

Pero no sólo se sumó a la tripulación Vicente Yañez, hermano de Martín Alonso, sino también Francisco, su otro hermano, y buena parte de sus amistades y vecinos de la comarca donde mueren los ríos Tinto y Odiel.

¿Qué sabía Martín Alonso para estar tan seguro de que merecía la pena correr aquel riesgo? Juan Manzano cree que fue el relato del vecino de Palos y piloto, Pedro Vázquez de la Frontera, quien

tiempo atrás había formado parte de una tripulación portuguesa que bajo el impulso de Enrique el Navegante había llegado al mar de los Sargazos en 1452. Pero parece una prueba muy endeble para apostar su vida y la de los suyos hasta el punto de jurar en la noche del 6 de octubre de 1492, según declaró en los Pleitos el testigo Alonso Gallego:

> … quien se quisiese bolver, buélvase, que yo adelante quiero pasar, que yo tengo que descubrir tierra o tengo que morir en esta demanda.

Tal vez, la explicación más lógica para la decidida apuesta de Martín Alonso es que sabía lo mismo que Colón, pero no está claro si fue el supuesto genovés quien se lo confió o el marino andaluz obtuvo esa información por otros medios.

Los papeles de Martín Alonso

Alicia Bache Gould asegura que los padres de los hermanos Pinzón fueron Martín Alonso Pinzón y Mayor Vicente, pero no hay más información sobre ellos. Lo que resulta indudable es que sus tres hijos, Martín Alonso, Vicente Yáñez y Francisco Martín, desempeñaron un papel trascendente en la aventura colombina.

Martín contrajo matrimonio dos veces. Su primera esposa fue María Álvarez y la segunda, Catalina Alonso. De los dos matrimonios nacieron cinco hijos: Arias Pérez, Juan Martín, Mayor, Catalina y Leonor. La familia vivió en una casa situada en la calle Nuestra Señora de La Rábida, en Palos, que en la actualidad acoge un museo dedicado a la memoria del marino.

Martín Alonso fue, además, armador y hombre admirado en Palos. Antón Romero, vecino de Huelva y testigo en los Pleitos, declaró que:

> Hera avido e tenido por hombre muy sabio y asperto en las cosas de navegar, y que era hombre rico y emparentado y uno de los más principales que avía en aquel tiempo en la dicha villa de Palos, y no avía entonces otro más nombrado quel dicho Martín Alonso

Pinçón.

A tenor de la opinión que se tenía sobre él, resulta más difícil imaginarlo enrolándose en una aventura como la que proponía Colón si no fuera porque tenía alguna seguridad al respecto.

A comienzos de 1492, Alonso se encontraba en Roma, según el testimonio posterior de su hijo y de otros testigos. Al parecer, había llevado un cargamento de sardinas, pero Jesús Manzano sugiere que es posible que tuviera la misión de entrevistarse con el papa Inocencio VIII para hacerle entrega de un regalo de parte de los Reyes Católicos: una carabela llamada La Condesa. Sin embargo, Manzano añade que, de ser así, cuando Pinzón llegó a Roma el papa ya había muerto (falleció el 25 de julio).

Sobre Vicente Yáñez podemos decir que nació en 1461 o 1462; que también casó dos veces y tuvo un par de hijos. Su casa se encontraba en la calle La Ribera, en Palos.

Las Casas escribió sobre él lo siguiente: «En la otra (carabela) que se llamaba la *Niña*, puso (Colón) como capitán y maestre a Vicente Yáñez Pinzón». Sin embargo, Hernando Colón le cita como «capitán» y no como maestre y parece que va más acertado, según los estudios de Alicia Bache Gould.

Gould señala que el comportamiento de Martín Alonso y de Vicente fue muy diferente. Y tilda al segundo como el personaje «de historia posterior más destacada, ilustre y benemérita», al margen de Colón, tras el hito histórico del Descubrimiento.

El tercer hermano, Francisco Martín, tuvo una única esposa. Fruto de su matrimonio nacieron dos hijos, pero su aportación a la aventura colombina fue menos importante que la de sus hermanos, a pesar de ostentar en la primera expedición un cargo notable.

El viaje de Martín Alonso a Roma ha provocado todo tipo de especulaciones, puesto que, al parecer, visitó la Biblioteca Vaticana. Según se ha dicho, el bibliotecario era amigo suyo, lo que resulta sorprendente. Nadie sabe dónde y cómo se gestó esa amista, y mucho menos se conoce qué motivó la visita de Martín Alonso a esos archivos. Sin embargo, hubo testimonios posteriores que afirmaron que el palermo trajo de Roma documentos que probaban la existencia de un continente al otro lado del Atlántico.

En el Archivo de Indias se conserva la declaración de un tal

Antón Fernández Colmenero en la que se lee:

> … oyó dezir destas escrituras (las que trajo de Roma Pinzón) contenidas en esta pregunta al mismo Martín Alonso quél avía traydo el treslado de Roma, e se las oyó leer al dicho Martín Alonso, e que lo que sabe esto por queste testigo vino de Roma con el dicho Martín Alonso.

Autores como Manzano, que se muestran en desacuerdo con el protagonismo que años después la familia de Pinzón quiso dar a Martín Alonso en la aventura del Descubrimiento, sí reconoce que pudo existir esa documentación, aunque niega que aportara nada a lo que ya sabía Colón. Sin embargo, Pedro Alonso Ambrosio declaró en aquellos pleitos lo siguiente:

> Fue (Colón) al monasterio de Santa María de La Rábida e allí esperó hasta que el dicho Martín Alonso vino de Roma e *truxo la ynstruyçión de la navegación*… [El subrayado es nuestro].

¿Trajo las instrucciones de la navegación?

Lo cierto es que Colón no pudo poner en marcha aquella aventura hasta que Martín Alonso regresó de Roma, porque ni siquiera había sido capaz de reclutar a un solo marinero de Palos.

Curiosamente, el epitafio que se puede leer en la tumba del papa Inocencio VIII, el pontífice al que tal vez llevaba Pinzón la carabela La Condesa, viene a complicar aún más las cosas:

> *«Novi orbis suo aevo inventi gloria»*
> «Fue insigne por la gloria del Nuevo Mundo descubierto».

Pero si este pontífice murió el 25 de julio de 1492, ¿cómo pudo jugar un papel relevante en el Descubrimiento? ¿Acaso era conocedor de los documentos que dormitaban en la Biblioteca Vaticana y que consultó Martín Alonso? ¿Esas cartas de marear o mapas podían tener un origen templario como se ha especulado?

Manzano cree que la visita a La Rábida en 1491 por parte de

Colón, además de las idas y venidas de fray Juan Pérez a la Corte, hizo sospechar a Pinzón o que incluso se corrió el rumor por la comarca del proyecto de Cristóbal, y eso azuzó su curiosidad. Sin embargo, eso no explica que Pinzón acertara a encontrar en la Biblioteca Vaticana documentos que permitieran navegar a América y tampoco parece lógico que se publicitara en la comarca el proyecto de Colón cuando después ningún marino quiso enrolarse en aquella armada.

¿Es posible que se orquestara años después una mentira tan grande y por parte de tantas personas, ya muerto incluso Martín Alonso, y que los testimonios de todas ellas fueran similares? ¿Pudo haber ido a Roma Martín Alonso enviado por los frailes estrelleros de La Rábida, Marchena y Juan Pérez?

Parece más lógico pensar que Martín Alonso regresó de aquel viaje con certezas que le hicieron sumarse a la aventura que Colón proponía, e incluso apostó su prestigio hasta el extremo de embarcar junto a él a familiares y amigos.

Los hombres

Tras regresar de su viaje a Roma, Martín Alonso se entrevistó con Marchena y con el propio Colón. Desconocemos el contenido de aquellas conversaciones, pero lo cierto es que el día 23 de junio se inició el alistamiento de la tripulación. Las crónicas señalan que el Almirante «puso tabla (…) para dar sueldo a los marineros y grumetes e gente que en la dicha armada van», pero no explican por qué este segundo intento tuvo éxito, mientras que el primero, como ya vimos, fue un fracaso. Evidentemente, la diferencia residía en la presencia en el segundo de Martín Alonso.

No se sabe con seguridad cuántos marineros se sumaron a aquella aventura. Hernando Colón y Las Casas afirman que fueron noventa hombres, mientras que Oviedo y Pedro Mártir de Anglería elevan la cifra a ciento veinte.

Ningún investigador ha dedicado más tiempo que Alicia Bache Gould a descubrir la identidad de quienes formaron aquella histórica tripulación. Ramón Carande recuerda que en la entrada del Archivo de Simancas se colocó una placa en recuerdo de esta americana española que dedicó cuarenta años de su vida a exhumar

esos nombres entre los tesoros que custodia ese archivo, junto a cuyas puertas murió el 25 de julio de 1953.

Al parecer, Gould se encontraba enferma desde hacía un tiempo y aquella tarde hacía frío mientras se encontraba en los jardines del Archivo. Le pidió a su amiga María Zamora que fuera por su toquilla y Alicia se acercó a la puerta del Archivo, que estaba cerrado por ser la festividad de Santiago. Y allí mismo, murió. Más tarde, se supo que ese mismo día, en París, falleció también la archivera de Simancas Asunción Mendoza, arrollada por un vehículo.

Alicia Bache Gould había nacido en Boston el 5 de enero de 1868. Era hija de un renombrado matemático y astrónomo llamado Benjamín Apthorp Gould, quien trabajó un tiempo en Argentina, donde su hija aprendió el castellano.

Al regresar a su país, la joven comenzó a estudiar Matemáticas en el Instituto de Tecnología de Massachusetts. Sin embargo, quiso la casualidad que cayera enferma y que fuera conveniente para ella permanecer en Puerto Rico un tiempo.

Durante su convalecencia en la isla comenzó a interesarse por la aventura colombina y a dar muestras de su tesón al redactar un trabajo extraordinario sobre la colonización de Barbados, aunque no lo publicó porque lo consideró incompleto por no haber sido capaz de descubrir el nombre del primer poblador inglés de la isla.

Poco después, emprendió un viaje con una amiga hasta Roma, pero su acompañante enfermó en Gibraltar e hicieron escala allí. El destino siguió tejiendo sus redes alrededor de Alicia, que decidió entonces visitar el Archivo de Indias en Sevilla para tratar de averiguar el nombre del primer colono inglés de Barbados.

Sus pesquisas no tuvieron en éxito, pero en cambio descubrió un documento que cambió su vida. Se trataba de un manuscrito en el que se hablaba del pago realizado «al tripulante Pedro de Lepe, en la carabela del primer viaje de Colón». Aquél era un dato extraordinario, pues los especialistas dudaban de la existencia del hombre que se citaba en el documento.

Ramón Carande describe a Alicia como una mujer de «frente despejada, unos pequeños ojos claros, boca grande de labios muy finos que emitían con dificultad, pero con acierto, palabras castellanas». Pero lo más importante era su tenacidad, y tras

descubrir a su primer marinero, decidió entregarse en cuerpo y alma a sacar a la luz la identidad del resto de la tripulación colombina. En ese momento, no podía sospechar que un día ella misma diría: «La que creí habría de ser tarea de dos años, no he podido terminarla en cuarenta».

En efecto, Alicia murió sin ver publicadas todas las investigaciones realizadas, aunque afortunadamente, siguiendo sus instrucciones, José María de la Peña publicó el resto veinte años más tarde.

Gould publicó el resultado de sus primeras investigaciones en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* en marzo de 1920. Y a lo largo de su vida localizó sin ningún género de dudas a ochenta y siete tripulantes, once de los cuales nadie conocía. Además, añadió a su lista dieciocho nombres más que consideraba dudosos.

Gracias a ella, sabemos que en la tripulación del primer viaje colombino hubo marineros expertos y otros que no lo eran. Pero a bordo de las tres naves viajaron hombres diestros en los más variados oficios: capitanes, maestres, contramaestres, pilotos, escribanos (levantarán actas de lo que ocurra), alguaciles (serán la justicia en el mar), veedores (contables), despenseros, carpinteros, calafates (para que la bodega y panza del barco permanezcan estancos hasta el final…). Pero, como ya dijimos, ningún sacerdote. ¿Acaso no era la cristianización de los pueblos paganos uno de los supuestos objetivos de aquella aventura? En cambio, ya dijimos que el Almirante llevó consigo a Luis de Torres, un traductor de hebreo, arameo y árabe. ¿Para qué?

El historiador Francisco Morales Padrón describe de este modo a la marinería de la nao y las dos carabelas: gorrete o bonete de lana roja y vuelta azul en la cabeza; papahígo o gorra con visera por delante; calzas con bragueta; capuz o pieza similar a una cogulla; camiseta de lana y capa corta de paño gris.

En cuanto al aliño indumentario del propio Colón, podemos recordar lo que él mismo escribió en su *Diario* el día 18 de diciembre, cuando un reyezuelo indígena subió a bordo de la *Santa María* y el Almirante estaba comiendo. Colón era aficionado a vestir «zapatos colorados» y a adornarse con ostentosos collares. De hecho, aquel día le regaló uno al indio:

> Y el Almirante se quitó del pescueço un collar de buenos alaqueques y cuentas muy hermosas de muy lindos colores (…) y se la puso a él.

Y aunque su hijo Hernando y Las Casas, siempre aduladores, aseguren que el Almirante era modesto en el vestir, Consuelo Varela lo niega. Colón exigió a la Corona en varias ocasiones que le enviasen vestidos, sobre todo zapatos. Las crónicas aseguran que en 1494 le hicieron llegar «çiento e veinte pares de çapatos comunes».

Los barcos

En primer lugar, conviene desmontar el viejo mito de las tres carabelas descubridoras, puesto que únicamente lo eran dos de las tres naves (*Pinta* y *Niña*), mientras que la *Santa María* era una nao.

La nao era una nave de tres palos rechoncha, más pesada, de vela redonda y poco apta para descubrir, como el propio Colón decía, puesto que tenía mucho calado y era inapropiada para andar entre islas. Probablemente, tenía una cámara sobre la cubierta de la tolda. De ella se suele decir que fue construida en 1480, que tenía 23,60 metros de eslora y 7,92 metros de manga, además de un calado de 2,10 metros.

La *Santa María* era propiedad del piloto y cartógrafo cántabro Juan de la Cosa. Este hombre, aunque nacido en Santoña, al parecer vivía en el Puerto de Santa María, donde quizá le conoció Colón mientras se hospedaba en la hacienda del duque de Medinaceli. Y su barco fue el único que tal vez alquiló el Almirante.

Este tipo de nave era de frecuente construcción en el norte de España. Philippot, que defiende el origen gallego de Colón, cree que se construyó en Galicia; a su idea contribuye el hecho de que el barco fuera conocido también como *La Gallega*. Otros autores niegan tal cosa y existe el consenso de que la nao se construyó en Cantabria.

En cambio, hay menos discusión a propósito del origen de los marineros que viajaron en ella. Al contrario que en las dos carabelas, en la nao la tripulación era de origen cántabro y vasco, fundamentalmente. Alicia B. Gould menciona algún marino

santoñés que iba embarcado en la nao y que puede valer para el propio Juan de la Cosa, existen documentos en los que se menciona a Santoña como Puerto de Santa María de Santoña. ¿Por qué? Así responde Gould: porque «el barrio marítimo de ella (se refiere a Santoña) siempre solía llamarse Santa María del Puerto, con referencia a su iglesia antiquísima». Por tanto, cuando se menciona a Juan de la Cosa y el Puerto de Santa María hay que extremar las precauciones, porque, añade Gould, es difícil a veces «el distinguir entre los dos puertos, el del norte y el del sur».

La carabela, en cambio, era una nave más pequeña y es de origen árabe. Los armadores andaluces la modificaron a su gusto y, siguiendo ese modelo, se construyó en los astilleros de Moguer la *Niña*, llamada así por su propietario, Juan Niño. Como era costumbre entonces, tenía un segundo nombre más religioso: Santa Clara, como «advocación al famoso monasterio de Moguer», apunta Gould.

La *Niña* tenía velas latinas, 52,70 toneladas, una eslora de 21,44 metros y 6,44 metros de manga. Su calado era 1,78 metros. Carecía de castillo de proa y disponía de un pequeño alcázar. Su historia fue grande y gloriosa, puesto que se sabe que Colón la empleó en el segundo y el tercer viaje, además de ser la que le trajo de vuelta tras el Descubrimiento.

La *Pinta* era propiedad de Cristóbal Quintero, vecino de Palos. Al parecer, Martín Alonso Pinzón la había alquilado en alguna ocasión y la conocía perfectamente, tal vez por ello, erróneamente, se ha creído que era de su propiedad. Pero el propio Colón nos saca de dudas en su *Diario*. El 6 de agosto escribió:

> Saltó o desencajase el gobernario a la carabela *Pinta,* donde iba Martín Alonso Pinzón, a lo que se creyó por industria de un Gómez Rascón y Cristóbal Quintero, cuya era la carabela.

La *Pinta* tenía entre 18,25 a 23,60 metros de eslora y 5,80 a 6,30 metros de manga. Su calado era de entre 1,60 a 1,85 metros.

Estas medidas, que se ajustan a la información que encuentra el visitante en el Muelle de las Carabelas, muy próximo al monasterio de La Rábida, demuestran que se trataba de poco más que cáscaras

de nuez. En el mencionado Muelle se puede contemplar una réplica de las tres naves colombinas. Si el visitante se sube a bordo, comprenderá la magnitud de aquella empresa y la osadía de quienes la protagonizaron.

Martín Alonso fue el capitán de la *Pinta*. El maestre fue Francisco Martín Pinzón, y el piloto, Cristóbal García Sarmiento. En la *Niña*, el cargo de capitán lo ostentó Vicente Yáñez Pinzón; el de maestre, Juan Niño, y el de piloto, Sancho Ruiz de Gama. Colón fue el capitán de la *Santa María*, mientras que Juan de la Cosa fue el maestre, y Pedro Alonso Niño ejerció de piloto.

La partida

La tripulación cargó las provisiones que creyó precisar para la inminente aventura y llenó de agua los odres en la fuente de la Fontanilla, en Palos. Al amanecer el día 3 de agosto de 1492, soltaron amarras y pusieron proa hacia una de las aventuras más trascendentes de la historia.

Cuando visité la fuente de la Fontanilla me decepcionó no encontrar agua. El lugar no se parece en nada al que podía contemplarse aquella lejana mañana en que partió la expedición colombina. Sin embargo, pude leer una placa con el testimonio de Antón Romero en los Pleitos Colombinos ante la cuarta pregunta del fiscal. Sus palabras ayudan a emocionarse imaginando aquel momento:

> Aquí se encontraba el embarcadero desde el cual, el 3 de agosto de 1492, los marinos palermos iniciaron el viaje que les llevó a descubrir América.

A propósito del día elegido existen opiniones variadas y encontradas.

Para algunos autores, se eligió el 3 de agosto porque la víspera se celebraba la festividad de la Virgen de los Milagros en el monasterio de La Rábida y los marineros locales, que tenían gran devoción a la imagen, desearon participar en la romería antes de partir. La tradición asegura que Colón también rezó, aunque personalmente me resulta difícil imaginar esa escena. De hecho,

otras teorías sostienen algo bien diferente y se basan en los propios escritos del Almirante:

> … que al fin David, Rey muy sabio, guardó ovejas y después fue hecho Rey de Jerusalem; yo soy siervo de aquel mismo Señor que puso a David en este estado.

El historiador Joseph Pérez recuerda que el decreto de expulsión de los judíos de España dictado por los Reyes Católicos tuvo forma jurídica de provisión real y de él se conocen tres versiones. Irónicamente, una de ellas es del inquisidor Torquemada, de quien se ha dicho que pudo ser familia de la amante de Colón, Beatriz Enríquez de Arana. Ese documento se firmó el 20 de marzo de 1492 en Santa Fe; es decir, poco más de un mes antes de que en ese mismo lugar Cristóbal Colón firmara las ya comentadas Capitulaciones con los monarcas.

Las otras dos versiones conocidas del decreto de expulsión fueron firmadas en Granada. Una, el 31 de marzo y por ambos reyes, y válida para ambos reinos; la otra, que se suele mencionar menos, la firmó sólo el rey Fernando para Aragón y está fechada el mismo día y en la misma ciudad.

¿Qué dicen esos decretos, aunque entre ellos hay ciertas variantes?

Evidentemente, aseguran que los judíos «por su propia culpa están sometidos a perpetua servidumbre», por lo que no podían ser sino «siervos y cautivos». Por todo lo cual, los monarcas acordaron «de mandar salir todos los judíos y judías de nuestros reinos y que jamás tornen ni vuelvan a ellos ni alguno de ellos». No había excepción, ni por edad ni por sabiduría. Nadie podría sacar oro, plata o moneda amonedada o acuñada. Deberían vender sus casas y tierras en el tiempo récord de cuatro meses, con lo que muchos se vieron obligados a malvender y a ponerse, irónicamente, en manos de usureros cristianos.

Cuatro meses. Ése era el plazo, aunque el decreto de Torquemada añadía diez días de prórroga. De modo que en los primeros días de agosto debía salir de Sefarad una buena parte de las personas que habían habitado en estas tierras durante cientos de años.

Casualmente, el día 3 de agosto, al mismo tiempo que los judíos,

abandonó el reino Cristóbal Colón. Para algunos autores, lo decidió de ese modo porque él mismo era de origen judío y fue un acto de solidaridad o de orgullo. Y entonces, como recuerda Salvador de Madariaga, el Almirante cogió recado de escribir y comenzó su *Diario de a bordo* encabezando el escrito con un punto de amargura y de ironía *(In nomine domini nostri Ihesu Christi)* y obsequió a los «muy poderosos príncipes, Rey y Reina de las Españas», con un enigmático preámbulo que nunca sabremos si ellos entendieron bien:

> Así que después de haber echado fuera a todos los judíos de todos vuestros reinos y señoríos, en el mismo mes de enero mandaron vuestras Altezas á mi que con armada suficiente me fuese a las dichas partidas de Indias; y para ello me hicieron grandes mercedes y me ennoblecieron, que dende adelante yo me llamase Don y fuese Almirante Mayor de la mar océana y Visorrey e Gobernador perpetuo de todas las islas y tierra firme que yo descubriese.

¿Por qué menciona Colón la expulsión de los judíos en el momento en que pretende ensalzar sus éxitos?

Madariaga señala lo extraordinario que resultaba en aquellos momentos que alguien aludiese a la expulsión de los judíos ante los reyes sin añadir un párrafo adulador por ese acto. Pero Colón, no lo hace. Por ello, concluye Madariaga, ese silencio es «una confesión».

No sé si Madariaga acierta con esa afirmación, pero resulta ciertamente sorprendente que mezcle su gran victoria con la expulsión de los judíos sin que venga a cuento. Pero es que, además, unas líneas antes del párrafo ya citado, anuncia en su *Diario* que con su viaje los pueblos que permanecían en la idolatría se verían ganados para la religión católica, lo que mucho satisfaría a «Vuestras Altezas, como católicos cristianos y Príncipes amadores de la santa fe cristiana y acrecentadores della, y enemigos de la secta de Mahoma y de todas las idolatrías y heregias…».

¿Por qué no incluyó a la religión judía entre las «sectas» enemigas de la verdadera fe?

Capítulo 10

El primer viaje

> *«… el Almirante, a las diez de la noche, estando en el castillo de popa, vio lumbre…»*
>
> *(Diario de a bordo)*

El *Diario*

Hernando Colón asegura en *Historia del Almirante* que su padre escribió con disciplina cuanto aconteció durante aquella aventura: «Gran diligencia observó desde aquel momento el Almirante en escribir diariamente, con todo detalle, todo lo que sucedía en el viaje». Y, en efecto, el Almirante dio forma a un diario de a bordo que, como tantos otros documentos colombinos, ha desaparecido, aunque conocemos ciertos detalles del mismo. Bartolomé de las Casas escribió que Colón dejó a los monarcas tras reunirse con ellos en Barcelona al regresar del primer viaje:

> El Libro de toda su navegación y rumbos o caminos que había llevado o traído en aquel su descubrimiento y primero viaje para que se sacase un traslado que quedase en los archivos reales y después de trasladado quedaron en enviárselo.

Al parecer, Colón tuvo la precaución de hacer más de una copia, mientras que el original quedaba en los Archivos Reales. Pero ese manuscrito se perdió misteriosamente.

Hernando Colón y Las Casas tuvieron acceso a alguna de

aquellas copias, y el dominico dio forma a la versión que hoy conocemos y que incluye frases del Almirante y añadidos de su propia pluma.

En la versión del *Diario* que ha llegado a nosotros leemos que el Almirante, ya en Canarias, pretendía «tomar mi derrota y navegar tanto que yo llegase a las Indias». Esa frase confirmaría la tesis comúnmente admitida; es decir, que Colón tenía el propósito de llegar a las Indias por una nueva ruta. Sin embargo, ya hemos visto que el Almirante acostumbraba a decir o dejar escritas medias verdades, e incluso sonoras mentiras.

Luis Arraz estima que el objetivo de Colón era llegar a Cipango (Japón) que, según los cálculos de Toscanelli, se encontraba a 375 leguas de la costa de Catay (China). Y puesto que según los cálculos colombinos una legua equivalía a 4 millas, Cipango se encontraba a 1.500 millas de Catay. Incluso se asegura que Colón creyó haber llegado a Cipango al poner pie en la isla que él bautiza como La Española, lo que no deja de ser sorprendente, puesto que si sabe que está en reino ajeno y que éste tiene nombre parece inaudito que lo bautice de otro modo y tome posesión de él en representación de los reyes españoles. La única explicación posible es que Colón supiera que aquella tierra no era Cipango.

En el *Diario,* el día 9 de enero, a punto de emprender el viaje de regreso, el Almirante escribió:

> … dice que esta noche, con el nombre de Nuestro Señor, partiría a su viaje (de regreso), sin detenerse en cosa alguna, pues *había hallado lo que buscaba,* porque no quiere más enojo con aquel Martín Alonso Pinzón… [El subrayado es nuestro].

Pero, ¿qué era lo que buscaba?

Por otra parte, en esas líneas ya se advierten las desavenencias de Colón con Martín Alonso.

Juan Manzano cree que la respuesta al interrogante sobre lo que realmente buscaba el artero Colón se encuentra en el Privilegio dictado por los Reyes el 30 de abril de 1492. Esta es la versión de Navarrate sobre ese documento:

> Vos, Cristóbal Colón, vades por nuestro mandado a

> descubrir e ganar, con ciertas fustas nuestras e con nuestras gentes, ciertas islas e tierra firme de la mar Oçéana, e se espera que, con la ayuda de Dios, se descubrirán e ganarán algunas de las dichas islas e tierra firme en la dicha mar Oçéana, por vuestra mano e industria…

Juan Manzano cree que Colón pretendía ganar «ciertas islas y tierra firme», pero se trataría de una de las dos tierras firmes cuya existencia habría conocido gracias al testimonio del protonauta. Una de esas tierras firmes sería la de «acá», es decir, la zona del golfo de Paria, (inmediaciones de Venezuela) y la otra sería propiamente el continente, en opinión de Manzano. Eso explicaría, añade, el acierto de Colón al encontrar las «ciertas islas», porque le había hablado de ellas el marino moribundo. Igualmente, concluye Manzano, de ese modo se explicaría el error que cometió Colón al creer que La Española era Japón y que China estaba 375 leguas, porque se guio por los cálculos de Toscanelli.

Sin embargo, Nito Verdera no cree que Colón cometiera tantos errores. A su juicio, el Almirante sabía muy bien adónde se dirigía y por dónde debía hacerlo. La prueba más evidente sería la elección del itinerario elegido para viajar hacia el otro lado del Atlántico. Por otra parte, podrían haber sido más explícitos los monarcas en el Privilegio y haber anotado, para que no hubiera duda, que Colón iba a Cipango y a Catay, dado que, como veremos, entregan a Colón cartas para el poderoso monarca de ese reino —extraña estrategia diplomática si es que pretendían hacerse con su oro, tomar las islas próximas y engatusar a los lugareños con cascabeles y abalorios—.

«… llevé el camino de las islas Canarias…»

Comienza Colón su *Diario* embarcando directamente al lector en su aventura:

> … y partí de dicho puerto (Palos) muy abastecido de muy muchos mantenimientos y de mucha gente de la mar, a tres días del mes de agosto de dicho año, en un viernes, antes de la salida del sol, con media hora, y

> llevé el camino de las islas Canarias de Vuestras Altezas.

Resulta innegable el acierto del navegante al elegir Canarias como primer destino, porque así podría aprovechar los vientos alisios. Pero ¿cómo supo que al elegir esa latitud se vería beneficiado por ellos?

Juan Manzano cree que Colón eligió las Canarias porque era «la base más adelantada que poseían los reyes españoles en el océano» y porque «no tiene otra opción posible» debido a que el Tratado de Alcaçovas de 1479 dividía las aguas atlánticas dejando para Portugal los mares «para abajo contra Guinea». Por tanto, Colón no podría ir más hacia el sur en busca de mejores vientos y debía contentarse con seguir siempre el paralelo 28 para no invadir el espacio marítimo portugués. Esto último parece confirmarse al leer el *Diario,* pues días más tarde, no lejos de El Hierro, una carabela se cruza con ellos y les informa de que tres buques portugueses rondan la zona «para lo tomar», en referencia a Colón. Las Casas atribuye el incidente a la envidia del rey portugués, pero en realidad los lusos velaban para que no se violase su espacio marítimo.

Aunque es cierto que el Tratado de Alcaçovas imponía unos límites concretos a la navegación y, también, que Canarias era el trampolín más occidental de España, si Colón no sabía adónde iba, ¿cómo podía estar seguro de que Canarias estaba más cerca navegando en línea recta?

Por supuesto, se puede argumentar que Colón conocía la carta de Toscanelli en la que se describían unas tierras a las que supuestamente se dirigía, pero ya hemos dicho que no está claro que el Cipango de Toscanelli fuera el Cipango que Colón ansiaba.

Una respuesta más sencilla sería admitir que Colón sabía más de lo que contaba; que disponía de mapas e instrucciones precisas que le habría facilitado el protonauta, como cree Manzano. Pero también pudiera ser que eligiera Canarias porque otros antes que él habían partido desde allí hacia América: los caballeros templarios.

El sabotaje

En las páginas del *Diario* y en el relato de Hernando Colón

descubrimos que los marineros, especialmente la tripulación de la *Pinta* capitaneada por Martín Alonso Pinzón, amenazaron con un sabotaje en varias ocasiones durante la travesía. El primero de los incidentes tuvo lugar el día 6 de agosto, según leemos en el *Diario:*

> Saltó o desencajóse el gobernario a la carabela *Pinta,* donde iba Martín Alonso Pinzón a lo que se creyó o sospechó por industria de un tal Gómez Rascón y Cristóbal Quintero, cuya era la carabela, porque le pesaba ir aquel viaje…

La crónica de Hernando Colón dice algo parecido, aunque se equivoca al situar los hechos un sábado en lugar de un viernes:

> El día siguiente, sábado (…) a una de las carabelas, la *Pinta,* se le saltaron los pernos del timón.

Y añade que su padre

> Temía que la avería se hubiera debido a astucia o malicia del patrón, queriendo de esa manera librarse del viaje, como ya antes de la partida había intentado hacer.

Al día siguiente, leemos en el *Diario,* se produjo una nueva avería en la *Pinta* que obligó a esa carabela a echar amarras en Gran Canaria, mientras Colón prosiguió en la *Santa María* hasta La Gomera. ¿Por qué? Algunos autores proponen razones estratégicas y otros recuerdan los encantos de doña Beatriz Fernández de Bobadilla.

Beatriz —la segunda Beatriz que conocemos en la vida de Colón — era la viuda de Andrés de Cabrera, amiga de la reina y, según algunos colombinistas, uno de los apoyos del marinero en la Corte. Hay quienes sostienen que el Almirante mantuvo una relación con la dama y por eso echó el ancla en La Gomera para esperar allí mientras reparaban la *Pinta*. Pero lamentablemente para los intereses del Almirante, doña Beatriz no estaba en la isla, sino en Gran Canaria.

Al respecto de las reparaciones en las carabelas no hay acuerdo

entre el *Diario* y la *Historia del Almirante,* puesto que en el primero se dice que fue a la *Pinta* a la que se cambió el velamen para hacerla «redonda», porque «era latina», mientras que en la obra de Hernando Colón se asegura que fue la *Niña* la que sufrió esos cambios:

> Se le cambia la vela latina en cuadra, para que pudiera seguir a los otros barcos con más tranquilidad y menor peligro.

Además del sabotaje mencionado, hubo dos hechos enigmáticos antes de partir de las Canarias. El primero es una alusión que encontramos en el *Diario* a la misteriosa isla de san Borondón o Barandán, que las leyendas aseguran que es visible en algunas ocasiones como si fuera un islote fantasma del archipiélago:

> (las gentes decían) que cada año veían tierra al oeste de las Canarias, que es al Poniente, y otros de la Gomera afirmaban otro tanto con juramento.

El Almirante dio crédito a la leyenda al recordar que estando él en Portugal en 1484 vino un hombre de la isla de Madeira al rey portugués a pedir una carabela para ver esa tierra «el cual juraba que cada año la veía siempre de una manera».

El segundo suceso sorprendente tiene lugar mientras navegaban cerca de la isla de Tenerife, cuando «vieron salir gran fuego de la sima de la isla de Tenerife, que es muy alta en gran manera». Y esto es muy curioso porque, según fuentes de la Estación Vulcanológica de Canarias dependiente del Centro Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), no hay constancia histórica de ninguna erupción en el Teide en esas fechas.

¿Qué fue lo que vio Colón?

Tras las reparaciones en la carabela y aprovisionados de carne, leña y agua, el 6 de septiembre de 1492, tal y como escribe Hernando Colón, «se puede considerar como el principio de la empresa y de la travesía por el océano». Esa misma crónica describe el estado de ánimo de la marinería:

> Al amanecer del domingo comprobó que se hallaba

> a nueve leguas a occidente de la isla de El Hierro; fue el día que perdieron la tierra de vista, y temiendo que no iban a volver a verla en mucho tiempo, muchos se pusieron a suspirar y a llorar.

Cuentas falsas

Ya hemos dicho que la crónica de Hernando Colón ofrece una imagen casi mitológica de su padre. Elude las sombras de la biografía de su progenitor y ensalza la figura del Almirante siempre que tiene ocasión. Por ello no debe extrañar que al describir el estado de ánimo de la tripulación durante la travesía Hernando afirme que los marineros lloraban mientras su padre miraba al frente impertérrito. Sin embargo, la realidad no fue exactamente como Hernando la describió.

Es cierto que la tripulación tenía miedo, no en vano desconocían su destino y la ruta emprendida era novedosa. Colón, en cambio, sabía perfectamente adónde se dirigía. Y es posible que también Martín Alonso lo supiera. Pero los demás viajaban ignorantes de todo ello. No debe extrañar, por tanto, que en 1535, en la Probanza del fiscal Villalobos durante los Pleitos colombinos, el testigo Francisco Medel dijera:

> Pensavan que yban a la muerte e que nunca más avían de volver, pero se esforçaban con ver que el dicho Martín Alonso en persona iba allí.

Y así fue. Si alguien lograba apaciguar los ánimos de los marineros era Martín Alonso, no Colón. A Colón nadie lo conocía y todos desconfiaban de él; en cambio, Pinzón era vecino de casi todos ellos y amigo de muchos. Un buen ejemplo de esa confianza en el armador palermo la encontramos en la declaración de Fernánd Yánez en los mencionados Pleitos colombinos, años más tarde:

> (Martín Alonso dijo a los marinos de Palos) que segund fama avemos de fallar las casas con tejas de oro, e todos verney rricos e de vuena ventura.

Esas promesas de Pinzón evidencian que también él, como Colón, creía que les aguardaban unas tierras ricas. Pero ¿cómo lo supo? Manzano asegura que Colón les había descrito esas tierras a los capitanes, algo que también asegura Hernando:

> (7 de octubre) les había dicho que no esperaba encontrar tierra hasta tanto que no huviesen caminado setecientas cincuenta leguas al occidente de Canarias, en cuyo paraje había dicho que encontraría La Española llamada entonces (por él) Cipango.

Como se ve, Colón sabía muy bien su camino al asegurar que no hallarían tierra hasta que hubieran navegado exactamente setecientas cincuenta leguas. Y podría ser que Hernando y Manzano tuvieran razón al decir que Colón había confiado a sus capitanes los detalles de aquella ruta, pero según la declaración del testigo Fernánd Yáñez citada más arriba, Pinzón hablaba de esas tierras supuestamente llenas de oro antes de partir de la península. ¿Se lo dijo Colón? ¿Fue fray Antonio de Marchena? ¿O fue fruto de los misteriosos documentos que supuestamente que trajo del Vaticano?

Más adelante regresaremos a esas cuestiones, pero antes conviene recordar que Colón pretendió engañar a todos llevando una doble contabilidad de las leguas navegadas, como leemos en la entrada del día 9 de septiembre en el *Diario*. Los datos que comparte con los demás son falsos, mientras que se reserva para él los verdaderos:

> 9 de septiembre. Domingo. Anduvo aquel día 15 leguas, y acordó contar menos de las que andaba, porque si el viaje fuese luengo no se espantase y desmayase la gente.

El *Diario* menciona en varias ocasiones esa falsificación de las cuentas de navegación. Las leguas verdaderamente recorridas eran muy superiores a las que Colón declaraba a sus marineros. Veamos el ejemplo del día 1 de octubre:

> La cuenta menor que el Almirante mostraba a la gente era 584, pero la verdadera que el Almirante

juzgaba y guardaba era 707.

Las mentiras del Almirante evidencian su personalidad, artera y desconfiada, pero también su inseguridad. En efecto, a tenor de lo escrito no parece que tuviera tan claras las cosas como aparentaba o no sabía interpretar las cartas secretas de navegación de las que disponía. Y si las mencionamos es porque el propio *Diario* lo da a entender:

> Martes. 25 de septiembre. Iba hablando el Almirante con Martín Alonso Pinzón (…) sobre una carta que le había enviado tres días había a la carabela, donde según parece tenía pintados el Almirante ciertas islas por aquella mar.

Colón tiene mapas en los que ha pintado «ciertas islas» y Pinzón tiene la oportunidad de leer esa carta, sobre la que volveremos en breve. Pero antes vamos a detenernos en otro incidente misterioso que sucedió el día 15 de septiembre y que ha sido motivo para la especulación sobre su naturaleza. Se trató de un episodio que recuerda lo ya descrito en las páginas del *Diario* mientras navegaban cerca del Teide.

El suceso se relata tanto en el *Diario* como en la *Historia del Almirante*. Hernando Colón escribió:

> Hallándose a casi trescientas leguas a occidente de la isla de El Hierro, por la noche cayó del cielo una maravillosa llama de fuego.

¿Qué era esa llama de fuego que del cielo cayó al mar? En el *Diario* se la denomina «ramo de fuego», pero no se explica su naturaleza.

El paso de los días y esos misterios erosionaron aún más la confianza de los marineros, que empezaron a murmurar contra Colón, especialmente al observar que los vientos no eran propicios y que les retuvieron durante unos días. Hernando Colón aprovecha ese momento de la crónica para presentar a su padre como un profeta bíblico:

> Él sostiene que en aquella ocasión Dios le ayudó como hizo con Moisés cuando sacó a los hebreos de Egipto (…) porque inmediatamente, el domingo siguiente, día 23, se levantó un viento oeste noroeste como sus hombres pedían.

Sorteada la dificultad de los vientos adversos, el día 3 de octubre Colón cree que ha dejado atrás las islas que pretendía localizar:

> Creía el Almirante que le quedaban atrás las Islas que traía pintadas en su carta.

¿Se trata de la misma carta que había mostrado días antes a Pinzón? ¿Tenía que ver con los dibujos y cálculos de Toscanelli y éste se había equivocado, como dice Hernando Colón para disculpar a su padre? ¿O era una carta dibujada por el propio Colón con base en el relato del protonauta, como asegura Juan Manzano? ¿O tal vez se trataba del documento que Colón había robado en Portugal y que podía guardar relación con las informaciones de cosmógrafos judíos a sueldo del Temple?

Sea cual sea la respuesta, lo cierto es que Colón no sabía dónde se encontraba exactamente, pero no podía reconocerlo ante unos hombres que siempre habían desconfiado de él. Hernando trata de convertir la necesidad en virtud de su padre y asegura que pasaron adelante para «no perder la autoridad y el crédito de su viaje andando a tientas de un lugar a otro, buscando aquello que siempre había afirmado saber con mucha certeza».

La realidad era que Colón se encontraba perdido por las aguas de 27º, porque las islas que buscaba estaban al sur, entre los 18º y 20º. Por ello, podemos preguntarnos si es que no sabía leer las cartas de marear que tenía o bien si había enloquecido.

Finalmente, el Almirante se ve obligado a solicitar la ayuda en Martín Alonso, quien le aconseja que varíen el rumbo. Estos hechos tuvieron lugar el día 6 de octubre, con la tripulación totalmente soliviantada:

> Esta noche dijo Martín Alonso que sería bien navegar del oeste, y al Almirante le pareció que no.

Colón no quiere dar su brazo a torcer a pesar de que los murmullos a sus espaldas son cada vez más intensos. Las relaciones con Martín Alonso están más que deterioradas, pero luego se comprobó que quien estaba en lo cierto era Pinzón.

Hernando Colón omite lo ocurrido el día 6 de octubre, cuando Pinzón desafía la autoridad de Colón y le ridiculiza al indicarle cuál es el camino a seguir. En la *Historia del Almirante* hay un vacío en la narración entre el día 4 y el 7 de octubre.

«Se consultaban sobre echarlo al mar»

En las noches del 6 y del 9 de octubre de 1492 el proyecto colombino pudo haber caído por la borda junto con el propio Almirante. Lo ocurrido aquellas noches fue silenciado por Hernando, a pesar de que en su *Historia del Almirante* se deslizan ciertas pistas sobre el estado de ánimo reinante entre la tripulación desde finales del mes de septiembre:

> Así seguían murmurando día tras día, quejándose y conspirando. El Almirante sospechaba de su inconstancia y de las malas intenciones que abrigaban hacia él.

Hernando escribe incluso que su padre se sentía «ya preparado para morir». Y el día 3 de octubre, fecha en la que ningún otro cronista dice que sucediera nada extraordinario, Hernando afirma que «los hombres estuvieron a punto de amotinarse, perseverando en sus murmuraciones y conjuras». Pero, como es costumbre en el hijo del Almirante, entonces irrumpe en el relato el profeta: «Dios vino a socorrerle con nuevas señales».

Lo que sucedió fue que aparecieron en el cielo unas oportunas aves más propias de tierra que de mar y maderas flotando en el agua, lo que hizo que el ánimo de la tripulación mejorase y el optimismo llevara a un tripulante de la *Niña* a gritar «¡tierra!» por equivocación.

Pero Hernando sabía que los sucesos más dramáticos para su padre no tuvieron lugar el día 3 de octubre, sino tres jornadas después, y los silencia. Fue esa noche cuando estalló un motín entre

los marineros de la *Santa María*. Las tripulaciones de la *Pinta* y de la *Niña* se mantuvieron fieles no a Colón, sino a los Pinzón.

Pedro Mártir de Anglería en su *Décadas del Nuevo Mundo* describe perfectamente la evolución del ánimo de los marinos:

> Sus compañeros españoles comenzaron primeramente a murmurar; después a instarle con manifiestos denuedos y a pensar en matar a su guía; finalmente se consultaban sobre echarlo a la mar.

En términos similares se expresa otro cronista de la época, Gonzalo Fernández de Oviedo:

> He llegó la cosa a tanto que le certificaron que si no se tornaba, le farían volver de mal de su grado, o le echarían en la mar.

Si los hermanos Pinzón no lo hubieran protegido, Colón habría sido lanzado por la borda aquella noche. Pero los capitanes palermos lograron aplacar los ánimos y los marineros concedieron la prórroga que Colón les suplicó. Sin embargo, el paso de los días fue una sucesión ininterrumpida de leguas marinas sin atisbo alguno de tierra y, finalmente, los ánimos estallaron. Hernando calla y en el *Diario* tampoco se informa sobre lo sucedido entre esa noche y el día 11 del mismo mes, salvo lo siguiente:

> Aquí la gente ya no lo podía sufrir: quejábanse del largo viaje. Pero el Almirante los esforzó lo mejor que pudo, dándoles buena esperanza de los provechos que podrían haber.

La noche del 9 estalló un nuevo motín tras cumplirse la prórroga que habían concedido a Colón, pero esta vez no se limitó a la nao, sino también a las dos carabelas. En la *Niña* llevaban contabilizadas 860 leguas; en la *Pinta* 844 leguas, pero lo que no sabían es que en las cuentas secretas de Colón se habían superado con creces las 1.000 leguas.

El Almirante no sabía dónde estaba. Desconocía que el archipiélago que en el segundo viaje bautizará como las Once Mil

Vírgenes y que él presentaba como la «Entrada a las Indias» se encontraba más al sur.

Lo que sabemos de aquella noche se lo debemos a Alicia B. Gould, que tuvo la paciencia de recuperar los testimonios que en los Pleitos ofrecieron hombres como Francisco Morales, el cual contó lo que Juan Niño le dijo a propósito de esos hechos.

Ocurrió que la marinería dejó de cuchichear y pasó a la acción. Los tres maestres se reunieron en la *Santa María*. El propósito era claro: o regresaban a Castilla o mataban allí mismo a Colón.

Esto fue lo que Morales declaró al fiscal:

> Se juntaron los tres maestres de tres navíos que traía el dicho primer viage e que se pusieron a requerir al dicho Almirante que bolviese a Castilla.

Pero Colón no se arrugó, según declaró el testigo: «El Almirante les respondió que no curasen de aquello».

Ante esa postura, los nervios se dispararon:

> Los maestres y marineros le dixeron que no se pusyese en aquello que no lo avían de consentir, e que para esto tomaron armas.

Fue entonces cuando Martín Alonso cambió el curso de la historia. Solicitó y obtuvo una reunión en privado con Colón. Desconocemos lo que ambos se dijeron, pero sin duda fue trascendente.

En 1515, el testigo Manuel de Valdovinos declaró al fiscal, según recoge Juan Manzano, que Colón solicitó tras esa reunión una nueva prórroga y puso su cabeza a disposición de los marineros si no encontraba tierra al término de la misma:

> Que tenga yo conmigo este día y esta noche, e si no vos diese tierra antes del día y antes de por la mañana, cortarme la cabeza e bolveros heys sy no vos la diere…

¿Qué ocurrió en aquella reunión entre Martín Alonso y Colón?

Juan Manzano cree que el Almirante reveló a Pinzón su gran secreto: la información que le había facilitado el protonauta.

¿Qué reproches y juramentos se hicieron para que mes y medio después, ya en el viaje de regreso, Colón escribiera en su *Diario* el 21 de noviembre y en referencia a Pizón: «Otras muchas me tiene hecho y dicho»?

Rodrigo de Triana, el hombre que jamás existió

Antes de que se desencadenaran los sucesos que a punto estuvieron de costarle la vida, el Almirante había dispuesto un protocolo de actuación para cuando llegara el momento de avistar la tierra que había prometido. Hernando Colón resume de este modo las directrices que dictó su padre:

> Tenía también ordenado que al salir del sol y al ponerse se juntasen (los tres barcos), porque estos dos tiempos son más propios para que los humores den más lugar a ver más lejos.

Si alguien veía tierra, el barco en el que viajara el afortunado marino debía disparar lombardas e izar banderas; exactamente lo que se hizo a bordo de la *Niña* cuando se creyó erróneamente haber visto las anheladas costas. Pero Colón dispuso algo más:

> … para evitar que cada poco tiempo se suscitaran falsas alegrías gritando: «¡tierra, tierra!», se había establecido que el que dijese que la había visto y ello no resultase cierto en un plazo de tres días se le castigase con la pérdida de la renta, aunque luego la viese de verdad.

La renta a la que se hace mención era un premio otorgado por los reyes que ascendía a 10.000 maravedíes. Por esa cifra, Colón no dudó en perder el honor, como a continuación se verá, por más que su hijo Hernando trate de justificarle de este modo:

> Dos horas antes de media noche, hallándose el Almirante en el castillo de popa, vio una luz en tierra, aunque él advierte que era tal la oscuridad, que no se atrevió a asegurar que fuese tierra.

Añade Hernando que su padre hizo llamar al despensero del rey, Pedro Gutiérrez, para salir de duda y le preguntó si él también veía aquella lejana candela. Desconocemos si es cierto que Gutiérrez, como sostiene Hernando, aseguro ver la misteriosa luz, pero prosigue diciendo que llamaron a Rodrigo Sánchez para tener otra opinión. Sánchez, sin embargo, no vio ninguna luz, lo que Hernando explica asegurando que la candela «desaparecía y reaparecía rápidamente».

En el *Diario* se lee que Cristóbal Colón vio «como una candelilla de cera» y creyó que se trataba de la luz de algún pescador. Pero nadie gritó «¡tierra!».

Dos horas más tarde, estalló la alegría. En la *Pinta,* que era más velera y encabezaba la flota, «un marinero llamado Rodrigo de Triana» vio tierra y gritó su alborozo. En aquel momento no podía imaginar que pasaría a la historia, pero sí creía que sería suya la recompensa real. Sin embargo, Colón se comporta de un modo miserable y se apropia de los 10.000 maravedíes. Hernando no duda en asegurar que su padre había sido el primero en descubrir «por haber visto la luz en medio de la oscuridad, simbolizando la luz espiritual que él había llevado hasta aquellas tinieblas».

Eran las dos de la madrugada del día 12 de octubre de 1492.

El enigmático Colón está cerca de convertirse en Virrey y Almirante de la Mar Océana, pero no duda en robarle la recompensa al marinero. Tiempo después, envió esa suma a Beatriz Enríquez de Arana, la mujer que parió a su segundo hijo.

¿Realmente había visto Colón la sospechosa candelilla?

Samuel E. Morison lo cree del todo imposible, según señala Lucena:

> El Almirante Morison comprobó que a dicha hora la flotilla española estaba a 35 millas de las islas Bahamas, desde donde era totalmente imposible que nadie viese tierra alguna, y menos «candelillas» de indios, ya que no se veía ni un faro que existía en la isla de Watling.

Antes de cerrar este lamentable episodio en el que Colón exhibe sus miserias, conviene aclarar que el marinero que la tradición afirma que se llamaba Rodrigo de Triana jamás existió y que su

nombre era Juan Rodríguez Bermejo.

En efecto, hasta tres testigos declararon en 1515 que el nombre del marinero que avistó tierra en primer lugar se llamaba de ese modo. La paciente Alicia B. Gould encontró sus declaraciones.

El testigo Francisco García Vallejos declaró:

> En esto aquel jueves en la noche aclaró la luna, e un marinero que se dezía Juan Rodríguez Bermejo, vecino de Molinos, de tierra de Sevilla, como la luna aclaró, del dicho navío de Martín Alonso Pinzón vido una cabeza blanca de arena, e alzó los ojos e vido la tierra, e luego arremetió con lombarda e dio un trueno: ¡Tierra, tierra!…

El testigo Manuel de Valdovinos se expresó de igual manera:

> … e que yendo navegando al quarto vido la tierra un Juan Bermejo de Sevilla, e que la primera tierra fue la isla de Guanahani.

Finalmente, Diego Fernández Colmenero, al ser interrogado por el fiscal, también llamó Juan Bermejo al verdadero primer marino que vio la tierra americana en aquella expedición.

Se podrá argumentar que los dos últimos testigos contaron lo que les refirió tiempo después Vicente Yáñez Pinzón, pero el primero de ellos, Francisco García Vallejos, fue testigo presencial de los hechos, dado que formaba parte de la tripulación.

¿Por qué le dio ese nombre Colón en sus escritos? Navarrete, ingenuamente, escribió en 1825 que eso fue así tal vez porque siendo Colón extranjero, como Navarrete pensaba, se equivocó al escribir y en lugar de Rodríguez puso Rodrigo, y siendo el marino de Sevilla le apodó Triana «por creerlo avencindado o haberlo conocido allí». Pero es una explicación tan pueril, que no se sostiene. Antes al contrario, Colón sabía cómo se llamaba aquel marinero y tal vez temió que le pudiera arrebatar la gloria, por ello silenció su verdadero nombre.

Capítulo 11

Los enigmas del descubrimiento

> *«Y entendíamos que nos preguntaban si éramos llegados del cielo»*
>
> *(Diario de a bordo)*

Llegados del cielo

«… hasta el día viernes, que llegaron a una isleta de los Lucayos, que se llamaba en lengua de indios Guanahani…», leemos en el *Diario*.

Al fin, un puñado de marineros capitaneados por Colón pisó la arena de una pequeña isla de las Bahamas a la que Almirante bautizó como San Salvador. Hernando Colón la describe así:

> Una isla de quince leguas de longitud, llana y sin montañas, llena de árboles muy verdes y transparentes aguas y con una gran laguna en medio.

Al igual que Colón y los marineros que lo acompañaron, Martín Alonso, Vicente Yáñez Pinzón y varios hombres armados saltaron a tierra desde las chalupas desplegando grandes banderas con una cruz verde e insignias con las iniciales de los monarcas. Instantes después sucedió algo insólito que leemos en el *Diario:*

> El Almirante llamó a los dos capitanes y a los demás que saltaron a tierra, y a Rodrigo de Escobedo, escribano de toda la armada, y a Rodrigo Sánchez de

> Segovia, y dijo que le diesen por fe y testimonio como él por ante todos tomaba, como de hecho tomó, posesión de la dicha Isla por el Rey y por la Reina sus señores…

Hernando Colón relata lo ocurrido de forma similar, pero ningún cronista se detuvo en describir el modo en que los indios debieron mirar a los recién llegados, a quienes tomaron por dioses llegados del cielo. ¿Por qué creían tal cosa?

El propio Hernando refiere que los indígenas aceptaban las baratijas que los recién llegados les ofrecían no por el valor que tuvieran, que era ninguno, sino porque «dando por seguro que los nuestros eran gente venida del cielo, (…) deseaban ardientemente que les quedase algo como recuerdo».

La creencia de los indios en que acababan de llegar los dioses del cielo llamó también la atención de Colón, que menciona esa idea en varias ocasiones en su *Diario*. Por ejemplo, en la entrada del día 14 de octubre:

> Y entendíamos que nos preguntaban si éramos llegados del cielo.

¿Por qué pensaban eso los nativos? ¿Acaso guardaban el recuerdo de visitas semejantes en algún remoto momento de su historia?

La fiebre del oro

Si Colón creía haber viajado a los ricos imperios de Catay y Cipango, ¿cómo se atrevió a tomar posesión de esas tierras? ¿No imaginaba que semejantes reinos dispondrían de ejércitos bien armados y más numerosos que el puñado de marineros que integraban su expedición?

A tenor de lo que se lee en el *Diario,* el Almirante estaba dispuesto a hacer suya cada una de las islas y tierras que encontrara:

> Mi voluntad era de no pasar por ninguna isla de que

> no tomase posesión, puesto que, tomando una, se puede decir de todas.

Por otra parte, ¿por qué llevó gran cantidad de abalorios y baratijas de vidrio con el propósito de intercambiarlas por oro y especies con los indígenas? ¿Qué le hizo pensar que los súbditos de aquellos imperios no sabrían diferenciar el valor de unas cosas y las otras?

El mismo día 12 de octubre, cuando aún desconocía las costumbres de los nativos, escribió:

> Le di a alguno de ellos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescuezo, y otras muchas cosas de poco valor, con que hubieron mucho placer y quedaron tanto nuestro que era maravilla.

Y más adelante, añade que «nos traían papagayos y hilos de algodón en ovillos y azagayas (…) y nos las trocaban por otras cosas que nos les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles».

Asimismo, el día 22 de octubre, anotó:

> Algunos de ellos traían algunos pedazos de oro colgado al nariz, el cual por buena gana daban por un cascabel de estos de pie de gavilano y por cuentecillas de vidrio.

¿Fue el protonauta quien le dijo a Colón que aquellas gentes se sentirían fascinadas por cascabeles, baratijas y abalorios? En todo caso, insisto, parece extraño que el Almirante supusiera que los habitantes de Catay y Cipango fueran tan ingenuos o ignorantes como para desconocer el valor del oro y el nulo valor de los regalos que los recién llegados ofrecían a cambio. Salvo que supiera con certeza que aquellas tierras no eran Cipango ni Catay.

Pero lo que resulta evidente a tenor de lo que narran las crónicas es que la avaricia de Colón y de sus hombres contrasta con la serenidad del comportamiento de los habitantes de aquellas tierras: «… y yo estaba atento y trabajaba de saber si había oro», escribe el Almirante. Y más adelante: «… que hay mucho oro, y que lo traen

en los brazos en manillas, y a las piernas, y a las orejas, y al nariz y al pescuezo.»

Cegados por su avaricia, los recién llegados parecen no reparar en que tienen ante sí personas y una cultura por completo desconocida y fascinante. Lo único que parece interesarles son los adornos que tenían en la nariz o en las orejas y se burlaban de ellos porque, desconocedores de las armas de los españoles, se hieren accidentalmente:

> Les mostré espadas y las tomaban por el filo, y se cortaban con ignorancia.

Aquella sangre derramada entre chanzas y risas sería el presagio de su futuro inminente. Pero también se produjeron sucesos sorprendentes a propósito de aquella fiebre del oro:

> Y ahí había perros mastines y branchetes, y ahí hallaron uno que había al nariz un pedazo de oro que sería la mitad de un castellano, en el cual vieron letras.

¿Qué clase de letras eran? Si se trataba de pictogramas o escritura jeroglífica, los españoles no las hubieran considerado letras. Pero ¿quiénes las habían escrito y en qué idioma?

Hubiera sido extraordinario haber podido observar el encuentro de aquellos dos mundos. Las descripciones de aquellas gentes y sus tierras que leemos en el *Diario* poseen una intensidad casi poética:

> Aquí son los peces tan disformes de los nuestros, que es maravilla. Hay algunos hechos como gallos, de los más finos colores del mundo, azules, amarillos, colorados y de todos los colores, y otros pintados de mil maneras, y las colores son tan finas, que no hay hombre que no se maraville y no tome gran descanso a verlos; también hay ballenas. Bestias en tierra no vide ninguna de ninguna manera, salvo papagayos y lagartos.

El Almirante se admira al ver la vegetación:

> … viendo tanta verdura en tanto grado como en el mes de mayo en Andalucía, y los árboles todos están tan

disformes de los nuestros como el día de la noche.

Sin embargo, son los nativos los que más sorprenden a Colón. Por el color de su piel, le recuerdan a los habitantes de las Canarias, pero le desconcierta su inocencia: «Todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres». A sus cuerpos y a su belleza («bien hechos», escribe) dedica el Almirante numerosos renglones de su *Diario de a bordo*. Ellos son los legítimos dueños de las tierras que él mismo acaba de conquistar. Pero ¿qué tierras eran realmente aquellas?

El Cipango de Colón

«… y así todos estos días, después que a estas Indias estoy, ha llovido poco o mucho», escribió el Almirante en su *Diario* el día 17 de octubre. Pero ¿creía realmente estar en las Indias? Varios cronistas escribieron que eso dijo Colón, pero lo cierto es que su errática singladura entre las islas del Caribe —a las que fue bautizando de forma cristiana a su paso— ofrece dudas sobre esa convicción. Si Colón creía estar donde dicen los cronistas, ¿cómo osó a tomar posesión de aquellas tierras que ya tenían dueño? ¿Por qué las cambió de nombre como si carecieran de él?

Imperturbable, tras bautizar San Salvador, Colón prosiguió su peculiar cristianización —sin ningún sacerdote a bordo, como ya dijimos—. Y así, le llegó el turno a Santa María de la Concepción (hoy Rum Cay); luego, a la Fernandina (Long Island) y a la Isabela (Crooked Island). Pero el Almirante tenía entre ceja y ceja un objetivo y lo anotó al día siguiente de llegar a Guanahaní:

> … quiero ir a ver si puedo topar a la isla de Cipango.

La búsqueda de Cipango le obsesiona y escribió sobre ese asunto en varias ocasiones. Por ejemplo, el 21 de octubre:

> Y después partir para otra isla grande y mucho, que creo que debe ser Cipango (…) a la cual ellos llaman Colba.

La hipótesis ampliamente aceptada es que Colón creía estar cerca del poderoso reino de Cipango, tierra de la que Marco Polo (1254-1354) había realizado una maravillosa descripción. Asimismo, se asegura que el Almirante pretendía ir después a Catay —China— para hacer llegar las cartas de sus reyes al Gran Kan. Colón escribió así sus propósitos:

> Mas todavía tengo determinado de ir a la tierra firme y a la ciudad de Quisay, y dar las cartas de Vuestras Altezas al Gran Can y pedir respuesta y venir con ella.

Pero sabemos que Colón era un personaje artero y diestro en ocultar sus intenciones e incluso su propia identidad, de modo que es difícil fiarse de su palabra.

> … es la isla de Cipango, de que se cuentan cosas maravillosas; y en las esferas que yo vi y en las pinturas de mapamundis es ella en esta comarca.

De modo que la versión ortodoxa de la historia del Almirante propone que Colón estaba convencido de haber llegado a Cipango —Japón— y después tenía el propósito de ir a Catay —China—. Pero ¿en qué «esferas» y «mapamundis» había visto el Almirante dibujadas aquellas tierras? La respuesta habitual es que se refería a la carta de Toscanelli y a las fuentes literarias que ya mencionamos. Se sabe que Colón adquirió en 1497 a través del mercader de Bristol John Day el *Libro de las maravillas de Marco Polo,* pero nada impide pensar que esa edición, impresa en Amberes en 1485, no hubiera sido leída ya por Colón. Y además, las descripciones de Toscanelli se basaron en esa obra.

Colón, según leemos en el *Diario,* está convencido el día 28 de octubre de estar en Cipango, a la que los lugareños llaman Cuba y él bautiza como Juana. Incluso escribe que debía ser allí, según Marco Polo, donde iba el Gran Kan en busca de oro:

> Y entendía el Almirante que allí venían naos del Gran Can.

Pero no hay unanimidad entre los estudiosos sobre lo que Colón buscaba realmente.

Cristóbal Colón había anunciado que encontraría tierra tras haber navegado 700 o 750 leguas, pero en aquel momento se encontraban a más de 1.000 leguas de las islas Canarias, por tanto, ya debía haber encontrado Cipango.

Por otra parte, siguiendo a Marco Polo, Colón afirmaba que desde la isla que él, supuestamente, cree que es Cipango, «a tierra firme había jornadas de diez días».

El historiador Emiliano Jos señala que Colón había calculado que sus naves habían cubierto una media 36 leguas diarias, siendo cada legua el equivalente a 4 millas; por tanto, creía haber hecho en diez días 1.440 millas, que sería el equivalente a lo afirmado por Marco Polo. Sin embargo, ¿hay realmente esa distancia entre Japón y las costas más orientales de China? Desde luego que no.

Juan Manzano cree resolver el embrollo. Según él, cuando Colón habla de «tierra firme» se refiere en realidad a la que acostumbra a llamar tierra firme «de acá», que sería la misma de la que le habló el protonauta y que hoy se correspondería con Venezuela.

Henry Vignaud, en cambio, sostuvo que Colón no buscaba las Islas Orientales, sino otras tierras nuevas de las que había tenido noticia a través de misteriosas fuentes. Según Vignaud, las apostillas que hizo Colón a libros como el *Imago Mundi* son falsas; se trataría de un añadido posterior a 1492 para hacer coincidir su búsqueda con esas viejas ideas y disimular su conocimiento. Sin embargo, Juan Manzano, que no siempre está de acuerdo con la ortodoxia colombina, en este punto se muestra de acuerdo con ella y rechaza la hipótesis de Vignaud. A su juicio, Colón buscaba las Indias, pero cree advertir una evolución en esa búsqueda.

En efecto, para Manzano Colón pretendía inicialmente localizar el Cipango del que hablaba Toscanelli y que era el mismo del que había escrito Marco Polo: un reino fabuloso, donde las casas y palacios tenían techos de oro y que se encontraba a 375 leguas (1.500 millas) de distancia de Catay. Un territorio donde abundan las perlas, añade Manzano.

Sin embargo, Colón no encuentra sino chozas con techos de palma, por lo que parece extraño que siguiera creyendo que estaba en Cipango.

Pero prosigamos con la tesis de Juan Manzano.

Tras vagabundear por el Caribe, la expedición arribó el día 28 de octubre a la isla que los lugareños llaman Cuba, que ya sabemos que fue bautizada como Juana por Colón, y creyó haber llegado a Catay —China; es decir, un continente y no una isla—. Y esa idea parece confirmarse al enviar Colón una expedición hasta el mismísimo Gran Kan para llevarle las cartas de los Reyes Católicos:

> Determinó el Almirante de llegar a aquel río y enviar un presente al rey de la tierra y enviarle la carta de los reyes (…) y dice que había de trabajar de ir al Gran Can, que pensaba que estaba por allí o a la ciudad de Catay, que es del Gran Can…

Y en efecto, el día 2 de noviembre se envió como mensajeros a Rodrigo de Xerez, vecino de Ayamonte, y al converso Juan Torres, el traductor que sabía «hebraico, caldeo y aun algo arábigo». Mientras tanto, el resto de la armada se esforzaba en encontrar el oro y la especiería que creían abundante en aquella tierra.

Pero, insisto, ¿cómo pretendía Colón hacerse con las riquezas del Gran Kan con un puñado de hombres?

Como era de esperar, la minúscula embajada regresó días después, en la noche del 5 de noviembre, sin haber encontrado la Corte del Gran Kan. Su informe era tan concluyente como descorazonador: no habían visto ciudades ni palacios, sólo nativos que les besaban pies y manos creyendo que habían llegado del cielo. De nuevo aquella idea, a la que el propio Almirante volvió a referirse el día 12 de noviembre:

> «Firmes que nosotros hemos venido del cielo».

Tras escuchar a sus embajadores, Colón optó por ir en busca del oro que, según los indígenas, existía en dos islas no lejanas a Juana a las que llamaban Bohío y Baneque. A la primera, Colón la bautizó después como La Española (Haití). Manzano afirma que el Almirante no creyó que aquella isla fuera Cipango hasta el día 4 de enero, en que sucedió algo ciertamente notable. Así lo escribe este historiador:

> Hasta el 4 de enero, continuó creyendo en la continentalidad de Cuba y que la Española era una isla muy hermosa, pero en ella no se encontraba el Cipango.

Juan Manzano llega a esa conclusión porque La Española estaba a corta distancia de Cuba y como Colón seguía creyendo que Cuba o Juana era Catay, resultaba imposible que Cipango estuviera tan cerca, ya que Marco Polo los distanciaba en 375 leguas o 1.500 millas.

¿Qué sucedió para que Colón cambiase de idea el 4 de enero, según Manzano? Pues el descubrimiento en La Española de un monte al que llamará Monte Christi y del que, según Manzano, le había hablado el protonauta. A partir de ese instante, el Almirante parece tener claro el itinerario a seguir y que aquella isla no era el Cipango de Marco Polo, sino su Cipango, el que le había descrito el protonauta.

Es posible que el profesor Manzano esté en lo cierto, pero en el *Diario* leemos lo siguiente en la entrada del día 14 de noviembre (es decir, casi dos meses antes de ver Monte Christi):

> … y si puerto no hallara fuérale necesario volver atrás a los puertos que dejaba en la isla de Cuba.

Y el 5 de diciembre Las Casas, que debió tener a la vista el diario original, anota:

> Así que porque el tiempo era Nordeste y tomaba del Norte, determinó de dejar a Cuba o Juana, que hasta entonces había tenido por tierra firme por su grandeza.

Esas frases colisionan con la idea de que Colón seguía creyendo que Cuba era tierra firme hasta día 4 de enero. Por otra parte, si Colón veía en La Española su Cipango, no el de Toscanelli y Marco Polo, ¿por qué no podía estar éste más cerca de Catay que el Cipango de aquellos otros autores?

Pero ¿y si Colón estuviera mintiendo como era su costumbre? Si creía que Cuba era Catay, ¿por qué la bautiza como Juana y por qué cree que podía ser virrey de unas tierras donde reinaba el Gran Kan?

Tal vez convenga recordar lo que escribió Marco Polo sobre la isla de Cipango o Ciampagu para ver si coincide con lo que se asegura que Colón había leído. Según el viajero veneciano, esa isla está «al oriente en alta mar, que dista de las costas de Mangi mil cuatrocientas millas», y añade que es soberana, no tiene más dueño que su rey, es rica en oro, pero «el monarca no permite fácilmente que se saque fuera de la isla, por lo que pocos mercaderes van allí y rara vez arriban a sus puertos naves de otras regiones».

Colón hizo 366 apostillas al libro de Marco Polo. En el margen de este fragmento, anotó solamente: «Oro en grandísima abundancia». Y esto es ciertamente curioso, puesto que no subrayó que rara vez llegaban hasta allí mercaderes y que el rey no estaba por la labor de dejar que se llevaran sus riquezas. Por tanto, ¿por qué creía Colón que él sí podría hacerlo? Además, según advierte Marco Polo, para tomar esa isla de Ciampagu «el Gran Kan envió su ejército», y ya sabemos con cuántos hombres cuenta Colón. Marco Polo refiere los combates entre los terribles tártaros, que osaron tomar Ciampagu, y el rey local y cómo éste cercó la ciudad que los otros habían tomado «durante siete meses por un gran ejército», y finalmente obtuvo la victoria.

Colón anota al margen referencias sobre unas milagrosas piedras preciosas y sobre el ardid que usaron los tártaros para sorprender en primera instancia al rey local, pero extrañamente no parece reparar en el formidable ejército del monarca de la isla ni tampoco en la «crueldad de sus hombres», según escribe Marco Polo. Asimismo, el veneciano dejó constancia de algo notable:

> Cuando los habitantes de la isla de Ciampagu apresan a un extranjero, si el cautivo puede lograr su redención por dinero, lo dejan ir a cambio de un rescate; mas si carece de bienes para alcanzar la libertad, lo matan y se lo comen cocido e invitan a semejante banquete a sus parientes y amigos, ya que comen con gran gula aquella carne, afirmando que la carne humana es mejor que ninguna otra.

Si Colón había leído con tanta atención a Marco Polo, ¿cómo pretendía tomar semejante reino con sus escasos hombres?

Pero ¿dónde dice Marco Polo que está Ciampagu?:

> … es una isla al oriente en alta mar, que dista de la costa de Mangi mil cuatrocientas millas.

Y añade que «el mar donde está la isla de Ciampagu es Océano y se llama mar de Cim».

Enrique García Barthe llega a la conclusión de que Ciampagu no puede ser Japón, sino una tierra mucho más lejana. Esta misma fuente recuerda que el profesor japonés Toshio Okuno encontró «pruebas en Japón del paso de una expedición china despachada por el emperador Chin-Shi huang-Ti en el año 220 a. C. en busca de los Inmortales», y estima que esa búsqueda les llevó a América.

Según esta interpretación de lo sucedido, si Ciampagu estuviera situada a 1.500 millas de China, estaría en mitad de la nada oceánica del Pacífico, y se nos dice que «es presumible que M. Polo haya tenido en cuenta la geografía ptolemaica de la época que no pasaba de 180º», pero en realidad se refería a un territorio mucho más lejano, que no sería otro que la propia América.

Otra dificultad para poder identificar Cipango con Japón, propone la misma fuente, es la siguiente afirmación de Marco Polo:

> … sus habitantes, blancos y de linda figura, son idólatras y tienen un rey…

¿Los habitantes de Japón «blancos»?, se interroga este autor. Y concluye que el Ciampagu de Marco Polo no puede ser el objetivo de Colón. Por ello, Barthe asegura que:

> La supuesta equivocación de Colón al decir que había llegado a Cipan-guo no era tal, mas bien no sabía cuan grande era América pero sabía que había llegado a la costa este de las Indias Orientales, y que en la costa oeste se encontraba Chrise, la Catiagara de Ptolomeo y el Cipan-guo de Marco Polo.

¿Son ésas y no Japón las tierras que había visto nuestro Almirante en «esferas» y «mapamundis», como él escribió? ¿Eran las tierras de las que le habló el protonauta o son las que conoció a través de documentos judíos y templarios? La historia oficial no admite semejantes interrogantes.

Lo que sí es innegable es que Colón acostumbraba a enturbiar la verdad. A tenor de lo que podemos leer en las crónicas, en algunos momentos de la travesía parece estar perdido, desorientado e incluso se diría que no sabe leer las cartas marcadas que guarda en la manga (hay un momento en que cree estar en 42º sobre el Ecuador, cuando en realidad se encuentra en 21º N). Pero su propia desorientación demuestra que sabe adónde va y de ahí le viene la incertidumbre.

¿Por qué toma posesión de unas tierras que muy posiblemente tienen un rey feroz y unos guerreros crueles? La respuesta más sencilla es que sabía que allí no hay tales; que aquellas tierras no eran el Cipango de Marco Polo, sino las que llevaba dibujadas en sus enigmáticos mapas. Y era imprescindible tomar posesión de ellas porque, de lo contrario, jamás sería don, ni virrey ni almirante. Para comprenderlo, hay que recordar la Real Provisión de 30 de abril expedida por los Reyes Católicos, según la cual todos esos privilegios le serían dados:

> … después que hayades descubierto e ganado las dichas islas e tierra firme en la dicha mar océano.

La aventura de Martín Alonso

Uno de los episodios más desconcertantes de cuantos tuvieron lugar durante la primera expedición colombina lo protagonizó Martín Alonso Pinzón la noche del 21 de noviembre, cuando abandonó la compañía de los otros dos barcos y se marchó con la *Pinta* «sin obediencia y voluntad del Almirante», según se lee en el *Diario*. Colón explica el comportamiento de Pinzón asegurando que fue «por codizia, diz que pensando que un indio que el Almirante había mandado poner en aquella carabela le había de dar mucho oro» y añade que el palermo «se fue sin esperar, sin causa de mal tiempo, sino porque quiso». Y concluye el Almirante su crítica afirmando a propósito de Martín Alonso lo siguiente: «Otras muchas me tiene hecho he dicho».

Hernando Colón coincide con su padre al juzgar el caso, puesto que asegura que el armador y marino andaluz obró «movido por la codicia (…) sin verse obligado a ello por tiempo o causa alguna».

Sin embargo, más allá de esos juicios, lo insólito es que Martín Alonso dejara en la estacada incluso a su hermano Vicente Yáñez, que capitaneaba la carabela *Niña*. ¿Realmente el sueño del oro lo había cegado hasta el punto de navegar en solitario por lugares de los que no tenía la menor información? ¿O sí la tenía?

Lo cierto es que Martín Alonso desapareció durante cuarenta y cinco días y en ese periodo se produjeron terribles acontecimientos para los conquistadores: la *Santa María* se hundió, como veremos en breve, y un grupo de hombres se vio obligado a permanecer en tierra a la espera de ser rescatados meses después. Sin embargo, resulta sorprendente el comportamiento de Colón cuando el día 6 de enero regresa Martín Alonso. Hernando describe así ese momento:

> Un calafate vio desde la gavia del palo a la carabela *Pinta,* que con viento de popa venía navegando con rumbo oeste.

Sube poco después a la *Niña* Martín Alonso para encontrarse con el Almirante y trata de justificar su comportamiento «inventando razones», según Hernando.

En el *Diario* se nos dice que Alonso dijo «que se había partido de él contra su voluntad, dando razones para ello». Y a continuación se califica como «falsas» las excusas del andaluz, juzgándose que todo se debió a la codicia. Pero el Almirante no le recrimina por ello; en realidad, guarda un silencio tan dócil como incomprensible. ¿Por qué? La razón que se esgrime resulta poco creíble: no quería «dar lugar a las malas obras de Satanás, que deseaba impedir aquel viaje». Y Hernando escribe algo muy parecido: «Para no romper el plan de su empresa».

Tal vez Colón temía que un enfrentamiento con Martín Alonso debilitara su posición ante la tripulación, mucho más afín al palermo que a él, pero ¿acaso no era el Almirante el único que podía conducirlos de regreso a España? ¿O es que los misteriosos documentos vaticanos de Martín Alonso le concedían una posición similar a la del propio Colón?

Juan Manzano cree que el círculo próximo a Martín Alonso, a instancias del andaluz y temiendo la reacción de los reyes al volver

a España, elaboró un cuidadoso plan de embustes para encumbrar al palermo como verdadero artífice del descubrimiento. Pero ¿no parece extraño que hubieran sido capaces de poner de acuerdo a tanta gente?

El encuentro con los nativos blancos

El día 13 de diciembre se produjo un incidente digno de mención. La expedición colombina había llegado a Bohío, a la que bautizaron como La Española (actual Haití), y los recién llegados se vieron sorprendidos por la presencia de unos indios de aspecto sorprendente, según leemos en el *Diario:* «… y que entre los otros vieron dos mujeres mozas tan blancas como podían ser en España».

Tres días después, Colón ve a otros indígenas similares y anota aquel encuentro que tanto le desconcertó:

> Harto blancos, que si vestidos anduviesen y se guardasen del sol y del aire, serían cuasi tan blancos como en España.

¿Quiénes eran aquellos indios de piel blanca?

Como ya dijimos en páginas anteriores, Juan Manzano cree que se trataba de descendientes de los marineros que navegaban junto al protonauta y las indígenas. Bartolomé de las Casas confirma esa teoría en *Historia de las Indias* al escribir:

> … que los indios vecinos de aquella isla tenían reciente memoria de haber llegado a esta isla española otros hombres tan blancos y barbados como nosotros, antes que nosotros no muchos años.

En *Colón y su secreto,* Manzano sostiene que esa referencia temporal («no muchos años») demostraría que las mujeres con las que se relacionaron los compañeros del protonauta tendrían catorce o quince años de edad, de modo que el nacimiento de los indios que Colón encontró se habría producido en 1477 o 1478, cuando, según sus cálculos, los protonautas estuvieron por aquellas latitudes.

Pero ya he señalado que no podemos estar seguros del concepto

del tiempo de los indios y no sabemos a qué equivalía para ellos la expresión «no muchos años». Por otra parte, hay autores que proponen soluciones diferentes y más heterodoxas aún, como por ejemplo Antonio de la Riva. A su juicio, aquellos indios blancos serían descendientes de caballeros templarios que habrían llegado a aquellas islas mucho antes que Colón.

Por último, creo que resulta interesante recordar que el día 16 de diciembre algunos de esos indios blancos se mostraron ante Colón convencidos de que los españoles habían llegado del cielo. Tan firmes estaban en esa idea, que el Almirante escribió:

> Uno de los indios que traía el Almirante habló con él, y le dijo que cómo venían los cristianos del Cielo.

Y añadió:

> Mas ni los indios que el Almirante traía, que eran los intérpretes, creían nada, ni el rey tampoco, sino creían que venían del cielo, y que los reinos de los Reyes de Castilla eran en el cielo y no en este mundo.

El hundimiento de la *Santa María*

En la noche del día 24 de diciembre, la nao *Santa María* se hundió. El episodio está rodeado de misterio, por más que el Almirante trate de eludir su responsabilidad en el *Diario* al escribir que «acordó echarse a dormir porque hacía dos días y una noche que no había dormido».

El historiador Manuel Lucena se interroga sobre los motivos que habían impedido dormir a Colón, dado que no se explican. Pero lo cierto es que el capitán de aquella expedición se fue a dormir y, aprovechando que el mar estaba en calma, confió el timón a un grumete; una decisión tan insólita como arriesgada, especialmente si se tiene en cuenta lo que leemos en el *Diario:*

> … lo que mucho siempre había el Almirante prohibido en todo el viaje, que hobiese viento o que hobiese calma, conviene a saber, que no dejasen gobernar a los

grumetes.

A las doce de la noche, con el mar tan en calma como un plato, los tripulantes de la nao dormían, salvo el desgraciado grumete. La impericia del marinero hizo que no advirtiera que una corriente arrastraba el buque hacia unos bancos. Cuando se dio cuenta, ya era demasiado tarde:

> El mozo, que sintió el gobernalle y oyó el sonido de la mar, dio voces, a las cuales salió el Almirante, y fue tan presto que aún ninguno había sentido que estuviesen encallados.

Por mucho que el *Diario* se esfuerce en limpiar la imagen del Almirante diciendo que fue el primero en despertar y que trató de salvar la nave y a su tripulación, lo cierto es que Colón fue el máximo responsable de lo sucedido, aunque no el único. ¿Dónde estaban el maestre Juan de la Cosa y el piloto Pero Alonso Niño?

Aquel accidente, que en principio no costó ninguna vida, terminaría por arrebatársela a muchos de los marineros. Hay que recordar que Martín Alonso había decidido abandonar a los demás y que no volvieron a ver a la *Pinta* hasta el día 6 de enero, y la *Niña* no tenía capacidad para embarcar a la tripulación de la nao hundida. Por ello, el Almirante ordenó construir una modesta fortaleza para dar cobijo a los náufragos. Y como la *Santa María* se había hundido el día de Navidad, llamaron al fortín Navidad.

Como consecuencia de aquella torpeza, allí quedaron treinta y nueve hombres:

> e sobre aquellos por sus tenientes a Diego de Arana, natural de Córdoba, y a Pedro Gutiérrez, repostero de estrado del Rey, criado del despensero mayor, e a Rodrigo de Escobedo, natural de Segovia.

Lo más desconcertante, y también cruel, fue que Colón no regresó a recogerlos cuando se encontró con la *Pinta* días más tarde. Las dos carabelas hubieran podido acoger a aquellos desgraciados marineros, pero Colón tenía otros planes y otras urgencias.

Al fin, Monte Christi

Si el objetivo de Colón era descubrir una nueva ruta marítima hacia las Indias orientales, ¿por qué no prosiguió su aventura hacia el oeste tras encontrar la primera isla? En lugar de eso, navega de Juana (Cuba) a La Española (Haití-República Dominicana), costeando hacia el este.

Juan Manzano lo explica recordando que el día 4 de enero, tras abandonar a su suerte a un puñado de hombres en el fortín de la Navidad, Colón escribió en el *Diario:*

> Navegó así al Leste camino de un monte muy alto, que quiere parecer isla pero no lo es, porque tiene participación con tierra muy baja, el cual tiene forma de un alfaneque muy hermoso, al cual puso por nombre Monte-Cristi…

Como ya hemos señalado, la visión de ese monte de forma cónica infundió en el Almirante una sorprendente seguridad. Si antes de verlo parecía dudar sobre el lugar en el que se encontraba, todo cambió después, a pesar de que los indígenas le habían advertido que el Cibao del que ellos hablaban y que Colón interpretaba como Cipango no estaba en esa isla. Pero al ver Monte Christi, el Almirante pareció libre de toda inseguridad y leemos en el *Diario:*

> Concluye que Cipango estaba en aquella isla y que hay mucho oro y especiería y almáciga y ruibarbo.

Las Casas explica ese cambio de parecer en su *Historia de las Indias* de este modo:

> … parece que adivinando el día anterior, no sé por qué ocasión, dijo terminantemente que Cipango estaba en aquella isla.

¿Qué ha sucedido para que Cristóbal Colón estuviera de pronto tan seguro? ¿Por qué sostiene que al sur de esa isla se encuentran las minas de oro de Ofir, donde Salomón se aprovisionaba de oro?

En opinión de Juan Manzano, el citado Monte Cristi es la baliza que despeja las dudas de Colón porque se lo había descrito el protonauta. El marino moribundo le habló de aquel monte y, tomándolo como referencia, cree saber dónde se encuentra. Pero para Colón aquel Cipango no era el de Toscanelli. Él creía que Cipango era solamente una región de La Española, lo mismo que Ofir era otra comarca de la isla, no la isla entera.

Es muy posible que Juan Manzano tenga razón, pero eso no excluye la hipótesis de que Colón tuviera cartas de navegar o algún plano que había robado en Portugal, tal vez de origen templario.

Capítulo 12

El increíble tornaviaje

«Nordeste cuarta del Leste»

(Diario de a bordo)

¿Encontró lo que buscaba?

Cristóbal Colón no había encontrado los fabulosos templos y palacios de Cipango; tampoco había entregado al Gran Kan las cartas de los Reyes Católicos, sin embargo, el día 9 de enero escribió en el *Diario* algo sorprendente:

> … dice que esta noche, con el nombre de Nuestro Señor, partirá a su viaje, sin detenerse en cosa alguna, pues *había hallado lo que buscaba*. [El subrayado es nuestro].

¿Ha hallado lo que buscaba? ¿Acaso era Monte Christi? De hecho, toma la decisión de regresar a España poco después de avistar aquel monte cónico.

Juan Manzano no tiene la menor duda: Colón buscaba el monte del que le había hablado el protonauta. Pero entonces también podríamos pensar que autores como Vignaud tienen razón al afirmar que Colón no buscaba las Indias orientales, sino otras tierras.

Desde el mismo instante en que decidió regresar, el siempre desconfiado Colón comenzó a temer que Martín Alonso le arrebatase la gloria de su extraño descubrimiento y así lo leemos en

el *Diario:*

> … porque no quiere más enojo con aquel Martín Alonso hasta que sus Altezas supiesen las nuevas de su viaje y de lo que ha hecho. Y después no sufriré —dice él— hechos de malas personas y de poca virtud, las cuales contra quien les dio aquella honra presumen hacer su voluntad con poco acatamiento.

De manera que Colón decidió regresar porque había encontrado lo que buscaba y por temor a que los hermanos Pinzón le robasen la gloria de semejante hallazgo. Pero ¿no había sido él quien había firmado con los Reyes Católicos las Capitulaciones de Santa Fe por las que se le concedían títulos y privilegios? ¿Por qué iba a temer entonces a Martín Alonso? ¿Acaso iba a mentir el palermo a los monarcas o es que el andaluz tenía algún argumento que exhibir para presentarse ante los reyes como el verdadero descubridor de aquellas tierras?

Viento del Oeste

En el *Diario* leemos que la expedición se encontró el día 6 de enero con la isla de Matininó, habitada únicamente por mujeres:

> También diz que supo el Almirante que allí, hacia Leste, había una isla a donde no había sino solas mujeres…

Aunque Colón no cae en la tentación de explorar la isla, no fueron las habitantes de aquel lugar las únicas asombrosas criaturas femeninas que saldrán a su encuentro, si damos crédito a lo que sucedió tres días más tarde:

> Dijo que vido tres sirenas que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara.

Algunos autores, tras analizar esas frases, aseguran que lo que la expedición colombina encontró fueron focas y no sirenas. Pero lo

cierto es que la aventura parece asemejar cada vez más a Colón con Ulises. El Almirante demostrará su inteligencia, como el héroe griego, para sortear el peligro que suponían los indígenas con quienes se toparon el día 13 de enero:

> Mataran diz que los cristianos muchos de ellos, si el piloto que iba por capitán de ellos no lo estorbara.

Alicia Bache Gould identifica a ese piloto con Vicente Yáñez Pinzón, pero Manzano no se muestra de acuerdo, puesto que recuerda que Vicente Yáñez no era el piloto de la *Niña*, sino su capitán. ¿Se trató entonces del piloto Sancho Ruiz de Gama? Tampoco hay unanimidad al respecto.

Pero lo más sorprendente de todo fue la decisión que muestra el Almirante el día 16 de enero al indicar el rumbo que debían tomar para regresar a España:

> … hubo de dejar el camino que se creía que lleva a la isla, y volvió derecho de España, Nordeste cuarta del Leste.

¿Cómo pudo saber la ruta correcta de regreso si jamás había estado en aquellas latitudes?

Para comprender bien la trascendencia de aquella decisión conviene recordar el temor que suscitaba en los marineros el desconocimiento de aquellos mares y sus dudas sobre si regresarían a casa, algo que leemos en la anotación del 23 de septiembre en el mismo *Diario:*

> Como la mar estuviese mansa y llana, murmuraba la gente diciendo que pues por allí no había mar grande, que nunca ventaría para volver a España.

Hernando Colón recoge también el temor de los marineros a no volver jamás a su hogar tras advertir que «puesto que siempre tenían el viento en popa, nunca lo tendrían próspero en aquellos mares para regresar».

¿Por qué Colón no disipó esos miedos en aquel momento y aguardó casi cuatro meses para revelar la ruta de regreso? Tal vez

la respuesta la encontremos en la impericia que demostró en varias ocasiones a la hora de leer las cartas de navegación que llevaba.

Hay frases en el *Diario* que demuestran con claridad que Colón no navegaba a ciegas, como las que encontramos en el día 21 de enero:

> Hallaba los aires más fríos y pensaba diz que hallarlos más cada día cuanto más llegase al Norte, y también por las noches ser más grandes por la angostura de la esfera.

Esas frases evidencian que Colón sabía perfectamente lo que encontraría a medida que subiera de latitud. Incluso Madariaga admite que «para su viaje de retorno eligió, pues, deliberadamente una latitud mucho más al norte de la que había seguido en su viaje de ida».

Ese viaje de retorno fue apacible durante los primeros días y únicamente se vio alterado por los retrasos que sufría la *Pinta* debido a que su mástil estaba en mal estado. Colón aprovechó esa circunstancia para verter críticas una vez más contra Martín Alonso el día 23 de enero:

> Si el capitán della, que es Martín Alonso Pinzón, tuviera tanto cuidado de procurarse un buen mástil en las Indias, donde tantos y tales había como fue codicioso de se apartar de él, pensando henchir el navío de oro, él lo pusiera por bueno.

La tormenta perfecta

Todo cambió de golpe el jueves 14 de febrero, cuando la expedición creyó que había llegado la hora de su muerte y que ninguno regresaría jamás a España tras desencadenarse una terrible tormenta que amenazó con hundir las dos carabelas.

> Esta noche creció el viento y las olas eran espantables.

La tormenta era tan violenta, que no hubo otro remedio que dejar las naves en manos del viento y las dos carabelas se separaron:

> Aunque toda la noche le hizo faroles el Almirante y el otro respondía, hasta que parece que no pudo más por la fuerza de la tormenta y porque estaba muy fuera del camino del Almirante.

La Pinta desapareció y, con ella, Martín Alonso y los hombres que le acompañaban, algo que desató los nervios de Cristóbal Colón. ¿Qué sucedería si no llegaba jamás a España y sí lo hacía en cambio Martín Alonso?, se preguntaba. ¿Quién se llevaría la gloria del descubrimiento? Pero, por otra parte, ¿qué habían descubierto exactamente?

Temeroso por su suerte, el Almirante «ordenó que se echase un romero que fuese a Santa María de Guadalupe y llevase un cirio de cinco libras de cera y que hiciesen votos todos al que cayese la suerte cumpliese la romería». Y para realizar el sorteo ordenó «traer garbanzos cuantas personas en el navío tenían y señalar uno con un cuchillo, haciendo una cruz y metellos en un bonete bien revueltos».

Y en medio de aquel mar oscuro y bravío, cuando todos temían por su vida, Dios eligió a su profeta para guiar a aquellas almas y el azar hizo que fuera Colón quien sacara el garbanzo marcado:

> El primero que metió la mano fue el Almirante y sacó el garbanzo de la cruz.

Pero las olas no menguaban y el temor a la muerte no se había mitigado con la promesa de una romería, por lo que se decidió realizar un segundo sorteo cuyo ganador tendría como misión, si llegaban con bien a tierra, peregrinar hasta el santuario de Santa María de Loreto. Y realizado el sorteo, le correspondió el honor a Pedro de Villa, marinero del Puerto de Santa María.

¿Se calmó la mar tras el segundo sorteo? En absoluto, y tampoco los nervios de los hombres, que se preguntaron qué más podrían hacer en un estado de indefensión como el que se encontraban. Tal vez por carencia de imaginación o porque apelar a lo sagrado era lo

que les pareció más prudente, se realizó un nuevo sorteo. El ganador, decidieron, velaría toda la noche en Santa Clara de Moguer, incluso pagaría una misa.

Y mientras el mar bramaba y la espuma salpicaba los rostros de los marineros, se efectuó el sorteo, que tuvo de nuevo al Almirante como ganador al extraer el garbanzo marcado.

Pero la tormenta no cesaba.

En mitad de la desesperación, alguien propuso realizar un nuevo voto. Esta vez, se prometieron que:

> En llegando a la primera tierra, ir todos en camisa en procesión a hacer oración a una iglesia que fuese de la invocación de Nuestra Señora.

No deja de ser curioso que Colón aceptara todas aquellas romerías y rezos, si es que era de origen judío. Otros, en cambio, han hecho notar que las romerías siempre tenían por destino un santuario dedicado a Nuestra Señora, adorada por el Temple.

Sin embargo, el Almirante parece darse por vencido:

> Le ponía grandísimo miedo de no lo conseguir, y que cada mosquito diz que le podía perturbar e impedir. Atribúyelo esto a su poca fe y desfallecimiento de confianza de la Providencia divina.

Fue en aquellos momentos de zozobra cuando escribió en el *Diario* de a bordo algo que mencionamos al citar su relación con Beatriz Enríquez de Arana:

> También le daba gran pena dos hijos que tenía en Córdoba al estudio, que los dejaba huérfanos de padre y madre.

Como recordará el lector, Cristóbal tenía dos hijos, pero sólo uno de ellos, Diego, era huérfano de madre. Por tanto, ¿por qué se afirma que dejaba a sus dos hijos huérfanos de madre y padre si Colón no había contraído matrimonio con Beatriz, la mujer que había parido a Hernando?

En medio de tales angustias, Colón tomó una decisión tan

romántica como desesperada:

> Tomó un pergamino y escribió en él todo lo que pudo de todo lo que había hallado, rogando mucho a quien lo hallase que le llevase a los reyes. Este pergamino envolvió en un paño encerado, atado muy bien, y mandó traer un gran barril de madera y púsolo en él sin que ninguna persona supiese qué era, sino que pensaban todos que era alguna devoción, y así lo mandó echar al mar.

Hernando Colón en su *Historia del Almirante* asegura que su padre prometió mil ducados para quien encontrase aquel barril y lo entregara cerrado a los reyes de Castilla y Aragón. Y añade Hernando que:

> Pensando que tal vez aquel barril no llegase a lugar seguro, y que los barcos aún seguían navegando y acercándose a Castilla, hizo otro atado semejante al primero y lo coloqué en lo alto de la popa, para que, si se hundía el barco, quedase el barril flotando al arbitrio del temporal.

Pero el día 15 de febrero el tiempo mejoró y la carabela logró salir de aquel aprieto. Y más tarde un marinero a quien Hernando Colón identifica con Ruiz García, vecino de Santoña (Cantabria), vio tierra.

Pero ¿en qué lugar estaban exactamente? Unos creían que habían ido a parar a Madeira, mientras que otros decían que era la Roca de Sintra. Sin embargo, Colón era de otra opinión:

> El Almirante, por su navegación, se hallaba estar con las islas Azores, y que creía que aquella era una de ellas.

¿Qué significa exactamente «por su navegación»? ¿Se refiere a las cartas de navegar que tan celosamente guardaba? Sea como fuere, Colón acertó, y el día 18 reconocieron sin duda la isla Santa María, una de las que integran el archipiélago de las Azores.

Ante el rey portugués

Colón había mentido a su tripulación durante el viaje de ida e hizo lo mismo apenas puso pie en tierras portuguesas:

> Y diz que fingió haber andando más camino para desatinar a los pilotos y marineros que carteaban (…) por lo cual ninguno puede estar seguro de su derrota para las Indias.

La desconfianza del Almirante se vio justificada casi de inmediato, porque el día 19 de febrero Juan de Castañeda, que ejercía el cargo de capitán de la corona lusa en aquel lugar, pretendió tenderles una trampa.

El portugués ofreció unos presentes a los marineros y más de la mitad de ellos desembarcó con el propósito de cumplir el voto de ir todos en camisa como romeros a un santuario de Nuestra Señora en agradecimiento por haber salvado la vida en la tormenta. Pero Colón, que no había ido con ellos, no tardó en sospechar que algo iba mal.

La ermita a la que los marineros se habían dirigido no se veía desde la carabela, esa circunstancia la había aprovechado Juan de Casteñeda para apresar a los españoles:

> Estando en oración, saltó contra ellos todo el pueblo a caballo y a pie con el capitán y prendiéronlos a todos.

Colón intuyó el peligro y ordenó levar el ancla y navegar hasta un punto desde el cual pudieran ver la ermita. Pero en ese momento advirtieron que se aproximaba una barca repleta de hombres armados que, al llegar a la altura de la carabela, exigieron la rendición de la tripulación. Colón respondió, altivo, que era almirante de la Mar Océana y virrey de las Indias, pero aquellos títulos no impresionaron al luso, que exigió que Colón le mostrase documentos que le avalaban. La crónica asegura que el Almirante «le enseñó de lejos» sus credenciales y recordó al capitán que «los Reyes estaban en mucho amor y amistad con el rey de Portugal».

El capitán Castañeda no pareció muy convencido y obligó a la carabela a poner proa rumbo a la vecina isla de San Jorge, a pesar

de que había mala mar y al Almirante únicamente le quedaban a bordo tres marinos «de los que supiesen de la mar».

Al día siguiente, Colón regresó y recuperó a sus hombres sin mayores complicaciones, pero en el *Diario* leemos algo que nos parece de interés. El Almirante dice anhelar la calma de la mar por la que navegaron en las Indias, muy diferente a la que ahora surcaba, salpicada de olas bravías y temibles, y recuerda que sabios y teólogos decían que «el Paraíso Terrenal está en el fin del Oriente, porque es lugar temperadísimo». Y como en aquellas tierras lejanas hacía buen tiempo, Colón concluye que «aquellas tierras que agora él había descubierto es el fin del Oriente». De modo que parece claro que él jamás pensó que hubiera alcanzado Cipango y Catay, ni tampoco que esos imperios hubieran sido nunca su destino.

Tras recuperar a sus hombres, Colón ordenó dirigirse a Lisboa, algo extraño, habida cuenta de que en su día había huido de Portugal perseguido por la justicia.

Pero ¿por qué Colón fue a parar a Lisboa mientras que Martín Alonso, como veremos, arribó a Galicia? Lucena cree que:

> No es creíble que Pinzón fuera mejor navegante que Colón, lo que obliga a considerar que el Almirante quiso arribar a Lisboa y entrevistarse con Juan II de Portugal.

Y se pregunta el mismo autor si todo ello no fue capricho del propio Colón. Otros, en cambio, han considerado que Colón era un espía al servicio de la corona portuguesa.

Como se ve, la escala de Colón en Lisboa ha sido motivo de toda suerte de especulaciones, porque, aunque es cierto que la carabela estaba muy deteriorada y requería reparaciones urgentes, no lo es menos que no consta que se realizara reparación alguna en ella en los días siguientes. Por tanto, ¿por qué se demoró Colón en la Corte del rey luso? ¿Acaso quería exhibir su triunfo ante quien se había negado a financiar su proyecto años antes? Pero ¿no temía ser apresado siendo un prófugo de la justicia portuguesa?

Curiosamente, poco antes de anunciarse por carta al rey luso, en medio de otra tormenta, la tripulación había acudido de nuevo al socorrido oráculo de los garbanzos para hacer voto de mandar a un romero en camisa a Santa María de la Cinta. ¿Quién sacó el

garbanzo marcado? Naturalmente, el Almirante.

De manera que Colón arribó al fin a Lisboa en medio de la admiración general ornado con el aura de los héroes. Orgulloso, relató al rey lo que consideró esencial de su odisea subrayando que en su aventura no había violado los preceptos de navegación estipulados en los acuerdos firmados entre Castilla y Portugal. Asimismo, desestimó la oferta del monarca de escoltarlo por tierra hasta los límites con Castilla argumentando que, como capitán, no abandonaría su nave. Pero lo más probable fuera que desconfiaba de aquel rey.

Hernando Colón añade que la reina de Portugal, que estaba en el monasterio de Santa María de las Virtudes, en el valle del Paraíso, hizo llamar «con gran insistencia» a Colón, y que él aceptó la invitación y fue agasajado por ella, algo que parece poco justificado.

Finalmente, el 15 de marzo, saboreando su triunfo:

> A hora de medio día, con la marea de montante, entró por la barra de Saltés hasta dentro del puerto de donde había partido a tres de agosto del año pasado.

Unas cartas polémicas

Fue entonces cuando Colón envió a España unas cartas anunciando su Descubrimiento. Esas misivas han provocado una encendida polémica. Y es que, a pesar de que lo más lógico hubiera sido que escribiera únicamente a los Reyes Católicos, o al menos que los monarcas fueran los primeros en tener noticias suyas, no fue así.

Lucena recuerda que el Almirante escribió en Lisboa la famosa *Carta del Descubrimiento,* pero:

> No se la dirigió a los Reyes Católicos, como era lógico esperar, sino a dos altos personajes de la Casa de Aragón, don Luis de Santángel, escribano de ración, y don Gabriel Sánchez, tesorero de ese Reino.

¿Escribió además a los monarcas? Madariaga cree que sí, pero nos dice que esas cartas se han perdido, como tantos otros

documentos relacionados con Colón. Según Madariga, el Almirante había redactado aquella misiva en las Azores:

> En cuanto llegó a las Azores y pudo resguardarse unas horas de la tormenta (…) se puso a escribir a los Reyes Católicos cartas de propaganda personal.

Consuelo Varela asegura que Colón «empleó sus días lisboetas (…) en escribir un buen puñado de cartas», y una de ellas estaba dirigida a los Reyes Católicos. Además, escribió a los dos funcionarios ya mencionados y también al duque de Medinaceli. Pero incluso Varela advierte algo curioso:

> Resulta sorprendente que tan sólo quince días más tarde de aquella arribada, el duque de Medinaceli estuviera en condiciones de escribir una curiosísima carta al gran cardenal de España. En ella, don Luis de la Cerda comunicaba a Pedro González de Mendoza la noticia del Descubrimiento.

¿Cómo era posible que don Luis de la Cerda supiera de las andanzas de Colón antes que los propios reyes? Y, ¿por qué escribe al cardenal dándole cuenta de ello y no directamente a los monarcas?

Alfonso Sanz Núñez entiende que este dato fortalece la tesis alcarreña sobre la identidad de Colón. Recuerda que la primera referencia escrita de la famosa Carta de Colón aparece «en el Libro de Actas Capitulares del Cabildo de la ciudad de Córdoba, en el que consta *con fecha 22 de marzo de 1493* la llegada al Concejo de una carta que envió Cristóbal Colón dando noticias del hallazgo de unas islas» [El subrayado es nuestro].

Sabemos que los Reyes responden a Colón alabando su proeza en carta fechada el 30 de marzo de 1493. Pero, el duque de Medinaceli ha escrito desde Cogolludo al cardenal Mendoza anunciándole el descubrimiento de América el 19 de marzo de 1493, es decir, tres días antes de la fecha en que llega la primera noticia de lo ocurrido a Córdoba, y mucho antes de que Isabel y Fernando supieran de las andanzas de Colón.

¿Por qué el Almirante envió noticias a Cogulludo antes que a

ninguna otra parte?

Como se recordará, Luis de la Cerda, duque de Medinaceli, había sido uno de los grandes apoyos con los que Colón contó para su proyecto y al recibir la carta de Colón, escribió de inmediato al cardenal Pedro González, con fecha «de la mi villa de Cogolludo, a XIX de março (1493)». En la misiva el noble dice dos cosas notables. La primera es la frase en la que recuerda que Colón vivió en su casa:

> … No sé si sabe Vuestra Señoría cómo yo tove en mi casa mucho tiempo a Cristóbal Colomo, que venía de Portogal y se quería ir al Rey de Francia para que emprendiese de ir a buscar las Indias…

Sanz Núñez cree que seguramente Colón pasó parte de ese tiempo en la hacienda del duque en Cogolludo, aunque tradicionalmente se piensa que estuvo en su palacio de andaluz.

Pero el segundo dato que aporta esa carta es aún más misterioso:

> Puede aver ocho meses que partió y agora él es venido de buelta a Lisbona y ha hallado todo lo que buscava y muy complidamente, lo cual luego yo supe…

Por tanto, es evidente que el duque conoció en Cogolludo la noticia de la llegada de Colón a Lisboa antes que los propios reyes, lo que lleva a suponer que el Almirante le había escrito a él primero que a los monarcas, que estaban en Barcelona.

Consuelo Varela opina que:

> Está claro que se trata de una misma carta a la que Colón añadió una postdata desde Lisboa, incluyendo las últimas noticias.

¿La misma carta enviada a cuatro destinatarios: los reyes, el duque de Medinaceli y los dos funcionarios citados? Si fue así, ¿por qué el duque de Medinaceli parece tener la noticia antes que los reyes? Y, ¿por qué debía informar Colón a Luis de Santángel y a Gabriel Sánchez al mismo tiempo que al rey Fernando, a quien servían? ¿Acaso debemos recordar que Santángel y Sánchez eran judíos conversos?

Pero, además, la carta dirigida a Santángel está fechada sorprendentemente en las islas Canarias el día 15 de febrero de 1493. ¿Dónde estaba el Almirante ese día? Desde luego, no en Lisboa, porque sabemos que escribió al rey de Portugal el día 4 de marzo solicitando permiso para atracar en la capital de su reino, y el rey no respondió hasta el día 8 del mismo mes. Por tanto, ¿dónde escribió Colón esa carta?

El día 15 de febrero fue el siguiente al cese de la terrible tormenta que estuvo a punto de hundir la carabela que obligó a Colón a escribir una misteriosa carta que encerró en un barril antes de arrojarlo al mar. ¿Es la carta de Santángel copia de aquélla? Y, ¿por qué Colón la fechó en las Canarias?

Por otra parte, en esa misiva a Santángel se vanagloriaba Colón de lo que había descubierto, pero no mencionaba Cipango. En cuanto a Catay, no añadía más que su confusión inicial al creer que era la isla de Cuba o Juana.

La *Carta del Descubrimiento* se publicó en Barcelona en 1493 y tuvo un enorme éxito. Se hicieron varias copias en latín y en castellano. La noticia, lógicamente, se propagó por toda Europa. Pero ¿qué sucedió en Italia, supuesta patria del Almirante? Consuelo Varela escribe lo siguiente al respecto:

> La primera noticia que se tuvo en Italia fue a través de una carta que, desde Barcelona el 9 de abril de 1493, Aníbal Zennaro escribió a su hermano Jacobo Trotti y que éste, a su vez, remitió a su patrón el duque de Sforza.

¿Por qué Colón no escribió a Génova para dar cuenta de su hazaña? Si era genovés, ¿por qué la ciudad no reconoció al héroe como vecino? En realidad, como reconoce la propia Varela:

> Sabemos que en algunas ciudades españolas se supo la noticia con anterioridad a la llegada de Colón.

La muerte de Martín Alonso

Mientras Cristóbal Colón escribía su polémica carta (o tal vez haya

que hablar de cartas) en Portugal, Martín Alonso había llegado a España a bordo de la *Pinta*. Así da cuenta de ello Bartolomé de las Casas en su *Historia de las Indias:*

> Martín Alonso Pinzón fue a parar con (…) su carabela a Galicia.

Hernando Colón ofrece la misma información, pero Las Casas añade algo más:

> … En breves días murió, no me ocurrió más que dél pudiese decir.

Es tan apresurado el final de la aventura de Martín Alonso y tan escuálidos los datos, que se puede llegar a pensar que tan sucinta información guarda relación con los hechos posteriores que enfrentaron a los descendientes del marino palermo con los intereses de Cristóbal Colón.

Alfonso Philippot es más exhaustivo que Las Casas a la hora de referirse a la suerte que corrió Pinzón. Según este investigador, el palermo avistó Bayona el 1 de marzo de 1493, y una vez rebasada la Punta de la Tenaza, «la carabela se dirigió a la playa de Ribera, donde varó para ser carenada y reparar las graves averías causadas por el temporal».

Por su parte, Juan Manzano descubrió en la documentación de los Pleitos Colombinos que Martín Alonso se encontró en Bayona con su hijo Arias Pérez y con un primo suyo llamado Hernán Pérez Mateos. Ambos acababan de regresar de un viaje a Flandes cuando la *Pinta* llegó a Galicia.

En los Pleitos Colombinos, varios marineros declararon tiempo después haber oído a Martín Alonso asegurar en Bayona que durante la travesía Colón dudó y su ánimo zozobró, y que fue él, Alonso, quien tomó la decisión de pasar adelante cuando llevaban 800 leguas navegadas. Gracias a ello, se avistó tierra y que en La Española «falló grandes muestras de oro y lo rescató».

Esos testimonios sirvieron para cimentar la posterior polémica sobre quién había descubierto en realidad aquel nuevo mundo, como señala Alicia Bache Gould. Para la familia Pinzón, fue Martín Alonso el héroe de aquella aventura. Y de ser cierta esa teoría, tal

vez su éxito se debió a los documentos que, supuestamente, encontró en la Biblioteca Vaticana.

Ahora bien, si fue Martín Alonso el verdadero descubridor, ¿por qué no escribió a los Reyes Católicos dando cuenta de su éxito?

Hernando Colón, hijo y propagandista del Almirante, asegura que el palermo pretendió: «Ir por su cuenta a Barcelona a dar noticia a los Reyes Católicos de lo acontecido», pero los monarcas le hicieron saber «que no debía ir sino con el Almirante, con el que se le había enviado al descubrimiento».

Sin embargo, es probable que Hernando Colón mienta una vez más, puesto que Martín Alonso había llegado a Galicia tan extremadamente enfermo —murió pocos días después— que difícilmente podría haber emprendido viaje a Barcelona. No obstante, sí pudo haber escrito a los monarcas y esta circunstancia ha provocado otra polémica entre los investigadores.

Jerónimo Zurita publicó en 1670 *Historia del rey don Hernando el Católico,* y en sus páginas encontramos una cita que subraya Juan Manzano:

> … le declararon (se refiere al rey) que avía llegado nueva por una carabela de las que fueron con Colón, que aportó a las costas de Galicia, cómo había hallado yslas y tierra (firme) que iba a descubrir…

Por tanto, si Zurita no miente, Martín Alonso sí escribió a los monarcas. Además, sabemos gracias a Alicia Gould que los reyes pagaron a varios mensajeros para divulgar la orden de prohibir que se armasen navíos para llegar a esas tierras y uno de esos heraldos fue a Galicia. Por ello, se puede considerar muy posible la existencia de una carta de Martín Alonso atribuyéndose el descubrimiento. Es más, Juan Manzano añade que Zurita escribió también que al poco de llegar la carta de Pinzón a Barcelona llegó otra de Colón «por la que le hazía saber lo mismo».

Al parecer, uno y otro se jactaron de ser los verdaderos artífices del Descubrimiento, pero Manzano cree que hubo una diferencia entre ambas misivas. En la que supuestamente envía Pinzón se habla de islas y de tierra firme, pero cuando los reyes escriben a Colón el día 3 de marzo de 1493 le nombran definitivamente Almirante de la Mar Océana, «e visorrey y gobernador de las islas

que se han descubierto en las Indias». Es decir, que sólo se habla de islas, no de tierra firme. ¿Por qué? Manzano afirma que en su carta posterior, Colón únicamente habla de islas dado que, tras descubrir su Cipango al identificar Monte Christi, llegó a la conclusión de que no podía ser Juana (Cuba) la tierra firme de Catay, pues estaba muy cerca. En cambio, Pinzón, según la tesis de Manzano, desconocía ese detalle, puesto que Colón ve Monte Christi el día 4 de enero, cuando el palermo se encontraba aún navegando en solitario por las costas caribeñas.

Sin embargo, Martín Alonso pudo haber tenido noticia de ese descubrimiento cuando ambas carabelas se volvieron a encontrar. Además, como apunta Philippot, el supuesto informe enviado a los reyes desde Bayona, como tantos otros documentos colombinos, ha desaparecido, si es que realmente existió.

Pero ¿cuándo y dónde murió Martín Alonso Pinzón?

Rumeu de Armas afirma que «Martín Alonso falleció en Bayona», pero son muchos los investigadores que discrepan. Y es que la aventura descubridora tendría un final absolutamente inesperado y desconcertante: las dos carabelas llegaron a Palos el mismo día.

En efecto, no deja de ser sorprendente que ambas naves, tras haberse separado y echado anclas en dos lugares diferentes, regresen al punto de partida de su aventura el día 15 de marzo de 1493, aunque con horas de diferencia a favor de la *Niña*, en la que viaja Colón. El cronista Fernández de Oviedo relató así el suceso:

> E después cada navío destos tomó su camino por el río de Saltés, e de cómo entraron en un mesmo día; y entró el Almirante por la mañana, e la otra carabela llegó a la tarde.

Las crónicas desmienten a Rumeu de Armas al afirmar que Martín Alonso está aún con vida, aunque gravemente enfermo. Este hecho sorprende a Philippot, puesto que resulta extraño que, si realmente estaba tan enfermo, no hubiera permanecido en Bayona.

Apenas tocan tierra, Martín Alonso toma una decisión insólita: no va a su casa, sino que se hace conducir al monasterio de La Rábida. ¿Por qué? Según Manzano, porque sabía que Colón pretendía apresarlo y conducirlo de ese modo ante los monarcas. En previsión de ello, añade, el marino andaluz se acogió a sagrado para

evitarlo.

Personalmente, dudo que ésa fuera la razón que llevó a Martín Alonso al monasterio de La Rábida. Si estaba tan enfermo como evidenció su propia muerte horas más tarde, difícilmente Colón podría llevarlo a ninguna parte. Creo por ello más probable que hubiera decidido morir en el sagrado recinto.

Pero ¿qué mal aquejaba a Martín Alonso?

El Almirante escribió el día 27 de noviembre en su *Diario de a bordo:*

> Hasta hoy toda mi gente no ha habido persona que le haya mal la cabeza ni estado en cama por dolencia, salvo un viejo de dolor de piedra.

Es decir, que hasta ese momento no parece que hubiera nadie seriamente enfermo. Pero Martín Alonso se había separado de Colón el día 21 de ese mes y durante cuarenta y cinco días navegó en solitario.

En los Pleitos leemos que el palermo murió de andar por aquellas tierras («e de andar por la tierra había cobrado la dolencia de que falleció»). ¿Por qué habría de morir por andar por aquellas tierras tan maravillosas? ¿Acaso murió de celos como llega a insinuar Hernando Colón?:

> … lo que le produjo tanto pesar (se refiere a la supuesta negativa de los Reyes a recibir a Pinzón sin la presencia de Colón) y disgusto que regresó a su patria enfermo y a los pocos días murió de dolor.

Hernando Colón se retrata a sí mismo con semejante afirmación. Pero lo cierto es que «desde a pocos días», según las crónicas, Martín Alonso Pinzón muere.

Alicia Gould y Juan Manzano coinciden en que la causa de la muerte fue la sífilis, al igual que sucedió con los protonautas.

¿Qué día murió exactamente?

Sabemos que arribó el día 15 de marzo, pero desconocemos la fecha exacta de su muerte, a pesar de que hay quien afirma que fue enterrado el día 30 de ese mes.

Tampoco hay unanimidad sobre el lugar donde se encuentra su

sepultura. La opinión más extendida es la que afirma que descansa en la iglesia del monasterio, pero hay quien sostiene que fue llevado a la iglesia de San Jorge, en Palos.

Un espectáculo itinerante

Cristóbal Colón tardó dos semanas en presentarse ante los Reyes Católicos desde su llegada a Palos. Habían pasado dos meses de que puso sus pies en la península. En ese tiempo, había relatado su aventura primero al rey de Portugal y, como ya sabemos, parece ser que escribió antes a nobles y funcionarios aragoneses que a Isabel y Fernando.

Su falta de respeto a los monarcas fue una de sus excentricidades, pero no la única. Manuel Lucena subraya lo inexplicable que resulta la decisión del Almirante de viajar desde Palos a Barcelona, donde se encontraban los reyes en aquel momento, por tierra en lugar de por mar. El barco hubiera sido un medio de transporte más rápido, pero Colón decide iniciar una suerte de gira circense.

Hernando Colón dice que su padre «salió por tierra hacia Sevilla con la intención de continuar desde allí hacia Barcelona», pero lo hizo dibujando una ruta absurda por Córdoba, Murcia, Valencia y Tarragona. Hernando reconoce la demora, aunque trata de minimizarla:

> En el viaje *hubo de detenerse algo, aunque poco,* por la mucha admiración de los pueblos por donde pasaba. [El subrayado es nuestro].

Por mucho que Hernando disculpe a su padre, lo cierto es que Colón llegó a Barcelona en la segunda quincena del mes de abril tras exhibirse al frente de una comitiva que incluía indios emplumados traídos de América y papagayos que asombraban a los españoles que encontraba a su paso. Hernando asegura que las gentes salían a la calle por verle «así como las demás cosas y novedades que llevaba consigo». Mientras tanto, treinta y nueve españoles aguardaban socorro en una tierra desconocida tras el hundimiento de la *Santa María* por negligencia del mismo hombre

que se paseaba como un director de circo por España sin aparentes urgencias.

Pero lo más sorprendente es que los monarcas no reaccionaron como todos hubiéramos esperado cuando al fin el hombre con quien habían firmado las Capitulaciones de Santa Fe comparece ante ellos, salvo que Hernando Colón mienta una vez más al relatar ese episodio, pues afirma que la Corte salió al encuentro de su padre y los reyes le aguardaron sentados en un trono «bajo un baldaquino de brocado de oro». Y en lugar de palabras gruesas y reproches, los monarcas no le dan la mano para que se la bese al considerarle un grande, como si Colón estuviera en lo cierto cuando aseguraba sentirse «igual a las dos coronas».

Durante los días siguientes, Colón permaneció en Barcelona agasajado y consentido, hasta el punto de cabalgar acompañando al rey Fernando, que se encontraba convaleciente tras haber sufrido un atentado que había estado a punto de acabar con su vida. Pero lo más extraño es que no hay ningún documento que recoja nada más de cuanto sucedió durante aquella visita de Colón a Barcelona, a pesar de que tanto Hernando como Fernández de Oviedo y Bartolomé de las Casas la mencionen.

Nito Verdera recoge la opinión del historiador Antonio Rumeu de Armas sobre este nuevo misterio:

> Ni en el magnífico depósito documental del Archivo de la Corona de Aragón (…) ni en el Dietari del antich Consell Barceloní, ni en el Dietari de la Diputació (…) y en otros semejantes aparece la más leve indicación que pueda servir de base para fundamentar, con absoluta verosimilitud, el problema de si Colón fue recibido por primera vez, de regreso de su viaje, en la capital del Principado, y si llegó a morar dentro del recinto de sus muros.

¿Cómo es posible que un hecho histórico tan importante no esté documentado?

Verdera cree que ese silencio oficial fue deliberado y lo relaciona con su teoría de que Colón era judío e ibicenco; es decir, súbdito de la Corona de Aragón, y convenía silenciar la participación de Aragón en esta empresa para que Portugal no

tuviera argumentos para reivindicar los viejos tratados con Castilla que prohibían la expansión atlántica de Aragón.

¿Está en lo cierto Verdera?

Por otra parte, Las Casas escribió lo siguiente a propósito de la Carta de Privilegios que los monarcas otorgaron al parecer a Colón durante su estancia en Barcelona:

> Diéronle así mismo muy hermosas insignias o armas, de las mismas armas reales, castillos, leones y destas con *las que tenía de su linaje antiguo*. [El subrayado es nuestro].

¿A qué linaje antiguo se refiere Las Casas? ¿No era Colón hijo de un lanero genovés?

Ricardo Sanz considera imposible que los monarcas entregaran los emblemas de Castilla y León al hijo de un lanero italiano. Y añade que «la reina le concedió este escudo no por gracia, sino por justicia». Y recuerda que debajo de los cuatro cuarteles en que se divide el escudo (castillo, león, islas y anclas):

> Colón sitúa una banda, la misma banda que vemos en el arcón funerario de doña Aldonza Mendoza, así de claro.

Capítulo 13

Nuevas aventuras

«Por escrito, por palabra y aun por pintura»

(de una carta de los Reyes Católicos a Colón)

1. La segunda aventura (25 de septiembre de 1493 al 10 de marzo de 1496)

El segundo viaje colombino se demoró mucho más de lo esperado, a ello contribuyó la soberbia del Almirante con sus exigencias, el recelo expresado por funcionarios de las dos Coronas a la hora establecer las normas que debían regir aquella empresa y la picaresca que comenzó a tejerse por parte de muchos que veían un modo de enriquecerse con facilidad.

Parecía que los monarcas eran los únicos interesados en que Colón regresase a aquellas tierras lejanas y trajera algo más valioso que papagayos e indígenas esclavizados. De hecho, se conservan varias cartas (por ejemplo las fechadas el 12 de junio y el 25 de julio) en las que instan al arcediano Juan de Fonseca, responsable de armar la flota, a apresurarse en los trámites. Pero los diecisiete navíos que la integraron no partieron del puerto de Cádiz hasta el día 25 de noviembre de 1493. Al parecer, a nadie le preocupaba la suerte que hubieran podido correr los treinta y nueve hombres que Colón había abandonado a su suerte en una isla meses antes.

La expedición iba capitaneada por Colón a bordo de la *Marigalante,* y Madariaga asegura que se pertrechó «con lanzas de Granada, corazas, espingardas y ballestas de Málaga, artillería, pólvora y otras municiones». Es decir, todo lo necesario para llevar

la civilización cristiana. Pero para ser justos hay que decir que, esta vez sí, también viajaban a bordo algunos frailes y muchos colonizadores. Sin embargo, ¿eran suficientes para colonizar los imperios de Cipango y Catay? ¿O damos por aceptado definitivamente que Colón sabía sobradamente que aquellas tierras nada tenían que ver con esos poderosos reinos?

Por otra parte, los reyes se cuidaron de enviar en esta ocasión a hombres de su total confianza para conocer de primera mano cómo eran aquellas tierras. Su principal espía fue Antonio Torres, hermano del ama del príncipe don Juan.

Además, para entonces se había producido un cambio en la política naval internacional. El 4 de mayo de 1493, el papa Alejandro VI había dictado la segunda bula *Inter caetera,* en la que el pontífice se posicionaba claramente a favor de España en la pugna que mantenía con Portugal por el control de aquellas latitudes. La nueva bula fijaba una línea imaginaria situada a cien leguas al oeste de las islas Azores que atravesaba de norte a sur el océano Atlántico, estableciendo que las tierras al oeste de la misma eran de titularidad española.

Los hermanos irrumpen en la escena

En la segunda expedición colombina figuraba Diego, uno de los hermanos del Almirante, a quien Bartolomé de las Casas describe como «persona virtuosa, muy cuerda y pacífica». Y resulta notable su presencia, porque no tenemos noticias suyas por parte de los cronistas de la época. Los historiadores que defienden que Colón era genovés identifican a Diego con Giacomo Colombo, aunque no está claro en qué se basan.

Como ya dijimos en su momento, nada se sabe tampoco del resto de los hermanos que se atribuyen a Christóforo Colombo, con la excepción de Bartolomé. Sabemos por los cronistas de la época que se encontraba en Portugal en 1487, puesto que se asegura que asistió al regreso del marino luso Bartolomé Díaz de su navegación hasta el cabo de Buena Esperanza. Igualmente, se cuenta que en febrero del año siguiente, tras haber sido apresado por unos piratas y lograr posteriormente su libertad, llegó a Inglaterra para recabar el apoyo del monarca inglés al proyecto de su hermano. Pero

alrededor de su figura se teje otro misterio, puesto que se le atribuye una curiosa declaración en los Pleitos Colombinos:

> … e porque el dicho almirante fue el primero que descubrió estas tierras, e Paria, e nunca otro avya venydo hasta entonces, antes el tiempo que el dicho almirante lo solicitava fazían burla del dicho almirante *e deste testigo* diziendo que querían descubrir otro mundo nuevo… [El subrayado es nuestro].

Si eso es cierto, Bartolomé estaba en Castilla cuando su hermano expuso su plan a la Corte y recibió las burlas de los presentes. Pero ¿por qué ningún cronista menciona su presencia?

Salvador de Madariaga cree que Bartolomé no sólo se encontraba en Castilla en aquella época, sino que además era quien dibujaba las cartas de marear que luego su hermano Cristóbal vendía. Y añade Madariaga que Bartolomé marchó a Portugal cuando su hermano conoció a Beatriz Enríquez de Arana. De allí, prosigue el mencionado autor, pasó a Inglaterra y, luego, a Francia.

Madariaga, que atribuye un origen judío a esta escurridiza familia, considera propio de los hebreos la facilidad para moverse en diferentes países y acercarse a los círculos de poder cortesano.

Lo cierto es que, cuando se encontraba en Francia, Bartolomé recibió una carta de Cristóbal en la que le solicitaba que «viniese a servir a vuestra Alteza, porque sería honrado y acrecentado». Pero, según escribe Hernando, cuando su tío Bartolomé llega a España ya ha partido la segunda expedición y se vio obligado a aguardar para poder embarcar en una nave que lo llevara hasta La Española.

Más misterios

El día 3 de noviembre, los expedicionarios avistaron una pequeña isla a la que el Almirante bautizó como La Deseada, según el cronista Fernández de Oviedo. Hernando Colón y Las Casas, en cambio, mencionan la isla Dominica porque llegaron a ella un domingo. En los días siguientes tuvieron lugar sucesos singulares.

Bartolomé de las Casas señala que, mientras los exploradores inspeccionaban la isla de Santa María de Guadalupe:

> Hallaron en las casas un madero de navío, que llaman los marineros quedaste: de que todos se maravillaron, y no supieron imaginar como hobiese allí venido.

¿Cómo es posible que encontrase en las Antillas un codaste? ¿Quién lo había llevado hasta allí? ¿Acaso procedía de la *Santa María* o del poblado de la Navidad, donde el cacique Caonaboa y sus hombres habían dado muerte a los españoles que Colón había abandonado meses antes?

El día 14 de noviembre se produjo un segundo hallazgo singular. Hernando Colón reconoce que aquel día «lo que causó mayor asombro fue el encontrar una olla de hierro».

Si los indígenas desconocían el hierro, ¿cómo podía haber una olla de ese material en aquellas tierras?

Hernando Colón debió extrañarse igualmente y trató de explicar de este modo el enigma:

> Como las piedras y las rocas volcánicas de aquellas tierras son tan brillantes como el hierro, el que la encontró, poco razonablemente, la consideró de ese metal sin serlo.

Pero Hernando obvia el detalle de que la olla de hierro fue vista por más de un marinero y resulta difícil creer que todos ellos se confundieran a propósito del material con que estaba hecha. Tal vez por ello propone una segunda posible solución al especular con que quizá fueron los caribes quienes habían robado la olla a los colonizadores de La Española.

Un codaste y una olla de hierro invitan a pensar en los protonautas o, tal vez, en viajeros que hubieran llegado a aquellas tierras aún antes, a tenor de las palabras de un tal Cuneo, testigo de este segundo viaje colombino, que aparecen en la *Raccolta* y que recoge el profesor Juan Manzano:

> Estuvimos en el templo de los caníbales y vimos dos estatuas de madera parecidas a la Piedad.

¿Qué significa «parecidas a la Piedad»? ¿Cómo podía haber una representación de la virgen en el Caribe?

Y mientras todos estos asombrosos sucesos tenían lugar, el Almirante impartía órdenes con tanta seguridad, que en nada recordaba al titubeante Colón del primer viaje, aunque haya estudiosos que subrayen que Cristóbal creyó que Cuba —o Juana— era tierra firme (algo que entra en contradicción con lo que se lee en el *Diario del primer viaje* en la entrada correspondiente al día 14 noviembre:

> … y si puerto no hallara fuérale necesario volver atrás a los puertos que dejaba en la isla de Cuba).

A pesar de esas objeciones sin fundamento, lo cierto es que Colón parecía saber muy bien dónde se encontraba. Una buena prueba de ello es la carta que el médico Álvarez Chanca, miembro de aquella expedición, remitió al Cabildo secular de Sevilla y en la que afirma:

> Vinimos tan derechos como si por camino sabido e seguido viniéramos.

Lamentablemente, los expedicionarios llegaron demasiado tarde a la Navidad. Los españoles que Colón había dejado atrás de un modo tan egoísta habían sido asesinados, pero desconocemos si el Almirante se sintió arrepentido de sus hechos. En cambio, sabemos que ordenó construir el que sería el primer poblado español de verdad en aquellas tierras y le puso por nombre Isabela tras sofocar una conjura que varios hombres tejían a sus espaldas con el propósito de dedicarse a encontrar oro y no a construir ciudades.

Más tarde, el Almirante impulsó la construcción del fuerte de Santo Tomás tierra adentro. Y precisamente durante aquellos trabajos se produjo un nuevo incidente del que da noticia Hernando Colón:

> Mientras cortaban una roca para abrir las zanjas, al llegar a dos brazas bajo la piedra encontraron nidos de heno y paja, y en lugar de huevos tres o cuatro piedras redondas del tamaño de una naranja grande que parecían hechas a propósito para la artillería, lo que los llenó de asombro.

Sin duda, debió ser una sorpresa mayúscula encontrar lo que Bartolomé de las Casas denomina «pelotas de lombarda», porque no se alcanza a imaginar cómo es que los indígenas tenían munición de artillería. Y es que, aunque ya en el siglo XIV se utilizaba la artillería en combates de guerra y los árabes conocían bien sus ventajas, nadie podía sospechar que aquellos indígenas poseyeran armas semejantes. Pero si no eran de los caribeños, ¿quiénes las habían llevado hasta allí? ¿Tal vez los mismos que usaron ollas de hierro o poseían barcos con codaste?

La respuesta a esas preguntas tal vez la encontremos en los sucesos que tuvieron lugar el día 3 de junio de 1494 en la costa meridional de Cuba. Los cronistas Bernáldez, Gómara, Anglería o el propio Hernando Colón lo mencionan, pero, como señala Juan Manzano, ninguno de ellos consigue explicar tamaño misterio.

Bernáldez, el cura de la localidad de Los Palacios y que tuvo mucho trato con Colón, lo narra de este modo:

> Acaesció allí que, estando forneciendo los navíos de leña e agua, salió un vallestero de las carabelas a caça por la tierra con su ballesta, e alexando un poco se halló con obra de treinta indios, e el uno dellos era *vestido de una túnica blanca fasta los pies*… [El subrayado es nuestro].

¿Una túnica blanca? ¿Tal vez un monje? Eso mismo pensó el ballestero, según escribe Bernáldez:

> … e se halló tan súpito sobre ellos que pensó, por aquel vestido, que era algund fraile de la Trenidad que iva allí en la conpaña, e después vinieron a él otros dos con túnicas blancas, que les llegaban abaxo de las rodillas, los cuales eran tan *blancos como onbres de Castilla* en color… [El subrayado es nuestro].

El ballestero, asustado, huyó en dirección al barco dando gritos mientras uno de aquellos hombres de blanco lo perseguía «llamándole», según el cronista.

Cuando Colon supo lo ocurrido, envió a un grupo de exploradores, «más no hallaron a nenguno, e creyeron que aquel de

la túnica complida sería el cacique dellos», añade Bernáldez.

Pedro Mártir de Anglería menciona también el caso («un hombre revestido de una túnica blanca», escribe), al igual que Las Casas («con una túnica blanca vestido y que hasta los pies le cubría»).

Días más tarde, según Bernáldez, volvieron a tener noticia de aquellos extraños indios:

> (los indios dijeron) que la gente de aquellas montañas tenían un rey de grande estado (…) que le llamaban Santo e que traía túnica blanca que le arrastraba por el suelo.

Por su parte, Hernando Colón refiere lo ocurrido de este modo:

> (el ballestero) relató que había visto vestido a uno con una túnica blanca larga que le llegaba hasta las rodillas, llevado por otros dos, siendo los tres blancos como nosotros.

Y añade que un indígena de avanzada edad le contó al Almirante que en una zona del occidente de Cuba:

> El cacique de aquella región vestía como un sacerdote.

¿Quiénes eran aquellos hombres vestidos con túnicas blancas?

¿El viaje que nunca existió?

El historiador Juan Manzano asegura que durante la segunda aventura descubridora, Cristóbal Colón viajó a América del Sur en compañía de Américo Vespucio. Esta teoría contradice la narración habitual de lo sucedido en los diferentes viajes colombinos y, de ser cierta, demostraría que Américo Vespucio estuvo bajo las órdenes de Colón durante la primera expedición a la tierra firme —la que el Almirante denominaba de acá—; es decir, que no llegó por su cuenta a aquellas tierras que finalmente serían conocidas con su nombre.

Habitualmente, se asegura que Colón viajó a las costas orientales

de América del Sur durante su tercer viaje, pero Manzano afirma la existencia de una carta del cronista Pedro Mártir de Anglería fechada el 5 de octubre de 1496 y dirigida al cardenal Bernardino de Carvajal en la que se da cuenta del descubrimiento del golfo de Paria por Colón en 1494 y no en 1498, como siempre se ha creído. Dicha carta contendría, además, otras informaciones que el propio Colón transmitió al cronista.

Manzano recuerda también que en los Pleitos el piloto Hernán Pérez Mateos, que fue testigo directo de este viaje, declaró al fiscal Villalobos en alusión a las islas de Paria supuestamente avistadas durante aquella expedición lo siguiente:

> … y en el dicho segundo viaje el dicho don Cristóbal Colón, con su industria, descubrió las islas en la pregunta contenidas y este testigo las ayudó a descubrir como su piloto.

El fiscal Villalobos siempre trató de restar méritos a Colón para atribuírselos a Pinzón, pero resulta que un testigo de la fiscalía llamado Rodrigo de Bastida le contradijo al afirmar que:

> … Pero Alonso Nyño fue en compañía del Almirante don Cristóbal Colón al tiempo que descubrió la Paria y la Margarita.

Juan Manzano recuerda que siempre se había creído que Pero Alonso Niño había ido con el Almirante en su tercer viaje, pero Alicia Bache Gould demostró que no fue así. Alonso Niño formó parte de la primera expedición y también de la segunda. Por tanto, únicamente podría haber acompañado a Colón en su singladura por la costa de América del Sur cuando ya estaba en La Española y Manzano propone que esa expedición tuvo lugar a finales del año 1494.

El motivo de aquella improvisada exploración, según la teoría de Manzano, fue una carta que los Reyes Católicos enviaron desde España en noviembre de aquel año por mano de Antonio Torres en la que informaban al virrey Colón de la decisión del traslado del meridiano de Alejandro VI 270 leguas más occidente, tomando como referencia Cabo Verde. La noticia provocó desazón: era

preciso averiguar cuanto antes qué tierras había en esos límites. En la misiva, los monarcas instaron a Colón a recabar aquella información sin pérdida de tiempo.

Ahora bien, ¿es cierto que Américo Vespucio formó parte de la tripulación que llevó a cabo ese viaje ignorado? En su obra *Colón descubrió América del Sur en 1494,* Manzano ofrece argumentos para responder afirmativamente a esa pregunta y sostiene que Américo no descubrió nada antes que lo hiciera Colón.

Pero ¿qué sabemos del hombre cuyo nombre serviría para bautizar a un continente?

A propósito de Américo Vespucio

Américo Vespucio o Amerigo Vespucci vivió entre 1454 y 1512. Había nacido en Florencia en una familia que, al parecer, mantenía relaciones con los Médicis, lo que le permitió entrar en contacto con humanistas de su época. Tras una estancia en París, en 1492 llegó a Sevilla con misiones comerciales y se puso bajo el manto de Juanoto Berardi, con quien Colón tenía tratos empresariales. Consuelo Varela cree que conoció a Colón en Santa Fe, cuando el Almirante regresó de su primer viaje y que colaboró en los preparativos de la segunda armada. Pero no será hasta años más tarde, según las tesis ortodoxas, cuando realice varios viajes a América, a tenor del contenido de varias cartas que él mismo redactó.

Los biógrafos de Vespucio dicen que realizó más viajes al continente americano a comienzos del siglo XVI, pero bajo bandera portuguesa. Asimismo, le atribuyen el descubrimiento de que aquellas tierras eran continente y no isla.

Vespucio resumió algunas de sus aventuras en una carta enviada a Lorenzo di Pier Franceso de Médici, que fue editada en París en 1502, y especialmente en una Lettera que remitió en 1504 a Piero Soderini. Manzano indica que en la Lettera, versión a su juicio alterada de los sucesos ocurridos durante el que debió ser el primer viaje a América de Vespucio, se dice que ese viaje tuvo lugar en 1497, pero Manzano afirma que «en ese año, nos consta que no salió de España ninguna expedición oficial, y la de Américo lo era».

Además, en esa carta atribuida a Vespucio se dice que fue en aquel viaje «para ayudar a descubrir», lo que significa que no era él quien capitaneaba la expedición.

América y no Colombia

¿Por qué América y no Colombia?

Al parecer, tras la publicación de las cartas de Vespucio, la noticia del llamado Descubrimiento se propagó por Europa y en un lugar alejado de los escenarios que conocemos, se resolvió bautizar las tierras de ese modo. Aquel lugar fue la abadía de Saint-Dié, en Lorena (Francia).

Verdera asegura que en Saint-Dié existía un misterioso círculo de eruditos geógrafos y cosmógrafos denominado Gymnase Vosgien cuya creación se debía al duque de Lorena, Renato II, nieto de aquel Renato de Anjou bajo cuyas órdenes, según algunos autores, había navegado Cristóbal Colón en su juventud.

Entre los miembros de aquella extraña sociedad había varios judíos y su líder era el astrónomo y cosmógrafo Gauthier o Vautrin Lud. Otros integrantes fueron Mathias Ringman y Martín Waldseemüller, autor en 1507 del primer mapa universal en el que aparece el continente americano. Al parecer, el original estaba integrado por doce planchas o cuarterones de 45,5 × 62 centímetros cada uno, y los continentes representados son bastante exactos. Pero lo curioso es que sobre las tierras que hoy forman Argentina, su autor escribió el nombre de América.

Para dibujar aquel mapa, Waldseemüller se basó en la *Cosmografía,* en los relatos de Marco Polo y en las ya citadas cartas de Américo Vespucio, además de en el globo dibujado en 1492 por Martín Behaim (curiosamente, también judío y que, al igual que Colón, vivió en Portugal. Como Colón, también contrajo matrimonio allí, y es muy posible que ambos se conocieran). Pero Verdera cree que Waldseemüller «tuvo que utilizar otras fuentes de información que nos son completamente desconocidas». Y sospecha que la casa de Anjou:

> Tenía mapas antiguos elaborados no se sabe cuándo ni por quién, pero que fueron puestos a disposición de

> Cristóbal Colón, primero, y después pasarían a manos de los sabios de Saint-Dié para levantar el mapamundi de 1507.

De ser cierta esta hipótesis, todo cuanto hemos visto en páginas precedentes cobra sentido: Colón era conocedor de algo que le llevó a buscar información complementaria en Portugal, donde el Temple y los cartógrafos judíos al servicio de la Orden, como Jehudá Cresques, fueron el germen de la Escuela de Navegación de Sagres. Es posible que la chispa que movió a Colón fuera lo que conoció en la casa de Anjou.

De manera que fue esa logia de geógrafos quien bautizó como América a aquellas tierras sabiendo con certeza que se trataba de un continente y no de una isla. Pero lo extraño fue que Colón jamás reprochase nada a Américo por haberle usurpado aquellos honores y esto es algo que la propia Consuelo Varela reconoce:

> Sorprende a primera vista que nunca hiciera Colón la más mínima crítica al florentino.

Incluso en una carta remitida en 1505 a su hijo Diego, el Almirante decía de Vespucio que «es mucho hombre de bien».

Resulta verdaderamente insólito que alguien capaz de robarle un premio a un humilde marinero que había avistado tierra antes que él no reaccionara ante el hecho de que el continente que descubrió llevara el nombre de alguien que nada había hecho para merecerlo. Y aunque es cierto que cuando apareció el mapa de Waldseemüller, Colón ya había muerto, nos queda la duda de si hubiera protestado o no al ver escrito el nombre de América sobre las tierras argentinas. ¿O es que tenía algo que ocultar que quizá la casa de Anjou podría reprocharle?

¿Fue la historia injusta con Colón? Tal vez, pero no más que lo habría sido si él se llevara la gloria que le correspondía al protonauta u otros navegantes que le precedieron.

Las minas del rey Salomón

El cronista Fernández de Oviedo relata la aventura que vivió en La

Española un aragonés llamado Miguel Díaz que formó parte de la segunda expedición colombina. Todo sucedió tras una discusión con otro marinero que terminó en pelea durante la cual Díaz apuñaló a su contrincante y, temiendo ser juzgado con severidad, huyó hacia el interior de la isla en compañía de media docena de marineros.

El relato prosigue asegurando que el aragonés entabló amistad poco después con un grupo de nativos y mantuvo relaciones con una cacica a la que «se llamó después Catalina», escribió Oviedo. Y precisamente fue la joven india la que le reveló la existencia de unas minas de oro en cierto lugar. Díaz creyó que aquella información podría valerle el perdón de Colón y regresó junto a los demás españoles para contárselo al Almirante.

Asegura Oviedo que por entonces se encontraba en la isla Bartolomé Colón, pero sabemos que el hermano del Almirante se incorporó a los expedicionarios el 24 de junio de 1494, momento en el que Cristóbal navegaba entre Jamaica y Cuba.

Cuando el Almirante regresó y tuvo noticia del relato de Miguel Díaz, creyó que aquellas minas eran las del rey Salomón. Una vez más, parecía que sus creencias bíblicas se confundían con la realidad, pero él no tuvo duda alguna de que se trataba de la región de Ofir y ordenó dirigirse hacia aquel lugar.

En Reyes 1 (9, 26-28) podemos leer lo siguiente a propósito de la relación de Salomón con aquellos territorios:

> Construyó también Salomón naves en Asiongaber, que está junto a Elat, en la costa del mar Rojo, en la tierra de Edom; y mandó a Irma para nuestras construcciones a sus siervos, diestros marineros, con los siervos de Salomón y fueron hasta Ofir, y trajeron de allí oro, cuatrocientos veinte talentos, que llevaron al rey Salomón.

Y en los siguientes capítulos (10, 11 y ss.) se insiste en las riquezas de aquel lugar al asegurar que:

> Las flotas de Hiram, que traían el oro de Ofir, trajeron también de Ofir gran cantidad de madera de sándalo y piedras preciosas.

¿Por qué Colón identificó aquella región antillana con las minas de Salomón?

No lo sabemos con certeza, pero su convicción se fortaleció apenas pudo ver una montaña que creyó que era Sophora. Y aunque es verdad que el cardenal Pierre d'Ailly escribió en su *Imago Mundi* sobre el mítico monte Sophora («Sophora igitur mons est seu promontorium Indie orientales, ad quem Salomón classem transmisit, mon minus triennio inmorante…»), eso no explica por qué el Almirante llegó a una conclusión tan peregrina. Sin embargo, resulta evidente que le sucedió en ese momento lo mismo que cuando durante la primera expedición vio Monte Christi. De pronto, pareció tener una revelación y dio instrucciones como si conociera de memoria aquella región. ¿Tal vez porque el protonauta le había hablado de aquel monte?

Es en ese momento cuando, según declaró posteriormente un marinero apellidado Cuneo, Colón anunció:

> Señores míos: os quiero llevar al lugar de donde salió uno de los tres Magos que vinieron a adorar a Cristo; el cual se llamaba Saba.

El caso es que los hechos posteriores parecían fortalecer la alocada convicción de Colón, puesto que supieron los españoles que los lugareños llamaban Sobo a aquella zona, y don Cristóbal aseguró que se trataba de una deformación de la lengua local para designar Saba.

Su teoría pareció confirmarse cuando, al llegar a la zona aurífera, descubrieron que alguien antes que ellos había explotado aquellas minas, ya que las crónicas aseguran que encontraron «fosos profundos». Y puesto que los nativos carecían de herramientas para esos trabajos y costumbre en tales oficios, es obligado preguntarse quién los había realizado.

2. La tercera aventura (30 de mayo 1498-25 de noviembre de 1500)

El 30 de mayo de 1498 partieron seis naves del puerto de Sanlúcar de Barrameda. Tres de ellas fueron a La Española y otras tres,

capitaneadas por Colón, pusieron proa hacia el sur. Aquella decisión fue el primero de los hechos notables de aquel tercer viaje, puesto que Colón alcanzó el continente con asombrosa seguridad. Por ello, Samuel Eliot Morison cree que el Almirante «poseía ese conocimiento misterioso, en parte intuitivo y en parte basado en experiencias y observaciones acumuladas». ¿Intuitivo? ¿Experiencias y observaciones de quién?

Juan Manzano explica el acierto del Almirante asegurando que se debió a la información que le proporcionó el protonauta y que ahora podía interpretar con mayor claridad tras descubrir algunos de los hitos geográficos que hemos mencionado. Además, eso reforzaría la teoría que ya expusimos según la cual Colón ya había llegado al continente durante su segundo viaje.

Esas hipótesis, no obstante, no son aceptadas por la ortodoxia. Pero sí existe mayor consenso a la hora de creer las palabras de Colón cuando escribió que aquella tierra era una isla («isla de Paria», escribió) y no un continente, aunque posteriormente rectificó sobre esa cuestión.

Pero si Manzano está en lo cierto y Colón ya había llegado al continente en su segundo viaje, ¿por qué lo silenció? Bartolomé de las Casas estaba convencido de que fue en esta tercera aventura cuando «vino ya en cognoscimiento que tierra tan grande no era isla, sino tierra firme».

El descubirmiento de Brasil

En páginas anteriores recordamos que el 4 de mayo de 1493 el papa Borgia, Alejandro VI, en connivencia con el rey Fernando según la teoría de Nito Verdera, estableció los límites de navegación por el Atlántico a los cuales tendrían derecho España y Portugal. El pontífice favoreció claramente a España en su decisión al considerar españolas todas las tierras situadas al poniente de un meridiano ficticio que él mismo situó a 100 leguas al oeste de las Azores. En cambio, quedaban para Portugal las tierras que pudiera haber al este de ese meridiano.

Sin embargo, el día 7 de junio de 1494 se firmó en la localidad vallisoletana de Tordesillas, y a instancias del rey Portugués Juan II, un tratado en cuya elaboración medió el papa. El luso había logrado

variar los límites previamente fijados por el pontífice y logró que el meridiano imaginario se desplazara 270 leguas al oeste. Por tanto, a partir de la firma del Tratado de Tordesillas corresponderían a España las tierras que estuvieran 370 leguas al oeste de esa línea.

¿Cuál fue el motivo por el cual Juan II quiso tener derecho de posesión sobre una mayor extensión del océano Atlántico dado que en ese momento nadie sabía que hubiera tierra alguna en aquellas latitudes?

Durante una visita a la Casa de los Tratados de Tordesillas, donde se firmó el documento que comentamos, pensé que tal vez Portugal tenía noticia de la existencia de tierras en aquellas latitudes y engañó a los reyes españoles. Gracias a eso, Portugal se hizo después con el control del actual Brasil. Pero ¿cuándo pudo haber descubierto Portugal que existían aquellas tierras? En opinión de Juan Manzano, desde el verano de 1493, poco después de que Colón regresara del primer viaje. Según él, fue entonces cuando Portugal envió una expedición clandestina que arribó a aquellas tierras y pudo regresar sin ser sorprendida por nadie, algo singular dado que Colón, que había falseado las cuentas de navegación, no confió a nadie su secreto.

Algunos historiadores lusos afirman que Brasil fue descubierto por navegantes de su país mucho antes de que Colón emprendiera su aventura y presentan como prueba una carta de Esteban Frois que Manzano reproduce. Se trata de una misiva dirigida a quien era rey de Portugal el 30 de junio de 1514, Manuel I. En ella se lee:

> Vuestra Alteza possuía estas terras ha vinta anos e mais…

¿Realmente poseía Portugal esas tierras desde hacía veinte años y más? ¿Cuánto más?

Si eso fuera cierto, el rey de Portugal hubiera pleiteado ante España no únicamente por la porción de territorio que le correspondió en el Tratado de Tordesillas. Por otra parte, en ese caso, la corona de Portugal no hubiese rechazado el proyecto descubridor de Colón cuando se lo presentó, porque tendrían la seguridad de que había tierras al otro lado del Atlántico.

Por tanto, es posible que Portugal supiera de la existencia de aquellas tierras, pero debió tener noticia de ellas tras el primer viaje

colombino. Ahora bien, ¿quién viajó hasta allí para verificarlo? Tal vez nadie, porque no era necesario. El rey portugués lo sabía porque poseía un mapa que hablaba de aquellas tierras, algo que Colón pudo confirmarle tras hacer escala en Lisboa a su regreso del primer viaje.

El Paraíso Terrenal

En agosto de 1498, Cristóbal Colón creyó haber llegado al Jardín del Edén ante la belleza del paisaje que se ofreció ante él. Pero la hermosura del entorno no fue la mayor de las sorpresas.

Para empezar, los españoles encontraron a «gentes vestidas», según afirma Las Casas, que son aún más blancas que las que habían visto en los viajes anteriores. Los misteriosos nativos tratan en vano de comunicarse con los españoles y muestran su pesar por no lograrlo. Y, curiosamente, esto sucede precisamente cuando Colón había decidido no llevar intérpretes, sin que sepamos el motivo de ese cambio de criterio respecto a lo que había dispuesto en las primeras expediciones. ¿Acaso temía, como especula Manzano, que los extraños nativos blancos revelaran cosas que únicamente él sabía?

De manera que, por tercera vez, aparecen en los viajes colombinos gentes vestidas de blanco y cuya tez era tan clara como la de cualquier castellano, según Las Casas:

> Muchos (eran) tan blancos como nosotros y mejores cabellos y bien cortados y de muy buena conversación.

Hernando Colón se expresa en términos similares:

> Era la gente de piel más blanca y de mejor aspecto que habían visto en las Indias, con el pelo cortado a media oreja como se usa en Castilla.

¿Tantos descendientes pudieron tener los protonautas de los que habla Juan Manzano?

«Quel Almirante avía cumplido lo que prometió»

Como ya hemos dicho, se ha defendido que Colón creía haber llegado a tierras asiáticas, e incluso que confundió Paria con tierra firme. Las Casas parece estar de acuerdo al escribir que:

> (Colón) llegó a la Trinidad y tierra firme, que creyó ser el cabo de Oriente, por respecto del lugar donde estaba, donde acababa la tierra toda y las islas…

Esa convicción se debe a que los cosmógrafos de la época creían que entre Europa o África y Asia había un mar enorme y terrible, poblado por monstruos mitológicos. Pero el Almirante envió noticias suyas a los monarcas por mano de un correo apellidado Cañizares, que viajó en uno de los cinco barcos que llegaron a Cádiz el 10 de diciembre de 1498. Cañizares se dirigió a Ocaña, donde se encontraban los monarcas, para poder entregar en mano esa información, y el encuentro tuvo por testigos a Diego y Hernando, los hijos de Colón. Diego tenía veinte años de edad y su hermanastro, diez. En aquella época ejercían como pajes de la Corte.

Tras leer las cartas, la reina aseguró «quel Almirante avía cumplido lo que prometió», según se recogió posteriormente en los Pleitos. Pero si Colón no había llegado a Cipango y Catay, ni se había entrevistado con el Gran Kan, ¿qué promesa había cumplido?

A pesar de sus cambios de parecer y sus despistes temporales, Colón sabía bien cuál era su destino. Una buena prueba la encontramos en lo que escribió durante el tercer viaje en su *Diario:*

> Yo siempre leí que el mundo, tierra y agua, era esférico, y las autoridades y experiencias que Ptolomeo y todos los otros escribieron de este sitio daban y mostraban para ello (…) y hallé que no era redondo en la forma en que escriben; salvo que es de la forma de una pera que sea toda muy redonda, salvo allí donde tiene el pezón, que allí tiene más alto, o como quien tiene una pelota muy redonda, y en lugar de ella fuese como una teta de mujer allí puesta, y que esta parte de este pezón sea la más alta y más próxima al cielo y sea debajo la línea equinoccial y en esta Mar Océana el fin del Oriente…

En efecto, el hemisferio oriental, que Ptolomeo desconocía, desmentía la idea de que la tierra fuera perfectamente esférica y Colón parece saberlo con seguridad. Los dos hemisferios no son simétricos, pero eso es algo que se supo mucho tiempo después.

A propósito de este asunto, Verdera reproduce las afirmaciones de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales:

> Los primeros resultados en el estudio de la forma de la Tierra fueron logrados a partir de las observaciones del Vanguard I, que dieron como valor del aplanamiento alfa = 1/298,3 en lugar del valor 1/297 adoptado hasta entonces (…) confirmándose lo que Cristóbal Colón había intuido, que la Tierra debía tener forma de pera.

En definitiva, Colón se anticipó quinientos años a los satélites, por lo que resulta difícil creer que confundiera América con los imperios de Cipango y Catay.

Un preso llamado Cristóbal Colón

Durante este tercer viaje, Colón exploró las costas de América del Sur y después regresó a La Española. Apenas puso pie en tierra, según recuerda su hijo Hernando, supo que «todas las familias de la isla se hallaban envueltas en gran tumulto y sedición».

Hernando culpa de aquella revuelta a un tal Francisco Roldán, natural de Torredonjimeno, y lo describe como un hombre malvado. Sin embargo, no dedica una sola línea a denunciar los desmanes que su propio padre y los hermanos de éste, Bartolomé y Diego, habían llevado a cabo en aquellas tierras.

Por ejemplo, el Almirante se había tomado la licencia de nombrar Adelantado a su hermano Bartolomé, algo que únicamente podían hacer los monarcas, e Isabel y Fernando jamás se lo perdonaron.

Los colonizadores humillaron a los nativos, tomaron a sus mujeres y robaron todo el oro que pudieron. Y aunque Hernando asegure que las informaciones que los reyes recibieron eran calumnias remitidas por los amotinados contra el que llamaban

burlonamente Almirante de los mosquitos, Isabel y Fernando enviaron a un juez para emitir un informe preciso antes de que la sedición acabara en guerra civil.

Francisco de Bobadilla, el hombre elegido por las dos Coronas, llegó a Santo Domingo a finales del mes de agosto de 1500.

«Os rogamos, por tanto, que le prestéis fe y creencia y que obedezcáis», decían Isabel y Fernando a Colón en la Real Célula que el juez exhibió ante el Almirante y Virrey. Y, según Hernando, «sin más tardanza ni información jurídica, a principios de octubre de 1500 lo metió preso en un barco junto a su hermano Diego». Y, poco después, Bartolomé también fue apresado y se envió a ambos a España.

Ante los monarcas, el Almirante suplicó clemencia y le fue otorgada. Hernando Colón asegura que, tal vez herido en su orgullo, su padre prometió que conservaría «aquellos grillos como reliquia y memoria del premio dado a sus muchos servicios (…) y quiso que fueran enterrados con él». Y al parecer, cumplió esa promesa.

Sin embargo, antes de ser apresados, Colón escribió unas cartas a los monarcas en las que, según el cronista Pedro Mártir de Anglería, fueron escritas:

> En caracteres desconocidos en las que cuida y aconseja a su hermano el Adelantado, que estaba ausente, que venga con sus fuerzas armadas a defenderle contra todo ataque…

¿Qué «caracteres desconocidos» eran los empleados por Colón? Según Madariaga:

> Es muy poco probable que se hubiese constituido una cifra para uso personal. Más natural parece suponer que conociesen por tradición familiar alguna forma cursiva del alfabeto hebreo.

Pero, aunque la letra fuera cursiva, parece extraño que nadie identificara aquellas palabras como hebreas. ¿Utilizó, tal vez, un criptograma cabalístico?

3. La cuarta aventura (11 de mayo de 1502-7 de noviembre de 1504)

Madariaga ve en el empleo de los enigmáticos caracteres con los que Colón escribió esas cartas una prueba más del origen hebreo del Almirante y refuerza su hipótesis recordando que antes de partir para su cuarto y último viaje a América, Colón «se puso a recoger todos los textos en que los profetas habían presagiado la liberación de Jerusalén y, precisamente, por España».

¿Por qué querría Colón recuperar el Templo de Salomón y reconquistar Jerusalén? ¿Con qué apoyos creía contar para semejante empresa?

No podemos responder con seguridad al primer interrogante, pero la respuesta al segundo sería la fe que Colón demostró tener en los textos de los profetas bíblicos y el mejor ejemplo es la frase que incluyó en una carta remitida a los monarcas españoles y contenida en el misterioso *Libro de las profecías,* escrito por el propio Colón con la ayuda del también turbio fray Gaspar Gorricio. La frase dice así:

> Ya dije que para la esecución de la impresa de las Indias no me aprovechó razón ni matemática ni mapamundos: llanamente se cumplió lo que dijo Isaías.

Y el cronista Navarrete recogió otra frase esclarecedora del Almirante a propósito de sus creencias:

> Digo que el Espíritu Santo obra en cristianos, judíos, moros y otros de toda seta y no solamente a los sabios, mas en los inorantes.

Fruto de su interés por los profetas bíblicos, Colón redactó el citado Libro de las profecías en el que recogió una serie de frases bíblicas que, a su juicio, anticipaban el descubrimiento de las tierras que él mismo había conquistado. Y entre todos los profetas cuyos textos estudió, demostró tener especial predilección por Isaías, debido a frases tan ambiguas como las siguientes: «Asimismo acontecerá en aquel tiempo, que Jehová tornará a poner otra vez su mano para poseer las reliquias de su pueblo que fueron dejadas de

Asur y de Egipto… y de las tierras de la mar», o «a ti vendrán gentes de los extremos de la tierra…»

¿Por qué Colón creía que Isaías se anticipaba su Descubrimiento?

Desconocemos la respuesta. Y tampoco podemos saber el motivo por el cual llegó a la conclusión de que el mundo se destruirá con la llegada del séptimo milenio.

En efecto, según sus cálculos, en 1501, momento en que realiza estas cábalas, el mundo tenía 6.485 años, de modo que únicamente le separaban del fin del mundo 515 años. Pero antes, se debían cumplir todas y cada una de las profecías del Antiguo Testamento.

La última travesía

Los monarcas habían despojado a Colón de todos sus cargos políticos y en su lugar nombraron como gobernador de La Española a Nicolás de Ovando. Hernando Colón afirma que ni su padre ni su tío Bartolomé tenían intención de regresar a aquellas tierras: «El Almirante estaba decidido a no meterse más en las cosas de las Indias». Sin embargo, los reyes les piden un último viaje. ¿Por qué?

Juan Manzano cree que la decisión de los monarcas tuvo que ver con la partida desde Lisboa de una expedición capitaneada por Vasco de Gama en 1497 y cuyo objetivo era llegar a la India Oriental por la ruta africana. Y lo logró, pues arribó a Calicut. Por esa razón, dice Manzano, los Reyes Católicos temieron que Portugal llegara antes que ellos a las islas de las especierías.

Hernando Colón escribió que por aquellas fechas su padre había cumplido ya todo lo prometido:

> … la principal cosa que él había prometido antes de descubrir las Indias la había cumplido ya…

Pero eso no es cierto, puesto que el Almirante no había llegado a ver al Gran Kan ni tampoco los impresionantes palacios de oro y las demás maravillas que había cacareado, salvo que admitamos definitivamente que nunca había pretendido ir a aquellos imperios, sino a unas tierras que él sabía que existían en las latitudes por las que navegó.

Manzano cree que Isabel y Fernando enviaron a Colón en una nueva expedición para tratar de adelantarse a Portugal y que el Almirante partió desde el puerto de Cádiz el 11 de mayo de 1502 con el propósito de encontrar un paso hacia aquellas anheladas islas. Le acompañaba por vez primera su hijo Hernando, que tenía trece años de edad.

Aquella expedición los condujo hasta las actuales costas de Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá. A causa de unas tormentas perdió dos naves y, más tarde, otras dos. Después, unas violentas fiebres y un inoportuno ataque de gota lo retuvieron en Jamaica durante casi un año. Además, debió hacer frente a insubordinaciones y hubo de solicitar socorro a España.

Pero también durante este viaje el Almirante demostró ser un hombre sin escrúpulos, capaz de aprovecharse de la ignorancia de los indígenas, que desconocían que se produciría un eclipse lunar. Colón no dudó en amenazarlos al profetizar que su dios provocaría graves males en la Luna si los indios no le traían las provisiones que solicitase. Y los nativos terminaron por suplicar al Almirante que intercediera ante su dios al observar por la noche el misterio lunar anunciado.

Pero hay otro rasgo de su carácter que me parece oportuno destacar: Colón cree que el dios de Israel le habla y así lo recogió en su *Diario:*

> Cansado, me adormecí gimiendo. Una voz muy piadosa oí, diciendo: «¡Oh, estulto y tardo en creer y a servir a tu Dios, Dios de todos! ¿Qué hizo Él más por Moisés o por David, su siervo? Desde que naciste, siempre tuvo Él en ti muy grande cargo».

Y añade otra frase aún más sorprendente:

> ¿Qué hizo Él más al tu pueblo de Israel cuando le sacó de Egipto, ni por David, que de pastor hizo rey en Judea?

Finalmente, el dios de Israel le dice:

> No temas, confía: todas estas tribulaciones están

escritas en piedra de mármol y no sin causa.

Esta frase se grabó tiempo después en el monumento funerario que se construyó en Santo Domingo en memoria del Almirante.

Aquella aventura se resolvió gracias a un par de canoas que unos indios les prestaron, según relata Hernando. Con ellas pudieron llegar a La Española para pedir ayuda y, casi un año después de su naufragio, un carabelón llegó en misión de rescate.

Colón y los suyos llegaron a Sanlúcar de Barrameda el 7 de noviembre de 1504 sin haber descubierto el paso a las islas de la especiería ni el oro de las minas de Veragua.

Capítulo 14

Las tumbas del Almirante

«In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum»

(últimas palabras de Cristóbal Colón, según su hijo Hernando)

«Desposeído y despojado»

La historiadora Consuelo Varela define a Colón como «un hombre derrotado» tras el regreso de su cuarto viaje. Y habría que añadir, enfermo.

En efecto, padecía de gota y su cuerpo estaba más gastado de lo que tal vez él mismo suponía. A ello se sumaba el desánimo y una reputación erosionada tras haber perdido en aquella última aventura los cuatro barcos que capitaneaba.

Pero todo puede empeorar y eso le sucedió al Almirante tras la muerte de la reina Isabel en Medina del Campo el 26 de noviembre de 1504. Un hombre avispado como él sabría que la muerte de la soberana iba a dificultar sus pretensiones de convertir en hereditarios los privilegios que le habían sido concedidos en las Capitulaciones de Santa Fe. No obstante, solicitó audiencia al rey Fernando con la mediación de fray Diego de Deza para proponer que sus títulos y prebendas fueran heredados por su primogénito, Diego. Incluso escribió al papa Julio II, a la banca de San Jorge y a varios nobles solicitando que respaldasen sus demandas, pero no hubo más respuesta que el silencio.

A finales del año 1504, el rey Fernando tenía otras preocupaciones. El monarca aguardaba la inminente llegada a

España de su hija Juana y de su esposo, el archiduque Felipe. Las súplicas de Colón, que ultimaba los preparativos para viajar desde Sevilla hasta la Corte, no le quitaban el sueño.

Ajeno a la indiferencia del monarca, Colón solicitó, y le fue concedido, el derecho a usar unas andas, puesto que la gota le impedía realizar de otro modo un viaje tan largo. Sin embargo, poco antes de partir un frío inoportuno lo retuvo en Sevilla, según él mismo escribió:

> Porque este mi mal es tan malo y el frío tan conforme a me lo favorecer, que non pudía errar de quedar en alguna venta.

Por ese motivo, el que habría de ser su último viaje se demoró hasta comienzos de 1505. Su destino era la Corte del rey Fernando, que en aquella época carecía de residencia estable. Unas veces, el monarca se asentaba en Salamanca; otras, en Segovia o en Valladolid… El Almirante emprendió al fin viaje acompañado de su hermano Bartolomé y logró que el monarca le concediera audiencia. El encuentro fue cordial, según los cronistas. El aragonés se mostró afable y sonriente, pero la negociación se pospuso para otra ocasión.

Fue en esos días cuando Colón redactó el testamento que, como otros documentos suyos, desapareció. Se desconoce quién pudo robarlo o destruirlo.

Colón persiguió al rey por Castilla hasta que al llegar a Valladolid enfermó de gravedad. Postrado, el marino debió advertir la sombra de la muerte en el pardo horizonte castellano, tan diferente del azul del mar. Y consciente de que se encontraba a las puertas del final hizo llamar a Pedro de Hinojedo, un notario al que dictó sus últimas voluntades. Al parecer, modificó el testamento de agosto de 1505 y el mayorazgo de 1502, pero no tenemos copia de los documentos, pues desaparecieron.

El Almirante invistió a su hijo Diego con «todos sus bienes y oficios de juro y heredad» y al fin recordó a la mujer que parió a su segundo hijo, Beatriz Enríquez de Arana. En sus últimos momentos, Colón encargó a su hijo que nada le faltase a la cordobesa, «y esto se haga por mi descargo de la conciencia, porque esto pesa mucho para mi ánima», mandó escribir.

Precisamente es su segundo hijo, Hernando, quien recogió las últimas palabras del Almirante antes de expirar: «In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum». Pero ¿a qué Señor invocó Colón?

El enigmático marino falleció el 20 de mayo de 1506 en Valladolid y su memoria se conserva en la Casa Museo, sita en la calle Colón de esa ciudad. Se trata de una casona cuya construcción se inspiró en el palacio virreinal que Diego Colón tenía en Santo Domingo: un edificio de tres plantas, de estilo gótico-isabelino, con un jardín en el que se puede admirar un monumento a la *Santa María* y una lápida con el supuesto busto de Colón con una leyenda que reza así: «Aquí murió Colón».

Recorrí la planta baja, donde se intenta reconstruir lo que se cree saber de la vida del Almirante; la primera planta, dedicada al primer viaje; la segunda, donde se resume lo ocurrido en los tres viajes siguientes, y la tercera, en la que se exponen las consecuencias del mestizaje posterior al Descubrimiento, se expone el testamento de Colón y podemos escuchar la imaginaria voz de Bartolomé de Las Casas recreando las hazañas de un hombre a quien todo el mundo conoce y del que no conocemos nada.

El último acertijo: la tumba del Almirante

La leyenda afirma que la muerte de Colón tuvo lugar en el número 2 de la calle Ancha de la Magdalena, en Valladolid. Las exequias se celebraron en la iglesia de Santa María la Antigua y sus restos se enterraron en el convento de San Francisco en la misma ciudad.

Pero en realidad, todo acababa de comenzar.

El convento franciscano, situado en las inmediaciones de la Plaza Mayor vallisoletana, desapareció. Y los huesos de Colón, también.

El enigma de la tumba de Colón interesó incluso al presidente del Consejo de Ministros español Antonio Cánovas del Castillo cuando el 10 de septiembre de 1877 apareció en la nave del Evangelio de la catedral de Santo Domingo una urna de plomo que, decían, contenía los restos del Almirante. Asombrado, Cánovas encargó un informe al respecto a la Real Academia de la Historia y

lo firmó Manuel Colmeiro Penido. Entre otras cosas, este erudito mencionaba que el Almirante había sido enterrado en Valladolid, pero reconocía que «faltan documentos que lo acrediten (…) pero sobran historiadores que lo aseveren».

La leyenda añadía el detalle romántico de que Colón fue enterrado con hábitos franciscanos, pero no hay prueba documental que permita corroborarlo. Ni tampoco se conoce si fue enterrado en el suelo o qué tipo de féretro lo abrigó.

Sí se sabe, en cambio, que el miércoles día 11 de abril de 1509 un hombre que respondía al nombre de Juan Antonio Colombo, mayordomo del primogénito del Almirante, llamó a la puerta del monasterio de La Cartuja de Sevilla. Llevaba con él una urna y, tras presentarse ante los monjes, afirmó que contenía «el cuerpo del Almirante don Cristóbal Colón».

El prior del monasterio de Santa María de las Cuevas de Sevilla había ordenado en 1507 que se construyera fuera de la iglesia del monasterio, aunque aneja al mismo, una nueva capilla dedicada a Santa Ana. Baltasar Cuartero, tras consultar el Protocolo del monasterio y otros documentos, no pudo descubrir el motivo que impulsó al prior a acometer aquella obra, por lo que se ha especulado con que tal vez la capilla fue construida precisamente para acoger tiempo después los restos del Almirante. Y aunque no hay ningún documento que lo pruebe, sabemos que la familia Colón había tenido en aquel monasterio a uno de sus más fieles aliados, fray Gorricio, con quien el Almirante había escrito el *Libro de las profecías*.

Como ya dijimos, Fray Gorricio había sido el custodio del dinero y de muchos documentos de la familia Colón. Además, se sabe que antes de emprender viaje en busca del rey Fernando, Colón hizo guardar en una urna de hierro sus títulos y papeles de las Indias y cedió el cofre a los monjes de La Cartuja. ¿Acaso expresó también en algún documento su voluntad de ser enterrado en el monasterio?

Pero la trama se enreda aún más, según reconoce Consuelo Varela, porque «ni conocemos cuándo fue efectuada la exhumación del cadáver del convento de San Francisco de Valladolid, ni quiénes fueron las personas encargadas de traer el cuerpo a Sevilla».

A pesar de ello, parece que sí fueron enterrados sus restos en ese lugar, a tenor de lo que se lee en un fragmento del Protocolo del

monasterio que reproduce Cuartero:

> … A los 20 de mayo de este año falleció en Valladolid el Heroyco y esclarecido Don Cristóbal Colón, y fueron sus huesos trasladados a este Monasterio (…) en la capilla de Santa Ana…

Y se añade:

> Este Cauallero fue aquel celebre Almirante de la Mar y progenitor de la Casa de Veragua, para cuyo elogio baste el mote del sepulcro donde yace en la Isla y Ciudad de Santo Domingo, dice así: A Castilla y a León nuevo Mundo dio Colón. En la misma capilla se depositó su hijo Diego…

Pero si Colón fue enterrado en la capilla de Santa Ana del monasterio de La Cartuja de Sevilla, ¿por qué se dijo que yacía en Santo Domingo?

Antes de intentar responder a esa cuestión, debemos mencionar dos datos que parecen probar que Colón fue enterrado en Sevilla. El primero es una cédula que Carlos V extendió en Valladolid el día 2 de junio de 1537 autorizando el supuesto enterramiento en Santo Domingo:

> … que el Almirante don Cristóval Colón (…) murió en estos nuestros reinos, y se mandó depositar en el monasterio de las Cuevas, extramuros de la ciudad de Sevilla, donde al presente está…

El segundo dato, mencionado también por Baltasar Cuartero, es este fragmento del testamento del primogénito del Almirante, Diego Colón, redactado justamente en La Cartuja el 16 de marzo de 1509:

> Item mando, que hasta que yo a mis albaceas o herederos tengamos disposición y facultad para lo que pertenece a la sepultura perpetua del Almirante, mi señor padre, que Dios haya, que de la dicha limosna del diezmo sean dados a los santos padres del Monasterio de las Cuevas de Sevilla, a donde yo mandé depositar el

dicho cuerpo el año de quinientos nueve.

Un pasajero muerto

El primogénito de Colón, Diego, falleció el 26 de febrero de 1526. En aquel momento, el Almirante permanecía enterrado en Sevilla, según se desprende de la cláusula 20 del testamento de Diego:

> … es sy acaeciera mi fallecimiento en Sevilla, mando que mi cuerpo sea depositado en el monasterio de las Cuevas, con el cuerpo del Almirante, mi señor, questa allí.

Y así ocurrió. Diego fue enterrado en la capilla de Santa Ana a comienzos de marzo de 1526. En el mismo lugar reposaban los restos de su tío Diego desde el miércoles 21 de febrero de 1515. Por tanto, había tres miembros de la familia Colón enterrados en la misma capilla: el Almirante, su hermano Diego y el primogénito, también llamado Diego. Pero, al parecer, los restos de dos de ellos fueron llevados a Santo Domingo.

Se dice que la viuda de Diego Colón, nuera de don Cristóbal, solicitó a la Corona en 1536 la posibilidad de trasladar los restos de su marido y de su suegro a Santo Domingo para enterrarlos allí, y que tal petición fue atendida. Incluso hay pruebas documentales que parecen confirmarlo.

En el Protocolo del monasterio, aunque equivocan el nombre del hermano del Almirante, Diego, por el de su otro hermano, Bartolomé, se dan razones para creer que ese traslado tuvo lugar:

> … y en este año de 1536 se entregaron los de (se refiere a los restos) D. Christóval y D. Diego su Hijo para trasladarlos a la isla de Santo Domingo en Indias, quedando solo en dicha Capilla el de D. Bartolomé, su Hermano, hasta hoy…

Otra prueba de ese viaje la ofrece indirectamente en su testamento el otro hijo del Almirante, Hernando, que falleció el 12 de julio de 1539 y fue enterrado en la catedral de Sevilla, donde

permanecen sus restos. En su testamento solicitó ser enterrado en Sevilla por estas razones:

> Lo cual yo elijo por la mucha devoción que mis señores padre y hermano, Almirantes que fueron de las Indias, e yo siempre tuvimos a aquella casa, e porque sus cuerpos han estado mucho tiempo allí depositados.

Dice Hernando que los cuerpos de su padre y hermano «han estado», dando a entender que ya no lo estaban.

Y, por último, encontramos una prueba más del traslado de Cristóbal y Diego en el testamento de la viuda del segundo, María de Toledo, que había sido redactado en Santo Domingo el 27 de septiembre de 1548. En ese documento pide ser enterrada en esa ciudad «donde están sepultados los almirantes, mis señores: no en la misma sepultura del almirante don Diego Colón, sino debajo de él, en el suelo de la capilla».

Estos documentos parecen demostrar que, en efecto, se trasladaron los restos del padre y del hijo hasta Santo Domingo. Bartolomé de las Casas también lo asegura:

> Llevaron su cuerpo (el de Cristóbal Colón) o sus huesos a las Cuevas de Sevilla, monasterio de los Cartujos; de allí pasaron o se trajeron a esta ciudad de Santo Domingo, y están en la capilla mayor de la Iglesia Catedral enterrados.

Pero ¿dónde fue embarcado el cadáver de Colón?

Algunos autores sostienen que sucedió en Sanlúcar de Barrameda (Cádiz) y que el barco que transportó sus restos se llamaba San Cristóbal. Sin embargo, el día 25 de mayo de 1941, durante su discurso de ingreso en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, Carlos Serra y Pickman, marqués de San José de Serra, insinuó que el cuerpo de Colón jamás había salido de Sevilla. Por supuesto, esto provocó un gran revuelo y la Real Academia de la Historia ordenó la creación de una Comisión investigadora que estuvo integrada por Manuel Gómez Romero, Gregorio Marañón y el ya mencionado Baltasar Cuartero.

La Comisión ordenó abrir las tumbas de la capilla de Santa Ana

y descubrieron la existencia de un único cadáver, que presumieron debía ser el de Diego, el hermano menor del Almirante. Por tanto, los otros dos cadáveres debían haber sido trasladados a Santo Domingo.

Pero la historiadora Consuelo Varela señala que toda esa información:

> Está basada en textos literarios, pero sin ningún respaldo argumental: no se ha conservado ninguna escritura notarial que lo atestigüe, y no figura el traslado de ningún cadáver entre la lista de embarque que aportó doña María cuando zarpó para las Indias.

Teniendo presentes estas dudas, el resto de la confusa aventura de Cristóbal Colón después de muerto se resume de este modo: sus restos estuvieron enterrados en Santo Domingo hasta el 21 de noviembre de 1795. Tras el Tratado de Basilea, España dejó de ser soberana de aquella tierra y los restos del Almirante fueron llevados a La Habana. Pero cuando España perdió Cuba, su cadáver fue repatriado en 1898 y enterrado en la catedral de Sevilla, muy cerca del de su hijo menor, Hernando. Sobre sus restos se construyó un impresionante monumento funerario que aún hoy se puede admirar.

Los cadáveres de Cogolludo

Hace unos años, visité Cogolludo en compañía del profesor Alfonso Sanz Núñez. Nos encontramos junto a la iglesia parroquial de San Pedro y bajo la atenta mirada de la iglesia de Santa María de los Remedios. El motivo de mi visita guardaba relación con la escurridiza tumba de Colón y también con su cuna, puesto que mi cicerone, al igual que hizo su padre Ricardo Sanz, defiende que Colón perteneció a la poderosa familia Mendoza.

En su *Historia de las Indias,* Bartolomé de las Casas asegura que tras la muerte de Colón, y luego de permanecer supuestamente su cadáver durante varios años en Valladolid, «llevaron su cuerpo o sus huesos a las Cuevas de Sevilla, Monasterio de Cartujos…».

¿Qué significa esa diferencia entre «su cuerpo o sus huesos»? Eso mismo se preguntó en su día Ricardo Sanz y tras analizar todo lo

que ya hemos resumido a propósito del periplo del cadáver de Colón, concluyó que toda esa historia es falsa y que el marino jamás reposó ni en Sevilla ni en Santo Domingo, sino justamente a unos pasos de donde yo me encontraba en aquellos momentos.

Alica B. Gould y otros estudiosos han reconocido que no hay la menor prueba documental de que el cadáver de Colón saliera alguna vez de España. Y Ricardo Sanz y su hijo Alfonso recuerdan que en el testamento de Aldonza Mendoza se especificaba su deseo de que se construyera en el monasterio de Lupiana un panteón familiar con dos capillas, una a cada lado, que se unieran con la suya propia. Ricardo y Alfonso se interrogaron sobre los motivos de ese deseo de la duquesa y concluyeron que tal vez guardara relación con los gemelos que al parecer parió, como ya vimos en páginas anteriores cuando hablamos de la tesis alcarreña para explicar el origen de Colón.

Aldonza Mendoza fue enterrada en Lupiana, pero no se cumplió su voluntad de construir un panteón con dos capillas. No obstante, Ricardo Sanz averiguó que «en el año mil quinientos cuarenta y cinco los sepulcros y capillas estaban libres, estaban vacíos. Ese año ya no estaba doña Aldonza Mendoza allí enterrada».

¿Dónde estaba entonces el cadáver de Aldonza Mendoza? ¿Acaso deseaba enterrarse en compañía de alguien? A esa conclusión llegó Ricardo Sanz, quien afirma que «sólo a Cristóbal Colón, su hijo, le podía interesar el traslado a otro lugar».

Pero desenterrar a un muerto en aquella época no era fácil. La misma fuente asegura que se precisaba autorización papal. ¿Quién podría cumplir por tanto esa supuesta voluntad de Colón? Pues tal vez aquel en quien el Almirante había depositado «todos mis privilegios y escrituras», según escribió a su hijo Diego. Es decir, fray Gorricio.

En ese escrito, Colón exigía a su hijo obediencia al fraile, además de pedirle que trabajase por que «se le traiga el breve del Santo Padre, para poder salir a entender en mis cosas».

A juicio de Ricardo Sanz, Colón alude de ese modo a su voluntad de encargar al cartujo trasladar el cuerpo de Aldonza Mendoza, su madre según esta hipótesis.

Remitimos al lector a las obras de Ricardo y Alfonso Sanz en las que se documenta esta teoría, pero ahora ha llegado el momento de

cerrar esta aventura alcarreña.

Como ya dijimos, Cogulludo era feudo de Aldonza Mendoza. Según Ricardo Sanz, Colón pudo vivir allí un tiempo bajo el amparo del duque de Medinaceli. Y allí habría sido enterrado en la iglesia de Santa María de los Remedios, donde se encontró una lápida funeraria que debía ser de un Mendoza, a tenor de los cuarteles en ella representados. Junto al escudo había una inscripción en la que se aludía a un «Magnífico Señor», un tratamiento propio, según Sanz García, de almirantes, grandes maestres de órdenes militares y consejeros reales. Para este autor:

> Cristóbal Colón es castellano. Nacido en Espinosa de Henares, educado e instruido por frailes jerónimos y enterrado con su madre doña Aldonza en Cogolludo.

El día 20 de agosto de 1983, autorizados para la ocasión por el obispo de Sigüenza-Guadalajara, a la sazón Jesús Plá, asistiendo al acto el párroco Pablo de Julián y varios hombres notables del lugar (Fernando Ramos, doctor en Medicina y traumatólogo de la Cruz Roja en Madrid; Alfonso Carlos Sanz Núñez, licenciado en Geografía e Historia e ingeniero topógrafo; el economista José Tomás Albero y el notario de Cogolludo Fernando Ramos, entre otros) se procedió a la apertura de esa lápida sepulcral.

«Allí encontramos los huesos de siete personas adultas totalmente revueltos y desordenados», escribió Ricardo Sanz, quien añade que «junto a una calavera aparecían unos huesos largos, es decir, todos los esqueletos estaban removidos». Pero no apareció el verdadero objeto de aquella búsqueda, que, como me confesó con su amabilidad habitual su hijo Alfonso, no eran sino las cadenas, los grillos con que Colón vino preso de América y que dijo que debían ir a la tumba con él.

¿Prueba eso que aquélla no era la tumba del Almirante? Por supuesto que no. Como tampoco es posible afirmar lo contrario. Los huesos encontrados fueron devueltos a la tumba en bolsas de plástico. No se levantó acta notarial al no haberse encontrado los grillos y el misterio cayó de nuevo sobre aquella fosa y aquellos muertos.

Cuando escribía estas líneas, intercambié con Alfonso Sanz varios correos electrónicos para saber en qué estado se encontraba

la cuestión, dado que él había participado el mes de mayo de 2021 en la reunión de expertos celebrada en Granada con el propósito de dilucidar el origen del Almirante. Igualmente, le solicité información sobre las últimas noticias de los cadáveres de Cogolludo. Y Alfonso me escribió señalando, entre otras muchas cosas, las dificultades que entraña la realización de una prueba de ADN a esos restos, dado que no se sabe con certeza dónde está el cadáver de Cristóbal Colón ni tampoco el de Aldonza Mendoza. Para realizar ese estudio con plena seguridad, me indicaba:

> Hay que aplicar la técnica de estudio de ADN mitocondrial y ADN autosómico, siendo el procedimiento el siguiente:
>
> 1.- Exhumación de los restos de la sepultura de Cogolludo.
>
> 2.- Su estudio y análisis antropológico.
>
> 3.- Su valoración previa al análisis genético (por ver si son muestras viables para ADN).
>
> 4.- Análisis genético de ADN mitocondrial y ADN autosómico para demostrar la relación madre-padre-hijo.

Y añadía en su respuesta:

> Realizar estas pruebas nos lleva a dos soluciones. En el primer caso, de coincidir los análisis de uno de los cuerpos allí enterrados con el de una mujer, los identificaría como madre e hijo. También podría ser que en esa sepultura estuviese enterrado el padre. Si alguno de los restos coincide con los analizados en la catedral de Sevilla, sería la prueba definitiva de la relación del cuerpo así identificado con Cristóbal Colón o con alguno de los familiares (madre o padre). En estos momentos, pendientes de análisis por la Universidad de Granada. En el segundo caso, si estas circunstancias no se dan, habremos descartado uno de los lugares de su posible enterramiento, pero ello no será motivo para descartar ninguno de los documentos y hechos estudiados en este trabajo para su

identificación.

En el momento de nuestra conversación, esos restos habían sido sometidos ya a estudios antropológicos. Igualmente, antes de concluir estas páginas volvía a ponerme en contacto con el doctor José Antonio Lorente para saber si en los meses transcurridos desde nuestra última conversación los estudios sobre el ADN del Almirante habían arrojado alguna novedad que pudiera ser anticipada por su parte antes de poner el punto y final a este libro. El doctor me confesó que en esto momentos cuentan:

> Con datos variados, pero «sueltos», sin atar cabos en el tema genético, así que trabajamos aún para poder atarlos y poder tener conclusiones.

Veremos…

Epílogo

Me seducen los personajes históricos imperfectos. Aquellos cuya trastienda, cuya rebotica, guarda información que nada tiene que ver con los materiales con los que normalmente se construyen las biografías que aparecen en los libros de texto. A lo largo de mi trayectoria como escritor me he asomado a la barandilla del lado oculto de algunos de ellos. En ocasiones, lo hice novelando episodios de la misteriosa vida de mis elegidos (Agatha Christie, Julio Verne, Charles Dickens, Gustavo Adolfo Bécquer…); en otras ocasiones, me aproximé a ellos en libros de no ficción, como es el caso. Sin embargo, el lector habrá descubierto que esta singular biografía de Cristóbal Colón tiene todos los ingredientes necesarios para ser una novela de aventuras.

Debo reconocer, no obstante, que el mérito en esta ocasión no es mío, porque como escritor no tuve que imaginar nada. Los hechos relatados son reales; las citas de los cronistas y de los historiadores que han dedicado su vida a espumar las procelosas aguas de la vida del Almirante están al alcance de quienes quieran leerlas para comprobar su autenticidad; y si el retrato de Colón es tan borroso no se debe a la falta de pericia en el dibujo de los historiadores, sino virtud de uno de los hombres más trascendentes de la Historia, que resultó artero, diestro para embozar su vida y capaz de emborronar sus pasos por la tierra para que incluso su sepultura haya sido excavada entre la niebla, de modo que dar con ella exigiera la posesión de un mapa, de una carta de marear, de un mapa como el que señalaba la ruta a seguir para alcanzar el Nuevo Mundo. Un mapa que tal vez robó y cuya procedencia jamás reveló.

Y ahora que estamos a unas líneas de amarrar este barco porque el punto y final se acerca, miro hacia atrás e intuyo que la estela que estos renglones han dejado en el mar es la astuta sonrisa del Almirante.

IN TE DOMINE ESPERAVI QUI NO CONFUNDAM IN AETERNUM

En Amalur, febrero de 2022.

Bibliografía

Bache Gould, Alicia. *Nueva lista documentada de los tripulantes de Colón en 1492*. Ed. Gráficas Orión, Madrid, 1985.

Bennassar M. B. y otros. *Historia Moderna*. Ed. Akal, Madrid, 1980.

Colón, Cristóbal. *Diario de a bordo*. Arlanza Ediciones, Madrid, 2002.

Colón, Hernando. *Historia del Almirante*. Ed. Ariel, Barcelona, 2003.

De la Riva, Antonio. *Las claves del enigma de Colón*. Lunwerg Ediciones, Madrid, 2004.

De las Casas, Bartolomé. *Historia general de las Indias*. Ed. De J. Pérez de Tudela, Madrid, 1957.

De Madariaga, Salvador. *Vida del Muy Magnífico Señor don Cristóbal Colón*. Ed. Espasa-Calpe S.A. Madrid, 1975.

Domínguez Ortiz, Antonio. «El Antiguo Régimen: los Reyes Católicos y los Austrias» en *Historia de España* de Tuñón de Lara, tomo III, Alianza Editorial, Madrid, 1988.

Edwards, John. *La España de los Reyes Católicos*. Ed. Crítica, Barcelona, 2001.

Fernández-Armesto, Felipe. *Cristóbal Colón*. Ed. Crítica, Madrid, 1992.

Fernández de Oviedo, Gonzalo. *Historia General y Natural de las Indias,* edición de J. Pérez de Tudela, Madrid, 1959.

Fernández Urresti, Mariano. *Los templarios y la palabra perdida*. Ed. Edaf, Madrid, 2003.

Fernández Urresti, Mariano. *Los templarios y el secreto de las catedrales*. Ed. Almuzara, Córdoba, 2019.

García Atienza, Juan. «La misión secreta de Colón» en revista *Año*

Cero. Año VI nº 10.
García de Paz, José Luis. «Incógnitas sobre el origen y la sepultura de Cristóbal Colón» en *Revista de Arqueología* nº 283. Año XXV.
Gil, Juan. *El Libro de Marco Polo. Las apostillas a la Historia Natural de Plinio el Viejo*. Alianza Editorial, Madrid, 1992.
González, Esteban y otro. *El monasterio de La Rábida*. Ed. Everest, Madrid, 2002.
Lucena Salmoral, Manuel. «Cristóbal Colón, un personaje enigmático» en la revista *La aventura de la Historia* nº 48 octubre 2002.
Manzano Manzano, Juan. *Cristóbal Colón. Siete años decisivos de su vida: 1485-1492*. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1989.
Manzano Manzano, Juan. *Colón y su secreto. El predescubrimiento*. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1984.
Manzano Manzano, Juan. *Los Pinzones y el Descubrimiento de América*. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1988.
Morales Padrón, Francisco. *Cristóbal Colón. Almirante de la Mar Océana*. Ed. Anaya, S.A., Madrid, 1988.
Pérez, Joseph. «España Moderna (1474-1700). Aspectos políticos y sociales» en *Historia de España* de Tuñón de Lara, Tomo V. Ed. Labor, Barcelona, 1982.
Pérez, Joseph. «Los españoles en el Atlántico, viajes colombinos y Tratado de Tordesillas» en *Historia de España* de Ramón Menéndez Pidal, Tomo XVIII. Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1988.
Pérez, Joseph. *Historia de una tragedia. La expulsión de los judíos de España*. Ed. Crítica, Barcelona, 2001.
Philippot Abeledo, Alfonso. *La identidad de Cristóbal Colón*. Edición del autor, Vigo, 1994.
Rey, Pascale. *El maestro cartógrafo*. Ediciones B., Barcelona, 2004.
Romero Magalhaes, Joaquín. «Portugal y los caminos de las Indias» en *Historia de España* de Ramón Menéndez Pidal, tomo XVIII. Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1988.
Sánchez Naus, Rafael. *La conquista del Atlántico. Navegaciones, colonizaciones y comercio en los siglos VI al XV*. Ed. Arco Libros S.L. Madrid, 2000.

Sanz García, Ricardo. *Cristóbal Colón, alcarreño o América la Bien Llamada*. Edición del autor, Madrid, 1986.

Sanz García, Ricardo. *Cristóbal Colón, un genio español. Única tesis verdadera*. Ed. Excma. Diputación de Guadalajara, 1995.

Sanz Núñez, Alfonso. C. «Dos importantes documentos del descubrimiento de América vinculados a Cogolludo» en el *Boletín Informativo de SADECO,* nº 74, enero-abril 2005.

Sanz Núñez, Alfonso. C. *Cristóbal Colón. Una historia por completar*. Entrelíneas Editores, Madrid, 2021.

Suau Alabern, J. *La tesis mallorquina de Cristóbal Colón*. Ed. Cort. Palma de Mallorca, 1978.

Varela, Consuelo. *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos*. Alianza Editorial, Madrid, 2003.

Varela, Consuelo. *Cristóbal Colón. Retrato de un hombre*. Alianza Editorial, Madrid, 1992.

Verd Martorell, Gabriel. *Cristóbal Colón era noble y de sangre real*. Palma de Mallorca, 1992.

Verdera, Nito. *Cristóbal Colón, originario de Ibiza y criptojudío*. Ed. Consell Insular d'Eivissa i Formentera, Eivissa, 1999.

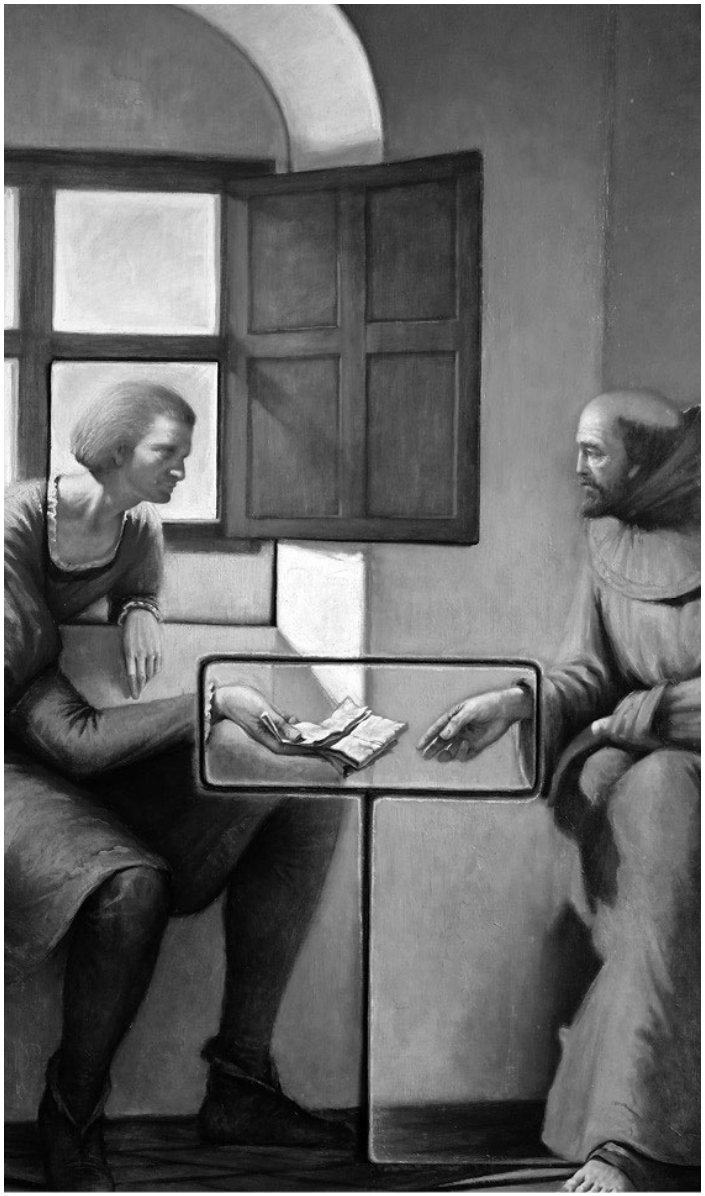
Verdera, Nito. *Cristóbal Colón, catalanoparlante*. Ed. Mediterrània-Eivissa, 1994.

Verdera, Nito. «Cristóbal Colón sabía muy bien a dónde iba» en revista *Más Allá* nº 1, marzo 1989.

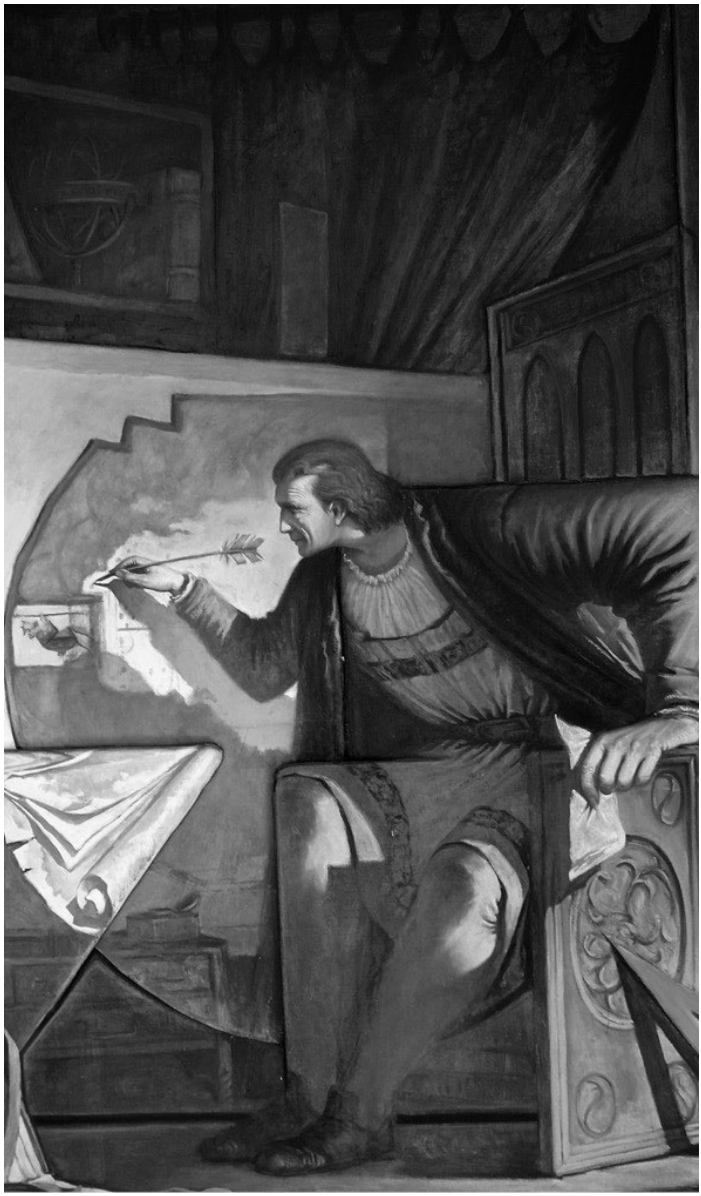
Verlinde, Charles y otro. *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*. Ed. Rialp S.A., Madrid, 1967.

Zaragoza, Gonzalo. *Colón y el descubrimiento*. Ed. Anaya, Madrid, 1988.

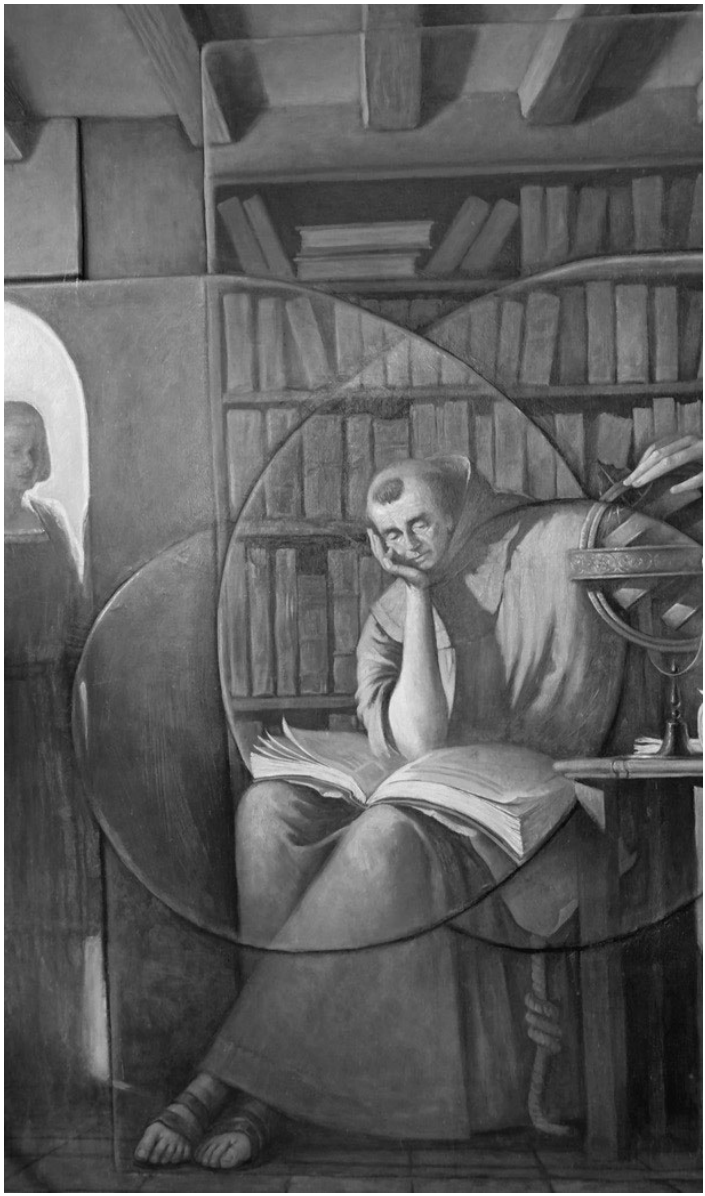
Pliego de Imagenes



Fresco del monasterio de La Rábida con Cristóbal Colón y Fray Juan Pérez.



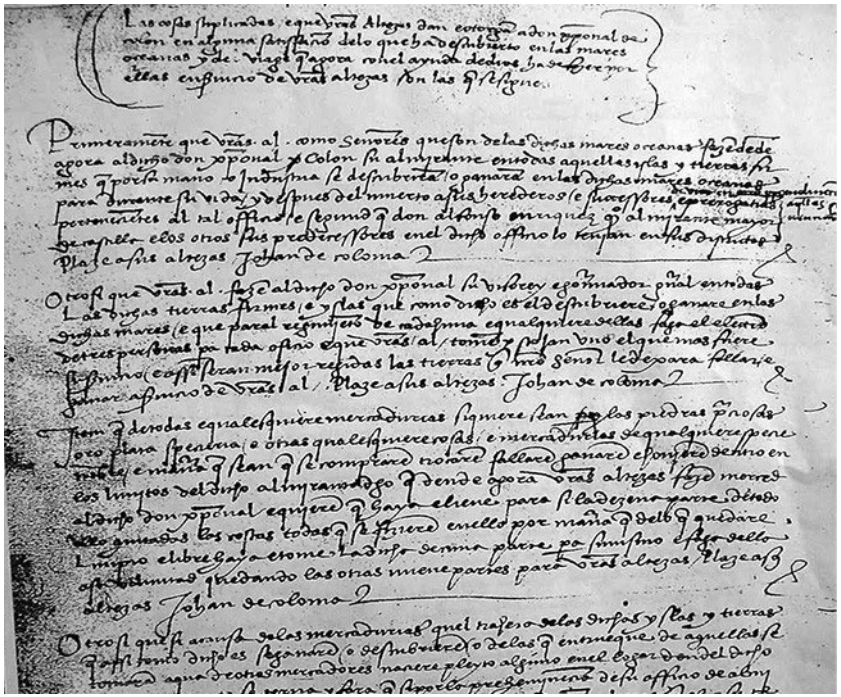
Fresco del monasterio de La Rábida representando a Colón.



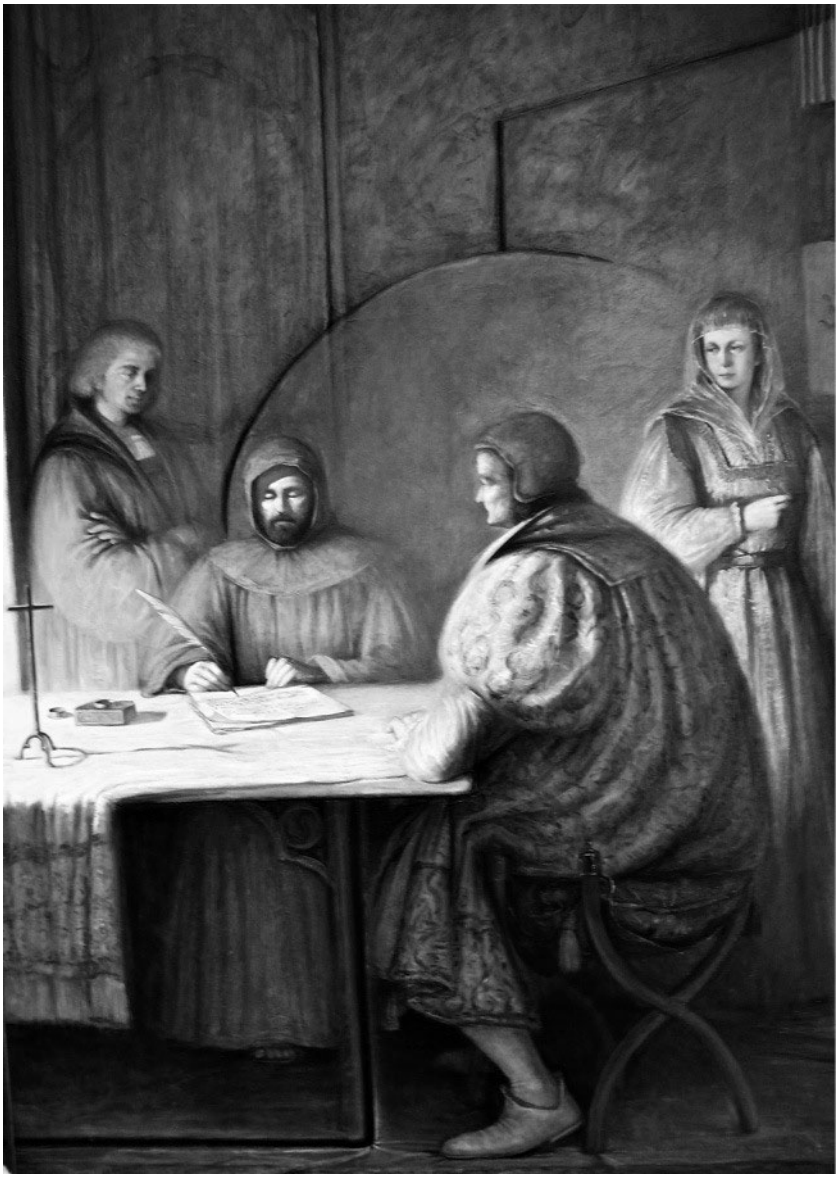
Fray Antonio de Marchena. Fresco del monasterio de La Rábida.

Fresco del monasterio de La Rábida que representa a la reina Isabel y fray Juan Pérez.

Colón ante los franciscanos. Fresco del monasterio de La Rábida.



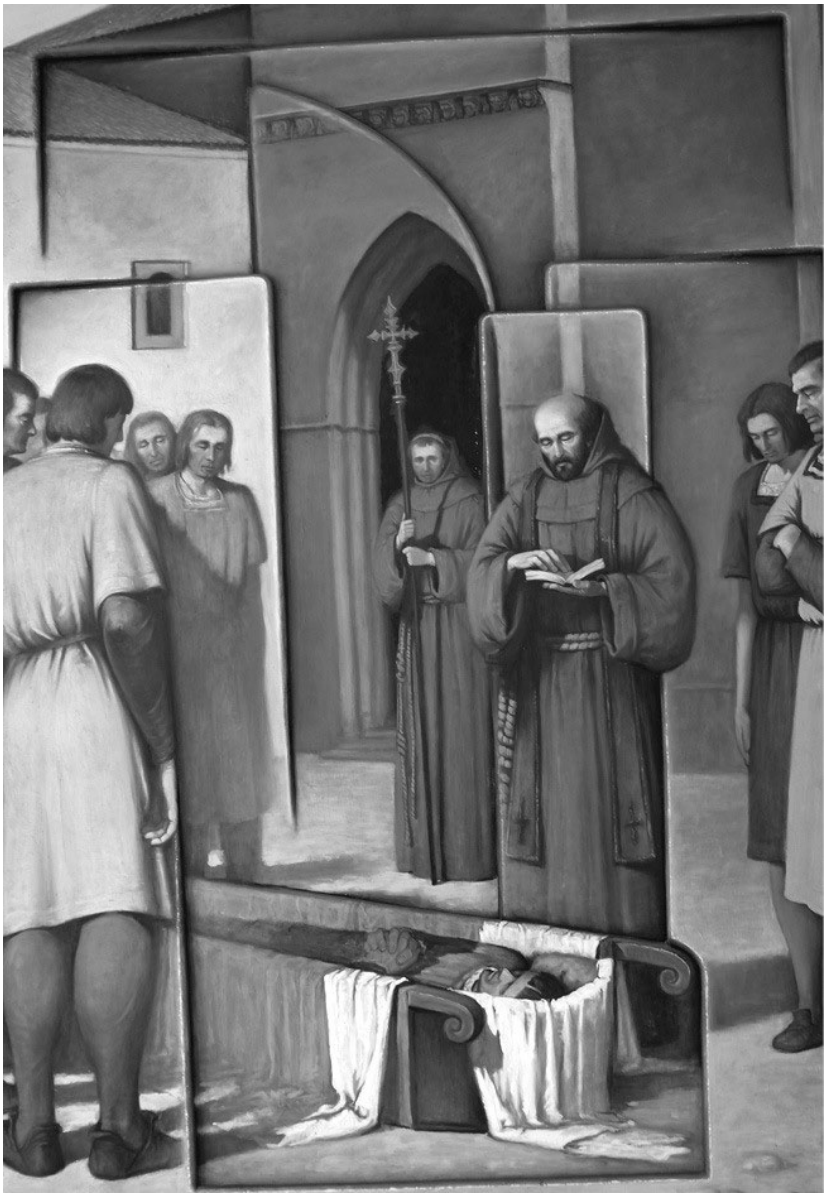
Reproducción de las Capitulaciones de Santa Fe.



Redacción de las Capitulaciones de Santa Fe. Fresco del monasterio de La Rábida.

El autor en la celda del monasterio de La Rábida.

Estatua de Martín Alonso Pinzón en Palos.

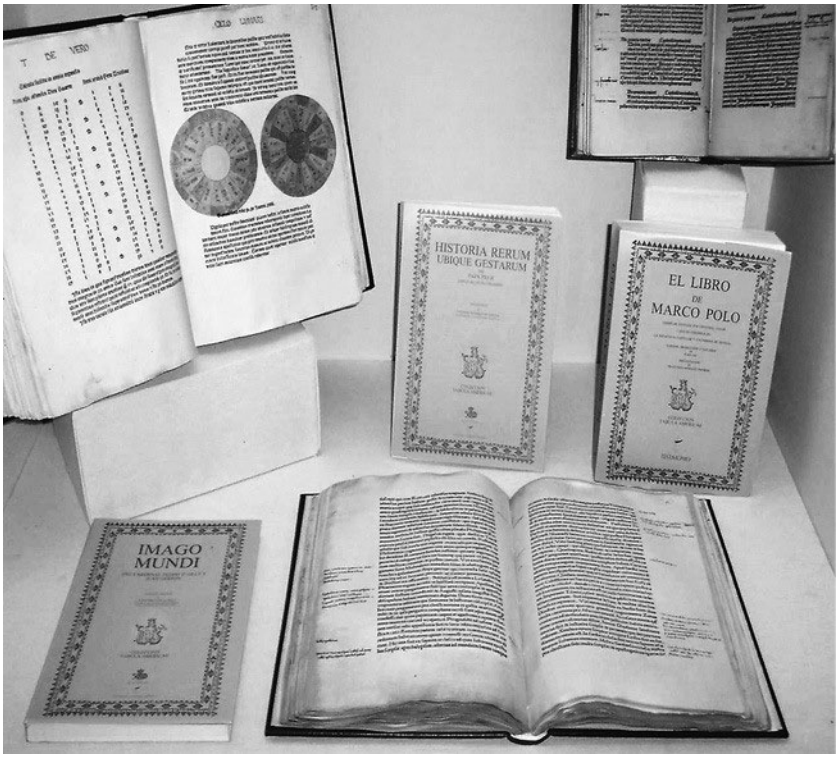


Entierro de Martín Alonso. Fresco del monasterio de La Rábida.

Supuesta tumba de Martín Alonso en la iglesia del monasterio de La Rábida.

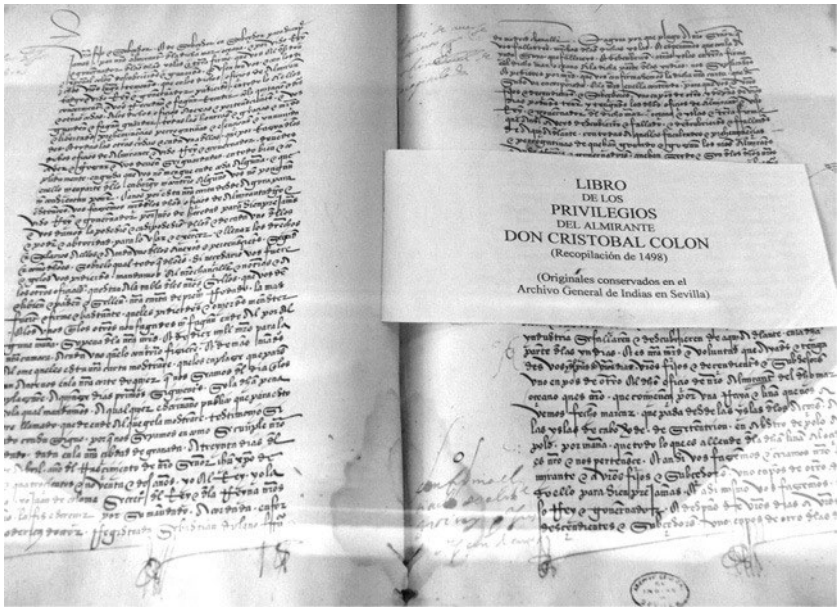
Lugar desde donde la tradición afirma que partieron las carabelas.

Réplica de las carabelas.



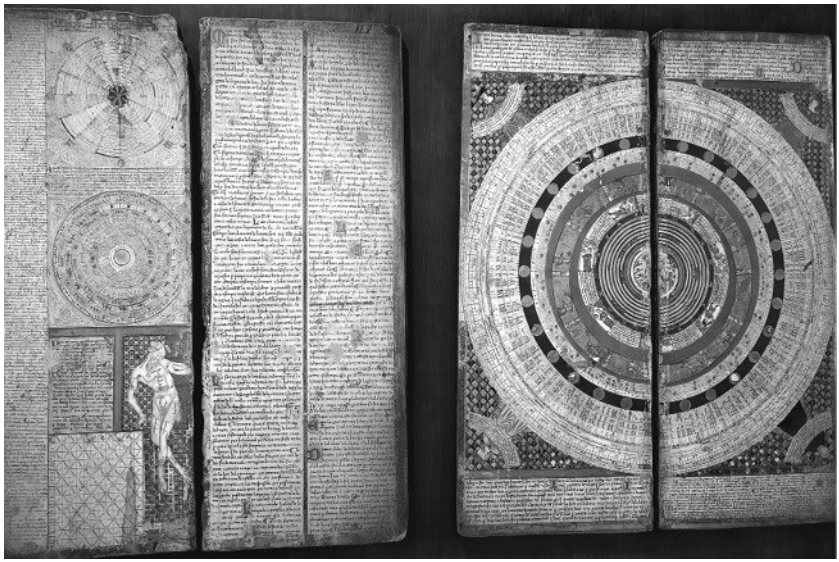
Libros que estudió Colón para su proyecto.

Instrumentos de navegación de la época.



Reproducción de «El Libro de los Privilegios», de Cristóbal Colón, conservada en La Rábida.

Tratado de Tordesillas en el Museo de Tordesillas.



Mapamundi de Abraham Cresques en el Museo del Tratado de Tordesillas.

Reproducción del *Atlas Catalán* en el Museo de Colón de Valladolid.

Tratado de Alcaçovas en el Museo de Colón de Valladolid.

Estatua del cardenal Mendoza en Guadalajara.

Placa conmemorativa de la muerte de Colón en Valladolid.

Testamento de Cristóbal Colón en el Museo de Colón de Valladolid.

Plaza Mayor de Valladolid, donde estuvo el convento franciscano en el que Colón fue enterrado.

Tumba de Cristóbal Colón en Sevilla.

MARIANO FERNÁNDEZ URRESTI (Santander, Cantabria, 1962) es un escritor e historiador español, licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Cantabria. Actualmente reside en Santillana del Mar.

Es autor de alrededor de una veintena de libros sobre enigmas históricos. También ha sido coautor de libros como *Gótica* o *Las claves del Código da Vinci*.

Ha ganado el III Premio Finis Terrae de ensayo histórico con su obra *La España expulsada*. También ha trabajado como periodista en diversos medios locales y como asesor del Consejo de RTVE en Cantabria.

Es aficionado al esoterismo, por lo que éste tiene una presencia importante en muchos de sus libros. Ha aparecido también en diversos programas de televisión y radio relacionados con esos temas.